



NUEVE RETIROS SOBRE LAS
CONSTITUCIONES CMF

Mariano Martínez, cmf

Constitución Fundamental
y Primera Parte

1. Elaboración del texto constitucional

Nuestro actual texto constitucional tuvo su primera aprobación eclesial el 11 de febrero de 1982. El P. Gustavo Alonso, entonces Superior General, las presentó a la Congregación, con fecha de 13 de febrero de 1982, indicando que era motivo de una singular alegría, por “ver coronado un periodo de intensa reflexión y elaboración por parte del Instituto entero y de haber cumplido las aspiraciones y propósitos de los últimos Capítulos Generales”. Indica que la razón principal de esta alegría consiste en la inserción de este camino y ley de vida, las Constituciones, en el plan de la misericordia y salvación de Jesucristo y su Evangelio. Pide que acojamos con actitud evangélica esta regla de vida. “Ella es punto de convergencia de todos nuestros esfuerzos y momento de comunión de todas nuestras aspiraciones...”, y dirige un particular ruego a los superiores para que no escatimen esfuerzos en orden a promover el conocimiento, aprecio y aplicación práctica por parte de todos los Misioneros.

Posteriormente hubo que hacer unas adaptaciones al nuevo Código de Derecho Canónico y, con esas modificaciones, fueron aprobadas de nuevo por la Santa Sede el 15 de mayo de 1986. Es el mismo P. General el que presenta esta nueva edición de las Constituciones, 7 de Junio de 1986, indicando esta mayor garantía de transparencia evangélica de nuestras Constituciones, dando gracias al Señor por este nuevo don, e invitándonos a todos los Claretianos a “renovar nuestro compromiso de hacer de este texto una vida en el Espíritu, de esta palabra un vínculo de comunión y un mandato que recrea la misión”.

Hay que recordar, poner de relieve y agradecer lo que, en los años del posconcilio, hasta la redacción definitiva de las Constituciones, ha hecho la Congregación para reinterpretar y expresar, en la forma mas adecuada, actual, clara y concisa, v. g., a través de los procesos del posconcilio en los Capítulos generales de 1967, 1973, 1979, 1985 y sus documentos respectivos...¹ el don carismático de Claret,

¹“Los dieciséis años que nuestra Congregación ha dedicado, con atención no exclusiva pero indudablemente privilegiada, a la renovación del texto constitucional, constituyen un riquísimo laboratorio en el que han confluído la memoria histórica, la reflexión teológica, la experiencia de vida, la oración y el compromiso de una

del que somos herederos. Hay que recordar, poner de relieve y agradecer los innumerables esfuerzos que se han hecho por parte de hermanos nuestros, dotados de una gran capacidad y experiencia para intuir los actuales caminos del espíritu claretiano en la Iglesia y en el mundo, dedicando muchas de sus energías, ilusiones, tiempo y esfuerzo para presentarnos el nuevo texto y para ofrecernos una explicación del mismo, en sus claves fundamentales: históricas, carismáticas, bíblicas, teológicas, eclesiales y misioneras del texto constitucional y, también, la densidad de riqueza que condensa cada capítulo y cada número de la Constituciones como libro de vida, que describe la modalidad claretiana de vivir con plenitud el Evangelio².

El P. Aquilino Bocos, coordinador de los estudios de Nuestro Proyecto de Vida Misionera, al hacer la Introducción al Volumen I nos dice: “Las Constituciones (...) comportan una ‘pretensión’ o radical exigencia en el seguimiento de Cristo, se convierten en un continuo cuestionamiento de nuestras formas de pensar y de actuar y nos sitúan en aquel horizonte de superación, propio de los que se han comprometido a hacer vida el mensaje de las Bienaventuranzas. (...). Antes, pues que imperativos éticos, son propuesta de un estilo particular de santificación y apostolado, hecha estímulo para el encuentro y la comunión teologal, para la celebración de la común vocación y para inspirar y fortalecer los compromisos evangelizadores. Las Constituciones han de presidir e iluminar el largo camino de la escucha y del discernimiento y consolidar el crecimiento personal y comunitario en el testimonio y la expansión del Reino de Dios entre los hombres” (pp. 12-13). Y, en la introducción al II Volumen, nos dice: “Este comentario, al menos,

comunidad sujeto viviente en quien, antes de hacerlo texto, esta vida existía ya, transmitida desde el Santo Fundador”. (P. Gustavo Alonso, Superior General, *Nuestro Proyecto de Vida Misionera*, I, Presentación, p. 9).

² Aunque tenemos variedad y diversidad de comentarios para acercarnos y adentrarnos en nuestro texto constitucional, no podemos dejar de mencionar una obra fundamental: *Nuestro Proyecto de Vida Misionera, Comentario a las Constituciones: I Aspectos Fundamentales (1989); II Constitución Fundamental y Primera Parte (1991); III Las personas de la Congregación; el gobierno de la Congregación, y la fórmula de la profesión (1997)*; Publicaciones Claretianas, Madrid. El II Volumen: *Constitución Fundamental y Primera Parte*, ha sido una referencia permanente en la elaboración de esta sencilla oferta para Ejercicios o retiros con las Constituciones en nuestras comunidades.

intenta adentrarnos en el por qué de muchas, sino de todas, las expresiones que, a veces, pueden resultar secas y estereotipadas y, sin embargo, están llenas de inspiración carismática, están labradas y curtidas por la tradición y están urgiendo la verdadera conversión al Evangelio”.

Disponemos, pues, de esta obra fundamental para conocer e interpretar, asumir y vivir, compartir agradecidos, y testimoniar con nuestra vida y nuestras obras Nuestro Proyecto de Vida Misionera, expresado en nuestras Constituciones.

Sin olvidar otros comentarios valiosos, y en orden a una recta toma de conciencia de la riqueza que son y significan las Constituciones para cada uno de nosotros, recordamos, también con gratitud e interés, dos libritos, muy orientadores y prácticos. Seguro que, si no todos, son muchos los Claretianos que ya los conocen, y ven en ellos unas orientaciones, motivaciones y recursos muy acertados para hacer una lectura sapiencial y oracional de las Constituciones, tanto personal como comunitaria³.

2. ¿Qué son y que suponen las Constituciones para nosotros?

En ellas y por ellas conocemos lo que somos, nuestra identidad más profunda, personal y comunitaria; conocemos nuestra vocación cristiana, religiosa, apostólica; conocemos el camino por el que Jesús quiere que le sigamos y conocemos el modo: al estilo de Claret; conocemos y discernimos la voluntad de Dios para nosotros, para ti, para mí.

Las Constituciones son lugar teológico en el que se revela el acontecer de la gracia de Dios sobre nosotros. Adentrándonos en ese lugar, el Dios vivo y verdadero sale a nuestro encuentro para dialogar con nosotros; Cristo Jesús se hace presente con su amorosa y apremiante llamada; el Espíritu irrumpe en nuestras vidas cristificándonos; María nos hace sentir y gozar la ternura maternal de su Corazón; Claret activa su mediación para hacernos crecer en el Espíritu...

³ Cf. Jesús Álvarez, *Las Constituciones, libro de vida*, PCI, Madrid, 1986; P. Macario Díez, *Lectura teológica y oracional de las Constituciones*, PCI., Madrid, 1990.

Las Constituciones no son un conjunto de normas que provoquen recelos en nuestra libertad, sino ráfagas de luz y sentido para la libertad en nuestro caminar; alimento de Vida para nuestra vida; horizonte por el que se abre paso la autenticidad de nuestros ideales y deseos; lucidez para nuestros juicios de valor, nuestras opciones y actitudes personales y comunitarias; fuerza de contraste para autenticar nuestros comportamientos.

Creo que estos textos de los PP. Macario y Jesús Álvarez son muy oportunos al respecto: “Si nos preocupa, pues, nuestra vocación concreta en la Iglesia y para el mundo de hoy; si valoramos como se merece nuestro proyecto o co-proyecto de vida; si amamos a nuestra Congregación y queremos lo mejor para ella y para la Iglesia y aun para el mundo; si queremos, en una palabra, conocer y seguir el Plan de Dios sobre la Congregación y sus miembros, no podemos prescindir de ‘este libro de vida’, que, por eso mismo, ha de ser objeto de lectura asidua, de meditación y asimilación. <En él se encuentra, no una historia ya sabida, sino ‘una historia siempre nueva, un proyecto de existencia que cada miembro del Instituto tiene que ir realizando día tras día... Se trata de un camino de fidelidad y correspondencia a una palabra de Dios que llama ininterrumpidamente. Las Constituciones deben ser leídas y meditadas con fe viva, con esperanza consoladora y caridad ardiente, puesto que en ellas se halla descrito un proyecto de vida teologal> (P. Jesús Álvarez, o. c., p. 17). “Cada persona, cada comunidad, la Congregación entera, están llamados a sintonizar con la vida evangélica que late en ese texto, de suerte que su mejor comentario venga a serlo la vida misma de los individuos y de las comunidades” (P. Macario Díez, o. c., p. 15). El P. Macario hace una llamada a la responsabilidad: “Para una comunidad carismática y perteneciente a la vida y santidad de la Iglesia representan una llamada de Dios, una voz del Espíritu, que nos invita a seguir más de cerca al Señor, precisamente por el camino y andadura que señalan las Constituciones. Estas aparecen, así, como la ‘ley del Espíritu’ llamada a escribirse en nuestro corazón de consagrados. Son algo así como la ‘memoria’ de esa ley del Espíritu y el ‘índice’ sobre cómo hacerla viva realidad en nuestra propia existencia personal y comu-

nitaria. Como tal memoria e índice, nos están diciendo: esto somos, esto debemos ser, esto quiere y espera Dios que seamos. Y, en nombre de Dios, esto quieren la Iglesia y la Congregación que seamos” (Macario, *ibid.*, 155).

3. Actitudes positivas o negativas ante las Constituciones

Cada persona, cada Claretiano tiene su actitud personal ante las Constituciones. Actitud que depende de su temperamento y carácter, de su formación, de su experiencia vocacional fundante, de cómo interpreta el don vocacional que ha recibido y sigue recibiendo, y de su fidelidad personal al mismo texto en su propio itinerario como claretiano. Depende de su propia historia y biografía, de su ser y vivir en su circunstancia concreta. Algunas actitudes pueden generalizarse, según las distintas etapas de la vida⁴, de la Congregación, de la Iglesia, de la cultura dominante, etc. Otras pueden tener un sello más personal e intransferible. Pueden existir ambientes, incluso comunidades, en las que predominen actitudes de celos, prevenciones, prejuicios. Se puede vivir con indiferencia, desvalorización o ignorancia del texto. Los hay en los que se pone de relieve el aprecio, la estima, la valoración, la importancia decisiva que tienen para la vida y misión del claretiano y, sobre todo, la veneración y sintonía afectiva con el texto. Pero, indudablemente, la actitud tiene siempre unos rasgos personales propios.

a) Las actitudes positivas para nuestro proceso de identificación claretiana asimilando el contenido constitucional podrían ser:

- ❖ La conciencia de que contienen y expresan la voluntad de Dios para nosotros, para ti, para mí.
- ❖ El acercamiento con sumo respeto, aprecio, gratitud y afecto.
- ❖ El reconocimiento de las posibles dificultades personales para acogerlas, asumirlas.
- ❖ Abrirse a ellas con un corazón evangélicamente pobre, como Claret.
- ❖ Ejercitar en su lectura meditativa la fe sencilla, profunda, teológica.

- ❖ El deseo de buscar y encontrar en ellas al Cristo de nuestra vocación y seguimiento.
- ❖ La disponibilidad incondicional, limpieza de corazón, para dejarse alcanzar interiormente por los contenidos carismáticos, que son del Espíritu y los activa el mismo Espíritu Santo.
- ❖ Recrear la paz y la serenidad interior y exterior; silencio de ‘ondas’ que ‘interfieren’.
- ❖ Sentir interiormente grandes espacios de libertad. Que los espacios de la mente y del corazón no se encuentren tan llenos de otras cosas, intereses, preocupaciones, etc., que no quede lugar para la entrada del Espíritu.
- ❖ Liberarse de relativismos, ambigüedades cordiales, confusiones mentales, etc., que llevan a no valorar el texto.
- ❖ La disponibilidad para ser fieles se traduce en una prontitud para obedecer y así responder a las exigencias de nuestra propia vocación, que es permanente llamada del amor que Dios personalmente nos manifiesta por las Constituciones y a lo que nosotros, personal y comunitariamente respondemos con nuestro sí incondicional.
- ❖ A eso nos lleva contemplar a María, Madre nuestra, dejarse envolver por las irradiaciones de amor de su Corazón Inmaculado y, con ella y como ella, reproducir sus actitudes de fe, confianza y amor, hacia Jesús y, en Jesús hacia el Padre, por el clamor del Espíritu Santo que nos inhabita.
- ❖ A eso nos lleva mirar a Claret, su persona totalmente de Dios y para Dios, de Jesús y para Jesús; su vida ungida por el Espíritu de Jesús para ser enviado a proclamar el Evangelio; su corazón enteramente urgido por la caridad de Cristo; su vivir y actuar sólo y siempre por y para agradar a Dios, sin importarle todo lo demás.
- ❖ Cuando alguien recibe un don, un carisma (vocación), y se hace consciente de la riqueza que eso significa para él, es capaz de dejar, renunciar, a todas las otras alternativas existenciales, por muy ricas y prometedoras que aparezcan, centrarse personalmente en esa

⁴ Cf. Macario, o. c., pp. 148-151.

riqueza descubierta y dedicarse de por vida a llevarla y cultivarla en su corazón. Las parábolas de Jesús sobre el encuentro del 'tesoro escondido y la perla preciosa' (cf. Mt 13, 44-46) son muy sugerentes al respecto...

b) Las actitudes negativas plantean sus interrogantes:

- ❖ Pero, si las Constituciones no te-me dicen nada,
- ❖ ¿será porque no tienen contenido, por que han quedado vacías, porque han dejado de ser libro de vida, porque han quedado reducidas al silencio de letra muerta?
- ❖ ¿Es serio o de personas adultas reducir las a ese silencio?...
- ❖ ¿Se deberá acaso a tu-mi forma de vivir, en aridez, en sequedad espiritual...?
- ❖ ¿Tal vez a que te encuentras o me encuentro totalmente polarizado, absorbido por problemas físicos, de salud; por problemas psíquicos; espirituales ¿crisis?, ¿por otro tipo de problemas, de modo que no queda espacio interior para que puedan resonar personal, vitalmente con su propia virtud y fuerza profética?
- ❖ ¿Qué puede suceder si en mi, tú corazón, que es el lugar propio de la riqueza y ardor de las Constituciones, estas no pueden habitar familiarmente, como en su propia casa, en su propia tienda, y hacer resonancia...?

4. ¿Dónde estaría entonces tú-mi sensibilidad de misionero claretiano?

Si las Constituciones no iluminan tu-mi vida, habríamos de preguntarnos por las oscuridades o ambigüedades de nuestras expectativas. Si no orientan y dan sentido a tú, mi vida, ¿cómo está funcionando nuestro proyecto personal o los proyectos de nuestro corazón? Si no corrigen nuestras vidas, ¿será que nos hemos anquilosado? Si no verifican nuestras vidas, ¿estaremos viviendo entre montajes y falsificaciones de nuestro personaje? Si no cuestionan nuestras vidas, ¿será por endurecimiento de nuestro corazón? Si no alimentan nuestras vidas, ¿estará desertizado nuestro

corazón? Si no transforma nuestras vidas, ¿será que nos estamos reduciendo al débil horizonte de nuestra simple esperanza natural?

Es posible que pueda haber por ahí adentro, en nuestro 'inconsciente', una especie de pre-disposición a huir del texto o a leerlo de prisa, porque si topamos con sus exigencias, nos puede comprometer. Por supuesto que es mucho más fácil vivir dormido que despierto (T. de Mello). Sería como un mirar para otra parte, en lugar de mirarnos 'de frente en el espejo' y vernos de verdad en lo que estamos siendo y estamos haciendo. Algo de esto podemos ver en Santiago cuando nos dice: "Poned por obra la Palabra y no os contentéis sólo con oírla, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno se contenta con oír la Palabra sin ponerla por obra, ese se parece al que contempla su imagen en un espejo; se contempla, pero en yéndose, se olvida de cómo es. En cambio, el que considera atentamente la Ley perfecta de la libertad y se mantiene firme, no como oyente olvidadizo, sino como cumplidor de ella. Ése, practicándola, será feliz" (St 1, 22-25).

Orientación y sentido de estos materiales de ayuda

Se han preparado nueve temas, para nueve retiros, en conformidad a la Constitución Fundamental y a los ocho capítulos de la Primera Parte. Con ello se ha tomado la dimensión doctrinal-vital de nuestro propio carisma en nuestro libro de vida. Puede dar la sensación de que alguno de ellos tiene para más de un retiro. Quien dirija el retiro puede tomar lo que considere más propio para ese momento y para la comunidad de que se trate. El ser nueve responde a la distribución del texto constitucional que, por supuesto queremos respetar, incluso en el orden de los temas. A la hora de hacer la aplicación de un tema para un retiro concreto se tienen en cuenta las circunstancias, los tiempos litúrgicos, etc. En teoría los nueve vendrían bien para todo un curso. En la práctica hay que atenerse a los que en cada comunidad se puede organizar y convenga hacer. Se pueden unir comunidades próximas para hacerlo si así lo consideran oportuno.

Hemos elaborado: a) dos oraciones para cada tema o capítulo; b) una glosa o comentario a cada capítulo, generalmente siguiendo la numeración del texto; c) textos concretos: del P. Claret, y de los documentos claretianos que hacen referencia a los contenidos de cada capítulo o tema; d) textos del magisterio de la Iglesia, también en referencia directa a cada capítulo o tema; e) un cuestionario para la reflexión y posible diálogo, grupal o comunitario, sobre las preguntas que nos podemos hacer sobre la aplicación a la vida, también de acuerdo con los contenidos de cada tema o capítulo.

Las oraciones han sido hechas desde el contenido del mismo texto constitucional. Puede ser una para el principio, que sería más de petición, y otra al final, como acción de gracias. Si se consideran largas, quien oriente el retiro puede seleccionar lo que juzgue más oportuno. Además de motivar bien la disponibilidad oracional, se pueden pensar las formas de hacerlo: v. g., alternando lo que hace como de estrofas con algún enunciado o estribillo cantado, que se puede tomar de alguna frase del mismo texto constitucional; orar a dos coros con un pequeño silencio entre ambos, etc.

El comentario al texto. El que lo presente u oriente, también puede seleccionar puntos o partes, según lo considere oportuno, en razón del grupo o comunidad concreta, y del tiempo que para ello se disponga en cada caso, etc.

Cómo aprovechar los textos de Claret, de los claretianos, o del magisterio. Estos se pueden seleccionar y entregar a cada uno para, con su ayuda, tener una reflexión-oración personalizada. Habrá que prever un tiempo y espacio para este quehacer. También cabe, a partir de una lectura personalizada previa, tener un diálogo comunitario sobre alguno de esos textos. Las notas que traían los textos no se han integrado aquí por razón de simplicidad. Si alguno tuviera interés por ello le va a ser fácil el acceso a los originales.

El cuestionario para la reflexión y el examen. Se ha hecho desde y en conformidad a lo que podría ser la interpelación del texto constitucional para nosotros. Se pueden elegir algunas de esas preguntas y/o añadir otras, según lo

que se considere más adecuado al grupo o comunidad en ese momento. Se puede, con algunas de esas u otras preguntas, organizar tiempos: v. g. de reflexión-oración personal, y de diálogo comunitario.

En cada punto o aspecto es importante la creatividad de quien oriente el retiro⁵...

No olvidemos que todas estas ayudas tienen una finalidad pedagógica: remitirnos al texto constitucional para adentrarnos, directamente por él, en el núcleo de nuestra propia identidad vital, personal y comunitaria para que la Vida que ahí, en el texto se contiene y se expresa, irrumpa desde la mismidad de nuestro ser donde reside con toda su potencialidad y dinamismos de vida y misión, y nosotros la sintamos crecer cada vez con más profundidad, gozosa comunión y fecundidad apostólica claretiana.

Mariano Martínez Fernández, cmf
Los Negrales, junio de 2006

⁵ Creemos oportuna esta consideración para orar con las Constituciones: "Las Constituciones pueden ser una guía magnífica para la oración. Si se recurre con frecuencia al texto constitucional para orar, entonces podemos estar seguros de que *éste libro de vida* no se quedará en *letra muerta*, sino que estará permanentemente animado por el mismo espíritu que le dio origen. Se trata de que, a través de la oración, ese *proyecto de vida* que son las Constituciones se traduzca en algo *vital*. Se intenta convertir un texto constitucional en *plegaria* que interiorice los principios doctrinales y espirituales a fin de que se conviertan en *vida*. Hay muchos números de las Constituciones que con una leve modificación al principio y al fin de los mismos se convierten en una preciosa oración. Esto contribuirá, sin duda, a que los religiosos aprecien todavía más el libro de las Constituciones y a que alcancen el *conocimiento sapiencial* de las mismas". Jesús Álvarez, *Las Constituciones, libro de vida*, PCI, Madrid, 1986, p. 143; Cf. también Macario, o. c., pp. 71-72.

5. Siglas utilizadas

DOCUMENTOS DE LA IGLESIA

- LG Lumen Gentium (Vaticano II, 1965)
- OFIR Orientación sobre la Formación en los Institutos Religiosos (CIVCSVA, 1990)
- PC Perfectae Caritatis (Vaticano II, 1965)
- PO Presbyterorum Ordinis (Vaticano II, 1965)
- VC Vita Consecrata (Juan Pablo II, Exhortación Apostólica Postsinodal, 1996)
- VFC La Vida Fraternal en Comunidad (CIVCSVA, 1994)

DOCUMENTOS DE LA CONGREGACIÓN

- Aut Autobiografía de San Antonio María Claret
- CC Constituciones CMF (1986)
- CPR El Claretiano en el Proceso de Renovación congregacional (Capítulo General, 1985)
- DC Declaración sobre el Carisma (Capítulo General, 1967)
- EE Escritos Espirituales S. A. M^a Claret (1985)
- NPVM Nuestro Proyecto de Vida Misionera (Vol. I, 1989; Vol. II, 1991; Vol. III, 1997)
- PE Patrimonio Espiritual (Capítulo General, 1967)
- SP Servidores de la Palabra (Capítulo General, 1991)
- VR (1VR) Decreto sobre la Vida Religiosa (Capítulo General, 1967)
- VR (2VR) Documento sobre la Vida Religiosa (Capítulo General, 1973)

OTRAS SIGLAS

CIVCSVA, Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica



De las Constituciones hablamos en plural porque son muchos los elementos esenciales que entran en ese libro de vida. El libro se organiza y estructura en conformidad a esa variedad de contenidos, de una manera sistemática: en distintas partes, capítulos y números. La unidad que en Constitución Fundamental se ofrece es como una célula germinal, originaria que, posteriormente, se irá desglosando y desarrollando, en unidades más específicas, de modo que se diga con claridad y precisión todo lo que es y significa nuestro Instituto. El título de esta unidad inicial y germinal está indicando que aquí se va a declarar la identidad del ser y hacer de la Congregación en la Iglesia, en su dimensión histórica y jurídica, teológica y carismática, espiritual y pastoral

CC 1 Nuestra Congregación de Misioneros fue fundada por el Arzobispo San Antonio María Claret en Vic (España) el 16 de julio de 1849 y fue aprobada por Pío IX el 22 de diciembre de 1865. Nos llamamos Hijos de Inmaculado Corazón de María o Misioneros Claretianos.

Ponemos, brevemente, dos notas a este número:

a) La Fundación;

b) El Nombre que la define e identifica: Hijos del Inmaculado Corazón de María o Misioneros Claretianos.

a) En este nº 1 se nos habla de la Fundación: quien, qué, dónde, cuándo. Es un acontecimiento de gracia que sucede en la Iglesia y en la historia, y que se prolonga en la historia de la Iglesia y de la humanidad. En alguna medida, aunque pequeña, se actualiza la gracia del inefable y portentoso Acontecer: de la Encarnación del Hijo de Dios, del Anuncio del Reino, del Misterio Pascual de Jesús y de Pentecostés. Y es que éste Acontecer, Radical y Definitivo de Dios, se proyecta y actualiza en la Iglesia a lo largo del tiempo y de la historia, en inmensa variedad de acontecimientos más concretos, con la riqueza y variedad de sus dones y carismas. Uno de ellos es nuestra Congregación⁶.

b) Se nos da también el qué: qué se funda o se crea. Se nos dice en el *nombre*. Sabemos que, bíblicamente, el nombre indica la naturaleza de la realidad que se nombra. Aquí se crea, se funda una congregación, cuya realidad-naturaleza, se describe en el nombre. Nos llamamos quiere decir: nos llamamos y somos. El P. Claret lo pone mejor: "Aque fuesen y se llamasen" (Aut 488). Primero el ser y, luego, el nombre. Claret, primero lo fue, después se definió a sí mismo. Nosotros,

⁶ Es interesante considerar en la fundación de la Congregación, las estrategias que el P. Claret tiene que ingeniarse para dar nombre a un nuevo Instituto en la Iglesia, puesto que, civilmente, estaba prohibido fundar órdenes, como quería la Iglesia; y esto nos recuerda la condición del nacimiento de Jesús, que va a ser en seguida objeto de persecución por parte de los poderes públicos... Ver en *Nuestro Proyecto de Vida Misionera*, Comentario a las Constituciones II, p. 36, nota 5, donde se dice: "AEI P. Claret Ano podía pensar en crear un instituto nuevo, pues desde que se dice que impera la libertad, los católicos españoles carecemos de ella (...). Por ello, el nombre comenzará siendo Congregación, que equivalía a Sociedad de vida común, sometándose en lo que fuese lícito a las leyes despóticas de la revolución triunfante".

primero recibimos el don, la vocación claretiana, luego nos llamamos. Se describe, pues, nuestra propia identidad en la Iglesia: personal, comunitaria, congregacional. En los nn. 8 y 9 de esta Constitución fundamental se explicita más el significado de este nombre. El P. Fundador hace una descripción de sí mismo, de lo que él es en la Iglesia. Lo grande de esta descripción es que, definiéndose él a sí mismo vitalmente, aplique esa definición o descripción a todos y a cada uno de los Hijos del Inmaculado Corazón de María, a ti y a mí. Esa es, tú, mi identidad vocacional en la Iglesia.

El significado de Hijo del Inmaculado Corazón de María⁷ parece que indica: nacido del Amor virginal de María. Que tú, yo, hayamos recibido y tengamos, en nuestra vocación⁸ y de modo relevante, esa forma de ser, filial, puede comprobarse, gozosa y agradecidamente, constatando lo que para Claret significaba la Inmaculada como virginidad fecunda, y el amor y el corazón de la Virgen-Madre como ardor y celo vivencial y apostólico; y lo que, esas dos mismas realidades en unidad personal, han significado en la historia de tantos hijos de la Congregación y hermanos nuestros⁹.

⁷ Cf. J. M^o Viñas, en *Nuestro Proyecto de Vida Misionera*, II, pp. 42-48

⁸ El P. Claret lo confirma así: "AOh Dios mío, bendito seáis por haberos dignado escoger a vuestros humildes siervos para Hijos del Inmaculado Corazón de vuestra Santísima Madre" (Aut 492). "¡Oh Madre benditísima, mil alabanzas os sean dadas por la fineza de vuestro Inmaculado Corazón y habernos tomado como Hijos vuestros! Haced, Madre mía que correspondamos a tanta bondad, que cada día seamos más humildes, más fervorosos y más celosos de la salvación de las almas!" (Aut 493).

⁹ De esto tenemos una inmensa riqueza en la Congregación, tanto en doctrina (documentos, libros, artículos), como en vida y testimonios de nuestros hermanos. Como una pequeña muestra podemos ver: José M^o Hernández, *AEx abundantia Cordis*, Estudio de la espiritualidad cordimariana de los Misioneros Claretianos; José C. Rey, *María en el espiritualidad claretiana; en AUn Hijo del Inmaculado Corazón de María es...* (72 experiencias...). Editados en el Secretariado del Corazón de María, Roma.

CC 2 *El objeto de nuestra Congregación es buscar en todo la gloria de Dios la santificación de sus miembros y la salvación de los hombres de todo el mundo según nuestro carisma misionero en la Iglesia.*

Se describe la finalidad, el para qué. Ahí está la justificación de su ser y hacer. Lo que se pretende y se trata de conseguir, define y pone la condición a todos los elementos del proceso para conseguirlo: personas, medios, dinamismos. Todo se estructura y se dinamiza en orden a lograr su objetivo.

Para qué nuestra Congregación? Para posibilitar y activar que la irradiación de la Gloria del Dios Uno y Trino, en el infinito resplandor de su Ser Uno y de su relación interpersonal: Padre, Hijo y Espíritu Santo, se revele y refleje en esta otra triple relación: Dios, los Claretianos, los otros. Que todos estos espacios y relaciones sean inundados por la Gloria de Dios, su Santidad y su Salvación, manifestada en Cristo Jesús¹⁰. Y esto, según nuestro carisma claretiano en la Iglesia.

Los Claretianos somos >instrumentos= -en el sentido que daba Claret a esta palabra-, para que en nosotros y a través de nosotros se revele la gloria de Dios, su santidad y su Proyecto de Salvación de los hombres en Cristo, en su Iglesia. Ese es nuestro y objetivo personal, comunitario, congregacional.

“Buscar en todo” está indicando que todos nuestros (tus, mis) deseos, proyectos, ambiciones, pretensiones, intereses, están orientados, ordenados, enfocados, tensionados, focalizados por la voluntad de Dios sobre tí, sobre mí, sobre nosotros, al estilo de Claret. La vida de Claret estaba toda ella transida y urgida por el fervor y el ardor del celo de la gloria de Dios ¹¹. De manera semejante, nosotros podemos sentirnos urgidos por la Gloria de Dios, que irradia su santidad en nosotros y en la salvación de los hombres por nuestro servicio misionero. Ningún proyecto de vida y acción, del ser y el hacer: personal, comunitario, congregacional, tiene sentido al margen de ese objetivo vocacional-carismático. Las exigencias

que esto conlleva son decisivas para todas y cada una de las opciones, tanto personales como comunitarias; pero todas ellas surgen de la abundancia y superabundancia de la riqueza del don de la vocación, de la riqueza carismática con que hemos sido agraciados. De consiguiente es cuestión de coherencia y fidelidad al don que recibimos...

¹⁰ «Hacerlo todo para Gloria de Dios», cf. José C. Rey, Nuestro Proyecto de Vida Misionera, I, pp. 291-294

¹¹ En NPVM., II, p. 58, nota 45, podemos percibir cómo el P. Claret se sentía urgido para hacer todo a la mayor gloria de Dios y salvación de las almas.

CC 3 *Jesucristo nuestro Señor enviado por el Padre y hecho hombre de la Virgen María por obra del Espíritu Santo fue ungido por el mismo Espíritu para evangelizar a los pobres . Entregado por entero a las cosas del Padre predicó la Buena Nueva del Reino. Queriendo asociar consigo a los hombres para realizar esta obra de salvación, llamó a Sí a los que El quiso e instituyó a Doce para que convivieran con El y los envió a predicar. Al completar en sí mismo la obra de nuestra redención fundó la Iglesia como sacramento universal de salvación y envió a los Apóstoles y a otros para que dieran testimonio de la resurrección. Algunos de éstos, guiados por el Espíritu Santo, comenzaron a representar en la Iglesia el mismo género de vida que Jesús había elegido para Sí, dando testimonio evangélico.*

a) El misterio del Ser de Dios se abre, se introduce en la realidad histórica y concreta de la humanidad por la Encarnación de su Hijo en el seno de la Virgen María. Es el Mesías, el Cristo, el enviado del Padre, el Misionero, el Testigo del Amor de Dios, el que nos da a conocer el Proyecto del Padre sobre la humanidad. No tiene que hacer ni hace otra cosa que ser fiel a quien le envía, el Padre, y cumplir su voluntad¹². Es Ungido por el Espíritu y enviado a proclamar la Gran Noticia de la Salvación de Dios a los pobres: AEl Espíritu del Señor sobre mi, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Noticia..." (Lc 4, 18). Así da cumplimiento a su propia palabra: Atanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna" (Jn 3, 16). AEn él estaba la Vida..." (Jn 1,4), y ha Avenido para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10, 10). El que le envió es Verdadero y él da testimonio: APara esto he nacido yo y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz" (Jn 18, 37). Habla de lo que ha visto. AA Dios nadie le ha visto jamás; el Hijo único, el que está en el seno del Padre, lo ha dado a conocer" (Jn 17, 3).

b) La Iglesia, obra del Espíritu Santo enviado por Jesús, es misionera y testigo de Jesús: ACuando venga el Paráclito, el Espíritu de verdad que procede del Padre y que yo os enviaré de junto al Padre, él dará testimonio de mí. También vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio" (Jn 15, 26). Es el Espíritu el que dice y prueba que el Verbo se hizo hombre, que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios vivo, y que Cristo es la Verdad. AREcibirá de lo mío y os lo comunicará a

vosotros (...), os guiará hasta la verdad completa" (Jn 16, 13-14). Lo hace en los Apóstoles con un poder incontenible: ALlegado el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que dividiéndose se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu santo y se pusieron a hablar (...) de las maravillas de Dios" (Hch 2, 1-4. 11).

Equipados con esta energía y poder irrefrenable del Espíritu comienzan a hablar y actuar los Apóstoles como auténticos testigos de Jesús. Sobre ellos ha descendido el Espíritu de Jesús. ha embargado sus vidas, ha prendido en su corazón y en su mente. Se ha convertido el Llama viva de Amor. Les quema, les urge, les llena de la fortaleza de Dios, de la verdad del Mesías, Muerto y Resucitado. Ya no hay para ellos otro interés, otro quehacer, otro oficio ni beneficio, otra ilusión, sentido o destino, que el de ser, radical y totalmente, Misioneros de Jesús... Pedro, movido por ese ardor del Espíritu, da testimonio de Jesús con una valentía imponente: A... a este Jesús, Dios lo resucitó; de lo cual nosotros somos testigos. Y exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el espíritu Santo prometido y ha derramado lo que vosotros veis y oís" (Hch 2, 32-33

c) Llamó y envió a los Apóstoles. Ha seguido llamando y enviando a otros muchos a lo largo de la historia. A algunos para que, movidos y guiados por su mismo Espíritu, representen en la tierra, ante los hombres, su misma forma de vida y tengan como misión anunciar su mismo Evangelio. Aquí entramos nosotros. Parece claro que este último párrafo del n1 3 del texto constitucional está puesto para la conexión del contenido de este número con el siguiente.

¹² Esta actitud de Jesús se refleja bien en el P. Claret, cf. Manuel Orge, NPVM., II, pp. 225-229.

CC 4 *A nosotros, Hijos del Inmaculado Corazón de María, llamados a semejanza de los Apóstoles, se nos ha concedido también el don de seguir a Cristo en comunión de vida y de proclamar el Evangelio a toda creatura, yendo por el mundo entero. El seguimiento de Cristo, tal como se propone en el Evangelio, es, pues, para nosotros la regla suprema. Por eso, escuchamos con toda docilidad la palabra con que el Señor llama a los discípulos a la perfección del Padre, promulga el mandamiento del amor fraterno, recomienda la oración, propone las reglas de la vida apostólica y proclama partícipes de su propia bienaventuranza a los pobres de espíritu, a los que lloran, a los mansos, a los que tienen hambre y sed de justicia, a los misericordiosos, a los limpios de corazón, a los que trabajan por la paz y a los que sufren persecución por la justicia y por su causa son injuriados.*

Se afirma en este número que a nosotros, *llamados a semejanza de los Apóstoles*, se nos ha concedido el don de seguir a Cristo y de proclamar el Evangelio. Así se revela en Claret: *Al que más me ha movido siempre es contemplar a Jesucristo cómo va de una población a otra, predicando en todas partes...*" (Aut 221). *Desde el principio me encantó el estilo de Jesucristo en su predicación (...) Yo me propuse imitarle...*" (Aut 222). *También me anima mucho el leer lo que hicieron los Apóstoles. El apóstolo San Pedro..., Santiago, San Juan y de todos los demás... (Con qué solicitud! (Con qué celo corrían de un reino a otro! (Con qué celo predicaban, sin temores ni respetos humanos...!) (Aut 223). Pero quien me entusiasma es el celo del apóstol San Pablo..." (Aut 224). En el ejercicio de su vocación - personal y paterna - el Santo (Claret) vivió una vida evangélica en el seguimiento perfecto de Cristo, con un profundo sentido de misión y con un fuerte espíritu de oración y mortificación, sintiéndose vinculado directamente a la función magisterial de los obispos en el anuncio del Evangelio" (DC 12).*

Seguir a Jesucristo, no por propia iniciativa. No se le sigue por una simple elección humana. Se requiere antes su llamada, que siempre es llamada de Amor directo y personal, de tú a tú. Por este don, a la vez que somos agraciados por Jesús, él nos capacita para seguirle¹³. Y, como este don es >a nosotros=, es decir, carisma común, nuestro seguimiento de Jesús es en comunión de vida: con Jesús y entre nosotros.

Caminamos en pos de Jesús -seguimiento-, participando el sentido y destino de su propio caminar. Mejor aún, él personalmente es nuestro Camino y nuestro caminar; es decir, la manera de vivir nuestra existencia y de ir realizando nuestro itinerario, día a día. El camino, el nuestro, es el caminar y avanzar cómo él, cumpliendo en plena fidelidad la voluntad del Padre. Esto es así porque él, con su Espíritu y su Gracia, se ha metido en nuestra vida y ha hecho, personalmente, de nuestro caminar, una ruta de "Emaús"... Como los Apóstoles hemos recibido, en el mismo don del seguimiento, el de proclamar la Buena Nueva a todo el mundo. Para vivir y conducirnos así, se nos ha dado una norma suprema: el Evangelio. Es el espejo en el que tenemos que mirarnos, reconocernos y trabajar nuestra identificación. Un trabajo y un aprendizaje personal y comunitario, inalienable y permanente, día y noche, sin intermisión. El Evangelio lo tenemos que incorporar a nuestro ser, vivir, trabajar, sufrir y gozar, relacionarnos, etc., de tal manera, que nuestro proceso vital sea una creciente revelación, personal y comunitaria, del mismo Evangelio. Tenemos que convertirnos en Evangelio viviente; A...para evitar la dicotomía entre vida religiosa y apostolado: vivimos el Evangelio, predicándolo; predicamos el Evangelio, viviéndolo"¹⁴. Y como el Evangelio lo personaliza Jesucristo, habremos de avanzar y progresar de modo que podamos decir de verdad cada uno de nosotros, a semejanza de Pablo: >yo vivo, pero no yo, es Jesús y su Evangelio, quien vive y se revela en mí=.

Desde estos supuestos, y en este enfoque y perspectiva, aceptamos y asumimos, convencidos y comprometidos, en actitud

¹³ "Seguir a Cristo en sentido estricto aparece en los Evangelios como un >carisma=, es decir, un modo especial de adherirse a él, por expreso llamamiento gratuito y personal suyo, que se caracteriza por unas exigencias extraordinarias derivadas de la totalidad y exclusividad de entrega que postula" (Manuel Orge, *Inspiración y fundamentación bíblica del carisma claretiano*, en NPVM., I, p. 229).

¹⁴ P. J. M^o Viñas, en NPVM., II, p. 96.

teologal, personal y comunitaria, cada vez más profunda y cualificada la exigencia de:

- ❖ Escuchar con toda docilidad la palabra con que el Señor nos llama a la perfección del Padre...
- ❖ Cumplir el mandamiento del amor fraterno que él mismo promulga...
- ❖ Ser fieles a la oración como él nos recomienda...
- ❖ Seguir las reglas de la vida apostólica que él nos propone...
- ❖ Participar, agradecida y vitalmente, de *las bienaventuranzas* proclamadas en su mismo Evangelio (cf. Mt 5, 1-12):
 - a los pobres de espíritu...
 - a los que lloran...
 - a los mansos...
 - a los que tienen hambre y sed de justicia...
 - a los misericordiosos...
 - a los limpios de corazón...
 - a los que trabajan por la paz...
 - a los que sufren persecución por la justicia...
 - a los que por su causa son injuriados...

La experiencia y enseñanza de nuestro Fundador sobre los contenidos evangélicos de cada uno de estos enunciados es tan abundante, clara y fecunda, que a nosotros nos provoca sorpresa, agradecimiento y emulación ilusionada...¹⁵.

¹⁵A ello nos puede ayudar la lectura de la Autobiografía, v.g. los nn: 130, 221, 222, 356, 374, 387, 421, 423, 428-437, 494, 648, 650, 658,679, 752, 754, 755, 782, 867.

CC 5 *Nosotros, respondiendo a esta divina vocación, hacemos nuestro el modo de vida de Jesús, que abrazó también en fe la Virgen María. De esta manera, nos proponemos representar en la Iglesia la virginidad, la pobreza y la obediencia de Cristo, dedicados a la predicación del Evangelio. Por la profesión de los consejos evangélicos, mediante votos públicos, nos entregamos a Dios y somos consagrados por El, formando en la Iglesia un Instituto verdadera y plenamente apostólico.*

Este número recoge un elemento esencial de nuestra identidad claretiana: *nuestra consagración religiosa*. La raíz es nuestra *vocación*. El enfoque es *apostólico*. El núcleo lo constituyen *los consejos evangélicos*. Los referentes son *Jesús y María*. La llamada de *Jesús* y la resonancia de su *Espíritu* es para Claret¹⁶, y para los suyos, como destinatarios de esta gracia, un carisma, que se proyecta históricamente y, con carácter comunitario, a través de *Claret, a todos y cada uno de los hijos de la Congregación*.

La relevancia de la vida consagrada por los votos religiosos ha sido distinta en la historia de la Congregación. En una época larga, previa al Concilio Vaticano II, tal vez fue excesiva su normativa y, quizá, en la siguiente, del posconcilio, penduló hacia el otro extremo.

Pero la radicalidad, consistencia y permanencia de los valores evangélicos que ahí están en juego no se pueden relativizar ni poner en entredicho. Ayer, hoy y mañana, el estilo o forma de vida: *virginal, pobre y obediente* de Jesús, de María, de los Apóstoles, de Claret y de innumerables seguidores fieles, está ahí, aquí, ahora, y sigue siendo gracia, llamada, carisma, presencia actualizada de Jesús por su Espíritu en medio de la Iglesia. Se sigue y seguirá dando en su Iglesia como inefable e irrevocable don de Dios Padre, en el Hijo por el Espíritu..., en medio y a pesar de todas las sequías vocacionales. Por supuesto, de manera distinta, con estilos y enfoques diversos, de lo cual ahora mismo, ya los hay variadísimos; pero siempre y en todas partes con unos contenidos evangélicos permanentes y unas referencias (a Jesús, María, los fundadores, etc.) que nunca se podrán soslayar.

¹⁶ "Nuestro Fundador se sintió llamado con fuerza por el Espíritu Santo a consagrarse enteramente a Cristo e imitar su vida en el anuncio del Evangelio. Como proyección de esta su vocación extraordinaria fundó esta Congregación. Su carisma de Fundador fue, pues, misionero, y tiene una expresión: el servicio o ministerio de la Palabra al estilo de los Apóstoles" (DC 10).

La razón está en que son constitutivos esenciales de la Buena Nueva del Reino; porque así los asumió Jesús en su vida y los proclamó con su palabra; porque están en las mismas entrañas del ser, del vivir y del hacer cristiano. Configuran la vida de Jesús en la tierra, que es la quinta esencia del Proyecto de Dios sobre la humanidad. Y no resta nada a su importancia en que dependan, en cada caso, de la libre llamada de Dios, de Jesús, y de la respuesta de los así llamados.

Este número habría que explicarlo partiendo de una frase que fácilmente se podría pasar por alto: *Asomos consagrados por El*". Ante todo y sobre todo: somos ungidos, agradados.

Él ha infundido su Espíritu en nosotros y nos ha adentrado en su Ser, para hacernos más suyos, más como él. Entre las distintas consagraciones por las que somos de Dios en la Iglesia, hay que poner de relieve la Consagración bautismal, primera y radical consagración cristiana, que nos hace, en la Iglesia, hijos en el Hijo, y hermanos en el Hermano..., con un nuevo ser en Cristo por el Espíritu y, como nuevas criaturas en Cristo para el Padre y para los hermanos¹⁷.

La Consagración bautismal nos abre a otras consagraciones en la Iglesia. A la Consagración bautismal es llevada a la plenitud por la Profesión religiosa, ya que nos asocia al Sacrificio Pascual de Cristo precisamente desde su consumación celeste, a la que tiende nuestra asociación a Cristo en el Misterio de su

¹⁷ "La consagración del bautismo nos ha convertido, por la regeneración y unción del Espíritu Santo, en casa espiritual y sacerdocio santo, para que, por medio de toda obra del hombre cristiano, ofrezcamos sacrificios espirituales y anunciemos el poder de Aquel que nos llamó de las tinieblas a su admirable luz" (I Petr 2, 4-10). Por ello, todos los discípulos de Cristo, perseverando en la oración y alabando juntos a Dios, nos ofrecemos a nosotros mismos como hostia viva, santa, grata a Dios (Rom 12, 1) y damos testimonio por doquier de Cristo, y a quienes lo pidan damos también razón de la esperanza de la vida eterna que hay en nosotros (1Pe 3, 15; cf. LG 10)" (VR 37).

Muerte y Resurrección” (VR 38). La consagración religiosa supone la llamada específica del Señor a ser y vivir de él, con él y para él *de una manera especial*. La llamada es del Señor y de él la gracia de la Consagración. Él es el que nos consagra, nos unge con su gracia. Somos consagrados.

El texto ha evitado *nos consagramos*. Ha puesto *nos entregamos*. Sólo Jesús podía consagrarse a sí mismo: consagrar su humanidad desde su divinidad y, a la vez, ser consagrado, en su humanidad, por el Padre y el Espíritu. Nosotros no podemos consagrar-nos, no tenemos esa capacidad; a no ser que el mismo Jesús, entre en nosotros y se haga uno con nosotros en nuestra respuesta a la previa y gratuita unción que hemos recibido de su Espíritu. Entonces, nos consagramos en Jesús y con Jesús al Padre, en unidad de acción con la consagración que Jesús hace de nosotros, en nosotros y con nosotros, al Padre. Así le devolvemos al Padre en y desde Jesús, en y con su Espíritu, lo que del Padre, gratuitamente hemos recibido: su misma gracia y santidad.

En nosotros, la Profesión-Consagración, se formaliza en los votos públicos de castidad, pobreza y obediencia¹⁸. Aquí, público significa eclesial. Es en la Iglesia y de la Iglesia, ante Dios y para Dios, en medio de los hombres y para bien del mundo. A la esencia de la vida consagrada por la Profesión es ser Signo de la vida de allá, vivido en la Iglesia y para toda la Iglesia, y aun para toda la humanidad (cf. LG 44). Es, por tanto, una presencia del poder del Cristo >Kyrios= y de la infinita potencia de su Espíritu, que tomando al religioso le impulsa a una donación tan amplia como el amor de Cristo y el fuego del Espíritu” (VR 39). El amor de Cristo y el fuego del Espíritu están ahí, en el corazón del llamado a la vida misionera-claretiana, para, desde las raíces, purificarlo todo, transformarlo todo. Esta presencia y poder vivificante de Cristo y de su

¹⁸ “Los votos en nuestro carisma. En nuestra Congregación los primeros misioneros se entregaron al seguimiento apostólico de Cristo de una manera tan integral como sencilla. Bajo la acción del Espíritu que había inspirado esta donación, fue ella explicitándose, primero en una consagración al servicio especial de Dios y del Inmaculado Corazón de María” con un juramento de permanencia y la promesa de vivir los consejos evangélicos; luego, esta promesa fue elevada por la Iglesia a estado canónico consagrado a Dios (cf. LG 45) y la misma Iglesia incorporó a su Misión el “servicio especial” apostólico del Instituto” (VR 43).

Espíritu va consagrando nuestro ser y vivir en un proceso ascendente -y (ojala! que, ininterrumpido- hasta que logre su plenitud. De suyo, cada uno de los votos: castidad, pobreza, obediencia, en su radicalidad y pretensión implican la plenitud evangélica. Algo parecido a las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, con las que guardan una sintonía intrínseca y vital. En cada uno de los votos se expresa a la vez, y en correlación dinámica: el don de gracia y la respuesta al mismo don. La castidad, en su plenitud, implica la plenitud de la pobreza y la obediencia; y viceversa con cada una. En el otro extremo, también se da la correlación. La vivencia muy deficiente de uno de los votos, incluye esa deficiencia en los otros dos. No hablamos aquí, de dificultad o no para >cumplir=. Se trata de otra cosa: la riqueza carismática y la fidelidad.

En la identidad de nuestra vocación-consagración claretiana entran los tres votos de castidad¹⁹, pobreza²⁰ y obediencia²¹, de una manera esencial. La

¹⁹ “El Misionero del Inmaculado Corazón de María debe estimar el sentido y valor apostólico de su castidad consagrada, no sólo porque dispone al amor perfecto de Dios, y de los hombres redimidos con su sangre, sino también por la fecundidad y eficacia que añade al ministerio apostólico (cf. LG 42; PO 16). La castidad es un tesoro encerrado en frágiles vasos (cf. 2 Cor 4, 7). Hemos de guardarla y defenderla con esmero sin olvidar la condición de nuestra naturaleza y que la carne milita contra el espíritu. A sin presumir de sus propias fuerzas, pongan su confianza en el auxilio divino, practiquen la mortificación y la guarda de los sentidos” (PC 12)” (PE 70-71). A para que la castidad de nuestros religiosos pueda crecer y robustecerse ha de ser pronta, total, firme, confiada, fuente de alegría que sostenga el celo misionero, fundada en una sólida y profunda piedad. Ello, por otra parte, exige que los religiosos se ejerciten, más aún que los otros fieles, en obras de penitencia y de mortificación (cf. ES 22 y PC 12)” (PE 70-71).

²⁰ “...los hijos de San Antonio María Claret tenemos que recuperar el sentido de pobreza que él tuvo y practicó tan estrechamente considerándola como un elemento primordial de su vocación apostólica. Para imitar a Cristo y a los Apóstoles no quería poseer nada, ni buscaba ninguna recompensa material por sus trabajos apostólicos. Vivía de limosna y gustaba de tratar con los más sencillos y humildes, sin apoyarse nunca en el poder ni en la ostentación. Con su vivir y actuar pobremente quería oponerse al creciente materialismo que comenzaba a desarrollarse en su época y evitar las objeciones de los necesitados contra el valor y la veracidad de sus ministerios. En sus empresas no aparecía ningún interés material, sino sólo el deseo de servir mejor a la difusión del Evangelio y de llegar con su influencia a círculos más amplios” (PE 76).

²¹ “San Antonio María Claret, modelo siempre de suavidad y ponderado al dictar las Reglas de nuestro Instituto, adopta un tono exigente cuando habla de la obediencia. Quiere que seamos en ella perfectos desde el principio (Const. I, 108), que los estudiantes, en todo lo que no sea pecado, obedezcan con prontitud, sin quejas ni muestra alguna de disgusto (Ibid. 123), quiere, por fin, que por amor de Jesucristo hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz” (Fil 2, 8) obedezcamos todos en todas las cosas, aun en las no

vivencia de estos carismas en Claret es portentosa... Para nosotros, una motivación que podemos y debemos activar diariamente, y un lugar permanente de confrontación vital, personal y comunitaria.

La integración y armonía de los elementos y dinamismos de cada uno de los votos, que va creciendo y madurando en nosotros, no se puede entender sin el elemento: misión. Vocación-consagración-misión: una raíz y dos polos en íntima y permanente correlación dinámica. En nuestra vocación se exigen y reclaman mutuamente; se potencian mutuamente; maduran logrando la integración en unidad de vida y acción. Una realidad carismática y una fidelidad. Un don vocacional del que surgen, como en abanico, innumerables donaciones y gracias, y a los que hay que proporcionar, con respuestas adecuadas, su crecimiento y plenitud, trabajando su unidad en la diversidad. Para todos y cada uno de nosotros, y de por vida, es quehacer formativo prioritario, y es fidelidad, a veces difícil, en apuesta y compromiso hasta el final²².

obligatorias y difíciles a una simple insinuación de la voluntad de los Superiores (Const. II, 19). Todo ello debe entenderse sin excluir el diálogo y la cordialidad que debe mediar entre los Superiores y sus hermanos" (PE 91).

²²La importancia para cada uno de nosotros, los Claretianos, de ir realizando vitalmente esta síntesis entre vida consagrada y misión, se pone de relieve en los documentos de numerosos capítulos generales (cf. NPVM., II, p. 90, nota 92).

CC 6 Hemos de ser en la Iglesia esforzados auxiliares de los Pastores en el ministerio de la palabra, empleando todos los medios que nos sean posibles para extender por el mundo entero la Buena Nueva del Reino. Profesamos amor y obediencia, incluso en virtud del voto, al Supremo Pastor para bien de todo el Cuerpo de Cristo. En comunión con los Obispos y bajo su dirección pretendemos servir a la edificación e incremento de la Iglesia.

Hemos de ser esforzados auxiliares. Profesamos amor y obediencia. En comunión y bajo su dirección. Así se propone nuestro quehacer en la Iglesia en referencia a, y en dependencia de >los Pastores=: el Supremo Pastor y los Obispos, respectivamente. Al fondo de este número está nuestro ser, vivir y hacer: en Cristo y en la Iglesia, de Cristo y de la Iglesia, desde Cristo y desde la Iglesia, por Cristo para Dios en la Iglesia. Ahí surge y ahí se desarrolla nuestro ser y vocación – consagración - misión cristiana y claretiana. Ahí, en su Iglesia y por mediación de sus pastores, tal como lo ha querido el Señor Jesús, tiene lugar nuestro envío en su nombre. Ahí, y según eso, tiene lugar nuestra tarea misionera, al estilo de Claret. En el Cap. X de la Iª Parte de su Autobiografía nos habla: A Del cuidado que tenía que el prelado me mandase a predicar, porque estaba bien convencido de la necesidad que tiene el misionero de ser enviado para hacer fruto”. No vamos ni actuamos en nombre propio, sino en nombre de Jesús ²³ y de su Iglesia, aceptando y secundando las orientaciones de aquellos por los que Jesús nos manifiesta su voluntad. No estamos en una tarea simplemente humana que tiene en cuenta tan solo los elementos naturales y humanos, y para la cual, el elemento fe, basta que con sea humana. No. Estamos ante una tarea-función-misión que, ante todo y sobre todo, es de Dios y para Dios. Es del Señor Jesús y para su obra. El contexto de este hacer es el Misterio de la Salvación. Por ello, no nos basta la fe humana, la fe en lo humano y en los humanos, que se nutre del conocimiento y discernimiento de la realidad y dinamismos humanos para elaborar un proyecto y unas tareas humanas personales y colectivas. Estamos ante y en el proyecto de salvación de Dios, que ha querido realizarlo en Jesús y a través de sus Apóstoles, sus sucesores y todos los evangelizadores unidos a ellos en su Iglesia. Por tanto, se trata de acertar

²³ El mismo Jesús nos dice: A No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado a que vayáis y deis fruto y un fruto que permanezca” (Jn 15, 16).

con la clave para interpretar cómo ser misionero en nombre de Jesús en su Iglesia. Y parece que la clave es hacerla *en fe y obediencia*. Pero hay que dar otro paso más, y no fácil. En la Historia de la Revelación, *la fe y la obediencia* se ha configurado como Alianza. La Alianza entraña *el encuentro y el diálogo*. En el AT. se realizó a través de la Ley y los Profetas. En el NT. se realiza en Jesucristo. Por esta Alianza en Cristo; por este encuentro y diálogo en Cristo, libre por parte de Dios y por parte del hombre, se alcanza la Comunión definitiva con Dios en Cristo por el Espíritu, que es la finalidad de todo el Proyecto de Salvación de Dios.

Esto quiere decir que el envío y la misión, en fe y obediencia, *necesitan ser interpretados*. Pero yo no lo interpreto bien si me cierro en mis criterios racionales, y me salga del ámbito y del enfoque de fe y de obediencia que siempre están ahí, exigiendo la *aceptación de sus mediaciones*. A la vez, hay que poner en juego todas las facultades, energías y dones o carismas humanos, personales, grupales, institucionales; para mejor, no más fácil, ver realmente la voluntad de Dios sobre las personas, las circunstancias y situaciones concretas, y sobre las misiones a realizar... Tenemos en nuestro haber las muchas, importantes y ricas luces que, a partir del Vaticano II, hemos recibido para mejor interpretar nuestra vida consagrada y mejor servir a la misión. Ahora nos enriquece considerar: la Iglesia-Comunión y la misión compartida²⁴. Ahí y así se nos pide realizar la misión por el ministerio de la Palabra para extender por el mundo entero la Buena Noticia del Reino, y servir a la edificación e incremento de la Iglesia en actitud de fe y obediencia.

²⁴ “Conviene favorecer la colaboración de los nuestros con todos los sectores del Pueblo de Dios, del modo más congruo y conveniente para aportar al bien de toda la Iglesia los dones que hemos recibido del Señor. Encaja perfectamente con la más auténtica tradición del Instituto: A amen fraternalmente a los miembros de Cristo, reverencien y amen con su espíritu filial a los pastores, vivan y sientan más y más con la Iglesia y conságrense totalmente a la misión de ella” (PC 6)” (PE 43). Cf. también: PE 39-45, y Directorio, 27, 28, 30, 31.

CC 7 Formamos la Congregación presbíteros, diáconos, hermanos y estudiantes, compartiendo todos la misma vocación. Y todos nos congregamos en la misma comunidad, realizamos la misma misión y según el don del propio orden y la función de cada uno en la Congregación, participamos de los mismos derechos y obligaciones que dimanan de la profesión religiosa. Han recibido también un don apostólico otros que de modos diversos están en comunión con nuestra Congregación.

En este número podemos apreciar ámbitos diferentes: 1) La Congregación; 2) aquellos otros círculos expansivos con los que tenemos una especial sintonía por el don apostólico que han recibido o por la afinidad de su espíritu misionero.

En cuanto a lo 1) podemos considerar:

a) La riqueza común en los miembros de la Congregación. Hay entre todos y para todos y cada uno, un mismo don vocacional y misionero que se define y se expresa por la misma profesión, con la cual entramos a participar de las mismas riquezas y responsabilidades, de los mismos derechos y deberes en el Instituto. Todos y cada uno tenemos, por la misma profesión, la misma constitución base de pertenencia y referencia. No sólo por la misma consagración religiosa como tal, sino porque, para todos y cada uno de nosotros, los Misioneros Claretianos, esa consagración que expresamos en nuestra profesión, está toda ella y en sí misma, transida por el carisma misionero claretiano, que nos define a todos por igual²⁵.

b) Desde esa base o plataforma común e igual para todos y cada una de los Claretianos, hay que aceptar y acoger, los dones y carismas distintos, concedidos también a los miembros de la comunidad y para la misión común, pero que el Señor concede en forma diversa y no igual a todos como el sacerdocio o el diaconado, y que también exigen una dotación específica y su propia preparación. En el texto se indica con estas palabras: Asegún el don del propio orden y función de cada uno”²⁶.

²⁵ “Todos los miembros del Instituto se unen entre sí por la unidad del común en el ministerio misionero de la Palabra. Aún entregados a diversas actividades apostólicas ejercen un sólo ministerio y realizan conjuntamente un aspecto de la misión salvífica de la Iglesia: el servicio misionero de la Palabra para la edificación del Cuerpo de Cristo” (DC 30).

²⁶ a) En conformidad con el propósito del Fundador y con la enseñanza de la Iglesia, nuestra comunidad se compone de clérigos y laicos que comparten un único proyecto misionero que los asocia íntimamente en la vida, la acción apostólica y las obras comunes de la Congregación para el servicio del Reino (CC 7).
b) En la Congregación se reconocen tres categorías estables de

c) Desde esa base vocacional, común y plural, que forma un proyecto fundamental de vida y misión claretiana, desde la ordenación ministerial y el sacerdocio común laical, hay que aceptar y acoger los innumerables y variadísimos dones y carismas sembrados por el Señor en cada uno de los miembros de la Congregación, con independencia de su carácter laical o sacerdotal. El Espíritu distribuye sus dones como a Él le place y, por supuesto, no se atiene a nuestros criterios. No sabemos hasta dónde puede llegar la obra sorprendente y maravillosa del Espíritu en la persona de apariencia más pobre y sencilla; tampoco sabemos quien de nosotros es más acepto al Padre y más misionero en la Iglesia de su Hijo. Esto nos sugiere que la realidad profunda de nuestra vocación de comunión y misión puede convertirse en un permanente aprendizaje de crecimiento en el amor mutuo y en la entrega misionera.

En cuanto a lo 2). Otros están en comunión con nosotros por el don apostólico que han recibido. Habría que pensar en lo que ha significado y sigue significando en la Iglesia la multiforme gracia del don carismático del P. Fundador, que se ha ido diversificando como en distintas ramas y que llamamos Familia Claretiana... Además, en cada situación misionera, podemos encontrar personas: sacerdotes, religiosos, seglares, movidos por la misma fuerza del Evangelio y con los que nos sentimos llamados y unidos para compartir y proclamar el anuncio de la salvación.

personas: Hermanos, Diáconos permanentes y Presbíteros.
c) Cada una de estas tres categorías expresa una vocación completa desde el punto de vista eclesial y religioso y, al mismo tiempo, con su don peculiar enriquece la índole pluriforme de nuestra comunidad y la capacita para su servicio misionero” (Directorio, 252). Cf. ib., nn. 252-254).

CC 8 *La fundación de la Congregación se atribuye a la intervención de la Santísima Virgen, a quien tenemos como Patrona bajo el título de su Inmaculado Corazón. Siendo y llamándonos Hijos de su Corazón, la veneramos con amor y confianza. Y nos entregamos a Ella para ser configurados con el misterio de Cristo y para cooperar con su oficio maternal en la misión apostólica.*

- 1) María, inspiradora de la Congregación: Fundadora..., Patrona...
- 2) Claret-Fundador, se identifica como Hijo del Inmaculado Corazón de María
- 3) Nosotros, Somos y nos llamamos Hijos del Inmaculado Corazón de María. Identidad...
- 4) Nos entregamos a Ella para ser configurados con Cristo, y cooperar con su oficio maternal en la misión apostólica.

1) María, inspiradora de la Congregación: Fundadora..., y Patrona

AEI P. Fundador afirmó categóricamente en los Ejercicios de 1865, que la Virgen María había fundado la Congregación²⁷. AVuestra es la Congregación. Vos la fundasteis:)no os acordáis, Señora, no os acordáis? Lo dijo con tal acento y naturalidad que se echaba de ver recordaba muy al vivo en aquel momento el precepto, las palabras y la presencia de la Madre de la Madre de Dios²⁸

Desde los orígenes de la Iglesia el Espíritu la va dotando y enriqueciendo con los innumerables y riquísimos dones y gracias de Cristo... A algunos de estos dones los llamamos carismas, inspirados por el Espíritu en hombres y mujeres, (Fundadores), para que los encarnen en la humanidad a lo largo de la historia, formando familias espirituales, en conformidad a la llamada a vivir, compartir y proclamar juntos, esos dones y riquezas del Espíritu. De esta manera se articulan estos tres factores: a) El origen y fuente de los dones: el Espíritu Santo; b) la mediación personal de esa donación: el/la Fundador/a, diríamos que son como los que dan cuerpo a la encarnación del carisma; c) La Fundación con su carácter de familia espiritual-apostólica. Este esquema se puede considerar común a la creación de todos los institutos. En el nuestro también se da: Origen: El espíritu; cuerpo-mediación: Claret; Fundación:

la Congregación.

Sin embargo hay que poner de relieve lo que indicamos al inicio de esta reflexión. Claret fue nuestro Fundador. Pero él mismo dice que la Fundadora fue María.)Qué nos sugiere esto? Pues, entre otras cosas, las siguientes:

- ❖ Que María tuvo una intervención muy especial en el Carisma fundacional que el Espíritu Santo concedió a Claret: La preparación y contexto fue la extraordinaria experiencia del influjo del Corazón de María en la propia vida de Claret, ya desde su misma infancia²⁹.
- ❖ Que la presencia y acción de María en Claret, entrañable y rica, y la respuesta permanente de este, plenamente agradecida y confiada, crea una correlación materno-filial inefable y portentosa³⁰. María es todo para Claret después de Jesús, aunque este después no se pueda interpretar como separado. Claret es todo para María, no después de Jesús, sino en Jesús y para mejor ser, absoluta e incondicionalmente, todo de Jesús y para Jesús.
- ❖ Que la inseparable presencia y acción de María en la vida y Obra de Jesús, no es para Claret, una simple, buena e importante teoría; sino una realidad vital, una riqueza que él lleva y cultiva, ferviente, armónica y continuamente, en lo más hondo de su corazón. Así llega a descubrir y encontrar el tesoro escondido, la perla preciosa de esa relación con María, al *sentirse, ser y llamarse: Hijo del Inmaculado Corazón de María*. Y así seguirá descubriendo las inconmensurables riquezas y gracias que este *ser, sentirse, vivirse y llamarse, entrañan*.

²⁹ (Cf. Aut 3, 5, 43, 44, 47, 50).

²⁷ P. J. M^o Viñas, NPVM., II, p. 142.. ALa Santísima Virgen ha fundado su sagrada Congregación para que su Corazón sea el Arca de Noé, la Torre de David, ciudad de refugio y el sagrario propiciatorio" (Ms Claret, X, pp. 75-76: CCTT p. 602).

²⁸ P. Clotet, cf. *Notas para Anales*, Variedades, 1885, p. 179.

³⁰"Como amaba a María Santísima como a su tierna y cariñosa Madre, siempre pensaba qué podría hacer en obsequio suyo. Se le ocurrió que lo que debía hacer era leer y estudiar la vida de San Juan Evangelista e imitarle. Al efecto, vio que este hijo de María, dado por Jesús desde la Cruz, se había distinguido por sus virtudes, pero singularmente por la humildad, pureza y caridad, y así las iba practicando este joven estudiante" (cf. EA, p. 413).

2) Claret-Fundador, se identifica como Hijo del Inmaculado Corazón de María

Esta realidad filial llega a ser algo constituyente en la vida y obra de Claret. Un rasgo significativo de su propia identidad vocacional-misionera. A la vivencia intensa de la filiación cordimariana fue característica de nuestro Santo Fundador que se reconocía hijo de la Virgen formado por ella en la fragua de su amor” (cf. Aut. 270).

Claret se va introduciendo en la dimensión de la filiación cordimariana: a) mediante la lectura y el estudio de la riqueza de la persona y misión de María, y, sobre todo, b) por la experiencia personal de su íntima relación filial con María, Madre del Amor³¹. Explicitamos un poco estos dos aspectos:

a) Por la lectura y el estudio va adquiriendo un progresivo conocimiento de María, Madre de Jesús y Madre nuestra. En su Corazón ve honda y vigorosamente simbolizada la persona de María, con todas las dimensiones y riquezas de su personalidad y de su misión, enteramente unida en la obra salvadora de su Hijo³².

³¹Claret se identifica como hijo de María, formado en su Corazón. Así lo explica J. M. Lozano: "San Antonio María Claret ha sido sobre todo sensible a la Maternidad espiritual de María. Cuando intenta enumerar los títulos de la Virgen, el de Madre aparece infaliblemente en primer lugar. Todos los escritos del Santo están por otra parte llenos de invocaciones a la Madre del cielo" (*Un Místico de la acción*, Cocolsa, Madrid, 1964, p. 182).

³²"En el corazón de María se han de considerar dos cosas: el corazón material y el corazón formal, que es el amor y voluntad. El corazón material de María es el órgano, sentido o instrumento del amor y voluntad; así como por los ojos vemos, por los oídos oímos, por la nariz olemos y por la boca hablamos, así por el corazón amamos y queremos..." (cf. EE pp.499s).

AComo Dios destinó a María para ser Hija, Madre y Esposa del mismo Dios, de aquí se infiere qué Corazón le daría y con qué gracias lo adornaría (...). (Oh qué cúmulo de gracias, virtudes y otras disposiciones se agrupan en aquel santísimo y purísimo Corazón" (cf J. M0 Lozano: *El Corazón de María...*, p. 105). ADios la dotó de un Corazón inmaculado, purísimo, castísimo, humildísimo, mansísimo, santísimo, pues que de la sangre salida de este Corazón se había de formar el cuerpo del Dios humanado" (Carta a un devoto, cf. BAC, p. 770).

"El corazón de María reúne estas propiedades y muchas otras más: El corazón de María no sólo fue miembro vivo de Jesucristo por la fe y la caridad, sino también origen, manantial de donde tomó la humanidad. El corazón de María fue templo del Espíritu Santo y más que templo, pues que de la preciosísima sangre salida de este inmaculado corazón formó el Espíritu Santo la humanidad santísima en las purísimas y virginales entrañas de María en el grande misterio de la encarnación. El corazón de María ha sido el órgano de todas las virtudes en grado heroico, y singularmente en la caridad para con Dios y para con los hombres. El corazón de María es, en el día, un corazón vivo, animado y sublimado en lo más alto de la gloria. El corazón de María es el trono en donde se dispensan todas las gracias y misericordias"(EE pp.

b) Desde el delicado, cordial, tierno y permanente cultivo interior de su filiación, adquiere una experiencia y una sabiduría espiritual mariana singularmente rica ³³. Tenemos un texto suyo que nos habla de la dimensión y dinámica de los sentimientos, y de la actividad de las potencias del alma. Podemos ver en ello como una síntesis personal de las actitudes filiales por las que nos identificamos con el mundo interior de María-Madre, sumergiendo nuestro corazón en el suyo. Dice Claret de esta devoción: Apara ser digna de Ella (María) y provechosa a nosotros debe abrazar tres sentimientos: 11 un sentimiento de respeto y veneración, proporcionado, en lo posible, a su sublime dignidad de Madre de Dios; 21 un sentimiento de verdadera e ilimitada confianza en su poder y bondad, acudiendo a ella como a nuestro refugio y amparo en todas nuestras necesidades; 31 un sentimiento de amor tierno y filial correspondiente a la maternal ternura con que ella nos ama, protege y socorre. Con el entendimiento hemos de meditar las excelencias de tan privilegiada criatura, su dignidad, su santidad, su bondad, su poder, todos sus títulos y privilegios. Con la voluntad hemos de encender en nuestro corazón una inextinguible hoguera en torno de tan amable y amante Madre de Dios y de los hombres. Con la memoria hemos de recordar sin cesar sus nunca interrumpidos favores y beneficios que tan digna la hacen de nuestra gratitud y de

500-501).

³³La comprensión del Corazón de María como Templo de Dios o del Espíritu lleva al P. Fundador a adentrarse y vivir en y de la riqueza inefable de ese Corazón con una relación filial revestida de rasgos y actitudes de íntima comunión en el amor y en un proceso de semejanza e imitación "En el sermón de 1847 aludía a ello sólo a través de ciertas imágenes con sabor a letanías: Templo de Salomón, trono de marfil, trono de la gracia. En cambio, la oración final de la novena, escrita por el mismo tiempo, explicaba el sentido de estas alusiones: 'habitación de Dios, trono del Altísimo desde donde se dispensan todas las gracias, sagrario de la Divinidad'. 'Por Corazón de María entendemos... la habitación de Dios. Dominus tecum. (Su) Palacio: Sapientia aedificavit sibi domum', dicen unas notas autógrafas. Y repite en la Carta a un devoto: 'El Corazón de María es el templo del Espíritu Santo... el trono donde se dispensan todas las gracias y misericordias'" (J. M0 Lozano, *El Corazón de María en S. Antonio María Claret*, Colección >Cor Mariae, 18, Cocolsa, Madrid, 1963, 104-105); "Pediré a María Santísima una caridad abrasada y una unión perfecta con Dios, humildad profundísima y deseos de desprecios" (Aut 749). Pero, más allá de la imitación externa, lo que Claret busca y pide es la comunión íntima con Jesús y con María, hasta llegar a una verdadera identificación de corazones. Así lo expresa en uno de sus opúsculos del año 1847: "(Oh Corazón de Jesús! (Oh Corazón de María!, a quienes hirió aquella terrible lanza, arrancad mi corazón y juntadlo con el vuestro, para que sea un corazón honesto, un corazón paciente y un corazón humilde, un corazón que se derrita en amor de Dios y del prójimo".

nuestros cultos". Cf. Bermejo, Antología espiritual..., n1 121).)Cómo no ver en esta descripción un resumen del ejercicio filial del corazón de Claret ante el Corazón de María?

3) Nosotros somos y nos llamamos Hijos del Inmaculado Corazón de María.

Nos llamamos porque lo somos. Este nombre especifica nuestra propia identidad e identificación en la Iglesia. No sólo nos llamamos, es que, realmente, lo somos. Y,)qué significa que realmente lo somos? ³⁴. Para iluminar esto hay que integrar dos dimensiones: la teológica, y la vivencial. Damos tan solo unas pinceladas.

La teológica la vemos insinuada en las palabras de Juan Pablo II a los Claretianos: AEn la doctrina del Concilio Vaticano II sobre María, Madre de Dios y Madre de la Iglesia, tenéis un fundamento doctrinal de este espíritu mariano que vuestros teólogos y maestros del espíritu deberán ahondar y desarrollar aún más" (J. P. II, XX Cap. Gral., Roma, 1985). Con gratitud y gozo en el corazón podemos decir que, ambas cosas, la doctrina de la Iglesia y la reflexión de nuestros teólogos y maestros nos ha iluminado y enriquecido sobremanera esta nuestra dimensión cordimariana durante los años del posconcilio. Un primera síntesis se logró ya en nuestro Capítulo General de 1967. Se aportaron unas reflexiones teológicas esclarecedoras. En PE, nn. 17, 18, 19, encontramos una extraordinaria densidad doctrinal de este elemento cordimariano de nuestra vocación e identidad claretiana.

Las formas vivenciales y apostólicas se revelan en cómo vivió y actuó nuestro P. Fundador; cómo han vivido y actuado sus hijos a través de la historia de la Congregación; y cómo se sigue revitalizando en la mente y el corazón de los Claretianos. Hablando en nombre suyo y de los llamados al Instituto bendecía a Dios por haberse dignado: Aescoger a vuestros humildes siervos para hijos del Inmaculado Corazón de vuestra Madre" (Aut. 492); y bendecía a María, por las finezas de su Inmaculado Corazón al

³⁴ Cuando de una persona decimos: es hijo de..., estamos indicando el origen o procedencia, y aquello que ha recibido y constituye el fundamento biológico y temperamental de su personalidad: rasgos peculiares y específicos que configuran su ser y le hacen vivir y actuar, de una manera determinada. Le identifican.

habernos tomado por hijos suyos (cf Aut 493).

El ser Hijos del Corazón de María pertenece sin duda al carisma de la Congregación. La piedad filial es la vivencia de esa nota cordimariana y la respuesta connatural a la misma" (PE 18) : ADada la intensidad con que en la vida mística de nuestro Fundador destaca la figura de María y la vivencia de su misterio, es evidente que el aspecto mariano (cordimariano) forma parte esencial de nuestro *Carisma* y constituye un rasgo insoslayable de nuestra *espiritualidad"* (Cap. Gral. 1973, VR., 7f). Claret se valió del Rosario, porque, decía, Ael que lo reza entero recuerda y medita un día lo que la Iglesia celebra en sus fiestas por el decurso del año" (Colegial I, 277). Es decir que el Rosario nos hace vivir el misterio pascual. Nos presenta el misterio de Cristo y de la Iglesia a través de la figura y el misterio de María. Pablo VI nos ha dicho que Anos enseña a hacer de Cristo el principio y el fin de toda nuestra vida sobrenatural" (13 de mayo de 1965). El Capítulo subraya esta faceta tan unida al apostolado cordimariano del Instituto y la reconoce como preciada herencia de nuestro Santo Padre Fundador" (PE 18); Cf. Pablo VI al Cap. Gral 1973.

Juan Pablo II a los Claretianos, en el Cap. Gral. de 1985 sobre el modo de ser y de sentir del Fundador, y nuestro, hablaba de: ASu clara conciencia de ser Hijo del Corazón de María y de ser, en manos de Ella un instrumento de salvación (...). Esta conciencia está en la base, no solamente de la actividad apostólica del Santo Fundador, sino también y de manera específica, como cimiento de la fundación misma de vuestro instituto. A lo largo de vuestra historia, este carácter de filiación cordimariana ha permanecido siempre como un elemento importante de vuestra espiritualidad y acción evangelizadora. No permitáis que se debilite"³⁵. No permitiremos que se debilite si mantenemos esa conciencia y cultivamos la vivencia plena de nuestra identidad-identificación vocacional³⁶.

³⁵ Cf. J. M0 Viñas, NPVM, p. 144.

³⁶ "Ya pasó el tiempo de esperar sólo en fórmulas que nos *definan+ y por las que *nos identifiquemos+. Se impone una conversión para reconocer y acoger, a partir de los desafíos de la época, el don de Dios, que es vida y se hace historia personal y comunitaria, que es un don para los demás, a fin de entrar de lleno en ese proceso de identificación. La conciencia, pues, de la llamada y la exigencia de la respuesta, mantenidas en plena lucidez y en máxima

4) Nos entregamos a Ella para ser configurados con Jesucristo³⁷ y cooperar con su oficio maternal en la misión apostólica.

a) Nos entregamos a Ella para ser configurados con Jesucristo:

La conciencia profunda de ser María, lugar personal, existencial, sacramental de la presencia y acción de su Hijo Jesús, del Cristo de la Muerte y de la Vida, del Misterio del Cristo pascual, nos lleva a aceptar, acoger y entregarnos a María. Ella es en nosotros y para nosotros realidad personal-maternal, cristificante.

De una manera especial para nosotros los Hijos de su Corazón, para ti, para mí, la aceptación, la acogida y la vivencia del amor maternal de María en nuestro corazón filial, nos lleva a asemejarme a Ella. "Aque refulge como ejemplar de virtudes para todos los elegidos" (LG 65). Nos lleva a imitarla en sus actitudes plenas de fe, obediencia, amor y entrega total a la persona y obra de su Hijo, desde su total disponibilidad en la Anunciación hasta su plena configuración con su Hijo Crucificado en el Calvario.

Como Claretianos, desde el mismo don de nuestra filiación cordimariana, estamos especialmente dotados para acercar nuestro corazón al Corazón de María, nuestros deseos y sentimientos a los suyos, nuestras ilusiones y proyectos a los suyos, nuestras preocupaciones a las suyas, nuestro amor al Amor de su Cora-

corresponsabilidad, dan la clave para la comprensión de la pertenencia. Es muy difícil vivir gozosamente, entrelazando el propio destino personal con el de los demás, sin la experiencia originaria del *amor primero+ (1 Jn 4,10),, que dé coherencia a la historia irrepetible e indeclinable de nuestra común vocación-misión. La cual indica un saberse distintos, sí, pero presentes y generosos los unos con los otros en el mismo quehacer y en el mismo proyectar al servicio de todos los hombres.

Este proceso sólo tiene garantías de autenticación cuando asume las mediaciones y solidaridades humanas, eclesiales y congregacionales. Ser claretianos es para nosotros el modo concreto de ser hombres, cristianos, religiosos, sacerdotes y apóstoles. Es revivir en comunidad el itinerario espiritual y la preocupación fundamental de Claret por servir y edificar la Iglesia con el ministerio de la Palabra, anunciando el Reino de Dios. Toda nuestra vida, consagración-misión, queda configurada por este carisma ofrecido y compartido en comunidad. En virtud de esta gracia podemos y debemos renovar nuestras obras y estructuras. Y sólo si se hallan impregnadas del mismo espíritu de Claret, de nuestro don y de nuestra herencia, podemos llamarlas claretianas" (Doc Cap. XIX (1979) MCH), nn. 131, 132).

³⁷ Ver el tema de la Configuración con Cristo más ampliado en el comentario al Cap. VI.

zón... Como nos dicen nuestros documentos: ACorazón de María significa ante todo la perfección de la Virgen, pero la palabra misma *nos centra en el alma y espíritu de María* que exultaba en Dios su Salvador. La devoción al Corazón de María *nos introduce* en lo que es principio o raíz de la vida interior de María o, si se quiere, en su vivencia de los dones con que plugo a Dios enriquecerla cuando en cuerpo y alma la preparó para que fuese digna Madre suya. *Penetrando en el Corazón de María descubrimos* la presencia única de Dios en la Virgen y las singulares relaciones que la unen con las tres divinas Personas; la plenitud de gracia maternal que la asocia al misterio de salvación; la perfección suma de la Virgen en el orden afectivo, moral y sobrenatural; la alteza, en fin, de sus virtudes: fe, obediencia, religiosidad, disponibilidad absoluta >nullo retardata peccato= para abrazar la misión que Dios le confió. Esta comunión con el espíritu de María nos lleva a participar mejor en los misterios de Cristo, porque es cierto que María conocida y amada >lleva siempre a su Hijo y, por Él, al amor del Padre= (LG 65)" (PE 17).

A esta configuración con Cristo nos lleva, pues, nuestra relación filial y entrañable con María. Ella, como Madre y Maestra, presente y actuando en nosotros, dispone nuestra mente y nuestro corazón para asumir definitiva y vitalmente la clave del vivir de Jesucristo y que se revela en su Evangelio. Nos urge a cada uno, entre otras cosas, a aceptar las dificultades, las pruebas, la enfermedad, el sufrimiento, etc., desde el Cristo que vive y sufre en nosotros... Si yo antes de ser mío, y en sentido mucho más radical, soy de Cristo, entonces, mi dolor, mis trabajos y cansancios, mis preocupaciones y angustias, son de Cristo antes y más que míos. Los padece Él conmigo... Sólo desde mi ser y vivir en Él y desde Él, con María y como María, soy capaz de hacerme eucaristía vital, existencial, con Cristo ante el Padre por y para la salvación del mundo...

b) Nos entregamos a Ella para cooperar con su oficio maternal en la misión apostólica:

Somos, pues, vocacionalmente urgidos a vivir dentro del Corazón de la Madre, fogueados por la llama de Amor de ese Corazón maternal, forjados en esa fragua, informados por las ac-

titudes virginales y maternas de ese Amor, purificados y transformados por la virtud de ese Amor, para vivir centrados y polarizados por la Vida y el Espíritu del mismo Corazón de Cristo. Será la manera y forma más evangélica y misionera de no vivir ya para nosotros mismos, sino para Él, por Él, con Él, en Él y como Él para su Reino.

CC 9 Hemos de tener siempre ante nuestros ojos la definición del Misionero: “Un Hijo del Inmaculado Corazón de María es un hombre que arde en caridad y que abrasa por donde pasa. Que desea eficazmente y procura por todos los medios encender a todos los hombres en el fuego del divino amor. Nada le arredra; se goza en las privaciones; aborda los trabajos; abraza los sacrificios; se complace en las calumnias; se alegra en los tormentos y dolores que sufre y se gloria en la cruz de Jesucristo. No piensa sino cómo seguirá e imitará a Cristo en orar, en trabajar, en sufrir, en procurar siempre y únicamente la mayor gloria de Dios y la salvación de los hombres”.

El P. Viñas, al hacer la reseña histórica de este n1 9 habla de “forma”, “memoria”, “definición” del Misionero, y dice que lo importante es ver en ella, “Ala descripción viva de una experiencia”³⁸. El P. Fundador quería que fuera memoria para cada misionero: “Aquisiera que cada uno de los Misioneros copiara y llevara consigo” (EC II, p. 352). Sabemos que hay dos autógrafos sobre esta descripción vital del misionero claretiano, con algunas variantes, pero ambas con una extraordinaria riqueza.

Esta descripción-síntesis del Misionero Claretiano también se enriquece con muchos otros pasajes en los que él mismo P. Claret nos habla de la forma de ser, vivir y actuar del Misionero claretiano. Pero como síntesis ya nos está diciendo y de una manera práctica, personal y vital, cómo él siente en su corazón, en su mente y en su voluntad, el Amor, la Caridad de Cristo; cómo se siente urgido, acuciado, impelido, inflamado por el ardor y celo apostólico de ese Amor, mirando y considerando a los profetas, a Jesucristo, a los Apóstoles, en particular, a San Pedro y San Pablo, a los santos y santas³⁹, etc.

³⁸ Cf. P. Viñas, NPVM, II, p. 152.

³⁹ “Quien más y más me ha movido siempre es el contemplar a Jesucristo cómo va de una población a otra, predicando en todas partes;” (Aut 221). “Desde un principio me encantó el estilo de Jesucristo en su predicación. (Qué semejanzas! Qué parábolas! Yo me propuse imitarle con comparaciones, símiles y estilo sencillo. (Qué persecuciones!... Fue puesto por signo de contradicción, fue perseguido en su doctrina, en sus obras y en su persona, hasta quitarle la vida a fuerza de denuestos y de tormentos e insultos, sufriendo la más bochornosa y dolorosa (muerte) que puede sufrirse sobre la tierra” (Aut 222). “También me anima mucho el leer lo que hicieron y sufrieron los Apóstoles. El apóstol San Pedro, en el primer sermón, convirtió a tres mil hombres, y en el segundo cinco mil. (Con qué celo y fervor predicaría...!) Qué diré de Santiago, de San Juan y de todos los demás? (Con qué solicitud! (Con qué celo de un reino a otro corrían! (Con qué celo predicaban, sin temores ni respetos humanos, considerando que antes se debe obedecer a Dios que a los hombres! Y así lo contestaron a los escribas y fariseos cuando les mandaban que no predicasen más. Si les azotaban, no por esto se amedrentaban y abstentían de predicar; al contrario, se tenían por felices y dichosos al ver que habían podido padecer algo por Jesucristo” (Aut 223). “Pero quien me entusiasma es el celo del apóstol San Pablo. (Cómo corre de una a otra parte, llevando como vaso de elección la doctrina de

1- El Amor a Dios y al prójimo, argumento y fuerza motriz del misionero.

El amor de Dios en el P. Claret se enmarca en la mejor tradición bíblica. El P. Claret lleva a la perfección las exigencias del mandamiento principal: “amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas... Y lleva a la perfección las exigencias del Nuevo Testamento, centradas en el amor a Dios y al prójimo.

La urgencia y proyección del Amor de Cristo que: “los amó hasta el extremo”; la de Pablo: “Caritas Christi urget nos”, que vemos con distintos relieves en los santos, es en Claret como algo nuclear, decisivo y definitivo, y la podemos ver en la vida de muchos de nuestros misioneros, especialmente en nuestros mártires.

En los EA. se pone una nota al mismo título: “De la virtud del amor de Dios y del prójimo”, en la que se dice “En este capítulo es donde queda mejor reflejada la personalidad apostólica, apasionada y ardiente de S. A. M^a. Claret, que definía al misionero como “un hombre que arde en caridad y que abrasa por donde pasa” (Aut 494).

Podemos ver la correlación íntima en la que el P. Claret pone el amor con el ser misionero. En esa correlación hay que ver la Clave de toda la vida y la obra de Claret y, en ello:

❖ La importancia del amor para el misionero.

Jesucristo! Él predica, él escribe, él enseña en las sinagogas, en las cárceles y en todas partes; él trabaja y hace trabajar oportuna e importunamente; él sufre azotes, piedras, persecuciones de toda especie, calumnias las más atroces. Pero él no se espanta; al contrario, se complace en las tribulaciones, y llega a decir que no quiere gloriarse sino en la cruz de Jesucristo” (Aut 224). “También me anima mucho la lectura de las vidas y de las obras de los Santos Padres (...)” (Aut 225). Y de los santos (...) (Aut 226-232); y santas (...) (Aut 234ss).

AlO digo y lo diré mil veces: la virtud que más necesita un misionero apostólico es el amor. Debe amar a Dios, a Jesucristo, a María Santísima y a los prójimos. Si no tiene este amor, todas sus bellas dotes serán inútiles; pero si tiene grande amor con las dotes naturales lo tiene todo” (Aut 438).

- ❖ Los medios para conseguir ese amor (Aut 442-444). No basta con saber qué medios hay que poner. Hay que ponerlos de hecho, porque se trata de conseguir, poseer, vivir de ese amor. No basta con saber y enseñar la doctrina, es necesaria la coherencia de vida, el ejemplo y el testimonio personal que brotan del corazón⁴⁰.
- ❖ Dentro de los medios se da una gran importancia al deseo de Dios. Este deseo lo convierte Claret en ferviente plegaria del corazón: A(Oh Jesús mío!, os pido una cosa que yo sé me la queréis conceder. Sí, Jesús mío, os pido amor, llamas grandes de ese fuego que Vos habéis bajado del cielo a la tierra. Ven, fuego divino. Ven, fuego sagrado; enciéndame, abráseme, derrítame y derrítame al molde de la voluntad de Dios” (Aut 446. A(Oh Madre mía María! (Madre del divino amor, no puedo pedir cosa que os sea más grata ni más fácil de conceder que el divino amor, concedédmelo, Madre mía! (Madre mía, amor! (Madre mía, tengo hambre y sed de amor, socorredme, saciadme! (Oh Corazón de María, fragua e instrumento del amor, enciéndame en el amor de Dios y del prójimo!” (Aut 447). A(Oh prójimo mío!, yo te amo, yo te quiero por mil razones... (Aut 448).
- ❖ Sin solución de continuidad habla Claret de la eficacia todopoderosa de la palabra divina, de la necesidad de que el hombre la escuche y la conozca para que se renueve su corazón y se restablezca su dignidad, y de la urgencia del ministerio de la Palabra (cf. Aut 449-452)⁴¹. ¿Cual es la función del

amor en el que predica la divina palabra? Las comparaciones son bien claras: ¿Qué fuerza y efectos puede tener una bala tirada con la mano? “En cambio si es reempujada con el fuego de la pólvora, mata” (cf. Aut 439). Y hace la aplicación: “un sacerdote lleno de fuego de caridad, de amor de Dios y del prójimo herirá vicios, matará pecados, convertirá a los pecadores, obrará prodigios. Lo vemos en San Pedro que sale del Cenáculo ardiendo en fuego de amor que había recibido del espíritu Santo... (Aut 439). El fuego de la caridad hace en un ministro del Señor lo que el fuego material en la locomotora del ferrocarril. ¿De qué serviría todo el aparato de la maquina, sin...? ¿De qué servirá a un sacerdote que ha hecho toda su carrera de hallarse graduado en sagrada teología y ambos derechos? De nada. No para sí, no para los otros...Y trae el texto de Pablo 1Cor 13, 1: “aunque hablara todas las lenguas... (Aut 441). En los EA. se pone una nota a este n1 441 de De Manterola en la que se dice: “Muchos al escucharle (a Claret) decían: ¿Cómo sabe tanto? ¿Cómo ama tanto!, exclamábamos nosotros y exclamaremos siempre que se trate del P. Claret. La Caridad es el alma, el móvil poderoso de las acciones todas del Arzobispo. El fuego sagrado que de continuo arde en su corazón le traslada a la vez a todas partes y le proporciona el secreto misterioso de multiplicar los momentos, multiplicándose a sí mismo, multiplicando los trabajos de su ardiente celo”⁴².

Así el Amor se traduce en celo misionero: “El verdadero amante ama a Dios y a su prójimo; el verdadero celador es el mismo amante, pero en grado superior, según los grados de amor, de modo que cuanto amor tiene, por tanto mayor celo es compelido. Y si uno no tiene celo es señal cierta que tiene apagado en su corazón el fuego del amor, la caridad. Aquel que tiene celo desea y procura por todos los medios posibles que Dios sea siempre más conocido, amado y servido en esta vida y en la otra, puesto que este sagrado amor no tiene ningún límite”⁴³.

⁴⁰ ALa doctrina es como la pólvora; pero el ejemplo es como la bala, que hiere o mata: la pólvora sola no hace más que ruido; así la doctrina sola no hará más que ruido; preciso es ponerle algún ejemplo que sirva de bala” (Manuscritos, citado por M. Aguilar, *Vida...*, I, p. 133).

⁴¹ A(Oh Dios mío, os doy palabra que lo haré; predicaré escribiré y haré circular libros buenos y hojas volantes en abundancia, a fin de

ahogar el mal con la abundancia del bien” (Aut 453).

⁴² Cf. EA., n. 441, nota 302 .

⁴³ L'Egoismo vinto, BAC., p. 778. AOh, Dios mío y Padre mío, haced que os conozca y haga conocer; que os ame y haga amar;

Este Amor arde de tal manera que se le apropia la figura del fuego: “El amor es como el fuego, que todo lo combustible lo convierte en fuego. El que de veras ama a Jesús, todo lo que hace, dice, piensa y sufre, todo se le convierte en amor”⁴⁴.

Claret evoca y actualiza, mediante el símbolo del fuego, el Acontecimiento de Pentecostés: AEl mismo Espíritu Santo, apareciéndose en figura de lenguas de fuego sobre los Apóstoles el día de Pentecostés, nos da a conocer bien claramente esta verdad: que el misionero apostólico ha de tener el corazón y la lengua de fuego de caridad” (Aut 440). ALo vemos esto en San Pedro, que sale del Cenáculo ardiendo en fuego de amor, que había recibido del Espíritu Santo, y el resultado fue que en dos sermones convierte a ocho mil personas, tres en el primero y cinco en el segundo” (Aut 439).

En Lucas vemos este Acontecimiento precedido de dos tiempo de oración: 11 Los apóstoles, después de la Ascensión del Señor, se volvieron a Jerusalén... Y cuando llegaron subieron a la estancia superior... ATodos ellos perseveraban en la oración con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos” (Hch 1, 14). 21 Llegado el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como de una ráfaga de viento impetuoso que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que dividiéndose se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar...” (Hch 2, 1-4).

Claret y sus misioneros han recibido este mismo Espíritu que provoca ardor y fuego. El Espíritu es llama y fuego: purifica, transforma, ilumina, fortalece, cristifica por donde pasa, traduciéndose en Buena Nueva de Jesús. ALeía con mucha frecuencia las vidas de los Santos que se han distinguido por su celo por la salvación de las almas, (...)” (Aut 226). “En las vidas y obras de estos Santos meditaba, y en

que os sirva y haga servir; que os alabe y haga alabar de todas las criaturas. Dadme, Padre mío, que todos los pecadores se conviertan, que todos los justos perseveren en gracia y todos consigamos la eterna gloria. Amén” (Aut 233).

⁴⁴ Notas espirituales, 1857-1869, BAC., p. 604.

esta meditación se encendía en mí un fuego tan ardiente, que no me dejaba estar quieto. Tenía que andar y correr de una a otra parte, predicando continuamente. No puedo explicar lo que en mi sentía. No sentía fatiga, ni me arredraban las calumnias más atroces que me levantaban, ni temía las persecuciones más grandes. Todo me era dulce con tal que pudiese ganar almas para Jesucristo, para el cielo, y preservarlas del infierno” (Aut 227).

Muchos son los pasajes en los que se puede confirmar que a Claret nada le arredra, y cómo Claret:

- ❖ arde en caridad y abrasa por donde pasa deseando encender a todos los hombres en el fuego del divino amor;
- ❖ se goza en las privaciones, aborda los trabajos, abraza los sacrificios, se complace en las calumnias, se alegra en los tormentos y dolores que sufre y se gloria en la cruz de Jesucristo.
- ❖ no piensa sino cómo seguirá e imitará a Cristo en orar, en trabajar, en sufrir, en procurar siempre y únicamente la mayora gloria de Dios y la salvación de los hombres. Como ejemplo podemos leer los nn. 419-427 de la Autobiografía⁴⁵.

⁴⁵Autobiografía: n. 419: Yo me propuse en lo exterior la modestia y el recogimiento; en lo interior, la continua y ardiente ocupación en Dios; en los trabajos, la paciencia, el silencio y sufrimiento. Además, el cumplimiento exacto de la ley de Dios y de la Iglesia, las obligaciones de mi estado, como lo manda Dios; hacer bien a todos, huir los pecados, faltas e imperfecciones y practicar las virtudes. 420: En todos los sucesos desagradables, dolorosos y humillantes, siempre pienso que vienen así de Dios ordenados para mayor bien mío, y así procuro, al momento que lo advierto, dirigirme a Dios en silencio y con resignación a su santísima voluntad, porque me acuerdo que el Señor ha dicho que ni un pelo de la cabeza caerá sin voluntad del Padre celestial, que tanto me ama. 421: Yo conozco que trescientos años de fieles servicios a Dios se pagan, y de sobra, con una hora que me permita de penas; tan grande es el valor de ellas. (Oh Jesús mío y Maestro mío! El atribulado, perseguido y desamparado de amigos; el crucificado de trabajos exteriores y de cruces interiores y desamparado de consuelos espirituales, que calla, sufre y persevera con amor, este es vuestro amado y el que os agrada y a quien mas estimáis. 422: Así es que he propuesto nunca jamás sincerarme, ni excusarme, ni defenderme cuando me censuren, calumnien y persigan, porque perdería delante de Dios y de los hombres. Sí, éstos se valdrían de mis verdades y razones que yo alegraría, [como] de armas contra mí. 423: Creo que todo viene de Dios, y creo que Dios quiere de mí este obsequio: que sufra con paciencia y por su amor las penas del cuerpo, del alma y del honor. Creo que en esto haré lo que es de mayor gloria de Dios: el que calle y sufra como Jesús, que murió en la cruz desamparado de todo. 424: El hacer y el sufrir son las grandes pruebas del amor. 425: Dios se ha hecho hombre. Pero ¿qué hombre? ¿Cómo nace? ¿Cómo vive? (Cómo muere! Ego sum vermis, et non homo, et abjectio plebis. Jesús es Dios y hombre, pero la Divinidad no ayuda a la humanidad en sus penas y dolores como el alma del justo, que

2.- Amor-Corazón de María... Tener corazón de madre., de la Madre...

El Espíritu que tomó posesión total y definitiva del grupo del Cenáculo, preparado en la meditación de lo que había Acontecido en Jerusalén..., con la presencia activa, las vivencias y testimonios del Corazón de la Madre de Jesús y Madre ya de los reunidos en su nombre..., se posesiona ahora de los que, con María y como María, meditan en su corazón el mismo Acontecimiento del Misterio pascual... y, además, se sienten movidos por el ejemplo de los grandes misioneros.

La definición que Claret hace de un Hijo del Inmaculado Corazón de María (cf. C n.9) es la de un hombre impulsado y vitalmente urgido por el mismo amor-caridad de su Madre.

Es el enfoque y la constante, el espíritu y la proyección de la imponente energía del Amor a Dios y al prójimo, del que vive y por el que se desvive Claret.

Desde una buena lógica, podemos aceptar y acoger con gozo lo que nos dice el P. J. MO Hernández: ANo es infundado pensar que, cuando Claret escribe la definición del misionero, lo que está haciendo, en el fondo, es un retrato del Corazón de María: la imagen del hijo reproduce los rasgos maternos. Un Hijo del Inmaculado Corazón de María es un hombre que arde en caridad precisamente porque, como hijo de María, se ha formado en la fragua de su misericordia y amor. De hecho, en diversas ocasiones Claret propone expresamente a María como modelo de celo; y, cuando quiere describir el celo apostólico del sacerdote, el punto de comparación es nuevamente el corazón de una madre⁴⁶.

está en el cielo, no ayuda al cuerpo, que se pudre en la tierra. 426:

A los Mártires Dios les ayudaba de un modo muy particular, pero este mismo Dios ha abandonado en sus sufrimientos y penas a Jesús, al Varón de dolores. El cuerpo de Jesús era más delicado que el nuestro, y, por lo mismo, mas susceptible de los dolores y penas. Ahora, pues, ¿quién (es) capaz de formarse una idea de lo que sufrió Jesús? Toda su vida lo tuvo presente. (Cuánto habría de sufrir por nuestro amor! (Oh qué pena tan prolongada, tan intensa y extensa! 427: (Oh Jesús de mi vida! Conozco, sé y me consta que las penas, dolores y trabajos son la divisa del apostolado. Con vuestra gracia las abrazo, las visto, y digo que, ayudándome Vos, Señor y Padre mío, estoy pronto a beber ese cáliz de penas interiores y estoy resuelto a recibir ese bautismo de penas exteriores, y digo: lejos de mi en gloriarme en otra cosa que en la Cruz, en que Vos estáis clavado por mí, y yo también lo quiero estar por Vos. Así sea.

⁴⁶El sacerdote ha de tener para sí entendimiento y corazón de fiscal y de juez. Para el prójimo, corazón de Madre... Una madre hace. Una madre sufre. Una madre ruega... Una madre llora... La madre tiene una misión especial que es todo cariño y amor. Ella despierta

Y si el amor de la madre natural se caracteriza por ese riesgo, audacia, entrega incondicional de la propia vida y de todas las energías y recursos humanos, sin miedos a nadie ni a nada, para defender y cuidar la vida de su hijo; ¿cual será, siguiendo la misma lógica de Claret de que la gracia es muchísimo más potente que la naturaleza, el riesgo, la audacia, la calidad e incondicionalidad de la entrega del Corazón-Amor de María-Madre? ¿Cómo estará siendo el Amor de este Corazón maternal para salvar a los hijos de Dios-Padre, hermanos de Jesús, su Hijo, confiados por Él mismo a Ella, en el momento extremo de su entrega al Padre en la Cruz por amor a los hermanos? Porque a María, madre de la divina gracia, Dios le ha dado un corazón tan tierno, compasivo y misericordioso para cada uno de nosotros, que sobrepasa con mucho al amor que todos los padres y madres juntos tienen a sus hijos, que todos los esposos entre sí, los santos a sus devotos, etc. (Cf. Bermejo, EM., p. 247).

Este amor celoso se despliega en militancia contra el mal. Así ve Claret a María Inmaculada, la que tiene por misión aplastar la cabeza de la serpiente, es decir, del malino, que milita contra el bien, contra >la Mujer= y su descendencia...(Cf. Gn 3, 15 y Ap 12). Así lo describe Claret: A(Oh Virgen y Madre de Dios, Madre y abogada de los pobres e infelices pecadores! Bien sabéis que soy hijo y ministro vuestro, formado por Vos misma en la fragua de vuestra misericordia y amor. Yo soy como una saeta puesta en vuestra mano poderosa; arrojadme, Madre mía, con toda la fuerza de vuestro brazo contra el impío, sacrílego y cruel Acab, casado con la vil Jezabel. Quiero decir: Arrojadme contra Satanás, príncipe de este mundo, quien tiene hecha alianza con la carne. A Vos, Madre mía, sea la victoria. Vos venceréis.

la inteligencia del hijo... Le hace conocer a su padre y las demás cosas. La madre le enseña a hablar, caminar, le educa y le forma el corazón. La madre alimenta, viste, limpia, cuida de su hijo. La madre llama la atención y el amor del padre sobre el hijo... Hace el oficio de medianera, misericordia entre el padre y el hijo. El amor de madre es tierno, ingenioso y constante. Cuanto más sacrificios y lágrimas le cuestan los hijos, tanto más los quiere... El amor de la madre no desfallece; cuanto es mayor el peligro, tanto más activo y enérgico e intrépido es... Aborda los peligros, se tira en los incendios, en los ríos y mares para librar a sus hijos. La madre es el mártir de la familia. Ella lleva a su hijo nueve meses en su vientre, y después en su corazón diez años, veinte y más...; su hijo estará muy lejos, o misionando o militando, y la madre siempre piensa en su hijo, le ama, ruega por él y de él habla de continuo..." (EA, p. 607-608).

Sí, Vos que tenéis poder para acabar con todas las herejías, errores y vicios. Y yo, confiado en vuestra poderosísima protección, emprendo la batalla, no sólo contra la carne y sangre, sino también contra los príncipes de las tinieblas, como dice el Apóstol, abrazando el escudo del Santísimo Rosario y armado con la espada de dos filos de la divina palabra". (Aut 270-271).

Así, en el amor y el celo del Corazón de María alimenta su amor y celo Claret, y canta con la Liturgia la victoria de María: 'Alégrate, Virgen María. Tú sola has aplastado todas las herejías que Satanás ha inventado hasta el presente, y aplastarás todas las que surjan hasta el final de los tiempos'. Así se cumplirán aquellas palabras que Dios dirigió a la serpiente: Ipsa conteret caput tuum. Sí, María quebrantará tu cabeza, tus errores, tus vicios y tus engaños. (Ea, pues, cristianos todos, amor, confianza y devoción

sincera y fervorosa a María Santísima, que es Virgen y Madre de Dios! Con ella todo lo podremos. Imitemos sus virtudes, como hijos de tal Madre..."(EE, p. 411). Claret tuvo una iluminación sobrenatural de su propia experiencia de hijo-enviado de María, que la aplicó también a sus misioneros: "El Señor me dijo a mí y a todos estos Misioneros compañeros míos: Non vos estis qui loquimini, sed Spiritus Patris vestri, et Matris vestrae qui loquitur in vobis. Por manera que cada uno de nosotros podrá decir: Spiritus Domini super me, propter quod unxit me, evangelizare pauperibus missit me, sanare contritos corde" (Aut 687). El proceso de identificación vital y apostólica es tan grande, que es ya el espíritu de María quien habla y actúa a través de los misioneros hijos de su Corazón. Claret cree y quiere que nosotros, sus Misioneros, seamos la proyección apostólica concreta del Corazón maternal misionero de María... (Cf. EA, p. 665).

1.- Para el inicio

Señor Jesús, tú nos has llamado por nuestro propio nombre.
Has recreado-configurado nuestro nombre en tu nombre,
en tu ser Hijo de María, Hijo de su Corazón maternal.
Tú mismo has querido y has hecho,
que nos llamáramos y fuésemos:
Hijos del Inmaculado Corazón de María.
Concédenos una conciencia profunda de este don vocacional.

Señor Jesús, desde tu permanente llamada,
nos asocias a ti para dedicarnos a las cosas del Padre
contigo y como tú, plena e incondicionalmente.
No permitas que otras intenciones, pretensiones u objetivos
nos desvíen de los que tú mismo nos has señalado.

Nos has concedido el don de seguirte en comunión de vida
para vivir y proclamar el Evangelio...
Te pedimos sensibilidad, oídos de iniciados y docilidad de corazón,
para acoger, vivir y proclamar las bienaventuranzas:

- . a los pobres de espíritu...
- . a los que lloran...
- . a los mansos...
- . a los que tienen hambre y sed de justicia...
- . a los misericordiosos...
- . a los limpios de corazón...
- . a los que trabajan por la paz...
- . a los que sufren persecución por la justicia...
- . a los que por tu causa son injuriados...

Con tu gracia podemos hacer nuestro tu modo de vivir
y que también abrazó tu Madre.
Ayúdanos a reproducir y transparentar en nuestras vidas
el don evangélico de la condición virginal, pobre y obediente;
el gozo espiritual de nuestra consagración total a Dios,
y nuestra entrega apostólica e incondicional a los hermanos,
siguiendo el ejemplo de San Antonio M^o Claret.

No nos dejes caer en la tentación de nuestro protagonismo individualista;
que como Claret profesemos amor y obediencia a nuestros Pastores,
y, en comunión con ellos y bajo su dirección,
seamos esforzados auxiliares en la edificación e incremento de la Iglesia.

Te pedimos, Señor, que como Claretianos,
acertemos a potenciar y cultivar entre nosotros,
fraternalmente, con sencillez y alegría,
todos los talentos y gracias que hemos recibido cada uno;
que sepamos conjuntar y compartir, con reconocimiento y gratitud,
todas las dotes y fuerzas positivas de los que trabajamos
en las mismas tareas apostólicas.

Señor Jesús, tu que nos has ungido con tu Amor,
y nos has hecho contigo hijos del Corazón de tu misma Madre,
acrecienta en nosotros la conciencia
de la finura y delicadeza de tu mismo corazón filial para con Ella;
que vivamos cada vez más sumergidos
y configurados en las fuentes de ese Amor,
y más urgidos por el ardor apostólico claretiano.

Con suspiros y deseos encendidos , me dirijo al Señor y le digo con todo mi corazón: (Oh Señor mío,
Vos sois mi amor! (Vos sois mi honra, mi esperanza, mi refugio! (Vos sois mi vida, mi gloria, mi fin! (Oh
amor mío! (Oh bienaventuranza mía! (Oh conservador mío! (Oh gozo mío! (Oh reformador mío! (Oh
Maestro mío! (Oh Padre mío! (Oh amor mío!

No busco, Señor, ni quiero saber otra cosa que vuestra santísima voluntad para cumplirla, y cumplirla,
Señor, con toda perfección. Yo no quiero más que [a] Vos, y en Vos y únicamente por Vos y para Vos
las demás cosas. Vos sois para mi suficientísimo. Vos sois mi Padre, mi amigo, mi hermano, mi
esposo, mi todo. Yo os amo, Padre mío, fortaleza mía, refugio mío y consuelo mío. Haced, Padre mío,
que yo os ame como Vos me amáis y como queréis que yo os ame. (Oh Padre mío! Bien conozco que
no os amo cuanto debo amaros, pero estoy bien seguro que vendrá día en que yo os amaré cuanto
deseo amaros, porque Vos me concederéis este amor que os pido por Jesús y por María.

(Oh Jesús mío!, os pido una cosa que yo sé me la queréis conceder. Sí, Jesús mío, os pido amor,
llamas grandes de ese fuego que Vos habéis bajado del cielo a la tierra. Ven, fuego divino. Ven, fuego
sagrado; enciéndame, abrázame, derrítame y derrítame al molde de la voluntad de Dios.

(Oh Madre mía María! (Madre del divino amor, no puedo pedir cosa que os sea más grata ni más fácil
de conceder que el divino amor, concedédmelo, Madre mía! (Madre mía, amor! (Madre mía, tengo
hambre y sed de amor, socorredme, saciadme! (Oh Corazón de María, fragua e instrumento del amor,
enciéndame en el amor de Dios y del prójimo! (Aut 444-447)

2.- Para el final

Señor, te damos gracias por habernos asociado a ti, a tu Misión,
y habernos propuesto con toda claridad
los objetivos que han de seducir y unificar nuestros corazones
y todas nuestras tendencias, deseos y energías
para dar a conocer tu Evangelio.

Concédenos reconocer y agradecer, de todo corazón,
el don de vivir según la regla suprema de tu Evangelio,
de seguirte fielmente en comunión de vida,
y de ser enviados por ti a evangelizar yendo por el mundo entero.

Gracias, Señor, porque, con la ayuda de tu Espíritu,
podemos sentirnos gozosamente discípulos tuyos,
escuchar tu Palabra con la docilidad que tú nos inspiras,
y proclamarla con nuestra vida y nuestras palabras,
al estilo de Claret.

Gracias, Señor, porque sin ningún mérito nuestro,
nos has concedido la gracia especial de hacer nuestra,

tu misma forma de vida y que también abrazó tu Madre,
en virginidad, pobreza y obediencia evangélicas,
a semejanza de San Antonio M^o Claret,
potenciando así toda nuestra acción evangelizadora.

Gracias, Señor, por tu Iglesia.
Gracias por los Pastores que nos has dado,
para que, en tu nombre, iluminen, confirmen y orienten nuestro camino
y nuestras tareas misioneras en la Iglesia.
Gracias porque de ellos recibimos aliento y apoyo
para poder servirte con mayor fidelidad, alegría y esperanza.

Gracias por las muchas riquezas personales y carismáticas,
concedidas a cada uno de nuestros hermanos,
y que podemos compartir en comunidad de vida y de misión;
también por los talentos y dones de tantas personas
con las que realizamos nuestras tareas misioneras.
Mil gracias y mil alabanzas os sean dadas, Señor,
por habernos llamado a entrar en la hoguera de tu Amor
para fraguarnos y configurarnos con el fuego de tu Amor,
para sentir y vivir del ardor incontenible de tu Amor,
para irradiar a todos la locura de tu Amor,
para que todo se transforme, por la energía de tu Amor,
en alabanza de la Gloria del Padre,
y salvación y santificación de todos los hombres. Amén

(Oh Dios mio, bendito seáis por haberos dignado escoger [a] vuestros humildes siervos para Hijos del Inmaculado Corazón de vuestra Santísima Madre!

(Oh Madre benditísima, mil alabanzas os sean dadas por la fineza de vuestro Inmaculado Corazón y habernos tomado por Hijos vuestros! Haced, Madre mía, que correspondamos a tanta bondad, que cada día seamos más humildes, más fervorosos y más celosos de la salvación de las almas.

Yo me digo a mí mismo: Un Hijo del Inmaculado Corazón de María es un hombre que arde en caridad y que abrasa por donde pasa; que desea eficazmente y procura por todos los medios encender a todo el mundo en el fuego del divino amor. Nada le arredra; se goza en las privaciones; aborda los trabajos; abraza los sacrificios; se complace en las calumnias y se alegra en los tormentos. No piensa sino cómo seguirá e imitará a Jesucristo en trabajar, sufrir y en procurar siempre y únicamente la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas. (Aut 492-494).

1.- Autobiografía

Fundación de la Congregación (Autobiografía, II Parte, Cap. 34, nn. 488-494)

De la Congregación del Inmaculado Corazón de María

488. A mediados de mayo llegué a Barcelona y me retiré a Vich, y hablé con mis amigos los Señores Canónigos D. Soler y D. Passarell del pensamiento que tenía de formar una Congregación de Sacerdotes que fuesen y se llamasen Hijos del Inmaculado Corazón de María. Ambos a dos acogieron muy bien mi pensamiento, y el primero, que era cabalmente Rector del Seminario de Vich, me dijo que tan pronto como salieran los Colegiales o Seminaristas para sus casas a pasar las vacaciones, nos podíamos reunir nosotros en el mismo Seminario y habitar sus cuartos, y mientras tanto Dios nuestro Señor dispondría otro local.

489. Este mismo pensamiento le propuse yo al Ilmo. Sr. Obispo de Vich, D. D. Luciano Casadevall, que me quería muchísimo, quien aplaudió sobremanera el Plan que yo le había manifestado, y convinimos que durante las vacaciones vivié(remos) en el Seminario, y él entre tanto haría habilitar el Convento de la Merced, que el Gobierno había dejado a su disposición, y así se hizo. El Sr. Obispo dispuso el local correspondiente en el convento de la Merced, y yo entre tanto hablé con algunos Sacerdotes a quienes Dios nuestro Señor había dado el mismo espíritu de que yo me sentía animado. Estos eran: Esteban Sala, Jose Xifré, Domingo Fábregas, Manuel Vilaró, Jaime Clotet, Antonio Claret, yo, el ínfimo de todos; y, a la verdad, todos son más instruidos y más virtuosos que yo, y yo me tenía por muy feliz y dichoso al considerarme criado de todos ellos.

490. El día 16 de julio de 1849, hallándonos ya reunidos, con aprobación del Ilmo. Sr. Obispo y del Sr. Rector, empezamos en el Seminario los santos ejercicios espirituales nosotros solos con todo rigor y fervor, y como cabalmente en este día 16 es la fiesta de la Santa Cruz y de la Virgen del Carmen, por tema de la primera plática puse aquellas palabras del Salmo 22: Virga tua et baculus tuus ipsa me consolata sunt, v.4. Aludiendo a la devoción y confianza que hemos de tener en la santa Cruz y en María Santísima; aplicando además todo el salmo a nuestro objeto. De aquellos ejercicios todos salimos muy fervorosos, resueltos y determinados a perseverar, y, gracias sean dadas a Dios y a María Santísima, todos han perseverado muy bien. Dos han muerto y se hallan actualmente en la gloria del cielo gozando de Dios y del premio de sus trabajos apostólicos y rogando por sus hermanos.

491. Así empezamos y así seguíamos guardan(do) estrictamente una vida perfectamente común. Todos íbamos trabajando en el sagrado ministerio. Concluídos los ejercicios que yo di a la pequeña y naciente Comunidad, me dijeron que diera otros ejercicios espirituales al clero de la ciudad de Vich en la Iglesia del Seminario. Cuando he aquí que el día 11 de agosto, al bajar del púlpito al concluir el último acto, el Ilmo. Sr. Obispo me manda que vaya a Palacio, y al llegar allí me entregó el Real Nombramiento, fechado del día 4 de agosto, para el Arzobispado de Cuba. Yo quedé como muerto con tal noticia. Dije que de ninguna manera aceptaba y así supliqué al Sr. Obispo que se dignase con(ter)tar por mí diciendo que de ninguna manera aceptaba.

492. (Oh Dios mio, bendito seáis por haberos dignado escoger [a] vuestros humildes siervos para Hijos del Inmaculado Corazón de vuestra Santísima Madre!

493. (Oh Madre benditísima, mil alabanzas os sean dadas por la fineza de vuestro Inmaculado Corazón y habernos tomado por Hijos vuestros! Haced, Madre mía, que correspondamos a tanta bondad, que cada día seamos más humildes, más fervorosos y más celosos de la salvación de las almas.

494. Yo me digo a mí mismo: Un Hijo del Inmaculado Corazón de María es un hombre que arde en caridad y que abrasa por donde pasa; que desea eficazmente y procura por todos los medios encender a todo el mundo en el fuego del divino amor. Nada le arredra; se goza en las privaciones; aborda los trabajos; abraza los sacrificios; se complace en las calumnias y se alegra en los tormentos. No piensa sino cómo seguirá e imitará a Jesucristo en trabajar, sufrir y en procurar siempre y únicamente la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas.

Nuestro Padre Fundador maduró su experiencia cristiana a través de un proceso que dio rasgos característicos a su fisonomía espiritual. Cuatro expresiones, tomadas de su peculiar lectura de la Palabra de Dios, nos indican los pilares sobre los que se fundamentó su camino espiritual: "Quid prodest" (Mt 16, 26), "Patris mei" (Lc 2, 49), "Charitas Christi" (2Cor 5, 14), "Spiritus Domini" (Lc 4, 18; Is 61, 1). La primera expresión nos habla de su experiencia humana y las tres siguientes de su experiencia trinitaria de Dios.

QUID PRODEST. Se trata de la experiencia inicial, o la experiencia del umbral. El nombre está tomado del versículo de Mt 16, 26, que jugó un papel decisivo en la vida de Claret: "¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si arruina su vida?" Aunque es una constante a lo largo de su existencia, se agudiza en determinados momentos y viene a ser la piedra de toque de su fidelidad vocacional. En Claret se manifiesta, sobre todo, en las grandes encrucijadas que solicitaron su conversión y sus ulteriores opciones.

PATRIS MEI. Expresa la relación de Claret con Dios Padre. Se refiere a la experiencia del amor de Dios - comunicado por el Espíritu - que inflama y dispone para recibir la forma del misionero. Equivale a estar "en las cosas que miran al servicio de mi Padre", como Jesús en Lc 2, 49. Es, pues, como el fundamento de su vida misionera, la experiencia sin la cual no se puede producir ningún proceso de configuración. Lo mismo que en Jesús, filiación y misión son dos dimensiones inseparables en esta espiritualidad.

CHARITAS CHRISTI. La vida de Claret es una existencia que sólo se entiende desde Jesucristo, cuyo nombre no se puede invocar sin el auxilio de Dios. Jesucristo es el eje de su vida en torno al cual gira todo. Esta centralidad queda reflejada en el texto paulino, 2Co 5, 14, que figura como lema de su escudo episcopal: "La caridad de Cristo nos urge". Es la experiencia claretiana de la imitación, seguimiento y configuración con el Hijo enviado por el Padre, nacido de María y ungido por el Espíritu.

SPIRITUS DOMINI. Es la clave más íntima del proceso configurador. Cuando Claret quiere interpretar su vocación evangelizadora, comprende "de un modo muy particular" las palabras "El Espíritu del Señor está sobre mi y me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva" (cf Lc 4, 18; Is 61, 1). En ellas se condensa su experiencia de sentirse ungido y enviado por el Espíritu para anunciar, como Jesús, el Evangelio a los pobres.

Documentos claretianos. Nuestra herencia espiritual

El don recibido por Claret se continúa y desarrolla en nuestra Congregación por él fundada. Citando nuestros documentos más recientes, notamos algunas coincidencias esenciales:

Principio organizador: Nuestro P. Fundador reconoció en la vocación misionera el motivo que marcó toda su vida y actividad apostólica. "Su vocación al apostolado le abrió los ojos y el corazón para contemplar y discernir los males que padecían la Iglesia y la sociedad..., pero al mismo tiempo le proporcionó recursos y le sugirió medios para remediarlos". Nosotros resumimos en la palabra *misionero* nuestro patrimonio carismático. Nos sentimos comunidad convocada por el Espíritu para el anuncio de la Palabra; nos sabemos llamados a vivir como "misioneros apostólicos", al estilo de los Apóstoles. Ello implica vivir los consejos evangélicos en comunidad de vida con Jesús y con los

hermanos, para ser enviados y proclamar a todo el mundo la Buena Nueva del Reino.

Nuestras opciones de evangelización forman parte integrante de la espiritualidad claretiana; la configuran como espiritualidad misionera, inculturada, profética, identificada con los pobres y multiplicadora de evangelizadores. Estas mismas exigencias despiertan en nosotros actitudes de disponibilidad, éxodo, itinerancia y docilidad al Espíritu.

Primado de la Palabra de Dios: Claret descubrió "su radical experiencia de Dios en Cristo con la asidua meditación de la Sagrada Escritura..., manteniendo viva su sensibilidad por captar lo que más urgía a la Iglesia y a la sociedad de su tiempo en relación al plan salvífico". Nosotros hemos heredado de él una espiritualidad de oyentes y servidores de la Palabra. Acoger la Palabra que nos hace discípulos, anunciarla y ser testigos de ella, es nuestro modo de seguir a Jesús. Contemplamos al Maestro y escuchamos su Palabra para anunciar el Reino, abriéndole nuestro corazón y compartiendo las angustias y esperanzas de nuestros hermanos .

Centralidad de Cristo: Claret vivió su espiritualidad en un proceso que parte de "una profunda sintonía de amistad con Cristo (sobre todo a través del sacramento eucarístico), desde cuya intimidad de Hijo va paulatinamente descubriendo a Dios el Padre, que envía a Jesús porque ama al mundo". Plasma su ideal desde "la configuración con Cristo consagrado y enviado por el Padre para la redención del mundo" a través de la "imitación exterior de las llamadas virtudes apostólicas y de la vivencia de sus actitudes interiores y la plena transformación: es Cristo quien vive en mí". El P. Fundador identifica a Cristo como: a) El Hijo preocupado por las cosas del Padre; b) El Hijo ungido para evangelizar a los pobres; c) El Hijo del hombre que no tiene donde reclinar la cabeza; d) Signo de contradicción; e) Hijo de María; f) Enviado por el Padre y ungido por el Espíritu, comparte con los Apóstoles su vida y misión. También nosotros definimos nuestro ser misionero como identificación con Cristo Evangelizador. Desde la celebración eucarística, vivimos la íntima comunión con Él. Ahí se origina todo lo que somos y hacemos.

La mediación ineludible de María: En su aproximación a Jesús y en su comprensión de las vías de salvación del mundo, contó Claret con la presencia intensísima de María, con la cual se sintió íntimamente vinculado, tanto en el origen como en el ejercicio de la misión. La comunión amorosa y filial con María adquiere su expresión culminante cuando Claret dice: "María Santísima es mi madre, mi madrina, mi maestra, mi directora y mi todo después de Jesús". En el Fundador y en nosotros se da una espiritualidad cordimariana. Claret nos presentó el Corazón de María como la fragua ardiente donde nos forjamos para el ministerio. La comunidad descubre y aprende en el Corazón de María el camino de la escucha. Habitada por la Palabra, no vivirá dividida, ni será insensible a los clamores de Dios en los hombres. "Nuestro estilo profético de vida recibe del Corazón Inmaculado de María, madre de la Congregación, una impronta peculiar. Ella nos enseña que, sin corazón, sin ternura, sin amor, no hay profecía creíble".

Espiritualidad integradora: En la Autobiografía nuestro Padre Fundador ejemplifica la espiritualidad a partir del carácter simbólico de objetos y animales, abierto a la presencia salvadora en la armonía de la creación. También así Claret se demuestra seguidor del Jesús de las Parábolas, que nos propuso por modelo en el ministerio.

La síntesis de la espiritualidad que recibimos de Claret es ésta: "El Espíritu del Padre y del Hijo -Espíritu también de nuestra Madre- es el centro integrador de todas las dimensiones de nuestra vida y misión". Desde Él nos consagramos "a Cristo y al Corazón de María, en perfecta vida apostólica y evangélica, orando y sufriendo por la salvación de los hombres para gloria de Dios Padre". (Nuestra Espiritualidad Misionera en el camino del pueblo de Dios, Roma, 2002, pp. 28-31).

TEXTOS DEL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

VITA CONSECRATA (VC)

36 *Fidelidad al carisma.* En el seguimiento de Cristo y en el amor hacia su persona hay algunos puntos sobre el crecimiento de la santidad en la vida consagrada que merecen ser hoy especialmente evidenciados.

Ante todo se pide la *fidelidad al carisma fundacional* y al consiguiente patrimonio espiritual de cada Instituto. Precisamente en esta fidelidad a la inspiración de los fundadores y fundadoras, don del Espíritu Santo, se descubren más fácilmente y se reviven con más fervor los elementos esenciales de la vida consagrada.

En efecto, cada carisma tiene, en su origen, una triple orientación: *hacia el Padre*, sobre todo en el deseo de buscar filialmente su voluntad mediante un proceso de conversión continua, en el que la obediencia es fuente de verdadera libertad, la castidad manifiesta la tensión de un corazón insatisfecho de cualquier amor finito, la pobreza alimenta el hambre y la sed de justicia que Dios prometió saciar (cf. *Mt* 5, 6). En esta perspectiva el carisma de cada Instituto animará a la persona consagrada a ser toda de Dios, a hablar con Dios o de Dios, como se dice de santo Domingo, para gustar qué bueno es el Señor (cf. *Sal* 33/34, 9) en todas las situaciones.

Los carismas de vida consagrada implican también una orientación *hacia el Hijo*, llevando a cultivar con Él una comunión de vida íntima y gozosa, en la escuela de su servicio generoso de Dios y de los hermanos. De este modo, «la mirada progresivamente cristificada, aprende a alejarse de lo exterior, del torbellino de los sentidos, es decir, de cuanto impide al hombre la levedad que le permitiría dejarse conquistar por el Espíritu», y posibilita así ir a la misión con Cristo, trabajando y sufriendo con Él en la difusión de su Reino.

Por último, cada carisma comporta una orientación *hacia el Espíritu Santo*, ya que dispone la persona a dejarse conducir y sostener por El, tanto en el propio camino espiritual como en la vida de comunión y en la acción apostólica, para vivir en aquella actitud de servicio que debe inspirar toda decisión del cristiano auténtico.

En efecto, esta triple relación emerge siempre, a pesar de las características específicas de los diversos modelos de vida, en cada carisma de fundación, por el hecho mismo de que en ellos domina «una profunda preocupación por configurarse con Cristo testimoniando alguno de los aspectos de su misterio», aspecto específico llamado a encarnarse y desarrollarse en la tradición más genuina de cada Instituto, según las Reglas, Constituciones o Estatutos.

37 *Fidelidad creativa.* Se invita pues a los Institutos a reproducir con valor la audacia, la creatividad y la santidad de sus fundadores y fundadoras como respuesta a los signos de los tiempos que surgen en el mundo de hoy. Esta invitación es sobre todo una llamada a perseverar en el camino de santidad a través de las dificultades materiales y espirituales que marcan la vida cotidiana. Pero es también llamada a buscar la competencia en el propio trabajo y a cultivar una fidelidad dinámica a la propia misión, adaptando sus formas, cuando es necesario, a las nuevas situaciones y a las diversas necesidades, en plena docilidad a la inspiración divina y al discernimiento eclesial. Debe permanecer viva, pues, la convicción de que la garantía de toda renovación que pretenda ser fiel a la inspiración originaria está en la búsqueda de la conformación cada vez más plena con el Señor.

En este espíritu, vuelve a ser hoy urgente para cada Instituto la necesidad de *una referencia reno-*

vada a la Regla, porque en ella y en las Constituciones se contiene un itinerario de seguimiento, caracterizado por un carisma específico reconocido por la Iglesia. Una creciente atención a la Regla ofrecerá a las personas consagradas un criterio seguro para buscar las formas adecuadas de testimonio capaces de responder a las exigencias del momento sin alejarse de la inspiración inicial.

Vida Fraterna en Comunidad (VFC)

45 *El carisma.* Es éste el segundo aspecto que ha de ser privilegiado en la formación permanente en orden al crecimiento de la vida fraterna. «La consagración religiosa establece una particular comunión entre el religioso y Dios y -en Él- entre los miembros de un mismo Instituto(...). Su fundamento es la comunión en Cristo establecida por el único carisma originario». La referencia al propio Fundador y al carisma, tal como ha sido vivido y comunicado por él y después custodiado, profundizado y desarrollado a lo largo de toda la vida del instituto, es, por tanto, un elemento fundamental para la unidad de la comunidad. Vivir en comunidad es, en realidad, vivir todos juntos la voluntad de Dios, según la orientación del don carismático, que el Fundador ha recibido de Dios y ha transmitido a sus discípulos y continuadores. La renovación llevada a cabo durante estos últimos años, al poner de relieve la importancia del carisma originario, también por medio de una profunda reflexión teológica, ha favorecido la unidad de la comunidad, que tiene la conciencia de ser portadora de un mismo don del Espíritu, que ha de compartir con los hermanos y con el cual puede enriquecer a la Iglesia «para la vida del mundo». Por esta razón, resultan muy provechosos aquellos programas de formación que comprenden cursos periódicos de estudio y de reflexión orante sobre el Fundador, el carisma y las constituciones. La profunda comprensión del carisma lleva a una clara visión de la propia identidad, en torno a la cual es más fácil crear unidad y comunión. Ella permite, además, una adaptación creativa a las nuevas situaciones, y esto ofrece perspectivas positivas para el futuro de un instituto. La falta de esa claridad puede fácilmente crear incertidumbre en los objetivos y vulnerabilidad respecto a los condicionamientos ambientales y a las corrientes culturales, e incluso respecto a las distintas necesidades apostólicas, además de crear incapacidad para adaptarse y renovarse.

46 Es, por tanto, necesario cultivar la identidad carismática, incluso para evitar una creciente *indiferenciación* que constituye un verdadero peligro para la vitalidad de la comunidad religiosa. A este propósito, se han indicado algunas situaciones que, en los últimos años, han lesionado y, en algunas partes, todavía lesionan a las comunidades religiosas:

un modo de pertenencia a algunos movimientos eclesiales, que expone a algunos religiosos al fenómeno ambiguo de la «doble identidad»;

una cierta acomodación a la índole propia de los seculares, en las indispensables o, con frecuencia, fructuosas relaciones con ellos, sobre todo cuando son colaboradores; y, de este modo, en vez de ofrecer el propio testimonio religioso como un don fraterno que sirva de fermento a su autenticidad cristiana, se llega a ser como ellos, asumiendo sus modos de ver y de actuar, reduciendo así la aportación específica de la propia consagración;

una excesiva condescendencia respecto a las exigencias de la familia, a los ideales de la nación, de la raza y de la tribu, del grupo social, que implican el peligro de orientar el carisma hacia posiciones e intereses partidistas.

La indiferenciación, que reduce la vida religiosa a un mínimo y desvaído común denominador, lleva a hacer desaparecer la belleza y la fecundidad de la multiplicidad de los carismas suscitados por el Espíritu.

PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y EL DIÁLOGO COMUNITARIO

¿Qué resonancias evoca en nuestro corazón escuchar nuestro propio nombre: Hijo del Inmaculado Corazón de María?

En mi vivir cotidiano entran muchas intenciones, pretensiones, proyectos, deseos, intereses. En la práctica, ¿en qué medida se corresponden y sintonizan con los proyectos y objetivos de mi vocación claretiana, propuestos en el n. 2.; y en qué se alejan o se oponen a los mismos?

¿Cuál es aquí mi toma de conciencia? ¿Cómo afronto yo las posibles disonancias y sus consecuencias negativas? ¿Cómo se traduce en mi vida ese, ¿buscar en todo la gloria de Dios...? ¿Lo hago al estilo de Claret? ¿Cómo está siendo en mi vida el reconocimiento de la riqueza de mi vocación? ¿En qué se manifiesta mi gratitud personal a esa fineza y condescendencia que el Señor ha tenido y sigue teniendo conmigo? ¿Es mi respuesta personal, en obras y palabras, fiel y coherente con esa donación que él me hizo y me sigue haciendo? ¿Respondemos de verdad al don de nuestra vocación haciendo realmente nuestro el modo de vivir Jesús y María?

¿Nos proponemos, decidida y realmente, representar en la Iglesia la virginidad, la pobreza y la obediencia de Cristo y de María?

¿Vivimos ese compromiso a lo Claret, como calidad y potencia imponderable para nuestra predicación apostólica?

¿Vivimos con fidelidad nuestra consagración a Dios y entrega a los hermanos?

¿Cómo está siendo mi, tu, nuestro amor y obediencia a los Pastores en el ministerio de la Palabra?

¿En qué medida se acerca o se aleja de la actitud que tenía nuestro Fundador?

Como Claretianos hemos recibido el mismo don y proyecto carismático de Claret para vivirlo y realizarlo conjuntamente en fraternidad apostólica, ¿vivimos y trabajamos con la armonía, la comunión de corazones, el ardor apostólico, la alegría y el aire de familia que ese maravilloso don común nos exige?

Somos y nos llamamos Hijos del Inmaculado Corazón de María, ¿nos sentimos, me siento, sana y santamente orgulloso de esa identidad? ¿En qué, cuándo y cómo lo manifiesto?

Mi veneración a María, ¿está llena de amor y confianza filial?

¿Me entrego a Ella para configurarme plenamente con Cristo?

¿Siento en mi corazón el calor y la fuerza de su oficio-amor maternal misionero, como Claret? Nosotros, los Claretianos, conocemos muy bien lo que somos, aquello que nos define y nos identifica. Es un regalo, una gracia, que tenemos que saber apreciar, agradecer y secundar. Nosotros, tú, yo, ¿caemos en la cuenta de lo que significa para una persona y un cristiano, un regalo como este? ¿Lo apreciamos y agradecemos como se merece?

¿En qué medida secundamos, es decir, respondemos a este don vocacional que hemos recibido y lo vamos perfeccionando día a día, semana a semana..., sin treguas ni vacíos? ¿Nos miramos, cada día, en nuestro propio espejo, en la imagen de nuestra identidad, en la vida, obras y corazón de Claret?

¿Vemos ahí, plasmada y reflejada la grandeza y riqueza del Amor del Corazón del Padre, del Amor del

Corazón de Cristo, del Amor del Corazón de María, que es el mismo Espíritu Santo?

¿Hacemos, hago, haces, todo lo posible, para no perder nada de esa riqueza divina a la que se nos invita y se nos insta en cada instante?

¿Nos damos cuenta de que salirnos de ese Centro nuestro: el Amor..., es flotar o caer en el vacío..?

¿Cómo es el acontecer de nuestra vida real de cada día, y cual es su implicación en la presencia, dinámica y urgencia de ese Amor..?

CC 10 Así como Jesucristo es uno con el Padre y con el Espíritu, así también nosotros misioneros debemos ser uno en Ellos para que el mundo crea en Cristo.

La Unidad Trinitaria es nuestro paradigma primero, radical y pleno. Ellos son **Uno**. Nosotros somos llamados a ser uno en Ellos. Se trata de la tendencia del ser, de nuestro ser como cristianos y claretianos. Es la ordenación intrínseca, esencial, viva y dinámica de nuestro ser. Somos convocados por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, por el poder de su misma Unidad, para ser uno en Ellos. Los textos bíblicos que se citan son: “*EL Padre y yo somos uno*” (Jn 10, 30), y “*No ruego sólo por éstos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, crean en mí. Para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno; yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno*” (Jn 17, 20-23)⁴⁷.

Después de la fundamentación bíblica, podríamos ir a la fundamentación y riqueza en el Magisterio. Como muestra, hagamos referencia a tres lugares:

1º El Concilio, cf. LG, 2-5...

2º El Catecismo de la Iglesia Católica, cf. Índice analítico: Trinidad..., Unidad...

3º En VC hay tres números extraordinariamente ricos para entender este ser uno en Ellos. Son los n.ºs 17, 18 y 19, en los que continúa aludiéndose al texto de la Transfiguración, explicado anteriormente.

El 17 nos habla de la iniciativa y atracción del Padre, ‘A Patre ad Patrem’: “atrae a sí una criatura suya con un amor especial para una misión especial. ‘Este es mi Hijo amado: escuchadle’... Se trata de un don de amor que reclama una experiencia íntima y fuerte en la persona para responder con una entrega incondicional: consagración, equiparable a un

auténtico holocausto”. El 18 nos habla del Hijo, imagen del Padre, que **nos llama a la intimidad con él y a seguirlo desde las raíces del ser, dejándonos alcanzar y seducir por su mirada que irradia un amor eterno e infinito**. El 19: el Espíritu Santo, por el que somos consagrados, suscita una respuesta plena y nos hace personas cristiformes. La finalidad de esta vida de unión en Ellos es para que, viéndola en nosotros, los hombres crean en Cristo, tengan vida por la fuerza del Espíritu, y se salven.

Imitemos la comunión de vida de los Apóstoles con Cristo y la primera comunidad de creyentes, que tenía un solo corazón y una sola alma.

Aquí imitar equivale a que nosotros tengamos con Cristo la relación, la sintonía de mente y corazón, la veneración y acogida del Señor que sentían y tenían los Apóstoles. ¿Cómo fue en los Apóstoles su comunión con Cristo en el seguimiento prepascual? De seguimiento, pero débil. Y ¿la que tuvieron a partir de la venida sobre ellos del Espíritu Santo? De seguimiento incondicional, a toda prueba. La nuestra se debería parecer a esta última, porque la promesa del envío del Espíritu Santo se ha cumplido ya, también en nosotros. Desde la fuerza en ellos del Espíritu Santo, se revelan sus actitudes personales de comunión con Cristo y, en su doctrina, la total fidelidad al mensaje de Jesús. “La acción apostólica debe estar avalada por la ‘**vita apostólica**’. Esta consiste, ante todo, en la ‘unio cum Christo’, en la **unión vital con el Señor**” (J. Cristo Rey, ib., p. 194)⁴⁸. ¿Qué significa para nosotros imitar a las primeras comunidades cristianas que “tenían un solo corazón y una sola alma”? (cf. Hech 4, 32-33). Que se nos llama y motiva, desde la fuerza poderosa del Amor, a que cultivemos, sin pausa, la tensión del deseo y de la búsqueda de esa riqueza que tiene que llenar nuestro corazón y nuestra alma... Sólo así iremos logrando lo que en la comunidad de Jerusalén

⁴⁷ Aunque, para fundamentar esto, las Constituciones sólo ponen dos citas de S. Juan, se pueden ver otros textos paralelos, no sólo en Juan, sino también en otros lugares del NT.. Cf. La fundamentación bíblica y comentario teológico que hace el P. J. Cristo Rey, en J. M^º Viñas - J. Cristo Rey, *Nuestro Proyecto de Vida Misionera, Comentario a la Constituciones, II Constitución Fundamental y primera parte*, Roma, 1991, pp. 185-192.

⁴⁸ “Nuestra vida común responde al deseo del P. Fundador de imitar la vida apostólica, es decir, de seguir a Cristo que reúne en torno a Sí en fraterna caridad a sus Apóstoles (...) De esta unidad emana una gran fuerza apostólica. La común vocación al apostolado y al deseo de imitar en todo a Jesucristo creó entre los miembros de la naciente comunidad un mismo espíritu y un afecto fraterno” (Doc. Cap. (1967) PE 108).

contempla Lucas como el sueño comunitario de Jesús ⁴⁹, así como lo que nos relata el P. Fundador de su comunidad en Cuba: “Yo alguna vez pensaba cómo podía ser aquello, que reinara tanta paz, tanta alegría, tan buena armonía en tantos sujetos y por tanto tiempo, y no me podía dar otra razón: *Digitus Dei est hic* (Ex 8, 19)” (Aut. 609). De ahí se deduce que: “Cada uno de nosotros debe esforzarse por vivir conscientemente con sus hermanos de comunidad esta misteriosa unidad fraterna por la que la Iglesia es una en el Hijo ante el Padre por el Espíritu” (PE 107), (cf. PC 15a).

El amor a Dios y a los hermanos, ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo y edifica nuestra comunión.

El amor a Dios y a los hermanos no brota de nuestra naturaleza humana. El origen y la fuente es el Espíritu Santo o, mejor, es el mismo Espíritu Santo, Amor del Padre y del Hijo, y enviado a nosotros por el Padre en nombre del Hijo, el que se infunde y se derrama en nuestra alma, en nuestra vida, en nuestro corazón (cf Rom 5, 5). Es el mismo Espíritu Santo que nos inhabita el que nos da la imponderable capacidad de amar con ese mismo Amor. Y es Él, el Espíritu del Padre y de Jesús, el que activa en nosotros y, con nuestra colaboración, el inefable dinamismo de ese Amor para edificar nuestra comunión. ¿Cómo acogemos y secundamos esa Presencia y acción del Espíritu en nosotros, en el corazón de cada uno, en el corazón de la comunidad? (cf. VFC 8).

Es el don primero y el más necesario, por el que nos configuramos como verdaderos discípulos de Cristo. Por tanto, toda nuestra vida misionera está regida e informada por este amor.

El don primero, “porque tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único...” (Jn 3, 16). El más necesario ⁵⁰. Así lo proclama el P. Fundador: “La virtud más necesaria es el amor. Sí, lo digo y lo diré mil veces: la virtud que más necesita un misionero apostólico es el amor (...). Si no tiene este amor, todas sus bellas dotes serán inútiles; pero si tiene grande amor con las dotes naturales, lo tiene todo ” (Aut 438).

¿Cuál es la obra de este amor? Configurar nuestra personalidad cristiana y misionera. ¿Resultado? Hacernos verdaderos discípulos de Cristo. ¿Hay elogio mayor para ti, para mí, para nosotros? Quizá podamos cuestionar un poco nuestra vida real y nuestras dedicaciones en orden a cualificar con la riqueza de este primer don nuestra existencia personal y comunitaria. Tal vez lo pudiéramos hacer así: Aceptar, de buen grado, esa prioridad, y deducir, al mismo tiempo, que es nuestro primer quehacer, nuestra primera preocupación y ocupación, nuestra primera exigencia práctica. Esta es la lógica que brota del primer mandamiento: “Amarás al Señor tu Dios..., y al prójimo como a tí mismo...”. Ahí está la plenitud de la Ley-voluntad de Dios y de Cristo- sobre cada uno de nosotros..., y sobre nuestra comunidad... En la vida práctica de cada día, ¿cómo lo hago, lo hacemos, esto, realidad en nosotros?

Termina este n° 10 con una afirmación muy atrevida y formulada en presente de indicativo: toda nuestra vida misionera, está *regida e informada*, por este amor. La afirmación está sin ningún condición o atenuante, y es como conclusión de lo dicho anteriormente. Sabemos lo que significa aquí regir: orientar, ordenar, impulsar, tensionar desde dentro y a todo el ser y el vivir. Y sabemos lo que significa informar: infundir una forma, que aquí es la forma de ser del Amor de Dios y del Dios Amor..., alcanzando, penetrando, invadiendo, conformando con ese poder y riqueza del mismo Amor de Dios, nuestro ser en su totalidad.

⁴⁹ Cf. J. Cristo Rey, *Nuestro Proyecto...*, II, p. 193.

⁵⁰ Cf. J. Cristo Rey, *Nuestro Proyecto...*, II, pp. 195-197.

CC 11 *En virtud de la común vocación que hemos asumido, nuestra Congregación comprende a todos los miembros y a todas la comunidades.*

Hemos asumido la con-vocación. Es la respuesta personal y comunitaria a la gracia de la llamada, al carisma común, que nos viene concedido por el Espíritu Santo, y al que nosotros decimos Sí con toda el alma, con toda la vida. A esto llamamos asumir. Esta opción o compromiso tiene su fiel expresión en nuestra Profesión religioso-claretiana, igual y común a todos los que, por ella, accedemos a nuestra condición de Claretianos, con toda la riqueza, derechos y obligaciones que ello comporta para todos y cada uno (cf. El carisma: VFC 45).

Sin embargo, cada uno de nosotros, manteniendo aquella disponibilidad propia de la naturaleza universal de la Congregación, se asocia con los hermanos por medio de la vida familiar y el ministerio en una comunidad local.

Nuestro carisma congregacional es universal (es el carisma misionero de Claret)⁵¹ Por eso, la universalidad es una característica de nuestro ser claretiano, sin fronteras. De la fuerza de ese carisma brota nuestra capacidad y la exigencia de disponibilidad para responder a ese don misionero. Pero, ese don, no lo recibimos cada uno aisladamente, porque ese don es común, comunitario y, además, desde el inicio de la Congregación, se fue plasmando en las comunidades locales. Ahora se organiza en sus distintos niveles de comunidad: congregacional, provincial, local. En esta última desarrollamos, en concreto, nuestra vida familiar claretiana y nuestras actividades misioneras. “En concreto, los miembros de una comunidad religiosa aparecen unidos por una común llamada de Dios en la línea del carisma fundacional, por una típica y común consagración eclesial y por una común respuesta que nace de la participación ‘en la experiencia del Espíritu’ vivida y transmitida por el Fundador y en su misión dentro de la Iglesia” (VFC 2).

⁵¹ “Para Claret ser misionero significa dedicarse a tiempo pleno a la evangelización y al mismo tiempo estar siempre disponible a ponerse en camino para ir a donde fuere enviado” (J. M^a Viñas, *Nuestro ser Claretiano en las Constituciones, La comunidad misionera*, Roma, 1982, p. 22).

CC 12 *La vida fraterna se significa sobre todo y se realiza plenamente en la Eucaristía, que es signo de unidad y vínculo de caridad.*

Primero, ante todo y sobre todo, la Eucaristía. La cita de 1Cor 10, 16-17 nos dice que en la Eucaristía se realiza nuestra comunión con la sangre y el cuerpo de Cristo y, por ello, somos un solo cuerpo en el Cuerpo de Cristo. Adentrarse, participar y comulgar en el Misterio Pascual de Jesús, en la Eucaristía, es estar en el núcleo e irradiación del poder que nos redime de todo egoísmo, ruptura, división y enemistad; es vivir de la energía divina del Amor que nos regenera y que construye toda convergencia, unidad y comunión con Dios y con los hermanos. Claro que eso no sucede si, a la vez que presenciamos la celebración eucarística, nos mantenemos personalmente en un mundo vital aislado, distante, ajeno, totalmente extraño, sin unión personal con lo que ahí se celebra. “La Iglesia, con solícito cuidado, procura que los cristianos no asistan a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores (...), sino que participen consciente, piadosa y activamente en la acción sagrada, sean instruídos con la Palabra de Dios, se fortalezcan en la mesa del Señor, den gracias a Dios, aprendan a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la Hostia Inmaculada (...) para que, finalmente, Dios sea todo en todos” (SC 48). Esto lo desea y procura la Iglesia para todos y cada uno de los cristianos. **¿Cómo ha de ser, en nosotros, los Claretianos, la participación eucarística?**⁵² **¿Cómo lo fue en nuestro Fundador? ¿Cómo se ha recibido, vivido y transmitido esa experiencia a lo largo de la historia de la Congregación? En esto, ¿dónde y cómo estamos ahora?**

En VC se nos dice: “La Eucaristía ‘contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de Vida, que da la vida a los hombres’ (PO, 5), y es corazón de la vida eclesial (...). Por su naturaleza la Eucaristía ocupa el centro de la vida consagrada, personal y comunitaria. Ella es viático cotidiano y fuente de espiritualidad de cada Instituto” (VC 95). El consagrado está llamado a vivir el misterio pascual uniéndose y ofreciendo la propia vida al Padre mediante el

Espíritu y por la asidua y prolongada adoración a la Eucaristía para tener una gran experiencia de comunión. (cf. VC 42c; 45a).

Nuestra fraternidad se alimenta también con la oración común, principalmente litúrgica; se fomenta con un estilo de vida familiar en el que convivimos todos con un espíritu sincero y abierto; y se expresa, además, en la participación en el gobierno y en la ordenación de la Comunidad. Fortalecidos por todos estos medios, intentamos conseguir en la Comunidad misionera la plenitud personal a la que hemos sido llamados.

Nuestra fraternidad se alimenta, se fomenta, se expresa...Tres verbos interesantes que están significando acciones para lograr la riqueza de la comunión fraterna.

El 1º: se *alimenta*..., hace referencia a la oración común, y pone de relieve la litúrgica, es decir, la Liturgia de las Horas. “Junto con la Eucaristía, y en íntima relación con ella, la *Liturgia de las Horas*, celebrada (...) en unión con la oración de la Iglesia, manifiesta la vocación a la alabanza y a la intercesión propia de las personas consagradas” (VC 95c). Igual podemos decir que en la oración común, existe íntima relación, entre la litúrgica y la no propiamente litúrgica, y que la eficacia de toda oración común está condicionada por la calidad real de la vida fraterna. “Sin comunión nuestra oración es precaria, no es cristiana”⁵³.

El 2º: se *fomenta*, con un estilo de vida familiar. Es, debe ser, vida familiar. La familia y la vida familiar, humanamente, tiene un primer analogado en la familia natural, que se inicia con el matrimonio y se constituye por los padres, hijos, hermanos. Hay, en esa realidad humana, una serie de rasgos y funciones de interdependencias personales, bien diferentes, creadoras de ese ámbito y clima tan esencial para la realización de las llamadas relaciones familiares. En ellas, y según ellas, se dan las condiciones para que cada una de las

⁵² Cf. *Nuestra Espiritualidad Misionera en el camino del pueblo de Dios*, Roma, 2002, pp. 48-50).

⁵³ Cf. J. Cristo Rey, *Nuestro Proyecto...*, II, p. 214.

personas que constituye la familia, se sienta en su centro, en su hogar, y vaya alcanzando su madurez. Cuando hablamos de ambiente o clima de familia nos referimos, en general, a ese espacio lleno de cualidades positivas y de riqueza humana.

De ahí pasamos a nuestra realidad. Hablamos de un 'estilo de familia' para nosotros, los Claretianos. Por supuesto distinto del de la familia natural. En sus notas positivas tiene algún parecido, pero su riqueza es trascendente hasta el infinito. Los fundamentos son distintos. El origen, el fin, y la naturaleza son distintas. El Padre, es Dios. El Hijo, Jesús, llama a entrar en la familia del Padre-Dios, fraternizando y filializando. El Espíritu anima, fomenta y recrea el ámbito propicio para esa nueva familia. "Gracias al don del Espíritu, se constituyó en torno a los Apóstoles una comunidad fraterna, unida en la alabanza a Dios y en una nueva y concreta experiencia de comunión (cf. Hch 2, 42-47; 4, 32-35). La vida de esta comunidad y, sobre todo, la experiencia de la plena participación en el misterio de Cristo, vivida por los Doce, ha sido el modelo en el que la Iglesia se ha inspirado siempre que ha querido revivir el fervor de los orígenes y reanudar su camino en la historia con un renovado vigor evangélico. En realidad, la Iglesia es esencialmente misterio de comunión (...). La vida fraterna quiere reflejar la hondura y riqueza de ese misterio, configurándose como espacio humano habitado por la Trinidad, la cual derrama así, en la historia, los dones de la comunión que son propios de las tres Personas divinas" (VC 41; cf. también, n°s 42-51, 75, 92). Vivir ahí con un espíritu sincero y abierto no es algo automático. Hay que trabajarlo para conseguirlo.

Cuántas veces sentimos la necesidad de una comunicación interpersonal más sincera y abierta, más participativa y satisfactoria,

humana y cristianamente. Comunicar más nuestras vidas: sentimientos, problemas, ilusiones, dificultades; participar en común nuestra vida de fe, en la escucha y expresión de la Palabra de Dios, en la oración común, etc. Y cuántas, esa necesidad sentida, se nos queda en simples deseos. Tal vez nos falta coherencia, firmeza, constancia y exigencia con nosotros mismos. Luego vienen las frustraciones respecto de nuestra vida fraterna.

El 3º: se expresa en. Dos aspectos se anotan. El gobierno y la ordenación de la comunidad. Las formas de gobierno son algo que, a partir del Concilio Vaticano II, han cambiado, no mucho, sino muchísimo. De ello hay innumerables testimonios en los mismos documentos del magisterio de la Iglesia (cf VC 91-92; VFC n°s 4-5; 47-51). Algo parecido hay que decir del segundo aspecto. Hoy, al organizar la comunidad, contamos con todos los dones y carismas en juego. Con las dotaciones humanas y los carismas de las personas. Se nos pide activar todos ellos para la ordenación concreta y la edificación de la comunidad. Al menos, hay que tender a ello, aunque suponga un ejercicio de discernimiento nada fácil por parte de cada miembro de la comunidad y, muy especialmente, por el superior.

Al final de este n° 12 de las Constituciones se emplea un verbo más suave. No dice, por ejemplo, conseguimos, en presente, sino, *intentamos conseguir*. ¿Qué? La plenitud personal.

La palabra plenitud lo significa o puede significar todo, por eso está bien decir que *lo intentamos*, lo vamos logrando paso a paso. Es un dicho de la tradición espiritual que, el no avanzar es volver atrás. La pregunta para nosotros sería: ¿estamos, estoy, avanzando hacia esa plenitud? ¿Qué indicadores podemos aplicar para comprobarlo?

CC 13 *La colaboración en el ministerio de la Palabra pertenece al origen mismo de nuestra vida comunitaria.*

Da la sensación de que el término 'colaboración', no expresa en sí mismo la fuerza que tiene en este enunciado. Colaboradores son todos los que participan en una obra. Pero aquí se refiere a algo profundo, algo que surge de la urgencia misionera de la con-vocación en un mismo carisma, de haber recibido un mismo don-gracia-llamada de Dios para sentirnos unidos en la vida y comprometidos en el anuncio de la Buena Noticia. Es una convergencia para misionar que proviene del mismo Espíritu del Señor y que, a la vez, está exigiendo, desde ese mismo don de gracia, una plataforma o lanzadera, también común, que es la *comunidad apostólica*. El don misionero implica, a la vez, las dos dimensiones, y se realimentan mutuamente en una correlación dinámica de vida y acción común, de acción y vida en común. La calidad, tanto de la una como de la otra, también es correlativa. Es impensable una misión verdaderamente apostólica por una comunidad donde prevalezca el individualismo egoísta; o una comunidad verdaderamente fraterna donde no vibre una gran urgencia y entrega misionera.

El texto nos dice que la unión ('colaboración') en el servicio de la Palabra está como generando nuestra vida común. En el origen, de lo que se trata es del servicio de la Palabra, pero para llevar a efecto ese anuncio, se interpreta el don misionero recibido, como don que hay que vivir, celebrar y proclamar juntos, en auténtica fraternidad. *"La praxis misionera es el ámbito en el que se genera la comunidad claretiana"*⁵⁴ *"Porque somos colaboradores en el ministerio de la Palabra, vivimos en fraternidad religiosa"*⁵⁵.

Sin embargo, compartimos la misión de la comunidad de diversos modos: ya sea por la unión de varios hermanos para realizar en equipo una tarea, ya sea en el desempeño del cargo encomendado a cada uno por la comunidad, o bien orando y sufriendo por la Iglesia.

Se afirma que la misión es de la comunidad y esa misión la compartimos en varias formas:

a) *Formando equipo*. Tenemos experiencias de lo que significa trabajar en equipo: unas positivas, otras negativas. Trabajar en equipo puede ser apostólicamente muy fecundo, pero no es fácil. Los expertos de dinámica de grupos nos hablan de su complejidad y diversidad. Se dice que hay unos seis mil millones de grupos humanos, tantos como personas. Hay personas que pertenecen a muchos y distintos grupos. Se afirma, y sobre ello existen estudios (v. g., de Kurt Lewin), de que hay una relación íntima entre el mutuo entendimiento en la convivencia y la eficacia en la obra emprendida (en lo profesional). Existen fuerzas y posibilidades de acción en los grupos, que se ponen en activo o no, según sea la interrelación personal de sus miembros. En nuestro ámbito claretiano, esto es bien sabido por todos. El buen clima humano, dentro del equipo, es necesario para la eficacia en el trabajo. **¿Hacemos cada uno lo que nos corresponde para que se dé ese positivo entendimiento y relación interpersonal? ¿Somos realmente conscientes de cómo, la calidad de la relación interpersonal, repercute en la calidad de nuestra misión?**

b) *Cargos encomendados a cada uno*. Encomendados por la comunidad. Se entiende que la encomienda por el superior, representante de la comunidad, lo es por la comunidad. Ahora, al menos entre nosotros, la comunidad como tal, tiene el derecho y el deber de pronunciarse sobre su vida y sus obras, sobre la distribución de cargos y cargas. "Es absolutamente necesario que cada comunidad discierna en el Espíritu qué función y ministerio le corresponde a cada hermano dentro de la fraternidad apostólica: de qué forma colabora en el proyecto misionero al servicio de la Palabra"⁵⁶. El superior, con una relevancia especial, no está al margen, sino dentro de esa conciencia y sentir comunitarios. Cada uno en, desde, con y para la comunidad, y todos aceptando la aportación de cada uno.

⁵⁴ Cf. J. Cristo Rey, *Nuestro Proyecto...*, II, p. 219).

⁵⁵ José M^a Viñas, en *ib.*, p. 217.

⁵⁶ J. Cristo Rey, o. c., p. 221.

c) *Orando y sufriendo por la Iglesia.* La oración auténtica es siempre misión, porque el encuentro con Dios, nos adentra, al mismo tiempo, en su Vida y en su Obra. El sufrimiento por la Iglesia es, en sí mismo, intercesión por los hombres. Pero aquí hay que acentuar alguna cosa más. Sabemos lo que es dedicarnos al trabajo por el Reino, en las diversas actividades. Es directamente la acción, v. g., explicando y anunciando la Palabra de Dios. En la vida de cada misionero, el orar y sufrir por la Iglesia, en modos diversos, es el pan de cada día. Pero llegan momentos, por ancianidad, por enfermedad, etc., en los que se han reducido o han caído las capacidades y posibilidades directas del 'hacer', y sólo quedan las del orar y sufrir. Son tiempos en los que es necesario cambiar de clave vital. Ya no es posible 'la acción', pero, es posible la pasión.

- ❖ ¿Acaso es más misionero el 'hacer' que el padecer? ¿No nos redimió Jesús, principalmente, por su pasión. ¿Acaso es más misionero el 'hacer' que el padecer? ¿No nos redimió Jesús, principalmente, por su Pasión y Muerte?
- ❖ ¿Y no serán esos tiempos de debilidad física, a veces también psíquica, oportunidades muy grandes para sentirse totalmente misionero, unido al Cristo paciente?
- ❖ ¿No estaremos llamados a vivir la madurez personal misionera haciendo, entonces, de nuestra vida, una ofenda grata al Padre, en un valiosísimo ejercicio y experiencia de comunión vital con el Cristo Eucaristía, haciéndonos con Él y en Él, vitalmente, personal y eclesialmente, eucaristía ante el Padre?
- ❖ ¿Acaso no entramos así en lo más nuclear, esencial y decisivo de nuestra misma vida cristiana y claretiana en el ejercicio de la fe, esperanza, caridad y misión?
- ❖ Y, en esta situación, ¿no habría que tomar conciencia de que, la propia condición de debilidad e inutilidad para el 'hacer', incluso para el valerse a sí mismo en lo más elemental, puede convertirse en algo de

incalculable valor delante de Dios, si se acoge y se ofrece, en fe, confianza, sencillez y amor?

- ❖ ¿No se propicia entonces que el poder del Espíritu de Jesús en la propia debilidad sea fermento misionero en la debilidad de la misma humanidad? Y ¿qué tal si a las dificultades ahí presentes se echa ánimo, coraje, paciencia y unas pizquitas de buen humor?

CC 14 *Esta comunidad nuestra debe desarrollar el carisma originario al servicio de la Iglesia y del mundo, de forma que se encarne verdaderamente en la situación y en las necesidades de la Iglesia particular y del mundo que la rodea, tanto en el modo de vivir como en el modo de ejercer el ministerio.*

Desarrollar el carisma originario. No dice copiar, ni repetir, ni imitar, ni conservarlo en las formas y modos concretos en que nació. No es eso. Es reinterpretar, reactualizar, redinamizar, revivir, reinsertar... Y dice nuestra comunidad *debe*. ¿Por qué *debe*? Porque recibe, está recibiendo del Espíritu Santo, el don, el mismo carisma originario y originante. Por eso debe responder, ahora, a esa gracia que sigue recibiendo, y que se va recreando, animando, impulsando, conformando, como claretiana. Pero, ¿quién es esa comunidad? Creo que se puede aplicar a la comunidad claretiana, en todos los niveles: general, provincial, local, y en todos los lugares donde exista. Pero, no estará mal que alertemos el oído. La palabra ‘nuestra comunidad’ podría servir para, en lugar de sentirnos en un ‘nosotros’ comprometido en ese *deber*, evadirnos personalmente, y que sea ella (allá ella), la comunidad, no yo, tu, nosotros, los que cumplamos, personal y comunitariamente, ese *deber*.

Es una cuestión de fidelidad al carisma, es decir, a nuestra propia identidad como claretianos, como personas en comunidad claretiana. “En esta fidelidad a la inspiración de los fundadores (...), don del Espíritu Santo, se descubren más fácilmente y se reviven con más fervor los elementos esenciales de la vida religiosa”; (...) “en su triple orientación: *hacia el Padre...*, *hacia el Hijo...*, *hacia el Espíritu Santo...*, ya que dispone a la persona a dejarse conducir y sostener por él, tanto en el propio camino espiritual, como en la vida de comunión y en la acción apostólica” (VC 36b).

Por ello: “se invita a los Institutos a reproducir con ardor la audacia, la creatividad y la santidad de sus fundadores y fundadoras como respuesta a los signos de los tiempos que surgen en el mundo de hoy. Esta invitación es sobre todo una llamada a perseverar en el camino de santidad a través de las dificultades materiales y espirituales que marcan la vida cotidiana. Pero es también llamada a buscar la competencia en el propio trabajo y a cultivar

una fidelidad dinámica a la propia misión, adaptando sus formas, cuando es necesario, a las nuevas situaciones y a las diversas necesidades, en plena docilidad a la inspiración divina y al discernimiento eclesial” (VC 37a). Y, en 37c se dice algo en referencia directa a nuestra reflexión: “en este espíritu, vuelve a ser hoy urgente para cada Instituto la necesidad de *una referencia renovada a la Regla*, porque en ella y en las Constituciones se contiene un itinerario de seguimiento, caracterizado por un carisma específico reconocido por la Iglesia (...), criterio seguro para buscar las formas adecuadas de testimonio capaces de responder a las exigencias del momento sin alejarse de la inspiración inicial”.

La Encarnación, y el modo de vivir de Jesús, en todo semejante a los hombres menos en el pecado, es guía y exigencia para nuestra inserción concreta en las coordenadas en las que están viviendo nuestros destinatarios. Ahí se tiene que hacer signo y lenguaje profético nuestro modo o forma de vivir y de actuar.

CC 15 *Como imágenes de Dios y miembros de un mismo Cuerpo, hemos de amarnos mutuamente, cumpliendo así el precepto del Señor: “Este es mi mandamiento, que os améis los unos a los otros como Yo os he amado” (Jn 15, 12).*

El contenido de este texto sobre el mandamiento de Jesús hay que interpretarlo con otros, entre ellos, con el que nos dice cómo amaba, cómo ama Jesús: “habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn 13, 1). Jesús amó, nos ama, ‘hasta el colmo del amor’ según el comentarista de la Biblia de Jerusalén⁵⁷. En VC 75b se nos dice: “el sentido de la vida cristiana y, con mayor motivo, de la vida consagrada, es vida *de amor oblativo*, de concreto y generoso servicio”. Lo que Él ha hecho y hace con nosotros y el modo cómo lo hace, es su voluntad para nosotros, es decir, su mandamiento. ¿Podría ser de otra manera? Lo mismo podemos decir de Dios. Lo que Dios es, Amor, y lo que Él hace por nosotros, amarnos, es su voluntad, su mandamiento, para nosotros. El primero y el que incluye a todos los demás. Tocamos con esto el cumplimiento hasta la cima de la vocación cristiana, personal y comunitaria. La inefable riqueza de la donación del Amor, conlleva enormes exigencias de respuesta para incorporar y poseer, personal y comunitariamente, esa riqueza. Nosotros, en nosotros y para los otros, podemos vanalizar la energía impresionante del Amor de Cristo. “Nada anteponer al amor de Cristo”, decía S. Benito. Nos puede suceder que, ante esos textos u otros parecidos, que tantas veces leemos y escuchamos, resuene en nuestro interior algo así como: ‘si ya lo sé, ya lo sabemos, nos parece bien’, pero de ahí, no pasa; o pensamos que son frases un tanto exageradas, tal vez idealizaciones; o también puede suceder que, presumiendo de realistas, echemos una mirada a nuestra vida, incluso a lo que percibimos en el mundo después de dos milenios desde la venida de Jesús, y nos quedemos en hacernos preguntas sobre el fracaso de ese proyecto de amor, etc.. Con estas actitudes u otras parecidas, **¿no nos dejamos engañar por nuestras pobres elucubraciones y proyecciones racionales?**

¿No nos falta entonces el ejercicio, desde el corazón, de la fe incondicional en la realidad y dinámica de ese Amor de Cristo, presente a nosotros y en el interior de cada uno? Si contemplamos despacito y con fe cómo, realmente, Cristo nos amó y nos ama, ‘hasta el extremo’, tal vez se nos revuelva algo interiormente...

Este amor fraterno implica el ejercicio de todas las virtudes, porque “la caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe, no es descortés, no busca su interés, no se irrita, no toma en cuenta el mal, no se alegra de la injusticia, se alegra con la verdad, Lo excusa todo. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta” (1Cor 13, 4-7). Seamos, por tanto, solícitos los unos para con los otros, llevando mutuamente nuestras cargas. El texto tomado en nuestras Constituciones, 1Cor 13, 4-7, tienen un contexto, todo el capítulo. El hilo conductor de la exposición de Pablo, no es el amor o afecto humano. Es el Amor de Dios que se llama: caridad. Es la inefable grandeza y energía de la caridad, que se llama: Dios - Amor. Es esa imponderable fuerza divina que se despliega en y desde el corazón del cristiano hacía los otros. Es tan grande que, no sólo implica el ejercicio de todas las virtudes⁵⁸; lo cual ya quiere decir que urge a que todas las virtudes, sin exclusión, se pongan en práctica; sino que es su alma, su motivación radical y plena, y lo que confiere a cada virtud y a todas ellas, el valor real y definitivo que tienen delante de Dios.

A 1Cor 13, hay que añadir otros muchos textos bíblicos, densos, que enriquecen más y más, lo que es esta asombrosa revelación de la caridad, Amor de Dios, para cada uno, y para, a través de cada uno, edificar el ‘nosotros cristiano’⁵⁹. La nota de la Biblia de Jerusalén a

⁵⁷ “Por vez primera Juan pone explícitamente la vida y la muerte de Jesús como signo de su amor por los suyos. Es como un secreto cuya plena revelación se reserva para los últimos instantes, 13, 34; 15, 9. 13; 17, 23; 1Jn 3, 16; Gal 2, 20; Rom 8, 35; Ef 3, 19; 5, 2. 25” (Nota de la Biblia de Jerusalén).

⁵⁸ Cf. J. Cristo Rey, *Nuestro Proyecto...*, II, p. 232.

⁵⁹ Cf. Jn 13, 34-35; 15, 1-17; 1Jn 4,7-21; Hch 2, 42-47; 4, 32-35; Rom12, 3-21; Ef 4, 1-16. 31-32; Fil 2, 1-6. Si de estos textos hacemos un elenco de los rasgos y la notas de la caridad, que se encarnan en los rasgos y notas positivas del amor humano y,

1Cor 13, 1, ilumina con profusión de textos este panorama. En los documentos del Magisterio también superabunda esta doctrina, v. g., en alguno próximo a nosotros, como son VC y VFC⁶⁰. “El amor llevo a Cristo a la entrega de sí mismo hasta el sacrificio de la Cruz. De modo parecido, entre sus discípulos *no hay unidad verdadera sin este amor recíproco incondicional*, que exige: disponibilidad para el servicio sin reservas, prontitud para acoger al otro tal como es sin ‘juzgarlo’ (Mt 7, 1-2), capacidad de perdonar ‘hasta setenta veces siete’ (Mt 18, 22)” (VC 42b), etc..

El texto constitucional termina pidiendo que seamos solícitos, es decir, atentos, delicados, comprensivos, serviciales..., y que estemos dispuestos de verdad a llevar mutuamente las cargas, es decir, las dificultades, deficiencias, trabajos, etc., de cada uno. Esto brota espontáneo cuando se ha vivido y compartido el Amor, en y desde el mutuo amor.

propiciamos, con fidelidad al Amor, que la caridad fluya e irradie su fuerza y su gracia a través de esos mismos rasgos positivos del amor humano, habremos entrado en la lógica de la Encarnación y de la revelación de la Bondad de Dios y de Cristo en nosotros y, a través de nosotros, en los otros.

⁶⁰Cf. VC 41, 42, 45, 46, 47a, 51a, 67, 74, 75, 82, 96, 102a; y en VFC 10-28.

CC 16 *Colaboremos todos y cada uno incesantemente en la edificación de la Comunidad. Usemos siempre palabras llenas de humildad y caridad. No lesionemos nunca la amistad, ni sembremos discordias, ni discutamos entre nosotros, ni murmuramos de cosa alguna. No juzguemos nunca a los hermanos, ya que el Señor es el único juez, ni nos atrevamos a sospechar de ellos. Excusemos la intención cuando no podamos justificar la obra. Sepamos perdonar a todos con espíritu generoso, si alguno tiene contra otro algún motivo de queja.*

El fiel cumplimiento de este número es consecuencia de la respuesta al número anterior, al inefable y permanente amor de Cristo a cada uno de los miembros, personalmente, para que crezca en el cuerpo-comunidad.

Aquí se trata de nuestro ser, estar, convivir y caminar juntos y unidos, en la vida real de cada día, en nuestras mutuas relaciones, sabiendo que la persona, como tal, madura, en sus propias relaciones y según sean estas. Es donde, continua y realmente, cada uno prueba, ante sí y ante los demás, hasta dónde está comprometido a crecer como persona, en lo humano, lo cristiano⁶¹ y lo claretiano, y a ser fiel a lo que el Dios-Amor le pide.

La comunidad, nuestra comunidad, es un edificio en construcción. Nosotros la estamos edificando. Es nuestra casa, es de todos y de cada uno. Cada uno, todos, tenemos sumo interés en que este edificio sea y se vea cada vez más consistente y más hermoso, más armonioso, acogedor, cálido, hogareño, para sentirnos, de verdad, bien en nuestra casa, en nuestra familia. En la medida en que cada uno, todos, nos comprometemos en este esfuerzo, nos sentimos mejor, y viceversa, en la medida en que nos sentimos mejor, nos comprometemos. Para ello el texto nos pide que fomentemos lo positivo y que evitemos lo negativo. Lo positivo es el ejercicio de la caridad, la humildad, el perdón. La caridad y la humildad se casan muy bien. No hay una sin la otra. Su dinamismo es correlativo. Sólo a los pobres y sencillos se les revela el Reino (cf Mt 11, 25).

⁶¹ “La comunidad religiosa, por el hecho mismo de ser una ‘Schola Amoris’ (escuela de amor), que ayuda a crecer en el amor a Dios y a los hermanos, se convierte también en lugar de crecimiento humano. El proceso es exigente, ya que comporta la renuncia a bienes ciertamente muy estimables; pero no es imposible (...), comporta un continuo ‘enriquecimiento’, no sólo en los valores espirituales, sino también en los de orden psicológico, cultural y social” (VFC 35). “Componente fundamental de esta madurez, es la libertad afectiva, gracias a la cual el consagrado ama su vocación y ama según su vocación” (ib., nº 37).

Sólo los que viven desde el Amor pueden ser sencillos, humildes, evangélicamente pobres. El espíritu generoso del perdón, participa, a la vez, de la gran misericordia, amor de Dios, y del reconocimiento de la propia debilidad y pecado, para no tirar a nadie la piedra.

Lo que tenemos que evitar es lo contrario a la humildad, a la caridad, al perdón. Ocurre cuando lesionamos la amistad fraterna, sembramos conflictos, defendemos a capa y espada nuestra opinión sin escuchar al otro, a veces, llevándole la contra como por sistema, desde unos prejuicios indiscernidos, o hablando mal de él. Al fondo de nuestra aversión y de nuestras palabras negativas, está el juicio peyorativo, que, tal vez a ‘priori’, nos hemos formado del hermano, sin fundamento real. Aún teniendo fundamento, deberíamos salvar siempre la buena intención y buena voluntad, con un ejercicio de sumo respeto ante muchas realidades y motivos, conscientes o inconscientes en el otro, que nosotros desconocemos. Por ello es demasiado arriesgado juzgar, a veces haciendo comparaciones que, en lugar de iluminar la situación, en realidad están fuera o en contra de texto y contexto evangélico.

En VFC hay unos números que tocan las bases del compromiso para crecer juntos (cf nºs 29-34): la necesidad de una comunicación más extensa y más intensa; la necesidad del mutuo conocimiento; el compartir ideas, sentimientos, dificultades, no sólo humanas, sino también espirituales, en la fe y la oración común. El diálogo constructivo, que lleva a “aprender progresivamente a compartir, con sencillez y creatividad, los dones del Espíritu, a fin de que lleguen a ser verdaderamente de todos y sirvan para la edificación de todos” (VFC 32). La falta de esa comunicación genera el debilitamiento de la fraternidad, el aislamiento de los hermanos, el individualismo y la insensibilidad ante el otro, y se presta a buscar

compensaciones nada evangélicas fuera de la comunidad. “Sin diálogo y sin escucha, se corre el riesgo de crear existencias yuxtapuestas o paralelas, lo que está muy lejos del ideal de la fraternidad” (ibidem). Este ideal, la tensión y fuerte motivación de su llamada, nos da la capacidad real de ir pasando del ‘yo’ al ‘nosotros’ (cf. n°s 39-42). “La comunidad religiosa se convierte, entonces, en el lugar donde se aprende cada día a asumir aquella mentalidad renovada que permite vivir, día a día, la comunión fraterna con la riqueza de los diversos dones y, al mismo tiempo, hace que estos dones converjan en la fraternidad y la corresponsabilidad en su proyecto apostólico” (VFC 39). En los nn. 40-42 se nos dice lo que hay que hacer para conseguir esta ‘sinfonía’ comunitaria y apostólica.

CC 17 *Con los hermanos que son de distinto origen, edad, cultura u opinión, mantengamos siempre la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz.*

Se cita aquí, Ef 4, 3. El contexto, Ef 4, 1-16, es de tal riqueza, claridad y fuerza para este n° 17 de nuestra Constituciones, que se presta a una buena meditación personal y a un compartir fraterno nuestros haberes comunes y diferentes, construyendo esa unidad y paz en el Espíritu. La Iglesia nos dice que, nuestra vocación y condición, es propicia para ser 'expertos en comunión', 'testigos y artífices de aquel proyecto de comunión que constituye la cima de la historia del hombre según Dios' (cf VC 46a). En el pluralismo y la diferencia de los miembros de nuestra comunidad por razón de su origen, edad, cultura, opinión, etc., tenemos el espacio propicio para cultivar esos dones y virtualidades y de manifestar ante el 'mundo desgarrado por el odio, la guerra, los egoísmo, las locuras homicidas, etc., el signo de la paz, de la reconciliación y el diálogo, revelando la potencia de armonía y unidad que el Espíritu recrea en nosotros y entre nosotros. Lo que VC nos pide para la inculturación misionera (cf. VC 80), tenemos que practicarlo, mutuamente, con discernimiento, dentro de nuestra propia comunidad (cf. VC 92).

No confundamos 'la paz del Espíritu' con nuestra indiferencia, apatía, atonía relacional para no 'complicarnos la vida'. Tal vez necesitemos desistalarnos, desprogramarnos de algunos de nuestros hábitos inveterados, incomodarnos, luchar contra el instinto del conservar a toda costa nuestro 'status', y arriesgarnos a perder la vida para ganarla, a perder 'nuestra paz' para ganar la del Espíritu Santo en nosotros y entre nosotros.

En la diversidad de carismas y ministerios usemos de nuestra libertad en conformidad con el don que hayamos recibido del único Espíritu para utilidad de todos.

oNosotros sabemos algo de la diversidad de dones y carismas. Pablo, en 1Cor 12, nos pone unos criterios sólidos⁶². En el magisterio de

estos años han abundado los textos sobre los carismas. Por citar un documento, en VC se nos habla de carismas en 23 números. Es decir, en teoría, sabemos algo. Pero da la impresión de que, en la práctica, nos cuesta conocer y reconocer la enorme y riquísima variedad de cualidades positivas y de carismas derramados por el Espíritu en nuestros hermanos de comunidad.

- ❖ ¿Cuántas veces, tú, yo, nosotros, dedicamos tiempo, reflexión, intuición, para conocer y reconocer ese rico mundo de posibilidades reales de cada hermano de la comunidad, que necesitan, precisamente ese reconocimiento, aliento y animación mutua, para despertarse, florecer y dar frutos abundantes?
- ❖ ¿No será esta una tarea pendiente y urgente?
- ❖ ¿Por qué huimos tanto de la comunicación y el diálogo sobre lo más profundo y sentido de nosotros mismos?
- ❖ ¿No sentimos, a veces, un clamor interior, que nos está diciendo que necesitamos afrontar esa dificultad para crecer personal y comunitariamente?
- ❖ ¿No será en el fondo una esclavitud por miedo a la libertad?
- ❖ ¿Dónde y cómo queda entonces nuestra libertad de hijos de Dios

Recibamos con amor fraterno a los hermanos que vengan a nuestra comunidad. Y nosotros mismos, cuando vayamos a otra casa, llevemos a ella la paz del Señor.

La fraternidad claretiana es la casa de las puertas abiertas, de par en par. Las puertas del corazón y del afecto. Tanto en la acogida por los que están dentro, como en la ilusión del que llega a la casa. Se trata de la alegría del encuentro fraterno. En cristiano, esta

caridad supera a todos los carismas".

⁶² El comentarista de la Biblia de Jerusalén los sintetiza así: "1° Todos estos favores vienen del Espíritu. 2° Todos ellos se conceden con miras al bien de la comunidad. 3° Su rango se establece según el valor de los servicios que prestan. 4° En particular, *la profecía*, es superior, con mucho a la *glosolalia*, de la que tan orgullosos se mostraban los corintios. 5° Finalmente, la

condición del amor y del corazón abierto, ha de ser universal, sin límites. La calidad de la apertura y acogida debe ser incondicional cuando se trata de alguien con el que compartimos los valores vocacionales, en los que radican las más hondas y definitivas claves del sentido, orientación y riqueza de nuestra vida, de nuestro ser y hacer. Él entra a su casa. Los espacios de las personas y de la comunidad, son nuestros y suyos. El Amor y la Paz del Señor es el espíritu que anima y recrea todo el clima del encuentro. Pueden haber otras motivaciones humanas, pero no son las fundamentales y constituyentes del encuentro fraterno. Las primeras y fundamentales, las pone 'nuestro' Señor. Las segundas, complementarias, las podremos poner nosotros. Observando y cultivando el orden querido por Dios cumplimos su voluntad, seguimos dando frutos abundantes de fraternidad y evitamos caer en desviaciones y faltas, de las cuales, por desgracia, no está exenta la historia de estos encuentros.

CC 18 *Tratemos con amor y respeto a los ancianos y a los que han gastado ya su vida en el servicio de Dios, y deseemos enriquecernos con su experiencia. Y ellos procuren dar siempre testimonio de una perenne juventud de corazón. Amemos todos de una manera especial a los hermanos enfermos, como miembros de Cristo paciente, visitándoles y asistiéndoles de buen grado.*

A los ancianos: tratarlos con amor y respeto; aprender de su experiencia. Con los enfermos: amarlos de una manera especial, visitarles y asistirles de buen grado. Los PP. Viñas y Cristo Rey les llaman “los privilegiados del amor fraterno”. Si fuera así, sería verdadera señal de que somos hermanos, tal como nos lo pide el Señor. Por su parte, los ancianos pueden estar abiertos al Espíritu de tal manera, que se sientan, gozosa y agradecidamente, receptores de esa gracia que Él concede de conservar ‘una perenne juventud de corazón’; los enfermos, se hacen, por el mismo Espíritu, receptores de la gracia de sentirse y vivirse ‘como miembros de Cristo paciente’, completando, por su parte, con su dolor y sufrimiento, lo que falta a la pasión de Cristo por la Iglesia y su misión en el mundo.

1.- Para el inicio

Padre Santo,
tu Hijo Jesús, ha orado por nosotros, para que seamos uno en Vosotros.
Acepta, Padre ese clamor filial de tu Hijo y, en Él y con Él,
el clamor filial de nuestros corazones movidos por tu Espíritu Santo.
Llenos de asombro, de gratitud y de gozo,
te pedimos reconocer la hondura y riqueza de esta inefable gracia:
la filiación y la fraternidad,
que nos llega como regalo de tu Corazón paternal,
y que nos hace crecer en tu Hijo,
por el Amor que nos comunicas: el Espíritu Santo.
Que ese Amor, derramado en nuestros corazones,
edifique nuestra comunión fraterna.
Que se refleje en nuestras vidas,
la comunión de vida de los Apóstoles con Cristo,
y de la primera comunidad de creyentes,
que tenían un solo corazón y una sola alma.
Que sintamos la grandeza y urgencia de ese Amor entre nosotros;
que nos ejercitemos en ese Amor, don primero y el más necesario,
para configurarnos como verdaderos discípulos de Cristo;
y que toda nuestra vida misionera esté regida e informada por ese Amor.

Señor Jesús,
tú nos congregas diariamente en la celebración de la Eucaristía,
signo de unidad y vínculo de caridad;
para revitalizarnos con la fuerza de tu Misterio Pascual.
Concédenos hacer de esa Celebración
el Centro, Eje y Motivo fundamental de nuestro diario vivir y morir;
que nos unamos íntimamente a ti, en tu pura Oblación al Padre.
Que el ejemplo de Claret encienda en nosotros,
fervientes deseos de participar en tu Pasión y Muerte,
y de glorificar al Padre y morir como tú por nuestros hermanos.
Que oremos juntos desde el corazón de la Iglesia y con toda la Iglesia,
especialmente en la Liturgia de la Horas.

Y tú, Espíritu Santo, Energía todopoderosa del Amor Dios,
purifica, renueva, cambia, transforma nuestros corazones egoístas,
para que en nosotros y entre nosotros,
en nuestra Comunidad Claretiana,
prenda con fuerza esa llama de amor viva,
y nos convierta definitivamente a la unidad y comunión fraterna,
a esa caridad, proyección de tu mismo Ser-Amor,
que todo lo alcanza, lo invade, lo purifica, lo vivifica, lo plenifica. Amén.

2.- Para el final

Padre bueno,
sabemos que toda criatura, todo bien y toda bendición procede de ti.
Te damos gracias por la vida, la tierra y el sol,
tú has creado y hermoseedo este maravilloso mundo.
Te damos gracias por tantas bendiciones sobre nosotros, los Claretianos.
Tú nos has creado a imagen y semejanza tuya.
Tú nos has redimido por tu Hijo Amado Jesucristo.
Tú nos quieres en tu Hijo, con tu Hijo y como tu Hijo.
Te damos gracias, Padre.

Cristo Jesús, Tú nos has unido a ti y, en tu Filiación,
nos has hecho hijos del Padre-Dios, Tú nos has ofrecido tu vida, tus ejemplos, tu Palabra, tus sacramentos, tu Iglesia.
Tú nos has comprado con tu Cuerpo entregado y tu Sangre derramada.
Tú nos has dado una nueva identidad: ser cristianos, es decir, tuyos.
Tú largueza para con nosotros ha ido más lejos:
Nos has llamado con una vocación especial: la vocación claretiana.
Nos has querido para que te sigamos de cerca
y reproduzcamos tu estilo de vida en pobreza, castidad y obediencia.
Nos has querido formando una comunidad misionera, a lo Claret,
que imitara a la de tus Apóstoles y a tus primeras comunidades.
Te damos gracias, Jesús.

Espíritu Santo, Amor
Gracias porque Tú nos inhabitas, nos creas y recreas sin cesar.
Sabemos que sin ti: Jesucristo no palpita en nuestros corazones,
nuestra filiación se amortigua y nuestra fraternidad se desvanece,
nuestra misión pierde su vigor evangélico
y nuestros compromisos se hacen cargas insoportables.
Sin ti, brotan en nosotros y entre nosotros las aristas negativas:
la desconfianza, la incomprensión, el desinterés por los otros,
la rivalidad, la envidia, el desánimo y la desesperanza.
Tú nos animas y fortaleces para que no sucumbamos
a la tentación del egoísmo paralizador, disgregante,
destructor en nosotros del Proyecto de Jesús.
Tú nos impulsas para que lleguemos a nuestra madurez en Cristo,
personal y comunitariamente.
Contigo, podemos ser respetuosos, amables, pacientes, serviciales,
solícitos los unos por los otros,
llevando mutuamente nuestras cargas;
podemos sentirnos como hermanos y amarnos como hermanos,
colaborando todos en la edificación de la Comunidad y de tu Iglesia.
Gracias, Espíritu de Amor.

1.- Autobiografía

Necesidad del amor...

438. La virtud más necesaria es el amor. Sí, lo digo y lo diré mil veces: la virtud que más necesita un misionero apostólico es el amor. Debe amar a Dios, a Jesucristo, a María Santísima y a los prójimos. Si no tiene este amor, todas sus bellas dotes serán inútiles; pero, si tiene grande amor con las dotes naturales, lo tiene todo.

Amor - Palabra...

439. Hace el amor en el que predica la divina palabra como el fuego en un fusil. Si un hombre tirara una bala con los dedos, bien poca mella haría; pero, si esta misma bala la tira rempujada con el fuego de la pólvora, mata. Así es la divina palabra. Si se dice naturalmente, bien poco hace, pero, si se dice por un Sacerdote lleno de fuego de caridad, de amor de Dios y del prójimo, herirá vicios, matará pecados, convertirá a los pecadores, obrará prodigios.

440. El mismo Espíritu Santo, apareciéndose en figura de lenguas de fuego sobre los Apóstoles el día de Pentecostés, nos da a conocer bien claramente esta verdad: que el misionero apostólico ha de tener el corazón y la lengua de fuego de caridad.

441. A la verdad, hace el fuego de la caridad en un ministro del Señor lo que el fuego material en la locomotora del ferrocarril, y la maquina en un buque de vapor, que todo lo arrastra con la mayor facilidad. ¿De qué serviría todo aquel aparato si no hubiese fuego ni vapor? De nada serviría. ¿De qué servirá a un Sacerdote que ha hecho toda su carrera de hallarse graduado en sagrada Teología y en ambos Derechos, si no [tiene] el fuego de la caridad? De nada.

Medios para conseguir el amor...

442. Convencidísimo, pues, de la utilidad y necesidad del amor para ser un buen Misionero, traté de buscar ese tesoro escondido, aunque fuera preciso venderlo todo para hacerme con él. Pensé con qué medios se adquiriría, y hallé que se consigue por estos medios: 1.º Guardando bien los mandamientos de la ley de Dios. 2.º Practicando los consejos evangélicos. 3.º Correspondiendo con fidelidad a las internas inspiraciones. 4.º Haciendo bien la meditación.

443. 5.º Pidiéndolo y suplicándolo continua [e] incesantemente y sin desfallecer ni cansarse jamás de pedir, por más que se tarde en alcanzar. Orar a Jesús y a María Santísima y pedir, sobre todo a nuestro Padre, que está en los cielos, por los méritos de Jesús y de María Santísima, y estar segurísimo que aquel buen Padre dará el divino Espíritu al que así lo pide.

Hambre y sed de amor...

444. 6.º El sexto medio es tener hambre y sed de este amor, y así como el que tiene hambre y sed corporal siempre piensa cómo se podrá saciar y pide a todos los que conoce le podrán remediar, así determino de hacerlo con suspiros y deseos encendidos, me dirijo al Señor y le digo con todo mi corazón: ¡Oh Señor mío, Vos sois mi amor! ¡Vos sois mi honra, mi esperanza, mi refugio! ¡Vos sois mi vida, mi gloria, mi fin! ¡Oh amor mío! ¡Oh bienaventuranza mía! ¡Oh conservador mío! ¡Oh gozo mío! ¡Oh reformador mío! ¡Oh Maestro mío! ¡Oh Padre mío! ¡Oh amor mío!

445. No busco, Señor, ni quiero saber otra cosa que vuestra santísima voluntad para cumplirla, y

cumplirla, Señor, con toda perfección. Yo no quiero más que [a] Vos, y en Vos y únicamente por Vos y para Vos las demás cosas.

2.- Documentos Claretianos

“Cada uno de nosotros debe esforzarse para vivir conscientemente con sus hermanos de comunidad esta misteriosa unidad fraterna por la que la Iglesia es una en el Hijo ante el Padre por el Espíritu. Y todos juntos han de esforzarse para vivir desde su vida común el misterio de unidad de la Iglesia entera, sintiéndose profundamente unidos con todos los miembros del Pueblo de Dios, no sólo por su condición cristiana, sino particularmente por su forma de vida religioso–apostólica, de modo que nuestras relaciones con la Jerarquía, con los demás religiosos, con los fieles cristianos y con todos los hombres quede siempre patente el amor sobrenatural y fraterno que Cristo infunde en la Iglesia y ofrece por Ella a todos los hombres (cf. LG 3, 7, 44; PC 6)”.

(Doc. Cap. 1967, PE, nº107)

Nuestra vida común responde al deseo del Padre Fundador de imitar la vida apostólica, es decir, de seguir a Cristo que reúne en torno a Sí en fraterna caridad a sus Apóstoles. Al reunir el Santo a sus primeros colaboradores para realizar juntos lo que no hubieran podido hacer por separado en el servicio de la Palabra, congrega por la caridad una verdadera familia que goza de la presencia del Señor y pone de manifiesto su advenimiento. De esta unidad emana una gran fuerza apostólica. La común vocación al apostolado y al deseo de imitar en todo a Jesucristo creó entre los miembros de la naciente comunidad un mismo espíritu y un afecto fraterno. La comunidad de vida y de ministerios los condujo espontáneamente a someterse a una autoridad y unas normas comunes. (Doc. Cap. 1967, PE, nº108)

Impulsado por el amor al Padre cumplió Jesucristo su misión inmolándose a Sí mismo en sacrificio (Jo 14, 13) y el Misionero sólo es fiel a su vocación cuando siente toda la fuerza del “*caritas Christi urget nos*” que movía a nuestro Padre. La caridad le empuja a procurar la divina gloria, le enardece en ansias de salvar a todos los hombres por todos los medios; le capacita y da unción a sus palabras (Aut. 439–441) y le hace incansable en el trabajo. La caridad hace de la vida religiosa en común un signo de la venida del Señor (cf. PC 15). Por la caridad que es vínculo de perfección (Col 3, 14) damos testimonio de haber pasado de la muerte (o vida natural) a la vida verdadera de la gracia de Cristo (I Jo 3, 14). Que es el mejor modo de imitar la vida intratrinitaria a semejanza de la cual hemos sido hechos, realizando la unidad que deseaba Jesucristo: “Como Tú, Padre, estás en mí y yo en Ti, que todos ellos sean una cosa con nosotros para que crea el mundo que Tú me enviaste” (Jo 17, 21). Por muchos títulos, la caridad y unión entre nosotros será medio eficaz de apostolado.

(Doc Cap. 1967. VR., nº 25).

El misionero claretiano alcanza en la comunidad su plenitud por la fraterna convivencia efectiva, dirección y autoridad comunes en el ejercicio perfecto de la caridad según los consejos evangélicos, entera comunicación de bienes, ordenamiento comunitario de la vida, todo ello en orden a un ejercicio más perfecto, testimoniante y fructuoso del ministerio apostólico. Para crecer en comunión, las Constituciones y otros documentos congregacionales establecen diversos dinanismos como el compartir la Palabra, los ritmos de oración, la reunión plenaria de la comunidad, el proyecto comunitario, el trabajo en equipo, el proyecto o plan personal de formación continua, el presupuesto económico y otros que los superiores locales y provinciales cuidarán de que mantengan su vitalidad y eficacia. (Directorio: n. 40).

Como en la Iglesia naciente perseveraban todos unánimes en la oración y comunicación de bienes "con María la Madre de Jesús" (Act 1,14), así, entre los que nos sabemos unidos por el lazo común de la condición de Hijos del Inmaculado Corazón de María, ha de reinar una caridad afectiva y efectiva más intensa, porque son mayores las exigencias de delicadeza, de mansedumbre y servicio mutuo, reclamadas por nuestro mismo título. (Directorio: n. 48).

Perfectae caritatis (PC)

15 A ejemplo de la primitiva Iglesia, en la cual la multitud de los creyentes eran un corazón y un alma, ha de mantenerse la vida común en la oración y en la comunión del mismo espíritu, nutrida por la doctrina evangélica, por la sagrada Liturgia y principalmente por la Eucaristía. Los religiosos, como miembros de Cristo, han de prevenirse en el trato fraterno con muestras de mutuo respeto, llevando el uno las cargas del otro, ya que la comunidad, como verdadera familia, reunida en nombre de Dios, goza de su divina presencia por la caridad que el Espíritu Santo difundió en los corazones. La caridad es la plenitud de la ley y vínculo de perfección y por ella sabemos que hemos sido traspasados de la muerte a la vida. En fin, la unidad de los hermanos manifiesta el advenimiento de Cristo y de ella dimana una gran fuerza apostólica.

Vita consecrata (vc)

51 *La fraternidad en un mundo dividido e injusto:* La Iglesia encomienda a las comunidades de vida consagrada la particular tarea de *fomentar la espiritualidad de la comunión* ante todo en su interior y, además, en la comunidad eclesial misma y más allá aún de sus confines, entablando o restableciendo constantemente el diálogo de la caridad, sobre todo allí donde el mundo de hoy está desgarrado por el odio étnico o las locuras homicidas. Situadas en las diversas sociedades de nuestro mundo –frecuentemente laceradas por pasiones e intereses contrapuestos, deseosas de unidad pero indecisas sobre las vías a seguir–, las comunidades de vida consagrada, en las cuales conviven como hermanos y hermanas personas de diferentes edades, lenguas y culturas, se presentan como *signo de un diálogo siempre posible* y de una comunión capaz de poner en armonía las diversidades.

Las comunidades de vida consagrada son enviadas a anunciar con el testimonio de la propia vida el valor de la fraternidad cristiana y la fuerza transformadora de la Buena Nueva, que hace reconocer a todos como hijos de Dios e incita al amor oblativo hacia todos, y especialmente hacia los últimos. Estas comunidades son lugares de esperanza y de descubrimiento de las Bienaventuranzas; lugares en los que el amor, nutrido de la oración y principio de comunión, está llamado a convertirse en lógica de vida y fuente de alegría.

Particularmente los Institutos internacionales, en esta época caracterizada por la dimensión mundial de los problemas y, al mismo tiempo, por el retorno de los ídolos del nacionalismo, tienen el cometido de dar testimonio y de mantener siempre vivo el sentido de la comunión entre los pueblos, las razas y las culturas. En un clima de fraternidad, la apertura a la dimensión mundial de los problemas no ahogará la riqueza de los dones particulares, y la afirmación de una característica particular no creará contrastes con las otras, ni atentará a la unidad. Los Institutos internacionales pueden hacer esto con eficacia, al tener ellos mismos que enfrentarse creativamente al reto de la inculturación y conservar al mismo tiempo su propia identidad.

ORIENTACIONES SOBRE LA FORMACIÓN EN LOS INSTITUTOS RELIGIOSOS (OFIR)

8 La comunidad religiosa es un don del Espíritu, antes de ser una construcción humana. Efectivamente, la comunidad religiosa tiene su origen en el amor de Dios difundido en los corazones por medio del Espíritu, y por él se construye como una verdadera familia unida en el nombre del Señor(20). Por lo tanto, no se puede comprender la comunidad religiosa sin partir de que es don de Dios, de que es un misterio y de que hunde sus raíces en el corazón mismo de la Trinidad santa y santificadora, que la quiere como parte del misterio de la Iglesia para la vida del mundo.

9 Creando el ser humano a su imagen y semejanza, Dios lo ha creado para la comunión. El Dios

creador que se ha revelado como Amor, como Trinidad y comunión, ha llamado al hombre a entrar en íntima relación con Él y a la comunión interpersonal, o sea, a la fraternidad universal. Esta es la más alta vocación del hombre: entrar en comunión con Dios y con los otros hombres, sus hermanos. Este designio de Dios quedó comprometido por el pecado, que rompió todas las relaciones: entre el género humano y Dios, entre el hombre y la mujer, entre hermano y hermano, entre los pueblos, entre la humanidad y la creación. Por su gran amor, el Padre envió a su Hijo para que, como nuevo Adán, reconstruyera y llevara toda la creación a la unidad perfecta. Viniendo a nosotros, constituyó el comienzo del nuevo pueblo de Dios, llamando en torno a sí a los apóstoles y discípulos, hombres y mujeres, como parábola viviente de la familia humana congregada en la unidad. Les anunció la fraternidad universal en el Padre, el cual nos ha hecho familiares suyos, sus hijos y hermanos entre nosotros. Así enseñó la igualdad en la fraternidad y la reconciliación en el perdón. Cambió totalmente las relaciones de poder y de dominio, dando Él mismo ejemplo de cómo se ha de servir y ponerse en el último lugar.

Durante la última cena, les dio el mandamiento nuevo del amor recíproco: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros; que como yo os he amado, así os améis también los unos a los otros» (Jn 13,34; cf 15,12); instituyó la Eucaristía que alimenta el amor mutuo haciéndonos comulgar el único pan y el único cáliz. Después se dirigió al Padre pidiendo, como síntesis de sus deseos, la unidad de todos conforme al modelo de la unidad trinitaria: «Como Tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros» (Jn 17,21). Entregándose a la voluntad del Padre, en el misterio pascual, realizó aquella misma unidad que había enseñado a vivir a sus discípulos y que había pedido al Padre. Con su muerte en la cruz destruyó el muro de separación entre los pueblos, reconciliando a todos en unidad (cf Ef 2,14-16), enseñándonos de este modo que la comunión y la unidad son el fruto de la participación en su misterio de muerte.

La venida del Espíritu Santo, el don por excelencia concedido a los creyentes, realizó la unidad querida por Cristo. Comunicado a los discípulos reunidos en el cenáculo con María, el mismo Espíritu dio visibilidad a la Iglesia, que desde el primer momento se caracteriza como fraternidad y comunión en la unidad de un solo corazón y de una sola alma (cf Hech 4,32). Esta comunión es el vínculo de la caridad que une entre sí a todos los miembros del mismo Cuerpo de Cristo, y al Cuerpo con su Cabeza. La misma presencia vivificante del Espíritu Santo construye en Cristo la cohesión orgánica: Él unifica la Iglesia en la comunión y en el ministerio, la coordina y la dirige con diversos dones jerárquicos y carismáticos, que se complementan entre sí, y la hermosea con sus frutos.

PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y EL DIÁLOGO COMUNITARIO

¿Qué hago, hacemos, para recrear la comunión tal como nos lo pide el n° 10, desde la llamada y la gracia de la Comunión Trinitaria, la de los Apóstoles, y la de la primera comunidad de creyentes?

¿En qué hechos comunitarios se revela que “el Espíritu ha sido derramado en nuestros corazones y edifica nuestra comunión”?

¿Con qué datos o hechos podríamos probar que la vida misionera de nuestra Comunidad está regida e informada por el Amor a Dios y a los hermanos?

¿Estoy, estamos, bien integrado en la vida familiar y el ministerio de nuestra Comunidad?

¿Qué datos reales y habituales tenemos para decir que la Eucaristía alimenta y va plenificando nuestra vida fraterna?

¿Estamos conformes con la manera de celebrar la Liturgia de las Horas en la Comunidad?

¿Nuestra convivencia es sencilla, sincera, abierta, alegre, esperanzada?

¿Nos interesamos y participamos, todos y cada uno, en y por la marcha de la Comunidad?

¿Podemos decir que los trabajos y servicios de cada uno los realizamos como una obra asumida por la Comunidad?

Nuestro modo de vivir y de ejercer el ministerio, ¿es conforme a las exigencias de nuestro carisma originario?

¿Cómo se cumple en nosotros: *“Este es mi mandamiento, que os améis los unos a los otros como Yo os he amado”*? (Jn 15, 12).

¿Podríamos dialogar un rato sobre las notas o rasgos de 1Cor 13, y ver lo que significan, personal y comunitariamente, para nuestra vida comunitaria y misión?

¿En qué medida estamos siendo solícitos los unos por los otros, y llevamos mutuamente nuestras cargas?

El n° 16 es muy práctico. En él se describen notas que construyen la comunidad y otras que la destruyen, ¿Cual es, en nuestra Comunidad, la presencia e influjo de unas y otras? ¿Qué aportación me pide a mi el Señor de mi Comunidad para construirla?

¿Soy un trabajador incansable para recrear “la unidad del espíritu con el vínculo de la paz”, entre lo distante y lo distinto, lo complejo y lo plural, por cualquier motivo que ello sea así?

¿Cuales son mis actitudes y deferencias personales con los hermanos ancianos y enfermos?

¿Tengo en cuenta, hago memoria, aprovecho los ejemplos y las virtudes de los innumerables hermanos que nos precedieron con el testimonio de su fe? ¿Oro por ellos? ¿Me uno a ellos en la indefectible esperanza de la gloria?

CC 20 *A imitación de Jesucristo que con sus palabras, y sobre todo con el testimonio de su vida, propone la castidad por el Reino de los cielos, y a ejemplo de la Virgen María, también nosotros abrazamos esta castidad como un don para consagrarnos de todo corazón a las cosas del Padre.*

Jesucristo propone la castidad por el Reino de los cielos. Esto lo hace con el testimonio de su vida y con sus palabras: vida y doctrina. **¿Qué está significando esta motivación por la cual Jesús vive y propone la castidad?** La preposición ‘por’ (en griego ‘*día*’), puede tener un sentido final o causal. Puede entenderse ‘en orden a’ conseguir el Reino; o bien, el Reino es ‘la causa por la que’ surge la necesidad y la realidad del ser casto. Para Jesús el Reino tiene un carácter absoluto, decisivo y definitivo. Él ha sido enviado, para revelarlo y manifestarlo a los hombres (misión). Es la razón de ser de su Encarnación, Vida, Muerte y Resurrección. Porque en él es así, así va a ser también para aquellos que Él elija para seguirle en esa forma de vida casta⁶³.

Para los así llamados (vocación), el carácter atrayente, absorbente y polarizante del Reino, es capaz de centrar, en su propia riqueza y valor, las tendencias y energías todas del ser, sus proyectos, sentimientos, esperanzas. El Reino viene a ser ‘el tesoro escondido’ y la ‘perla preciosa’ del propio corazón’ (cf. Mt 13, 44-46). Su energía y dinamismo, puede relativizar y desplazar el interés por las riquezas naturales y, en concreto, las del amor del matrimonio y de la familia natural. Es el “hacerse eunucos por el Reino de los cielos”⁶⁴. Es un Reino que nace de arriba, no de la carne, sino del Espíritu (cf. Jn 3, 5-7); no del deseo del hombre, sino de Dios (cf. Jn 1, 12-13).

La lógica del Reino: El motivo de casarse es por sí y para sí, por el hombre/mujer y para el hom-

⁶³ “La castidad (...) es el reflejo del *amor infinito* que une a las tres Personas divinas en la profundidad misteriosa de la vida trinitaria: amor testimoniado por el Verbo encarnado hasta la entrega de su vida; amor ‘derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo’ (Rom 5, 5), que anima a una respuesta de amor total hacia Dios y hacia los hermanos” (VC 21b).

⁶⁴ El texto de Mt 19, 11-12, sobre los ‘eunucos’, para muchos comentaristas, tiene esta fuerza y esta condición: la fuerza del Reino polariza a una persona de modo absoluto e incondicional, en todo su vivir y actuar, ante la cual todos los demás reclamos quedan relegados; y una condición o forma de vida, a la vez atrayente y desconcertante. Atrayente porque se presenta como signo de que el dedo de Dios está ahí, y desconcertante porque es extraña y, hasta escandalosa, para el ambiente común del vivir humano. Lo fue en el tiempo de Jesús y lo sigue siendo ahora.

bre/mujer. Se hace movidos por la misma naturaleza. Es propio de la condición de esta vida. Para Pablo forma parte de los modos provisionales de la existencia cristiana (cf. 1Cor 7, 29-31). La opción por el matrimonio, con todo lo que ello implica, lógicamente, la renuncia al celibato, no se hace por el Reino, al menos, no necesariamente. La opción por el celibato cristiano, con todo lo que implica, de gracia y de renunciaciones, en concreto al matrimonio y la familia natural, se hace, necesariamente, por el Reino. Nuestro Fundador lo expresa con estas palabras: “Tal es, en efecto, el sacrificio que los Apóstoles se vieron obligados a hacer: o permanecieron en el celibato los que eran célibes, o todo lo abandonaron los que eran casados, para entregarse a la oración y a la predicación del Evangelio y a los trabajos del apostolado”⁶⁵.

¿Cómo podríamos interpretar y aplicar esta lógica del Reino a nosotros? Pues, quizá así:

1º Jesús vive, sólo desde, en, por y para el Reino. Para eso ha venido al mundo y por ello permanece virgen; es y se hace la misma virginidad en su plenitud; es y se hace la fuente de toda virginidad y de toda castidad; vive la imponderable riqueza de este don divino.

2º Él llama y da a algunos el don, la gracia de vivir con él y cómo él (forma de vida). Esto lo hizo con Antonio M^o Claret y con sus misioneros: “El Señor quiere que yo y mis compañeros imitemos a los apóstoles Santiago y Juan en el celo, en la castidad y en el amor a Jesús y María” (Aut. 686).

3º Por tanto, ese modo de vivir la castidad, a ejemplo de Jesús y de María, es la forma de vida para nosotros; brota de nuestra identidad cristiana y misionera, personal y comunitaria.

⁶⁵ Cl, p 161. Cf. *Nuestro Proyecto...*, I., pp. 235-237.

4º ¿Es realmente así cómo tú, yo, nosotros, los Claretianos, estamos viviendo, *por el Reino*, el carisma del celibato que hemos recibido y seguimos recibiendo ahora mismo?

Se trata de configurar nuestra vida al 'estilo célibe' de Jesucristo y de imitar a la Virgen María, en esa forma de vida virginal, totalmente de Dios y para Dios; para estar por entero en la casa del Padre y en las cosas del Padre. Es un modo célibe-casto de ser, vivir y actuar; de estar en el propio cuerpo y en la existencia; de vivir las relaciones humanas; de sufrir y gozar; de manifestarse en palabras y obras, semejante al que tuvieron en esta vida Jesús y María⁶⁶.

Por medio del don de la castidad, el Señor Jesús manifiesta el poder de su gloria en la fragilidad de nuestra carne a fin de alentar en todos la esperanza de la vida futura.

Tres afirmaciones:

1ª la castidad es una riqueza, una gracia, un carisma, un regalo de Dios. ¡Qué lejos de la consideración de la castidad ante todo como ley o una pesada carga...!

2ª Por ella, Jesús manifiesta su poder en la fragilidad humana. ¿Cuál es más grade: su poder o nuestra fragilidad? ¿No dependerá de cómo sea tu fe, mi fe, nuestra fe? *“La castidad es un tesoro encerrado en frágiles vasos (cf. 2Cor 4, 7). Hemos de guardarla y defenderla con esmero sin olvidar la condición de nuestra naturaleza y que la carne milita contra el espíritu. “Sin presumir de sus propias fuerzas, pongan su confianza en el auxilio divino, practiquen la mortificación y la guarda de los sentidos” (PC 12)” (PE 71).*

3ª El poder del Señor alienta la Esperanza. La consistencia y densidad de nuestra Esperanza condiciona la misma eficacia del, por sí, incomparable poder de Cristo. Este se vive como entereza, ánimo, temple, constancia,

paciencia, en ese esperar, contra toda esperanza humana, en la Vida futura-eterna. ¿Se puede entender a un Claretiano sin un dinamismo fuerte de Esperanza en la vida futura? *“La virginidad especialmente consagrada no está ligada a este mundo, cuya figura pasa (1 Cor 7, 31); ni a la condición del tiempo presente, sino que, profundamente instalada en la realidad del siglo futuro, vive en la espera vigilante del definitivo advenimiento del Esposo y el reino de Dios (cf. Mt 25, 1-6). La virginidad cristiana -manifestación constante de la virginidad de la Iglesia- es signo y testimonio para todos los cristianos, también para los que están unidos en matrimonio, de que no pertenecen a este mundo, sino que han de caminar sin descanso hacia la ciudad futura (cf. Heb 11, 10; 13, 14)” (PE 69).*

⁶⁶ “ (...) la Virgen es maestra de seguimiento incondicional y de servicio asiduo. En Ella, 'templo del Espíritu Santo', brilla de este modo todo el esplendor de la nueva criatura. La vida consagrada la contempla como modelo sublime de consagración al Padre, de unión con el Hijo y de docilidad al Espíritu, sabiendo bien que identificarse con el 'tipo de vida en pobreza y virginidad' de Cristo significa asumir también el tipo de vida de María” (VC 28c).

CC 21 *La castidad que nosotros profesamos favorece una nueva comunión fraterna en Cristo y construye una comunidad que no se funda ni en la carne ni en la sangre, sino en la voluntad de Dios.*

Nuestra castidad:

1° favorece,

2° construye. ¿Qué? Una nueva comunión fraterna en Cristo.

No es una unión de amistad humana. No es una comunión fraterna natural-familiar. No se funda en la carne o la sangre. No pertenece a las realidades de la condición propia de este mundo que pasa. No saca de ahí su riqueza, energía y poder de atracción y comunión. Es toda ella novedad de Cristo. Surge, brota, emerge del Dios en nosotros y con nosotros, que en su Hijo nos hace hijos suyos y mutuamente hermanos en la condición de su nueva Familia. Para los Claretianos este don construye y favorece nuestra comunidad claretiana, en la que nos sentimos hermanos, inmersos en un mismo proyecto de vida y misión... *“Recuerden todos, especialmente los superiores, que la castidad se guarda más seguramente cuando entre hermanos reina verdadera caridad fraterna en la vida común (cf. PC 12)” (PE 74).*

Como signo de amor perfecto, se convierte en una peculiar fuente de fecundidad espiritual en el mundo por ello nos libera de modo singular para inflamarnos en el amor a Dios y a todos los hombres fortalece nuestro espíritu para luchar contra las potestades del maligno en el misterio apostólico.

Nuestra castidad es una realidad que se manifiesta como signo del Amor perfecto. Es como decir que el don de la castidad es donación de un Amor perfecto; no de un amor ambiguo, contaminado, flojo, tejido de debilidad; sino perfecto. No podría significarse y manifestarse así, si no lo fuera así por su misma naturaleza. Puede sonar muy utópico; depende de dónde y cómo resuene en nosotros. Por ser irradiación de ese amor, nos va liberando del desamor o esclavitud egoísta de nuestro corazón⁶⁷, a la vez que nos inflama

en el amor a Dios y a los hombres; es fuente de fecundidad espiritual; nos da fortaleza para luchar contra los poderes que se oponen al anuncio de la Buena Nueva. *“El Misionero del Inmaculado Corazón de María debe estimar el sentido y valor apostólico de su castidad consagrada, no sólo porque dispone al amor perfecto de Dios, y de los hombres redimidos con su sangre, sino también por la fecundidad y eficacia que añade al ministerio apostólico (cf. LG 42; PO 16)” (PE 70).*

de seres libres- la castidad genera libertad de espíritu: una libertad que no es arrogancia, aislamiento, culto de la personalidad o egoísmo, sino capacidad de amar, de comprometerse, de entregarse a Dios y a la totalidad de los hombres. este tipo de libertad es un elemento fundamental de la espiritualidad del misionero apostólico. Y, además, lo hace portador de una liberación del hombre con sentido de totalidad” (Alonso, G., *Claretianos, una comunidad, una misión*, Buenos Aires, 1976, p. 24)

⁶⁷ “En el interior del Pueblo Santo -que es pueblo de Reyes, es decir,

CC 22 *Amemos, pues, la castidad, como un don de Dios, recibámosla con gozo y cultivémosla con diligencia. En virtud de nuestra profesión nos obligamos con voto a observar perfecta continencia en el celibato.*

Amar, recibir, cultivar.

a) Amar este don de Dios. ¿Hace falta conocerlo previamente? Antes de conocerlo, se nos ha dado. ¿Cómo llegamos a la conciencia de esa posesión? ¿Por la inteligencia o por el corazón?, ¿por la reflexión o por el ejercicio del amor? Sin oponer estas dos fuentes de conocimiento -lo normal es que se correlacionen e influyan positiva y/o negativamente-, parece que el ejercicio del corazón es más directo y adecuado para acoger la oferta del Amor y madurarlo en la dinámica de la fe. La inteligencia y la reflexión son importantísimas, pero como que tienen menos fuerza vital y menos capacidad para la aceptación del misterio del Amor. Claro que el corazón y el amor humanos también caen dentro de la ambigüedad y contaminación negativas y, en este sentido, su influjo negativo y bloqueante, también pudiera ser, más decisivo incluso, que las debilidades de la inteligencia y de la razón.

La estima, valoración y experiencia que nosotros tengamos del don de la castidad, que se nos ha concedido personal y comunitariamente, condiciona nuestro amor a ella, nuestro interés y por ella, y nuestra gratitud a Cristo por esta gracia. El lugar que el carisma y la riqueza de la castidad ocupa en nuestro corazón es decisivo para la calidad de nuestra vida personal, comunitaria, misionera. La experiencia del don en un corazón liberado, agradecido y bien dispuesto para amar, es de un valor insospechado. Amar la castidad para conocerla; conocer la castidad para amarla; vivir la castidad para conocerla y amarla, y viceversa. Son polos de atracción y dinamismo correlativos.

Pero, ¿qué nos pasa si falta esa estima, aprecio, interés, gratitud y gozo por el don de la castidad? ¿Cómo se queda entonces nuestro corazón? ¿No sentirá la necesidad de compensaciones disconformes con nuestra propia vocación claretiana?

b) Recibir. “Pero a todos los que la recibieron les dio poder hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre” (Jn 1, 12). Este texto se refiere a la acogida de la Palabra Encarnada, principio y fuente de toda gracia. La disponibilidad para esta acogida ha de ser radical e incondicional. Se trata de la fe: ‘a los que creen en su nombre’. Recibir, acoger, el don de la castidad, también es cuestión de fe y disponibilidad personal. Para esto nos ayuda, y mucho, imitar la actitud de acogida de María, su acogida de la Palabra y del don de su Virginitad: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (Luc 1, 38). Y nos ayuda, la actitud de Claret⁶⁸. Así, la castidad, no la recibimos de cualquier manera, sino con admiración y humildad, para vivirla con gozo, irradiarla con gozo, agradecerla con gozo, personal y comunitariamente.

c) Cultivar. Sabemos lo que significa cultivar un campo, una ciencia, un arte, un deporte, una virtud. Sucede en cualquier realidad vital que, si se cultiva, se desarrolla y madura dando sus frutos. Si no se cultiva, se atrofia y/o perece. La castidad es una realidad vital. **¿Cómo se cultiva?** El cultivo puede hacerse bien, regular o mal. **¿Qué implica un buen cultivo de la castidad?** Nuestro texto lo describe así, hacerlo: ‘con toda diligencia’. No se puede decir más en menos palabras. Diligencia viene del latín ‘diligere’ y, este a su vez, de ‘legere’, leer. Hay que ‘leer’ y ‘releer’, con ojos de fe, el contenido y la riqueza de la castidad. De ahí brota la urgencia de un cuidado activo y perseverante. Es estar presto a, atento para, dispuesto en relación a que algo pendiente e importante resulte bien, funcione bien, se desarrolle bien, en conformidad a lo que, por su propia naturaleza, requiere. Diligente es aquel que activa la calidad de la diligencia y hace con prontitud e interés lo que tiene que hacer. Si ese cultivo hay que hacerlo ‘con toda diligencia’, significa

⁶⁸ “El P. Claret corroboraba teológicamente la castidad: a) por el ser de Dios; b) por el aprecio de Jesucristo y de la Virgen María; c) por el seguimiento y configuración con Cristo; d) por las exigencias de la santidad; e) por las exigencias de la misión”. (Nuestro Proyecto... II, pp. 270-272). En estas pp. 270-272 se pueden ver textos del P. Claret a cada uno de los enunciados que se enumeran aquí.

que hay que poner en ello, y permanentemente, alma, vida y corazón. En el extremo opuesto está la desidia y la pereza. Sus resultados serán la degeneración de la vida casta. En virtud de nuestra profesión nos obligamos con voto a observar perfecta continencia en el celibato.

Nosotros hacemos nuestra profesión religiosa con edad para caer en la cuenta de lo que hacemos, y lo hacemos personalmente, conscientes, libres y responsablemente⁶⁹. En ella nos comprometemos con voto. Para ello, se nos da la capacidad, con la ayuda de la gracia, de recoger, en un momento dado, toda nuestra vida y ofrecerla a Dios, enteramente y para siempre. Le devolvemos a Dios lo que de él hemos recibido, estamos recibiendo actualmente, y seguiremos recibiendo. Es un acto de 'latría' y de religión, por el que se reconoce a Dios el dominio y señorío supremo de todo lo que somos, tenemos y le ofrecemos. Es un acto de total consagración a Dios. Es la acción más cualificada que un ser humano puede hacer. Por ello, en su misma naturaleza, tiene una íntima relación con el martirio y con la Eucaristía. En este acto explicitamos algunos aspectos radicales de nuestro vivir, entre ellos, la perfecta continencia en el celibato. Hoy, en estas dos palabras: 'perfecta continencia', superando notas represivas de otros tiempos, podemos ver un señorío personal sobre las tendencias desordenadas. Desde la capacidad y ejercicio de nuestra vocación para amar, se puede articular y recrear una armonía interior de gran calidad y valor humano, cristiano, claretiano.

Como la observancia de esta castidad afecta a las más profundas inclinaciones de nuestra naturaleza y nos impone algunas renunciaciones, confiemos en el Señor y pidamos su ayuda con humilde oración.

Algo presente y muy dinámico a considerar: "las más profundas inclinaciones de nuestra

naturaleza". Ahí están esas tendencias con sus raíces, reclamos y deseos. Un ámbito de energías inconscientes, subconscientes y conscientes, con sus motivaciones nada fácil de clarificar y ordenar. De ahí surgen connaturalmente apetitos y deseos carnales. Algunos de ellos pueden tener un cauce y una satisfacción legítima y positiva en la forma de vida matrimonial. La observancia de la castidad por el Reino conlleva, no sólo la renuncia a todos esos deseos, que tienden a esclavizarnos y hacernos dependientes de ellos; no se trata, simplemente, de decir no a cada inclinación desordenada; eso no es afrontar el problema adecuadamente. Se trata, sobre todo, de crear y recrear unas actitudes vitales, radicales y totales, humanas y religiosas, propias de una forma de vida en castidad o celibato consagrado, que afectan a la totalidad y a la raíz de esas inclinaciones, y afrontar de una forma sana, equilibrada, elegante y madura, toda su dimensión, todo su potencial y todas sus inclinaciones y dinamismos concretos.

Las inclinaciones desordenadas de la naturaleza pecadora no las podemos ordenar con solo nuestras fuerzas; necesitamos la ayuda del Señor. Él conoce muy bien los fondos y los impulsos de ese, a veces, tan revuelto mundo de nuestros instintos, y quiere ayudarnos. Por tanto, confiemos en Él. Él espera que, reconociendo nuestra gran debilidad, acudamos a él y, con humildad, le pidamos su Espíritu para luchar y vencer las tentaciones. Él está con nosotros en la prueba, en la crisis y en la tentación, para que, con él, en él, por él y como él, cumplamos la voluntad de Dios, no sólo en momentos concretos, sino, en nuestra permanente fidelidad a su inefable y personal proyecto de amor sobre cada uno de nosotros. Y él quiere que caminemos en esa coherencia, llenos de alegría por el don de la castidad, y llenos de gratitud a Aquel para el cual nada es imposible⁷⁰.

⁶⁹ "La excelencia de la castidad perfecta por el Reino, considerada con razón la 'puerta' de toda la vida consagrada, es objeto de la constante enseñanza de la Iglesia. Ésta manifiesta, al mismo tiempo, gran estima por la vocación al matrimonio, que hace de los cónyuges, testigos y colaboradores de la fecundidad de la Madre Iglesia como símbolo y participación de aquel amor con el que Cristo amó a su esposa y se entregó por ella" (VC 32c).

⁷⁰ En VC se nos habla de 'tres desafíos principales' y pone en primer lugar el reto de la castidad. Dice cómo una 'primera provocación' a la castidad proviene de la cultura hedonista... Habla de la idolatría del instinto, etc., cuyas consecuencias son las prevaricaciones de todo tipo... Ante esto, la respuesta de la práctica gozosa de la castidad testimonia la fuerza del amor de Dios en la fragilidad de la condición humana..., y, lo que para muchos es imposible, se hace, no sólo posible, sino energía liberadora de infinitud de esclavitudes, manifestación evidente de la fuerza del Señor Jesús y ejemplo de equilibrio, dominio de sí

“Para vencer las tentaciones contra la castidad, sírvanse de los medios oportunos: la ayuda de algún hermano o acompañante espiritual, la oración, el trabajo, la vigilancia, el ejercicio de la presencia de Dios, el recuerdo de los novísimos y de la pasión de Jesucristo, su invocación, la de la Santísima Virgen y los Santos la mortificación de los sentidos y de la imaginación, la templanza y sobriedad y la práctica de alguna mortificación corporal” (Directorio, 61).

Nosotros sabemos por experiencia: que cuando trabajamos así, conscientes, humildes, decididos, esperanzados, sentimos en nuestro interior una gran satisfacción, como constatando muy valiosa nuestra categoría personal que, con la ayuda del Señor, va poniendo orden, armonía, paz, integración y unidad en nuestro complejo mundo tendencial.

Y sabemos también que este ‘noble señorío’ supone vigilancia, esfuerzo y sacrificio: *“Para que la castidad de nuestros religiosos pueda crecer y robustecerse ha de ser pronta, total, firme, confiada, fuente de alegría que sostenga el celo misionero, fundada en una sólida y profunda piedad. Ello, por otra parte, exige que los religiosos se ejerciten, más aún que los otros fieles, en obras de penitencia y de mortificación (cf. ES 22 y PC 12)” (PE 73).*

Fomentemos la vida comunitaria, ya que el verdadero amor fraterno conserva la castidad y la lleva a la plenitud.

En esta frase se nos urge a trabajar como hermanos nuestra vida común. Ejercitarnos en mejorar nuestras relaciones, fomentar ese quehacer esencial a todo cristiano y, que en nosotros, tienen un ámbito primario y privilegiado en la propia comunidad. No hay que darlo por supuesto. No basta con saberlo en teoría. Hay que ejercitarlo, practicarlo, fomentarlo mutuamente. Toca el mandamiento principal y el quehacer esencial a todo cristiano y a todo claretiano. Construir la fraternidad con el ejercicio incesante del

mismo, iniciativa, madurez psicológica y afectiva, alegría y libertad para las demás formas de amor humano, y estímulo valioso para la educación en la castidad propia de otros estados de vida (VC 88).

verdadero y mutuo amor. Si se da esto y, en la medida en que se de, no sólo se conserva la castidad, sino que la lleva a su plenitud. Por tanto es una ayuda fundamental⁷¹.

Para dar más relieve al argumento habría que poner el contraste de lo negativo. Es decir, cuando falta el amor fraterno y abundan los individualismos egoístas, tenemos las condiciones para que surjan toda clase de riesgos, tentaciones y compensaciones negativas, que impiden vivir la castidad con madurez humana y cristiana y, a la vez, van minando y hasta deteriorando la ilusión y el empeño vocacional claretiano.

“Los misioneros deben adoptar también aquellos medios naturales que favorecen la salud mental y corporal. Cada uno debe cuidar de su salud física y emocional, y estar dispuesto a reconocer las señales de alarma que pudieran anunciar una crisis en su vida. En tales ocasiones debe buscar la ayuda de sus Superiores o de experimentados consejeros, expertos también en psicología. Los Superiores, por su parte, deben actuar con sensibilidad ante las señales que indican que alguno de los miembros de su comunidad no se siente feliz, o manifiesta una preocupación personal prolongada o un desajuste emocional serio. Sobre todo, deben esforzarse por cuantos medios sean posibles para crear una vida de comunidad llena de verdadero calor y afecto fraterno, para que los sentimientos de soledad, que son un grandísimo peligro para la castidad, queden reducidos al mínimo en nuestras casas” (Directorio 62)

Evitemos los peligros como por un cierto instinto espiritual, sin presumir de nuestras propias fuerzas.

Es como una advertencia, un ponernos alerta. La vigilancia, el estar despiertos, atentos, es

⁷¹ “En la dimensión comunitaria *la castidad* consagrada, que implica también una gran pureza de mente, de corazón y de cuerpo, expresa una gran libertad para amar a Dios y todo lo que es suyo con amor indiviso, y por lo mismo, una total disponibilidad de amar y servir a todos los hombres, haciendo presente el amor de Cristo. Este amor, no egoísta ni exclusivo, no posesivo ni esclavo de la pasión, sino universal y desinteresado, libre y liberador, tan necesario para la misión, se cultiva y crece en la vida fraterna. Así, los que viven el celibato consagrado ‘evocan aquel maravilloso connubio, fundado por Dios y que ha de revelarse plenamente en el siglo futuro, por el que la Iglesia tiene por esposo único a Cristo’ (VFC 44).

una permanente llamada en la Palabra de Dios. No podemos ser ingenuos, ni vivir en la inconsciencia. Los enemigos de dentro y de fuera nos pueden asaltar en cualquier momento. El hombre espiritual es un experto luchador. Claret lo fue. Su vida y doctrina está saturada de este estar preparado para la lucha. Como los profetas y los buenos pastores mantenía su actitud de vigía ante el pueblo; pero esta vigilancia, este estar alertado, era una proyección de la que tenía en sí mismo y consigo mismo. Unido a eso, la conciencia clara y permanente de no presumir de las propias fuerzas. ¿Cual era el concepto que el P. Claret tenía de sí en este punto? ¿No es para nosotros una permanente escuela de aprendizaje? De él se puede afirmar, y bien fundadamente, que poseía, en muy alto grado, ese *instinto espiritual* para evitar los peligros⁷².

Empleemos medios oportunos para este fin, como son la ocupación asidua, la prudencia pastoral, el cuidado por la salud del alma y del cuerpo.

Se trata de *los medios* para lograr el fin: vivir la castidad. Aquí podemos percibir: un enunciado general y algunas orientaciones sobre campos concretos. El enunciado general nos está pidiendo que empleemos: los medios oportunos. Estos son muchísimos. Algunos son de todo tiempo y para todas las personas, v. g., la vigilancia. Otros son más propios y específicos, por razón de la edad, la persona concreta, las circunstancias históricas, culturales, ambientales, relacionales, etc. Creo que, en el enunciado general no se excluye ninguno de los medios oportunos. Aunque no emplee la palabra ‘todos’, se sobreentiende.

Los campos a los que hace alusión son relevantes. La ocupación asidua, porque la ociosidad es propicia para todo tipo de divagaciones y compensaciones. La prudencia pastoral, porque es un espacio de relaciones no exentas de tramoyas y trampas afectivas. El

cuidado de la salud en sentido integral: el cuerpo, la psique, el espíritu. El cuerpo, para estar sano, necesita cuidados: alimentación, descanso, ejercicios físicos; estar en forma. La psique: ‘mens sana in corpore sano’. Cultivar el equilibrio interior recreando la armonía entre los numerosos y distintos (a veces opuestos) dinamismos tendenciales, para sentirse señor y dueño de sí mismo, sabiendo echar mano de recursos para ayudarse a crecer y madurar en consistencia y categoría personal, logrando una objetiva y positiva imagen de sí mismo y sentirse bien en sí mismo y consigo mismo. El espíritu, manteniendo una profunda, real, inmediata y gozosa relación personal con Jesucristo, caminando en él, con él, por él y para él.

Estos tres ámbitos exigen también una correlación armónica y positiva entre ellos, teniendo en cuenta la realidad propia y dinámica de cada uno, con sus exigencias específicas, y la necesaria, aunque no fácil, tarea de convergencia e integración. El influjo mutuo es evidente, para bien o para mal. Nuestra tarea consiste en potenciar los dinamismos positivos de cada uno en correlación armónica. Es lo más eficaz para que lo negativo vaya remitiendo y debilitándose y, lo positivo, fructifique como la semilla que cayó en tierra buena.

⁷² “Un día fui a la misma casa (de un compañero). La dueña de la casa, que era una señora joven, me dijo que lo esperase, que estaba para llegar. Me esperé un poco y luego conocí la pasión de aquella señora, que se manifestó con palabras y acciones. Yo, habiendo invocado a María Santísima, me salí corriendo de la casa y nunca jamás quise volver, sin decir a nadie lo que me había ocurrido, a fin de no perjudicar su honor” (Aut 72).

1.- Para el inicio

Señor Jesús, Tú eres la pureza de Dios y la irradiación virginal de esa misma pureza. Tú has vivido en plenitud la castidad, y la has propuesto a los que has llamado a reproducir en su vida ese rasgo de tu vivir.

Tú mismo nos has dado la motivación de esa forma de vida, tan extraña a nuestra condición natural y a los criterios mundanos. El Reino de los cielos, su riqueza, su urgencia, son tan grandes, que capacitan y motivan un peculiar modo de vivir la existencia humana, y que lo llamamos virginidad, castidad, celibato evangélicos.

Danos, Señor Jesús, penetrar con hondura en esa motivación que tú mismo nos das de tu vivir y nuestro vivir en castidad, para que aceptemos con gozo y gratitud esa gracia de tu amor a nosotros, para que, desde un convencimiento personal, profundo y discernido, la cultivemos con diligencia y fidelidad siempre renovadas, para consagrarnos, como tu, de todo corazón, a las cosas del Padre.

Manifiesta, Señor el poder de tu gloria en nuestra castidad, vivida en la fragilidad de nuestra carne, a fin de alentar en todos la esperanza de la vida futura. Concédenos vivir en el amor a Dios y a los hombres, de tal manera, que liberados de la esclavitud de la concupiscencia de la carne, todo nuestro vivir y nuestro trabajo apostólico llegue a la plenitud de su fecundidad espiritual y misionera.

Y tú, María, tú viviste tu virginidad en una plenitud inefable, y eres Virgen y Madre de toda fecundidad virginal. Tú mimaste de modo singular a tu hijo, Antonio M^a Claret, e hiciste en él cosas grandes en el amor a esta virtud. ¡Con qué confianza filial acudía a ti en los peligros y tentaciones! y ¡con qué ternura maternal le concedías salir victorioso de todas ellas! Vela y cuida a cada uno de sus/tus misioneros claretianos. Hazte presente como Madre-Virgen a nuestras mentes y corazones, llénanos de tu sencillez, de tu humildad, de tu pureza. Ilumina nuestro proyecto misionero con la luz de tu virginidad, alienta en nosotros la pureza de tu fidelidad incondicional al Proyecto del Padre, enséñanos a mirar con ojos limpios, como tú, a todos nuestros hermanos. Y, pues somos hijos muy queridos de tu Corazón Inmaculado, irradia en nuestros corazones la pureza de tu amor, para que sintamos con gozo ser alcanzados por tu ternura maternal, y demos gracias incesantes por vivir la imponderable gracia de ser Hijos de tu Inmaculado Corazón. Amén.

2.- Para el final

Señor Jesús,
gracias porque nos has llamado con la fuerza de tu amor.
Gracias porque nos concedes poder seguirte
y asemejarnos a ti en un estilo de vida consagrada al Padre,
viviendo limpios, puros, humildes y castos como tu.

Concédenos, Señor,
que sepamos apreciar y valorar este regalo que tu nos haces,
y agradecerte que seas tú mismo quien nos aclare e ilumine
los motivos y exigencias profundas del Reino,
para adoptar con alegría este género de vida,
tan lleno de posibilidades y fecundidad apostólica.

Gracias, Señor,
por activar tu poder en nuestra debilidad,
por comunicarnos la energía todopoderosa del Espíritu Santo,
para serte fieles hasta el final,
para renovarnos día a día en el gozo de una vida casta,
entregada sin condiciones al servicio de tu Evangelio.

Gracias por habernos dado a María, tu Madre, en Juan tu Apóstol,
para que fuera modelo y maestra de nuestra vida consagrada.
Gracias por haber dispuesto que nos llamáramos y fuéramos,
Hijos de su Corazón Inmaculado.

Gracias, Señor,
por habernos dado a Claret como Padre,
y habernos hecho herederos y continuadores,
de su imponderable fecundidad apostólica, imitando su castidad.

Gracias porque ahora,
en medio de nuestras luchas, pruebas y dificultades para ser castos,
nos das los medios oportunos para mantener
y vigorizar nuestra fidelidad,
haciéndonos fuertes frente a todos nuestros enemigos,
con la energía invencible de tu amor en nosotros.

Concédenos ser agradecidos hasta el final de nuestra vida,
por este don que nos llega continuamente en tu llamada amorosa,
y que nos invitas a renovar cada mañana.
Haz que la grandeza y riqueza de su fulgor
se despliegue como bienaventuranza inmarcesible,
y la compartamos, en plenitud, contigo, con María, con Claret,
y todos los mártires y santos claretianos en el Cielo. Amen.

1.- Autobiografía

95. Cuando estudia(ba) en Vich el segundo año de Filosofía me sucedió lo siguiente: En invierno tuve un resfriado o catarro; me mandaron guardar cama; obedecí. Y un día de aquellos que me hallaba en cama, a las diez y media de la mañana, experimenté una tentación muy terrible. Acudía a María Santísima, invocaba al Ángel Santo de mi guarda, rogaba a los [santos] de mi nombre y de mi especial devoción, me esforzaba en fijar mi atención en objetos indiferentes para distraerme y así desvanecerme y olvidar la tentación, me signaba la frente a fin de que el Señor me librara de malos pensamientos. Pero todo fue en vano.

96. Finalmente, me volví del otro lado de la cama para ver si así se desvanecía la tentación, cuando he aquí que se me presenta María Santísima, hermosísima y graciosísima; su vestido era carmesí; el manto, azul, y entre sus brazos vi una guirnalda muy grande de rosas hermosísimas. Yo en Barcelona había visto rosas artificiales y naturales muy hermosas, pero no eran como éstas. ¡Oh qué hermoso era todo! Al mismo tiempo que yo estaba en la cama, y en ese momento de boca arriba, me veía yo mismo como un niño blanco hermosísimo, arrodillado y con las manos juntas; pero no perdía de vista a la Virgen Santísima, en quien tenía fijos mis ojos, y me acuerdo bien que tuve este pensamiento: ¡Ay! Es mujer y no te da ningún mal pensamiento; antes bien, te los ha quitado todos. La Santísima (Virgen) me dirigió la palabra y me dijo: Antonio, esta corona será tuya si vences. Yo estaba tan preocupado que no acertaba a decirle ni una palabra. Y vi que la Santísima Virgen me ponía (en la cabeza) la corona de rosas que tenía en la mano derecha (además de la guirnalda, también de rosas, que tenía entre sus brazos y el lado derecho). Yo mismo me veía coronado de rosas en aquel niño, ni después de esto dije ninguna palabra.

97. Vi, además, un grupo de santos que estaba a su mano derecha en ademán de orar... ; a mi mano izquierda, vi una grande muchedumbre de demonios...Durante todo esto yo estaba como sobrecogido, ni sabía lo que me pasaba, y tan pronto como esto pasó, me hallé libre de la tentación y con una alegría tan grande, que no sabía lo que por mí había pasado.

98. Yo sé de fijo que no dormía, ni padecía vahídos de cabeza, ni otra cosa que me pudiese producir una ilusión semejante. Lo que me hizo creer que fue una realidad y una especial gracia de la Virgen María es que en el mismo instante quedé libre de la tentación y por muchos años estuve sin ninguna tentación contra la castidad, y si después ha venido alguna, ha sido tan insignificante, que ni merece el nombre de tentación. ¡Gloria a María! ¡Victoria de María!...

“Fija tus ojos en el seno del mismo Dios, cuya esencia es virginal, y verás que en él está la fuente altísima, el origen de toda pureza y virginidad que tienen los ángeles en el cielo y pueden tener los hombres en la tierra. El Padre eterno es Padre porque tiene la gloria de engendrar al Hijo, (...) virginalmente y con sola su eterna y fecundísima inteligencia. Y si es gloria del Padre engendrar virginalmente al Hijo entre los resplandores de los santos, también es gloria del Hijo el ser engendrado eterna y virginalmente por el Padre; y es gloria del Espíritu Santo el ser el amor virginal, puro, casto, eterno y personal que procede del Padre y del Hijo” (El colegial, II, 1, 22 (1), pp. 215-216).

“La humildad y la castidad son dos virtudes que andan tan unidas, que en donde hay una se halla la otra, y cuando la una se ausenta luego la otra desaparece” (Instrucción de la mujer, CO, IV, p. 13).

“Para todo nos ayuda María Santísima, pero singularmente para conservar la castidad, que es la virtud que tanto ha amado siempre. A Ella, pues, has de acudir, a Ella has de invocar, a esta estrella has de mirar, como dice San Bernardo” (El colegial, II, 1, 22, (1), p. 236).

2.- Documentos Claretianos

La virginidad cristiana, o castidad consagrada, es un verdadero carisma, es decir, un don gratuito de Dios (cf. I Cor 7, 7; Mt 9, 12). No todos son llamados a recibir este don, ni todos lo pueden comprender (cf. Mt 19, 11). Supone, por tanto, vocación divina. La virginidad cristiana no tiene, originariamente, la significación material de una renuncia, sino que es, ante todo, un positivo valor sobrenatural. La renuncia es como una obligada consecuencia. En realidad, sólo en el contexto evangélico del “reino de los Cielos”, es decir, dentro de una estricta dimensión escatológica alcanza su verdadero sentido (cf. Mt 22, 30). Con una aparente paradoja, la virginidad cristiana tiene su fundamento primordial en un “desposorio”; es a saber, en la unión esponsal de Cristo con su Iglesia. La Iglesia es virgen porque Cristo es Virgen, y la ha unido a sí, consagrándola al Padre, en esta altísima dimensión de su propia virginidad (cf. 2 Cor 11, 2; Ef 5, 27). En rigor, todo miembro de Cristo participa en alguna medida de esta virginidad de Cristo y de la Iglesia, es decir, de su virginal desposorio. La virginidad especialmente consagrada lleva hasta la cima más alta posible en esta vida esa participación. Cristo fue virgen ante todo por su constante consagración al Padre en la cotidiana realización de su sacrificio, por su entrega total en el amor. Cristo, enviado por el Padre en condición “carnal” – es decir, con una carne semejante a la carne de pecado, a fin de condenar el pecado en la carne – fue, con su sacrificio, venciendo día a día su propia condición carnal (y la de todos los hombres) hasta llegar a la consumación perfecta en el espíritu (cf. Rm 8, 1–13; Heb 5, 9; 2, 10; 7, 28). En este espíritu, comunicado a la Iglesia, se ha unido con ella en virginal desposorio. (Documento Capitular 1967, PE, n. 68).

3.- Documento capitular

55. La castidad consagrada es un verdadero carisma, es decir, un don gratuito de Dios (1 Cor 7, 7; Mt 19, 12). No todos son llamados a recibir este don, ni todos lo pueden comprender (Mt 19, 11). Supone, por tanto, vocación divina.

56. Es un don que hemos recibido en vasos frágiles y que por lo mismo requiere la continua asistencia del poder de Cristo y del Espíritu Santo, que obra admirablemente en su Iglesia, y nuestra continua correspondencia.

57. Como virtud verdadera, tiene ante todo un fundamento espiritual. Por eso, ha de apoyarse en una grande fe, en un amor ardiente y apasionado a Cristo; ha de abrazarse tras una elección consciente, libre y gozosa, sabiendo lo que incluye de elección divina y de generosa respuesta por parte del que la profesa.

58. La castidad enciende más y más el celo y da testimonio del amor a todos los hombres. En la práctica del apostolado, la castidad, acompañada de la madurez y serenidad apostólica, capacita al misionero a ejemplo de Jesucristo (Lc 8, 2–3; Mt 27, 55; Jo 11, 5; Mc 15, 40–41), de los Apóstoles (Rom 16, 1–16; 1 Cor 9, 5) y de nuestro Fundador para cooperar en la obra del Reino de Dios y de su Iglesia.

59. La práctica de la castidad perfecta ha de ser diligente, total, firme, confiada, fuente de alegría que sostenga el celo misionero, fundada en una sólida y profunda piedad. Por otra parte debe ir acompañada de la prudencia que reconoce la realidad de los peligros y la propia debilidad (2 Cor 4, 7).

60. La propia conciencia dirá al religioso lo que, atendiendo a su estado particular, le es lícito hacer en materia de estudio, actividades, diversiones, lecturas, espectáculos, uso de medios de comunicación social, etc., dentro naturalmente de las normas que haya dado sobre puntos concretos la autoridad competente de la Iglesia o de la Congregación.

TEXTOS DEL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Perfectae caritatis (PC)

12 La castidad "por el Reino de los cielos", que profesan los religiosos, debe ser estimada como un singular don de la gracia. Ella libera de modo especial el corazón del hombre para que se inflame más en el amor a Dios y a todos los hombres, y es, por lo mismo, signo peculiar de los bienes celestiales y medio aptísimo para que los religiosos se dediquen con alegría al servicio divino y a las obras de apostolado. Evocan así ellos ante todos los cristianos aquel maravilloso connubio instituido por Dios y que habrá de tener en el siglo futuro su plena manifestación, por el que la Iglesia tiene a Cristo como único Esposo. Es, pues, necesario que los religiosos, celosos por guardar fielmente su profesión, se fíen de la palabra del Señor y sin presumir de sus propias fuerzas pongan su confianza en el auxilio divino y practiquen la mortificación y la guarda de los sentidos. No omitan tampoco los medios naturales, que favorecen la salud del alma y del cuerpo. Así, los religiosos no se dejarán impresionar por las falsas doctrinas, que presentan la continencia perfecta como imposible o como algo perjudicial al perfeccionamiento del hombre, y rechazarán, como por instinto espiritual, cuanto pone en peligro la castidad. Tengan, además, presente todos, principalmente los Superiores, que habrá mayor seguridad en la guarda de la castidad cuando reine en la vida común un verdadero amor fraterno.

Vita consecrata (vc)

88 La (...) *provocación* proviene de una *cultura hedonística* que deslinda la sexualidad de cualquier norma moral objetiva, reduciéndola frecuentemente a mero juego y objeto de consumo, transigiendo, con la complicidad de los medios de comunicación social, con una especie de idolatría del instinto. Sus consecuencias están a la vista de todos: prevaricaciones de todo tipo, a las que siguen innumerables daños psíquicos y morales para los individuos y las familias. La *respuesta* de la vida consagrada consiste ante todo en la *práctica gozosa de la castidad perfecta* como testimonio de la fuerza del amor de Dios en la fragilidad de la condición humana. La persona consagrada manifiesta que lo que muchos creen imposible es posible y verdaderamente liberador con la gracia del Señor Jesús. Sí, ¡en Cristo es posible amar a Dios con todo el corazón, poniéndolo por encima de cualquier otro amor, y amar así con la libertad de Dios a todas las criaturas! Este testimonio es necesario hoy más que nunca, precisamente porque es algo casi incomprensible en nuestro mundo. Es un testimonio que se ofrece a cada persona –a los jóvenes, a los novios, a los esposos y a las familias cristianas– para manifestar que *la fuerza del amor de Dios puede obrar grandes cosas* precisamente en las vicisitudes del amor humano, que trata de satisfacer una creciente necesidad de transparencia interior en las relaciones humanas.

Es necesario que la vida consagrada presente al mundo de hoy ejemplos de una castidad vivida por hombres y mujeres que demuestren equilibrio, dominio de sí mismos, iniciativa, madurez psicológica y afectiva. Gracias a este testimonio se ofrece al amor humano un punto de referencia seguro, que la persona consagrada encuentra en la contemplación del amor trinitario, que nos ha sido revelado en Cristo. Precisamente porque está inmersa en este misterio, la persona consagrada se siente capaz de un amor radical y universal, que le da la fuerza del autodomínio y de la disciplina necesarios para no caer en la esclavitud de los sentidos y de los instintos. La castidad consagrada aparece de este modo como una experiencia de alegría y de libertad. Iluminada por la fe en el Señor resucitado y por la esperanza en los nuevos cielos y la nueva tierra (cf. *Ap 21,1*), ofrece también estímulos valiosos para la educación en la castidad propia de otros estados de vida.

ORIENTACIONES SOBRE LA FORMACIÓN EN LOS INSTITUTOS RELIGIOSOS (OFIR)

13 La Castidad «El consejo evangélico de castidad, asumido por el Reino de los cielos, que es signo del mundo futuro y fuente de una fecundidad más abundante en un corazón no dividido, lleva consigo la obligación de observar perfecta continencia en el celibato». Su práctica supone que la persona consagrada por los votos de religión coloca en el centro de su vida afectiva una relación «más inmediata» (ET 13) con Dios por Jesucristo en el Espíritu.

«Como la observancia de la continencia perfecta afecta íntimamente inclinaciones particularmente profundas de la naturaleza humana, los candidatos a la profesión de la castidad no deben abrazarla ni deben ser admitidos sino después de una probación verdaderamente suficiente y si tienen la debida madurez psicológica y afectiva. (...).

Una tendencia instintiva de la persona humana la lleva a absolutizar el amor humano. Tendencia caracterizada por el egoísmo afectivo que se afirma por la dominación de la persona amada, como si de esta posesión pudiera brotar la felicidad. Por otra parte, al hombre le cuesta mucho comprender y sobre todo hacer realidad, que el amor puede ser vivido en la donación total de sí mismo, sin exigir necesariamente la expresión sexual. La educación de la castidad se orientará pues a ayudar a cada uno y cada una a controlar y dominar sus impulsos sexuales, aunque prestando atención al mismo tiempo a no caer en un egoísmo afectivo orgullosamente satisfecho de su fidelidad en la pureza. No es casual el que los antiguos Padres dieran a la humildad prioridad sobre la castidad, por la posibilidad que existe, como lo prueba la experiencia, de que se den juntas la castidad y la dureza de corazón.

La castidad libera de una manera especial el corazón del hombre (1 Cor 7, 32-35) para que arda de amor de Dios y de todos los hombres. Una de las mayores contribuciones que el religioso puede aportar a los hombres de hoy, es ciertamente la de manifestarles más por su vida que por sus palabras, la posibilidad de una verdadera dedicación y apertura a los otros, compartiendo sus alegrías, y siendo fiel y constante en el amor, sin actitudes de dominio ni de exclusivismo.

En consecuencia, la pedagogía de la castidad consagrada procurará:

- conservar la alegría y la acción de gracias por el amor personal con el que cada uno ha sido mirado y elegido por Cristo;
- fomentar la frecuente recepción del sacramento de la reconciliación, el recurso a una dirección espiritual regular y el compartir un verdadero amor fraterno en comunidad, concretizado en relaciones francas y cordiales;
- hacer conocer el valor del cuerpo su significación, educar para una elemental higiene corporal (sueño, deporte, esparcimientos, alimentación, etc.);
- ofrecer las nociones fundamentales sobre la sexualidad masculina y femenina, con sus connotaciones (físicas, psicológicas y espirituales);
- ayudar a controlarse en el plano sexual y afectivo, y también en lo que se refiere a otras necesidades instintivas o adquiridas (golosinas, tabaco, alcohol);
- ayudar a cada uno a asumir sus experiencias pasadas, sean positivas para agradecerlas, sean negativas para descubrir los puntos débiles, humillarse serenamente delante de Dios y permanecer vigilante en el futuro;
- destacar la fecundidad de la castidad, la maternidad espiritual (Gal 4, 19) que es generadora de vida para la Iglesia;
- crear un clima de confianza entre los religiosos y sus educadores que deben estar prontos a comprender todo y a escuchar con afecto a fin de poder clarificar y sostener;
- comportarse con la prudencia necesaria en el uso de los medios de comunicación social y en las relaciones personales que pudieran impedir una práctica coherente del consejo de castidad (cf. cc. 277, 2 y 666). Es una obligación no solamente de los religiosos, sino también de sus superiores, el ejercitar esta prudencia.

PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y EL DIÁLOGO COMUNITARIO

¿Estamos convencidos de que la castidad por el Reino es, ante todo y sobre todo, un don, un regalo, un carisma, que entra como rasgo esencial en nuestra propia vocación claretiana?

¿Ahondamos en la conciencia de que es, ante todo y sobre todo, una participación de la castidad-virginidad de Jesús, recibida de Él para, con Él y como Él “consagrarnos de todo corazón a las cosas del Padre”?

¿Recordamos con frecuencia que el Señor manifiesta, por este don en nosotros, el poder de su gloria en la fragilidad de nuestra carne?

¿Se convierte esta imponderable energía espiritual en aliento, alimento y esperanza de la vida futura?

¿Dice algo al sentido de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu la inefable y fecunda virginidad del Corazón de María?

¿Qué podemos aprender y practicar estudiando este rasgo carismático en la vida y misión de nuestro P. Fundador? También tenemos testimonios muy ricos en nuestra tradición, v. g., en los Beatos Mártires Claretianos de Barbastro... ¡Qué lecciones nos dan!!!

¿Qué relación existe entre una rica experiencia del Amor de Dios y la vivencia de la castidad?

¿Qué ayudas encontramos en el amor de nuestra Comunidad para vivir con gozo nuestra castidad consagrada? ¿Qué ayudas echamos de menos?

¿Cuál es la relación entre la vivencia gozosa de la castidad y la armonía interior, la paz y libertad de espíritu?

¿Cómo la vivencia de la castidad abre los cauces a la inflamación del amor de Dios en nuestros corazones?

La fidelidad o infidelidad a la castidad conlleva todo un mundo personal interior distinto en uno u otro caso: en pensamientos, intenciones, fantasías, proyectos, referencias afectivas, paz o inquietud, luz o tinieblas, armonía o desorden, ambiente lúcido y sano o ambiguo y complicado, etc., ¿cómo se podría poner de manifiesto en mí el contraste entre uno y otro, y cuales son las consecuencias y repercusiones, en uno u otro caso, en mi vida personal, comunitaria, misionera?

Nosotros, tu, yo, ¿recibimos con gozo y cultivamos con toda diligencia la castidad?

Somos conscientes de que “la observancia de la castidad afecta a las más profundas inclinaciones de nuestra naturaleza”. ¿Cómo, desde mi o tu categoría personal e identidad claretiana, estamos alertados y preparados, para no dejarnos sorprender por las posibles falacias que se nos presenten?

¿Cómo ejercito personalmente el discernimiento evangélico crítico ante la red ambiental de permisividad y vanalización del amor y del sexo?

¿Qué medios prácticos sé que tengo a mano y de los que no puedo prescindir si quiero vivir con conciencia y coherencia, con elegancia y alegría, la castidad consagrada? Tenemos, por ejemplo, la oración personal, la humildad para no presumir de las propias fuerzas, la ascesis necesaria, el evitar ocasiones de peligro, la ocupación asidua, la prudencia pastoral, etc. Yo, ¿cuales tengo que ejercitar más?

CC 23 *A imitación de Jesucristo profesamos la pobreza evangélica. Él, siendo rico, se hizo pobre por nosotros a fin de que nosotros nos enriqueciéramos. Dedicado a anunciar la Buena Nueva del Reino, no tenía dónde reclinar su cabeza.*

A) Paradigma primero y fundamental: Jesucristo.

Su pobreza evangélica la hacemos nuestra, la profesamos. Nos comprometemos y queremos asemejarnos a él en este rasgo tan importante para enriquecernos con su pobreza.

- ❖ Jesús, como pobre de Yahvé recoge, concentra, es y significa en sí mismo, el sentido, la referencia, el contenido y la riqueza de ‘los pobres de Yahvé ‘ en el A. Testamento. Personalmente llevará a su cumplimiento pleno las profecías del Siervo de Yahvé (cf. Is 42, 1-9; 49, 1-6; 50, 4-11; 52, 13-53, 12).
- ❖ Jesús, Hijo de Dios, se encarna en la pobreza y humillación de una Virgen: “el Hijo de Dios se hizo hombre”. Esto acontece en una aldea despreciada (Jn 1, 46), en el silencio y desconocimiento casi total.
- ❖ Jesús nace en suma sencillez y pobreza: “lo acostó en un pesebre porque no había para ellos sitio en la posada” (Lc 2, 7). No nace en su casa, ni siquiera en una casa, sino en un establo. Apenas ha nacido, ya tiene que huir, se le busca para matarle (Mt 2, 13-18).
- ❖ Jesús, en Nazaret, vive y crece en una familia pobre y sencilla. Ni si quiera en medio de su ambiente se enteran del inefable misterio y riqueza presente en este niño, adolescente, joven, hombre... Es uno entre los demás, uno de tantos que viven en pobreza y sencillez.
- ❖ Jesús aparece en sociedad, en pobreza, anunciando a los hombres la salvación, el Reino. Su vida y su estilo es sencillo, pobre; a la vez, es decidido, firme. Lo expresa, como en síntesis, en las Bienaventuranzas, especialmente en la 1ª (cf. Mt 5, 1-12)⁷³.
- ❖ Jesús es probado en sus pretensiones humanas, especialmente en cuanto al

poseer (riqueza), al poder (señorío-dominio), al triunfar (relevancia personal), al amar (‘veamos si Dios le ama’). Relato de las tentaciones (cf Mt 4, 1-11). La tentaciones, lugar de discernimiento...

- ❖ Jesús, ungido por el Espíritu, es enviado a anunciar a los pobres la Buena Noticia, la liberación a los cautivos... (cf Lc 4, 18-19). Jesús polariza todas sus pretensiones y energías en la pasión por el Reino. Es el Bienaventurado por ser el Pobre, y proclama la Bienaventuranza a los pobres en y desde su pobreza, actitud fundamental de Jesús, “manso y humilde de corazón” (Mt 11, 29), y de sus seguidores.
- ❖ Jesús, acepta y asume la máxima pobreza como Siervo Paciente. Su condición humana es totalmente alcanzada: en lo físico, por el desgarramiento de la pasión y cruz en una agonía mortal; en lo psíquico, por su inenarrable angustia y tristeza de muerte; en lo social, por las burlas, infamias y calumnias más humillantes; en lo moral, por la concentración en él de toda la negatividad del pecado del mundo; en lo espiritual, por el abandono y la soledad radical, incluso del Padre Dios. De modo que, humanamente, es el Gran Fracasado...

Su ejemplo es sobre toda medida⁷⁴, ‘porque Él, ‘siendo de condición divina’(…), ‘se despojó de sí mismo (se vació de sí mismo), tomando la condición de siervo’ (...) y “se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y una muerte de cruz” (cf Fil 2, 6-8).

¿Qué opción tomaremos nosotros, los Claretianos, tu, yo, como seguidores de Jesús Pobre?

⁷³ Cf. el comentario a esta bienaventuranza (Mt 5, 3) en la Biblia de Jerusalén.

⁷⁴ “La pobreza (...) vivida según el ejemplo de Cristo que ‘siendo rico, se hizo pobre’ (2Cor 8, 9), es expresión de la *entrega total de sí que las tres Personas divinas se hacen recíprocamente*. Es don que brota de la creación y se manifiesta plenamente en la Encarnación del Verbo y en su muerte redentora” (VC 21c). “*La profundidad de su pobreza se revela en la perfecta oblación de todo lo suyo al Padre*” (VC 22b).

Por la profesión compartimos esta su pobreza y el ejemplo de la Bienaventurada Virgen María, que es la primera entre los pobres del Señor, y a semejanza de los Apóstoles que, abandonándolo todo, siguieron al Señor, recordamos a los hombres los bienes del mundo futuro.

B) La Bienaventurada Virgen María, ejemplo para nosotros.

Ella ha participado, como nadie, de la condición pobre del Señor, desde el inicio de su ser hasta su muerte. Ella ha vivido, como nadie, el estilo pobre del Evangelio. Ella se ha autodefinido como la esclava, la sierva del Señor. Ella ha sido la primera maestra de los pobres, en toda la educación de Jesús-niño y joven. Ella ha sido la primera discípula, aventajada sin comparación más que nadie, en intuir, penetrar, reconocer, valorar, la condición pobre de su Hijo. Condición elegida por ella libre y cabalmente, como su estilo y forma de vida, querida por Dios Padre. Ella ha sido la primera evangelizada y evangelizadora, en y desde su Hijo, para los hombres, por ser la primera entre los pobres y la más pobre, en y desde su Hijo.

María, en su humanidad de mujer concreta, no ha tenido ni vivido todas las formas humanas de la pobreza, pero en su persona, su pensar, sentir, vivir y actuar, se ha incorporado la proyección perfecta de la pobreza del ser, vivir y enseñar de Jesús, su Hijo.

Sería necesario conocer cómo ha vivido en su corazón la sintonía perfecta con los sentimientos humildes y sencillos del corazón de su Hijo. Así podríamos asomarnos un poco a ese abismo de riqueza, que está siempre dispuesta a recibir y recibe, desde un corazón informado por una pobreza evangélica perfecta... Pensemos, por ejemplo, en la profundidad insondable que alcanzan sus palabras en la Encarnación: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra" (Lc 2, 38); resonancia personal perfecta, en ese mismo momento, de aquellas de su mismo Hijo, que, "al entrar en el mundo dice (...) ¡He aquí que vengo (...) a hacer, oh Dios, tu voluntad!" (Heb 10, 5-7). Y, de cómo sería el don que a ella se le hace, por el reconocimiento de su pequeñez, en lo que Jesús dice, cuando habla

de la revelación de las cosas grandes a los pequeños y sencillos (cf Lc 10, 21-22).

María entra y sigue plenamente el itinerario pobre de la pobreza de Jesús, de una manera muy especial (para lo cual ya ella venía siendo preparada por el Espíritu Santo), desde el momento de la Encarnación al momento de la crucifixión y sepultura de Jesús, su Hijo. Y podemos evocar su condición pobre: en la Anunciación; en la visita a su prima Isabel, en la que proclama su Magníficat al Señor, que ensalza a los pobres⁷⁵; en el Nacimiento de su Hijo; en la huida a Egipto viviendo como perseguidos a muerte; en la presentación de Jesús en el templo, donde Simeón profetiza al Niño como signo de contradicción, y a su Madre con el alma traspasada por una espada; en su casita humilde, sencilla, pobre de Nazaret; en su dolor de Madre en la partida de Jesús para anunciar la Buena Nueva; en el seguimiento desde su corazón de madre, del conflicto creciente y peligroso en el que Jesús avanza; en el fatal y terrible desenlace del proceso de la Pasión y condenación a la Muerte de Cruz de su Hijo... Este itinerario de Jesús y su Madre, de Madre e Hijo, está hilvanado por una constante que bien se puede definir como de una pobreza radical y plena, sin concesiones ni rebajas de ningún tipo. Era así el Proyecto del Padre Dios... y, hacer otra cosa, estaba absolutamente fuera de sentido; no tenía razón de ser.

¿Qué significa, para los Hijos del Corazón de María, para ti, para mí, esta forma de vivir en y desde la pobreza de Jesús, que vemos plasmada tan plenamente en el Corazón de nuestra Madre? Tal vez esto pueda conmover alguna fibra de nuestro corazón filial... 'Filii matrizan'.

María es signo y símbolo de la Iglesia como Virgen, Esposa, Madre. Es la pobreza perfecta en la virginidad sin mancha, inmaculada, imagen de la Iglesia pobre para la disponibilidad incondicional para su Esposo. María es figura de la Iglesia virginal y pobre, nada de sí y toda del Esposo y para el Esposo. Es Madre fecunda y figura de la Iglesia-madre fecunda, no desde sí, sino desde la pura y total fecundidad del Espíritu de Jesús encarnado en

⁷⁵ María, la primera entre los pobres del Señor, cf. J. Cristo Rey, *Nuestro Proyecto...*, II, pp. 341-344).

la pobreza y debilidad de la condición humana. Esto desde el primer surgir de la Iglesia de Cristo, la Iglesia Apostólica, que se inicia en Pentecostés. Inicio en el que cuenta mucho la presencia y ejemplaridad de María (cf Hech 1, 14).

C) Aseméjarnos a los Apóstoles para vivir la forma de 'vita apostólica'.

¿Qué hicieron los Apóstoles? Dejarlo todo, seguir a Jesús, anunciar su Evangelio. Tres actitudes correlativas entre sí. La perfección o deserción con que vivimos una, afecta a la vivencia de las otras dos.

- ❖ *¿Qué significa dejarlo todo?* Recordemos algunos textos. “Jesús, fijando en él su mirada, le amó y le dijo: “Sólo una cosa te falta: vete, vende lo que tienes y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego, ven y sígueme” (Mc 10, 21). Texto que hace pensar. Otro, en referencia directa a los Apóstoles es el de Mc 10, 28-30). Jesús habla de abandonar “casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o hacienda por mí y por el Evangelio” (Mc 10, 29). Puede verse el contexto: (Mc 10, 17-30).
- ❖ Cuando se refiere al seguimiento, no es menos exigente: “Si alguno quiere seguir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Mc 8, 35). Es decir, no hay que renunciar sólo a las riquezas, o a la familia, sino a sí mismo. Por tanto, hay que quedarse sin nada, sin nadie, sin uno mismo. Pobreza radical y total.
- ❖ Esto lo vivió Jesús por causa de la Buena Nueva (tercer polo de correlación), y lo exige a los que él llama para que lo anuncien adoptando su misma forma de vida.
- ❖ Claro es que los discípulos -Apóstoles hicieron como dos etapas de noviciado o preparación, para llegar a la tercera: ser y vivir de verdad como Apóstoles y testigos de Jesús.

a) La primera es larga, con Jesús, su Maestro, en el seguimiento histórico. En ella se revelan datos en los que los discípulos no entienden a Jesús, no comprenden su modo de proceder, tienen sus ambigüedades y pretensiones egoístas. La imagen de Jesús como su líder, en el que tanto esperaban, cayó por los suelos; sus expectativas se hundieron al recibir el golpe mortal de lo que había acontecido a Jesús; murieron y fueron sepultadas sus expectativas. Sus proyectos y esperanzas se derrumbaron. Así se explica su total frustración y desánimo; Al final de este recorrido se da en ellos la deserción, la negación, la frustración. No se les puede dar ahí buena nota.

b) La segunda etapa es breve, pero decisiva. Se inicia donde acaba la primera: en el desmoronamiento de todas sus claves interpretativas de Jesús, y se van generando otras nuevas. El impacto de las apariciones del resucitado. No se lo podían creer. No estaban preparados para ello. Les pilla desprevenidos. Es un conflicto entre lo que anhelan en lo más hondo de su corazón, pero que lo represionan para que no llegue a la luz de su mente, porque para los criterios humano-naturales, es imposible (parece que, en este tiempo, supone muy poco el que Jesús, cuando estaba con ellos, ya lo predijera). La fuerza - espíritu-gracia de las apariciones del Resucitado se va imponiendo, muy poco a poco. Este tiempo lo podríamos definir como 'desconcertante' para los discípulos. Es el no, imposible y, a la vez, el sí, real. Imposible que esté vivo, que haya resucitado. Pero, Sí, ¡ha resucitado!; lo hemos visto, ¡es El Señor!!!

c) La tercera es de plenitud. Ellos hablan, comentan y piensan en la que ha sucedido... Están orando y rememorando juntos a Jesús, sobre todo el Acontecimiento de su Pasión-Muerte-Resurrección..., viene sobre ellos el Espíritu Santo prometido, les arrebató con su energía todopoderosa de todas sus ambigüedades y les centra por siempre y para siempre en Jesucristo, el Hijo del Dios Vivo. Les centra en su Misterio Pascual, en la urgencia irresistible de proclamarlo como el Acontecimiento radical y definitivo de la voluntad de Dios para todo hombre que viene a este mundo. Esta Fuerza del Espíritu de Jesús se apodera de ellos y, a partir de ahora, sienten esa irresistible

‘parresia’ que les quema por dentro y que será la constante en todo su vivir, actuar y hablar del Resucitado. Les ha resucitado por dentro a una vida nueva y a ver todo con una nueva luz. Así se convierten, ante el mundo, en testigos fieles del Testigo Fiel. Su vida y su actividad han adquirido la plenitud a la que habían sido llamadas. Ya, con Jesús, el Señor Resucitado, y por su Espíritu, totalmente polarizados y apasionados por El Reino, no habrá posibilidad de apego en su corazón, a ninguna realidad terrena. Ahora se puede decir de ellos y de una manera perfecta: ‘lo dejaron todo y le siguieron’; se convirtieron en los Pobres de Jesús Pobre, por el Reino.

Y nosotros, ¿qué? ¿qué se puede decir, con verdad, de nosotros?

¿En qué momento del proceso de seguimiento estamos cada uno de nosotros?

¿Qué parte del itinerario tenemos ya hecho? Porque nosotros, un día, profesamos la pobreza evangélica. ¿Qué etapa o etapas nos quedan por hacer?

¿A qué ritmo caminamos y cómo es ahora nuestra pobreza y disponibilidad, nuestra libertad de apegos naturales y terrenos; o nuestras esclavitudes de cosas y personas, que bloquean en nosotros la inefable acción del Espíritu de Jesús y la pasión por su Reino?...

D) A semejanza de Claret

Es obligado que nosotros vivamos también la pobreza a imitación, a ejemplo y semejanza de nuestro P. Fundador. Por ello no podemos prescindir de su ejemplaridad.

Claret conoce, valora, ama, imita, vive, habla y predica de la pobreza evangélica. No otra o distinta de la que vivieron Jesús, María, los Apóstoles. Claret vivió esa pobreza, según el estilo propio de su vocación-misión y, de esto, por el don del Espíritu, nos ha hecho herederos a nosotros. Esta preciada herencia no la podemos dilapidar, la tenemos que poner a buen rendimiento. Y es tarea nuestra.

¿Cómo fue la pobreza de Claret? Y nos encontramos aquí, como en otros puntos, con algo que nos sobrecoge. Nos admira por su radicalidad, por su claridad en las motivaciones que la justifican, por sus actitudes y por su

práctica.

Los datos y documentos que de su vida y doctrina sobre la pobreza tenemos, son tan abundantes, que no cabe en este punto la más mínima rebaja. Insinuamos algunos, y nos remitimos a los textos sobre la pobreza que se pondrán como complemento a este capítulo.

Claret mira, admira, contempla, aprende, imita en su vida la vida pobre de Jesús y de María... Según “Don Paladio Curríus, su confesor en Cuba, es *la experiencia clave*. Dicho sacerdote creía que el santo estaba predestinado por Dios para renovar la Iglesia restableciendo en ella la pobreza apostólica”⁷⁶.

Claret nos habla de cómo, ya de pequeño, era muy sensible ante las penurias y desgracias de los demás, especialmente pobres, ancianos, etc. “Soy de corazón tan tierno y compasivo que no puedo ver una desgracia, una miseria que no socorra...” (Aut 10). Cuando más tarde se siente llamado al sacerdocio y a la predicación, todo su afán será imitar con su vida a Jesús “que no tenía donde reclinar su cabeza”. Esto lo practica casi literalmente en su viaje a Roma... “Toda esta aventura me confirmó en la persuasión en que yo estaba, que, para edificar y mover a las gentes, el mejor y más eficaz medio es el ejemplo, la pobreza, el desprendimiento, el no comer, la mortificación, la abnegación” (Aut 135).

El vivir pobre de Claret se traduce y concreta de una manera muy real, muy exigente, muy coherente, y muy semejante al nada, nada, nada, de San Juan de la Cruz⁷⁷, para venir a poseerlo y serlo todo. Radicalidad evangélica de la pobreza en el vestido⁷⁸, en la comida, en los viajes, en sus lugares de residencia. Desprendido de todo, especialmente del dinero⁷⁹. Sabía muy bien los estragos que hace

⁷⁶ Cf. *Nuestro Proyecto...*, II, p. 317

⁷⁷ Para venir a gustarlo todo..., a saberlo todo..., a tenerlo todo..., a poseerlo todo..., a serlo todo..., no quieras gustar, saber, tener, poseer, ser nada en nada... (cf. S. J. de la Cruz, Monte de la perfección o Monte Carmelo).

⁷⁸ “Con el vestido que llevaba y la comida que me daban estaba contento. En un pañuelo lo llevaba todo. Mi equipaje consistía en un breviario de todo el año, un vademecum en el que llevaba los sermones, un par de medias y una camisa para mudarme. Nada más” (Aut 359).

⁷⁹ “Conocía claramente que era voluntad de Dios que no tuviese

cuando se convierte en ídolo, y Claret estaba decidido a quitarle el pedestal y destruirlo con la práctica de su pobreza. Claret cambia de lugar, de región, de nación, de posición en el rango eclesiástico, de encomiendas y responsabilidades eclesiales, etc., pero su pobreza sigue una línea bien definida, bien atendida y cultivada espiritualmente, cada vez más perfecta, hasta su momento final⁸⁰, la muerte⁸¹. Si queremos, de verdad, revisar la práctica de nuestra pobreza, pongámonos con fe, confianza y humildad ante este espejo: la vida en pobreza real y práctica de nuestro Fundador. Tenemos al alcance de nuestra mano su Autobiografía y otros testimonios y escritos suyos. Seamos sensatos, valientes. ¿O acaso no creemos que es una gracia, un carisma que hemos recibido los Claretianos, y que podemos activar la fidelidad al mismo, con la ayuda del Señor y la mediación de nuestro P. Fundador?

dinero" (Aut 362).

⁸⁰ "Me parece que ya he cumplido mi misión. He predicado la ley de Dios... He observado la santa pobreza. Di lo que me pertenecía, y en el día, gracias a Dios, no me dan nada de la diócesis de Cuba, ni tampoco la reina me pasa nada" (Carta a Currius, 2 octubre 1869: EC, II, p. 1423)

⁸¹ "... el Señor le concedió la gracia que tanto había deseado, morir pobre y perseguido" (*Nuestro Proyecto de ...*, II, p. 323)

CC 24 *Poniendo toda nuestra confianza en el Señor, y nunca en el poder y las riquezas, buscamos ante todo el Reino de Dios, que pertenece a los pobres.*

Cuatro elementos podemos conjugar aquí. Los dos primeros son correlativos por oposición: el Señor y las riquezas, “no podéis servir a dos señores...”. En tanto polarizados por el Señor, no sentimos apego a las riquezas. En tanto ponemos nuestro corazón en las riquezas, nos alejamos del Señor. El *toda* la confianza en el Señor, se correlaciona con el *nada* (*nunca*) en el poder y las riquezas. No dice sólo las riquezas; también el poder. Está muy en su punto, porque, en el mundo, y según los criterios del mundo, poder es tener y tener es poder. No es fácil saber cual de las dos tentaciones es peor; pero las dos son muy activas y condicionantes del corazón humano y, cualquiera de las dos, llama enseguida a la otra. Están siempre en mutua complicidad para minar y debilitar nuestra confianza en el Señor. Los otros dos elementos: el Reino y los pobres, también son correlativos, pero en positivo. Es una correlación mutuamente coadyuvante: la oferta del Reino necesita acogida, que es propio de los pobres, e impropio de los ricos. Esto es válido para todo hombre que viene a este mundo. Más urgente y exigente para los que, por vocación, buscan, ante todo, el Reino de Dios. De estos somos nosotros, los Claretianos, por la fuerza de la llamada y por la gracia de Dios. Pero esa gracia, también es oferta a nuestra libertad y voluntad, y necesita, por nuestra parte, acogida, apertura, disponibilidad, espíritu pobre. Sin esto no existe ninguna garantía de que seamos, ante todo, buscadores del Reino, de que sintonicemos con los pobres en nuestro corazón, de que anunciemos el Reino a los pobres⁸².

La pobreza voluntaria construye la Comunidad fraterna en unidad de corazón y espíritu. Se expresa en la comunión de bienes, tanto materiales como espirituales, con los pobres y en su servicio.

⁸² “La inserción (...) es una realidad que no puede menos de suscitar la admiración, por la intensidad de la entrega personal y por los grandes sacrificios que comporta, por un amor a los pobres que impulsa a compartir su pobreza real y dura, por el esfuerzo de hacer presente el Evangelio en estratos de población sin esperanza (...). Con frecuencia estas comunidades se encuentran en lugares fuertemente marcados por un clima de violencia que engendra inseguridad y, a veces, también la persecución hasta el peligro de la propia vida” (VFC n° 63).

Dos enunciados importantes: 1° relación pobreza-fraternidad; 2° comunión con los pobres ⁸³. Respecto del 1° podemos considerar su influjo, en positivo y en negativo. Si existe y se cultiva el espíritu de pobreza, este mismo convoca sin cesar a tener un solo corazón y un solo espíritu; si existe y se cultiva la unidad en el Amor, esta actitud descentra de los propios egoísmos, despoja de sí mismo. El influjo mutuo se da también en negativo: el protagonismo individualista que es acaparador en sí y para sí, quiebra la unidad fraterna, y la atonía en las relaciones mutuas invita al individualismo. Cada uno de nosotros tenemos aquí una tarea inalienable. Es, a la vez, personal y comunitaria.

El 2° punto es la manifestación del 1°. También podemos considerar en él los relieves positivos y los negativos. Quizá lo más práctico, para nosotros, en nuestro aquí y ahora, personal y comunitariamente, sea hacer una revisión o examen, en espíritu y en verdad, de lo que en esto nos sucede, de lo que la fidelidad a nuestra propia identidad nos está pidiendo, tal vez a gritos, y de lo que debemos y tenemos que hacer, con la mayor coherencia, en la comunión de bienes con los pobres y en su servicio⁸⁴.

⁸³ En VC n°s 89-90 se habla de los retos de la pobreza evangélica y su función-misión al servicio de los pobres. Un fuerte reto es la provocación del ‘*materialismo ávido de poseer*’ desinteresado de los débiles e insensible a sus gritos. La pobreza evangélica, además del valor que tiene en sí misma como riqueza y bienaventuranza de Dios, es la actitud más propicia para la solidaridad y la caridad, para luchar en favor de los marginados y los últimos, para promover la verdadera justicia social, para denunciar proféticamente contra todo tipo de opresión humana desde la avaricia de la riqueza y el poder.

⁸⁴ Para ahondar en el significado de la ‘comunión y opción preferencial por los pobres’, cf. J. Cristo Rey, *Nuestro Proyecto...*, II, pp. 357-366.

CC 25 *Nuestra pobreza es apostólica, de tal forma que nuestra vida y actividad estén informadas por el espíritu de pobreza.*

1° Una afirmación apoyada en nuestra vocación y carisma: *nuestra pobreza es apostólica.*

¿Qué significa apostólica? Una mirada a la figura, las actitudes y la obra de Claret nos da la respuesta exacta, porque nuestra pobreza tiene que ser como la suya, motivada por la exigencia misionera y convertida toda ella en disponibilidad y motivación apostólica (cf Aut 357-371). Apostólica aquí no se reduce al ministerio, a la acción; sino también a la vida personal y comunitaria que, en sí misma, tiene que ser ya apostólica, y que se expresa con el testimonio de vida y en la palabra.

Pero las formas de pobreza han de responder verdaderamente a nuestra vida misionera y constituir un signo, a la vez personal y comunitario, del Evangelio. Por eso, tanto la Congregación como cada una de nuestras comunidades, atendiendo a las circunstancias de los distintos lugares, deben preocuparse por dar testimonio colectivo de pobreza: evitando toda clase de lujo y de lucro inmoderado, lo mismo que la acumulación de bienes el mobiliario, la comida y el vestido han de ser al estilo de los pobres.

La forma pobre de nuestra vida misionera, personal, comunitaria, congregacional, ha de ser signo del Evangelio, por el testimonio personal y colectivo. Esto, no de una manera uniforme, sino dentro de cada contexto social, procurando que el mobiliario, la comida y el vestido sea al estilo de los pobres. Pero, para todos y para siempre, individual y colectivamente, hay algunas cosas que evitar: el lujo, el lucro inmoderado, la acumulación de bienes.

Tengamos siempre nuestros bienes a disposición de los demás, principalmente para las necesidades de la propia Congregación y del Pueblo de Dios. Como los bienes que tenemos son del Señor, no nos los podemos apropiarse en exclusiva. El discernimiento evangélico y misionero nos dirá, en cada momento y lugar, cómo ha de ser el uso que

de ellos hagamos, en solidaridad con la Congregación y el Pueblo a quien servimos.

CC 26 *Procuren nuestros misioneros ser verdaderamente pobres, de hecho y de espíritu. No retengan ni adquieran para sí nada contrario a la profesión de la pobreza, ni usen de cosa alguna como propia. Siéntanse obligados a la ley común del trabajo, compartiendo la condición de los pobres. Y no acepten los sagrados ministerios en vista de la retribución.*

Ser, realmente pobres, es ser enteramente pobres, con toda el alma: *'de espíritu'*; con toda la vida: *'de hecho'*. Dos aspectos que van del brazo, forman unidad y no se pueden separar. Procurarlo es exigencia interior, del propio ser personal, y del propio crecimiento desde nuestra identidad misionera. Sin duda que *'ya lo sabemos'*, ¿lo somos? ¿lo practicamos? De la actitud personal, real, de pobreza, se derivan algunas prácticas: no adquirir ni retener para sí, no usar las cosas como propias; trabajar⁸⁵; compartir con los pobres; no condicionar los ministerios a su retribución. La deficiencia en esa actitud evangélica pone en riesgo nuestra fidelidad en algo tan esencial a nuestra identidad claretiana como la pobreza.

Alégrese cuando experimente algunos efectos de la pobreza, no dudando de la providencia de Aquel que dijo: “Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura” (Lc 12, 31).

Podemos sentirnos afectados por la falta de algo de poca importancia o de mucha importancia, sea en nuestra salud, en nuestros derechos personales, en nuestra prestancia o valía. Alegrarse sintiéndose afectado por la pobreza de algo que nos afecta profunda y vitalmente es una virtud muy madura y, por tanto, difícil; a veces puede que hasta lo veamos imposible. Para Dios no lo es, pero para nosotros sí. ¿Qué hacer entonces? ¿Cómo leer, interpretar y aplicarse el poner la total confianza en la providencia y dar, de hecho y de corazón, la primacía a la búsqueda, real y vital, en ese mismo momento, del Reino de Dios y su justicia? ¿Qué hacía Claret? “No me quejaré, antes me alegraré, si me falta lo necesario; y en cuanto dependa de mí, escogeré lo más despreciable. Vestiré con decencia y limpieza, pero tan pobremente

como sea posible” (Propósitos 1843, 6-8: EA, p. 524).

⁸⁵ Al P. Claret, esto de trabajar, le viene de atrás y se proyecta a todo lo largo de su vida: “Me puse a trabajar y trabajaba cuanto podía, sin tener jamás un día de pereza, ni mala gana” (Aut 31). “Propongo nunca jamás perder un instante de tiempo, por lo que estaré siempre ocupado, o en el estudio, o en la oración, predicación, administración de sacramentos, etc.” (Aut 647).

1.- Para el inicio

Señor Jesús,
Tú, siendo rico, te hiciste pobre para enriquecernos con tu pobreza.
Tú nos llamaste a seguirte imitando tu vida pobre.
Tú nos has dicho que el que no renuncia a todo y aún a sí mismo,
no puede ser tu discípulo.

Queremos ser tus discípulos en el aprendizaje de la pobreza evangélica.
Abre nuestro oído interior para conocer bien las exigencias de tu llamada.
Que no volvamos la vista atrás como el 'joven rico'.
Que no nos asusten tus palabras exigentes como a los Apóstoles.
Que entendamos que por nosotros no podemos salvarnos,
ni ser evangélicamente pobres,
pero que sí podemos con tu ayuda y la fuerza de tu Espíritu.

Danos capacidad para conocer
que de la calidad de nuestra vida pobre, depende
nuestro conocimiento, aceptación y experiencia de tu Palabra,
nuestra libertad, nuestra alegría y nuestra esperanza,
nuestra disponibilidad para anunciar en Evangelio.
la fidelidad a nuestra vocación misionera.

Concédenos, Jesús,
que a ejemplo de María, tu Madre y nuestra Madre,
las primeras entre los pobres del Señor,
entonemos de corazón nuestro magnificat
'al que derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes,
a los hambrientos colmó de bienes y a los ricos los despidió vacíos'.

Te pedimos, Señor, que, como a los Apóstoles,
no nos duelan prendas en renunciar a todo,
para seguirte y tenerte a Ti, sumo Bien y todo Bien.

Y, como Claretianos, te pedimos, Señor,
que meditemos en los motivos de la pobreza de Claret,
que nos sintamos herederos del carisma de su pobreza,
para ser pobres de hecho y de espíritu, personal y comunitariamente.
Que nuestra pobreza informe toda nuestra vida y actividad apostólica,
para que, como él, hagamos creíble el Evangelio.
Y que, confiando totalmente en la providencia,
lleguemos, como él, a alegrarnos en nuestro corazón,
cuando experimentemos los efectos de la pobreza. Amén.

2.- Para el final

Oh, Jesús, tú llamas Bienaventurados a los pobres;
a los mansos y a los que tienen hambre y sed de justicia:
a los misericordiosos, a los limpios de corazón y a los que buscan la paz;
a los perseguidos por causa de la justicia, y por tu nombre.
A estos les dices: “Alegraos y regocijaos
porque vuestra recompensa será grande en los cielos”.
Señor, ¡qué extraño pregón! Es chocante y hasta estridente.
No sólo ajeno y lejano a lo que los hombres consideran motivo de gozo,
sino opuesto y contrario a lo que normalmente desean y pretenden.
Señor Jesús, eres tan desconcertante como Dios, claro, eres Dios.
Nosotros, los Claretianos, creemos en ti y en tu Palabra,
y aceptamos, con la gracia de la fe, y de nuestra vocación,
que tú eres nuestro Camino, Verdad y Vida.
y por ello, te damos gracias de todo corazón.

Gracias, Señor, por el don de tu pobreza.
Gracias, Señor, por el don de tu llamada
para que reproduzcamos tu estilo de vida pobre.
Gracias por revelarnos la riqueza de tu pobreza,
y por ayudarnos a entender estas paradojas evangélicas.
Gracias porque todo esto brota de tu amor hasta el extremo.
Gracias por la extrema pobreza de tu Pasión y Muerte.
Gracias por enviarnos a misionar en pobreza,
a semejanza de tu envío por parte del Padre.
Gracias por habernos presentado a María, tu Madre, nuestra Madre,
como ejemplo singular de los pobres y humildes del Señor.
Gracias por el ejemplo de tus Apóstoles, que quieres imitemos.
Gracias por el ejemplo de todos tus seguidores fieles,
tus santos, que tanto amaron y vivieron tu pobreza.
Gracias por tu siervo, Antonio M^a Claret,
a quien enriqueciste portentosamente,
imitando tu pobreza con gran alegría en su propio corazón.

Todo esto, Señor, nos lo ofreces a nosotros, los Claretianos,
nos lo das como gracia, riqueza y bienaventuranza tuya,
para que sea también nuestra, y nuestro gozo sea cumplido.
Gracias, Señor Jesús.

“¡Oh Salvador mío! ¡Haced, os suplico, que vuestros ministros conozcan el valor de la virtud de la pobreza, que la amen y practiquen como Vos nos habéis enseñado con obras y palabras! ¡Oh qué perfectos seríamos todos si todos la practicásemos bien! ¡Qué fruto tan grande haríamos! ¡Qué almas se salvarían! Cuando, al contrario, no practicando la pobreza, la gente no se salva y ellos se condenan por la codicia, como Judas” (Aut. 371).

1.- Autobiografía

Males a los que hacen frente los votos

357. Al ver que Dios N. S. sin ningún mérito mío sino y únicamente por su beneplácito, me llamaba para hacer frente al torrente de corrupción y me escogía para curar de sus dolencias al cuerpo medio muerto y corrompido de la sociedad, pensé que me debía dedicar a estudiar y conocer bien las enfermedades de (este) cuerpo social. En efecto, lo hice, y hallé que todo lo que hay en el mundo es amor a las riquezas, amor a los honores y amor a los goces sensuales. Siempre el género humano ha tenido inclinación a esta triple concupiscencia, pero en el día, la sed de bienes materiales está secando el corazón y las entrañas de las sociedades modernas.

El egoísmo contra la dignidad humana y cristiana

358. Veo que nos hallamos en un siglo [en] que no sólo se adora el becerro de oro, como lo hicieron los hebreos, sino que se da culto tan extremado al oro, que se ha derribado de sus sagrados pedestales a las virtudes más generosas. He visto ser ésta una época en que el egoísmo ha hecho olvidar los deberes más sagrados que el hombre tiene con sus prójimos y hermanos, ya que todos somos imágenes de Dios, hijos de Dios, redimidos con la sangre de Jesucristo y destinados para el cielo.

Frente a la avaricia... la pobreza... 'lo puse por obra...'

359. Consideré que para hacer frente a este gigante formidable que los mundanos le llaman omnipotente, debía hacerle frente con la santa virtud de la pobreza, y así como lo conocí, lo puse por obra. Nada tenía, nada quería y todo lo rehusaba. Con el vestido que llevaba y la comida que me daban estaba contento. Con un pañuelo lo llevaba todo. Mi equipaje consistía en un breviario de todo el año, un vademécum en que llevaba los sermones, un par de medias y una camisa para mudarme. Nada más.

360. Dinero nunca llevaba, ni quería...

361. No tenía dinero, pero tampoco lo necesitaba. No lo necesitaba para caballería, diligencia ni ferrocarril, porque siempre andaba a pie, siendo así que tenía que hacer unas viajatas muy largas, como diré en otro lugar. No lo necesitaba para comer, porque lo pedía de limosna a donde llegaba. No lo necesitaba tampoco [co] para el vestido, porque Dios N. S. me conservaba la ropa y el calzado casi como a los hebreos en el desierto. Conocía claramente que era la voluntad de Dios que no tuviera dinero ni aceptara cosa alguna, sino la precisa comida para aquel momento, sin recibir jamás provisión alguna para llevar de una a otra parte. Efecto positivo... influjo...

362. Este desprendimiento conocí que les causaba a todos grande impresión, y, por lo mismo, me esforzaba yo a sostener el punto que había tomado. Para animarme recordaba yo la doctrina de Jesucristo...,

El ejemplo de Jesús y de María...

363. Me acordaba siempre que Jesús se había hecho pobre, que quiso nacer pobre, vivir pobremente y morir en la mayor pobreza. También me acordaba de María Santísima, que siempre quiso ser pobre. Y tenía presente además que los apóstoles lo dejaron todo para seguir a Jesucristo. Sentimientos de alegría con la pobreza: Algunas veces, el Señor me hacía sentir los efectos de la pobreza, pero era por

poco tiempo. Luego me consolaba con lo que necesitaba; y era tanta la alegría que sentía con la pobreza, que no gozan tanto los ricos con todas sus riquezas como gozaba yo con mi amadísima pobreza.³⁶⁴ He observado alguna cosa que no puedo menos de consignarla aquí: cuando uno es cuando uno es pobre y lo quiere ser y lo es de buena voluntad y no por fuerza, entonces gusta la dulzura de la virtud de la pobreza y, además, Dios le remedia de una de estas dos maneras: o moviendo el corazón de los que tiene para que den a uno, o bien haciendo vivir sin comer. Yo he experimentado todos estos modos.

2.- Documentos Capitulares

Patrimonio Espiritual

75. La pobreza voluntaria por el seguimiento de Cristo es signo, muy estimado entre los hombres, de su presencia y de su poderosa acción en el mundo. Por ella vivimos y prolongamos en la Iglesia la misma pobreza de Cristo que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros “para que abundáramos nosotros de bienes con su escasez” (PC 13). Al practicarla de modo real y efectivo (cf. PC 13) nos configuramos con la caridad redentora de Cristo, por la que se anonadó a sí mismo y asumió la condición pobre y los sufrimientos de los hombres para salvarlos. Por eso nuestro Santo Padre como fundamento primero de la pobreza consagrada nos propone la imitación de Jesucristo y de los Apóstoles. (cf. OT 9).

76. Adoctrinados por las enseñanzas del Concilio y siguiendo el ejemplo de tantos cristianos generosos que se esfuerzan por responder con su vida pobre a las recomendaciones de la Iglesia y a las necesidades del mundo, los hijos de San Antonio María Claret hemos de recuperar el sentido de pobreza que él tuvo y practicó tan estrechamente considerándola como un elemento primordial de su vocación apostólica. Para imitar a Cristo y a los Apóstoles no quería poseer nada, ni buscaba ninguna recompensa material por sus trabajos apostólicos. Vivía de limosna y gustaba de tratar con los más sencillos y humildes, sin apoyarse nunca en el poder ni en la ostentación. Con su vivir y actuar pobremente quería oponerse al creciente materialismo que comenzaba a desarrollarse en su época y evitar las objeciones de los necesitados contra el valor y la veracidad de sus ministerios. En sus empresas no aparecía ningún interés material, sino sólo el deseo de servir mejor a la difusión del Evangelio y de llegar con su influencia a círculos más amplios.

79. La pobreza ha de ser también para nosotros expresión de la perfecta fraternidad con que hemos de vivir unidos en la misma vocación, por una intensa caridad cristiana capaz de superar todas las diferencias y todos los egoísmos. Por eso, nuestra pobreza excluye cualquier forma de peculio y apropiación privada, viendo en ello una negación de la perfecta caridad y de la entera disponibilidad con que hemos de ofrecer nuestras cosas y nuestras mismas personas al servicio de los otros. Es sumamente importante que los ecónomos y administradores ejerzan su función sin espíritu de propiedad, conscientes de que administran los bienes de todos, vivan solícitos de sus necesidades y conveniencias, dentro de nuestro género de vida, sin olvidar que la pobreza evangélica es un ejercicio de caridad y no puede confundirse con la avaricia o la tacañería. Cuiden los Superiores de que estén todos religiosamente atendidos, que no haya diferencias injustificadas, que todos vivan alegre y confiadamente como una verdadera familia, reunida por el Padre en la caridad de Cristo que el Espíritu derrama en nuestros corazones para que el mundo crea.

84. Puesto que el apostolado pertenece intrínsecamente a nuestra vida religiosa, todo él tiene que estar penetrado por el espíritu y la práctica de la pobreza evangélica, en sus fines, preferencias y ejercicio. Es un aspecto grave de nuestra renovación el recuperar la preferencia que el Padre Fundador sentía por el apostolado entre la gente sencilla, buscando en todo la mayor eficacia y gloria de Dios, sin ostentaciones de ninguna clase. En todo caso, cuiden los responsables de que los bienes de la Congregación sirvan de hecho a la Iglesia, conforme a los fines del Instituto, y no duden en ponerlos a disposición de otros, cuando sea posible para aumentar su rendimiento en favor del reino de Dios..

Del **Directorio n. 64:** La pobreza ha de ser para nosotros medio de expresión de la perfecta fraternidad de nuestra vocación. La pobreza efectiva, poniendo en común los bienes, testimonia la comunión espiritual que une a los miembros de la comunidad. Por eso, nuestra pobreza excluye cualquier forma de peculio y apropiación privada.

1.- MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Perfectae caritatis (PC)

13 La pobreza voluntaria por el seguimiento de Cristo, del cual es signo hoy particularmente muy estimado, ha de ser cultivada con diligencia por los religiosos y, si es preciso, expresarla con formas nuevas. Por ella, en efecto, se participa en la pobreza de Cristo, que siendo rico se hizo pobre por nosotros, a fin de enriquecernos con su pobreza. Por lo que concierne a la pobreza religiosa, no basta con someterse a los Superiores en el uso de los bienes, sino que es menester que los religiosos sean pobres en la realidad y en el espíritu, teniendo sus tesoros en el cielo. Cada cual en su oficio considérese sometido a la ley común del trabajo, y mientras se procura de este modo las cosas necesarias para el sustento y las obras, deseche toda solicitud exagerada y abandónese a la Providencia del Padre, que está en los cielos. (...) Teniendo en cuenta las circunstancias de cada lugar, los mismos Institutos esfuércense en dar testimonio colectivo de pobreza y contribuyan gustosamente con sus bienes a las demás necesidades de la Iglesia y al sustento de los pobres, a quienes todos los religiosos deben amar en las entrañas de Cristo. (...).

Vita consecrata (vc)

89 Otra provocación está hoy representada por un *materialismo ávido de poseer*, desinteresado de las exigencias y los sufrimientos de los más débiles y carente de cualquier consideración por el mismo equilibrio de los recursos de la naturaleza. La *respuesta* de la vida consagrada está en la *profesión de la pobreza evangélica* vivida de maneras diversas, y frecuentemente acompañada por un compromiso activo en la promoción de la solidaridad y de la caridad.

¡Cuántos Institutos se dedican a la educación, a la instrucción y formación profesional, preparando a los jóvenes y a los no tan jóvenes para ser protagonistas de su futuro! ¡Cuántas personas consagradas se desgastan sin escatimar esfuerzos en favor de los últimos de la tierra! ¡Cuántas se afanan en formar a los futuros educadores y responsables de la vida social, de tal modo que éstos se comprometan en la supresión de las estructuras opresivas y a promover proyectos de solidaridad en favor de los pobres! Estas personas consagradas luchan para vencer el hambre y sus causas, animando las actividades del voluntariado y de las organizaciones humanitarias, y sensibilizando a los organismos públicos y privados para propiciar así una equitativa distribución de las ayudas internacionales. Mucho deben las naciones a estos agentes emprendedores de la caridad que, con su incansable generosidad, han dado y siguen dando una significativa aportación a la humanización del mundo.

90 En realidad, antes aún de ser un servicio a los pobres, *la pobreza evangélica es un valor en sí misma* en cuanto evoca la primera de las Bienaventuranzas en la imitación de Cristo pobre. Su primer significado, en efecto, consiste en dar testimonio de Dios como la verdadera riqueza del corazón humano. Pero justamente por esto, la pobreza evangélica contesta enérgicamente la idolatría del dinero, presentándose como voz profética en una sociedad que, en tantas zonas del mundo del bienestar, corre el peligro de perder el sentido de la medida y hasta el significado mismo de las cosas. Por este motivo, hoy más que en otros tiempos, esta voz atrae la atención de aquellos que, conscientes de los limitados recursos de nuestro planeta, propugnan el respeto y la defensa de la naturaleza creada mediante la reducción del consumo, la sobriedad y una obligada moderación de los propios apetitos.

Se pide a las personas consagradas, pues, un nuevo y decidido testimonio evangélico de abnegación y de sobriedad, un estilo de vida fraterna inspirado en criterios de sencillez y de hospitalidad, para que sean así un ejemplo también para todos los que permanecen indiferentes ante las necesidades

del prójimo. Este testimonio acompañará naturalmente el *amor preferencial por los pobres* y se manifestará de manera especial en el compartir las condiciones de vida de los más desheredados. No son pocas las comunidades que viven y trabajan entre los pobres y los marginados, compartiendo su condición y participando de sus sufrimientos, problemas y peligros.

Páginas importantes de la historia de la solidaridad evangélica y de la entrega heroica han sido escritas por personas consagradas en estos años de cambios profundos y de grandes injusticias, de esperanzas y desilusiones, de importantes conquistas y de amargas derrotas.

ORIENTACIONES SOBRE LA FORMACIÓN EN LOS INSTITUTOS RELIGIOSOS (OFIR)

14 « El consejo evangélico de pobreza a imitación de Cristo que siendo rico se hizo pobre por nosotros, además de una vida pobre de hecho y de espíritu, laboriosa y sobria, desprendida de las riquezas terrenas, lleva consigo la dependencia y la limitación en el uso y disposición de los bienes conforme a la norma del derecho propio de cada instituto ».

La sensibilidad hacia la pobreza no es nueva, ni en la Iglesia, ni en la vida religiosa. Lo que quizás es nuevo es una vida religiosa que se caracteriza hoy por una particular sensibilidad hacia los pobres y hacia la pobreza en el mundo. Hoy existen formas de pobreza a grande escala vividas por individuos o soportadas por sociedades enteras: el hambre, la ignorancia, la enfermedad, el desempleo, la represión de las libertades fundamentales, la dependencia económica y política, la corrupción administrativa, sobre todo el hecho de que la sociedad humana parece organizada de tal forma que produce y reproduce estas formas de pobreza, etc.

En estas condiciones los religiosos son estimulados a un mayor acercamiento a los más empobrecidos y necesitados, a quienes el mismo Jesús ha preferido siempre, a los cuales dijo haber sido enviado, y con quienes se ha identificado. Este acercamiento los lleva a adoptar un estilo de vida personal y comunitaria más coherente con su compromiso de seguir más de cerca a Jesucristo pobre y humillado.

Esta «opción preferencial» y evangélica de los religiosos por los pobres implica desprendimiento interior, una austeridad de vida comunitaria y el compartir a veces su propia vida, sus luchas, sin olvidar sin embargo que la misión específica de los religiosos es la de «testimoniar de modo esplendente y eminente que el mundo no puede ser transformado y ofrecido a Dios sin el espíritu de las Bienaventuranzas».

Dios ama a toda la familia humana y quiere reunirla toda sin exclusivismos. Para los religiosos y religiosas, es también una forma de pobreza no dejarse ceñir a un solo ambiente o una clase social.

El estudio de la doctrina social de la Iglesia, y particularmente de la Encíclica *Sollicitudo rei socialis* y de la «Instrucción sobre la libertad cristiana y la liberación», ayudará al discernimiento requerido para una práctica actualizada de la pobreza apostólica.

- (...) La pedagogía de la pobreza tendrá en cuenta la historia de cada uno. Tampoco olvidará que en ciertas culturas las familias esperan poder aprovecharse de aquello que aparece como una promoción para sus hijos;

- es propio de la virtud de la pobreza empeñarse en una vida laboriosa, en actos concretos y humildes de desprendimiento, de despojo, que hacen a la persona más libre para la misión; admirar y respetar la creación y los objetos materiales puestos a disposición, compartir el nivel de vida de la comunidad y desear lealmente que «todo sea común» y « que se de a cada uno según sus necesidades » (Act 4, 32.35).

Todo esto con el fin de centrar su vida en Jesucristo pobre, contemplado, amado y seguido. Sin esto, la pobreza religiosa bajo la forma de solidaridad y de participación, se vuelve fácilmente ideológica y política. Solamente un corazón de pobre, que sigue a Jesucristo pobre, puede ser la fuente de una auténtica solidaridad y de un auténtico desprendimiento.

PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y EL DIÁLOGO COMUNITARIO

La pobreza evangélica no brota de nuestro ser natural, que mas bien la rechaza; es participación de la pobreza de Jesús. Nosotros la recibimos en la gracia de la llamada que Él nos hace a seguirle e imitarle de cerca. ¿Tenemos viva conciencia y claridad del origen de nuestra pobreza evangélica como una especial gracia del Señor? ¿Somos conscientes de la rebelión de nuestra naturaleza contra esas exigencias?

¿Cómo interpretamos la fecundidad salvadora de Jesús desde la condición de su pobreza?

¿Cómo filializamos la fecundidad evangélica de la pobreza de María, nuestra Madre?

¿Nos asemejamos a los Apóstoles que lo dejaron todo para seguir fielmente a Jesús, urgidos y preocupados, ante todo, por el anuncio del Reino?

¿Qué discurso práctico hago para mí y para mi Comunidad de la correlación entre la vida de pobreza y la fecundidad apostólica?

¿Que rasgos relevantes sobre esta correlación podemos descubrir en nuestro Fundador, en su vida y su doctrina, y en lo que él mismo nos pide a cada uno y a cada una de nuestras comunidades para que fructifiquemos y llevemos a plenitud nuestra herencia carismática?

¿Cómo está siendo nuestra confianza, en el Señor? ¿Incondicional? ¿Es un sí pero no?

¿Cómo es mi experiencia de la relación entre la pobreza evangélica y el hambre y sed en mi corazón de la riqueza de Dios?

¿Cómo funciona en mi corazón el afán por tener dinero, cosas o riquezas?

¿Cómo funciona en mi corazón el afán por el poder, el prestigio, la prestancia humana?

¿Cómo interpreto y vivo en la Comunidad: lo mío.., lo tuyo.., lo vuestro.., lo nuestro..?

¿Con qué actitudes y hechos me sitúo yo en la “comunidad de bienes, tanto materiales como espirituales” con los pobres?

¿Qué notas predominan en la práctica de mi pobreza? ¿La confianza, el desprendimiento voluntario, la libertad de espíritu, la sencillez, la comunicación generosa y alegre de lo que tengo? O, más bien, ¿el cálculo, el egoísmo, el acaparar y apropiarme de las cosas, el recelo y la desconfianza ante los demás, el 'privatismo', el poner en las cosas mi seguridad..?

¿En qué medida estamos dando testimonio personal y comunitario de que: nuestra riqueza es el Señor y su Evangelio; evitamos toda clase de lujo y lucro inmoderado; nuestro estilo de vida es sencillo y pobre; nos solidarizamos y compartimos con los pobres?

¿Acierto a integrar bien en mi vida: pobreza y ley del trabajo?

¿Procuro, como misionero, ser verdaderamente pobre de hecho y de espíritu?

¿Qué pasa cuando experimento los efectos de la pobreza? ¿Siento alegría?

¿Qué preguntas nos haría el P. Fundador en relación a nuestra actual pobreza personal y comunitaria, y a nuestra solidaridad con los pobres?

CC 28 *A imitación de Jesucristo, que fue enviado para hacer la voluntad del Padre, y a ejemplo de la Santísima Virgen María, que se consagró totalmente como esclava del Señor a la persona y a la obra del Hijo, también nosotros, movidos por el Espíritu Santo, nos proponemos cumplir la voluntad del Padre dentro de nuestra Congregación (...) (Incluimos aquí el final de este n° 28: Nos configuramos con Jesucristo, que se hizo por nosotros obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz, y en todo nos unimos a la voluntad salvífica de Dios.*

1.- La obediencia incondicional de Jesucristo y su ejemplaridad.

En los Sinópticos se describe a Jesús como el enviado de Dios que viene a cumplir su designio amoroso sobre el hombre. Para salvar al hombre de la esclavitud se hace servidor de todos (cf Mt 20, 28; Mc 10, 45; Lc 22, 27).

Jesús es consciente de que su razón de ser y el sentido de su vida consiste en cumplir la voluntad de Dios. Para eso ha venido y eso es lo que debe hacer y lo que hace, lo único que hace. No tiene sentido que haga otra cosa. Esta obediencia incondicional la mantiene hasta el fin, hasta los extremos del sufrimiento y de la cruz, bebiendo el cáliz de la pasión porque esa era la voluntad del Padre (cf Mt 26, 42; Lc 22, 42). Obediente hasta el extremo: la hora en la que es crucificado por los hombres y abandonado de Dios (cf Mt 27, 46), y entrega confiadamente al Padre su espíritu (cf Lc 23, 46).

Según el Evangelio de Juan, Jesús no ha bajado para hacer su voluntad, no hace nada por su cuenta; no busca su voluntad, sino la del Padre (cf Jn 5, 30; 6, 38). Su alimento es hacer la voluntad del que le ha enviado y llevar a cabo su obra (cf Jn 4, 34). Él permanece en el amor del Padre y cumple sus mandatos (Jn 15, 10; 12, 49). No procede por propia cuenta (Jn 5, 19; 8, 28). Hace siempre lo que al Padre le agrada (Jn 8, 29).

En Pablo se pone bien de manifiesto, por una parte, el significado y los efectos de la rebeldía ante Dios y, por otra, el de la obediencia. Lo primero es lo que hizo el primer Adán, siendo hombre se comparó a Dios y despreció a Dios; llevado de su arrogancia y orgullo generó para su posteridad todo tipo de corrupción y de muerte, efecto de la desobediencia. Lo segundo lo hizo el segundo Adán, Jesucristo, siendo Dios, no se aferró a su dignidad, sino que se rebajó

hasta someterse, incluso a la muerte, y una muerte de cruz (Fil 2, 6-8).

La Carta a los Hebreos, haciéndose eco del Salmo 40, presenta a Jesús como alternativa a todos los sacrificios y holocaustos de la Ley antigua. Dios ahora ya no quiere aquella victimación. Pero a su Hijo le ha dotado de un cuerpo y él se presenta a Dios para hacer su voluntad: "He aquí que vengo a hacer, oh Dios, tu voluntad" (Heb 10, 5-7). Y la fidelidad a esta voluntad la llevó a su plenitud a fuerza de sacrificios, pues sufriendo aprendió a obedecer (Heb 5, 8). Con ello se convirtió en causa de santificación para todos. "Y en virtud de esta voluntad somos santificados, merced a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo" (Heb 10, 10).

La vida de Jesús está marcada toda ella por la dependencia de la voluntad de Dios, de la voluntad del Padre. Esta obediencia es su forma de vivir la existencia humana. La obediencia filial es la clave de su proyecto de vida. La fidelidad a la voluntad del Padre su norma absoluta. Él cumple siempre los mandamientos del Padre y permanece en su amor. Por ello, los mandamientos de Jesús son los mandamientos del Padre y, aquel que quiere permanecer en el amor del Padre y en el amor de Jesús ha de cumplir los mandamientos de Jesús (cf Jn 15, 10).

Jesús es el Sí a la voluntad de Dios. Ha venido a dar ese Sí. Lo hace desde su entrada en el mundo (cf Heb 10, 7) hasta la consumación de su vida muriendo en la cruz (cf Fil 2, 8). El Sí de Jesús no es un sí y un no. No es un sí, pero. No es un sí relativo, ambiguo, confuso, con reservas. "Porque el Hijo de Dios, Cristo Jesús, a quien os predicamos Silvano, Timoteo y yo, no fue sí y no; en Él no hubo más que Sí. Pues todas las promesas hechas por Dios han tenido su Sí en Él; y por eso decimos por él 'Amen' a la gloria de Dios" (2Cor I, 19-20).

El Padre ha hecho de Jesús el HOMBRE, el paradigma de ser hombre, de humanidad. Es la forma humana concreta, real, temporal, viviente, acabada y perfecta de lo que debe ser un hombre. Enseña lo que se debe pretender, aquello por lo que se debe optar y decidir, lo que se debe hacer. Jesús es y manifiesta las actitudes radicales y plenamente humanas. Dios Padre le ha constituido modelo absoluto de vida humana; válido para todo ser humano, hombre o mujer, para todos los tiempos, lugares, razas, culturas, etc.

El bautizado en Cristo Jesús, el cristiano, ha sido especialmente alcanzado en las mismas raíces de su ser, ha sido sellado y radiografiado con el mismo ser de Cristo para vivir su humanidad como Jesús, en obediencia a Dios. El religioso desde su radicalidad bautismal se entrega consciente, madura y libremente a Jesucristo. Lo hace también por su consagración religiosa en la modalidad de la vocación-misión concreta a la que ha sido llamado. Es de Cristo y desde Cristo. Es por Cristo y para Cristo. En Él, por Él y como Él es de Dios y para Dios, y vive en ejercicio atento y fiel a su voluntad.

La radicalidad de esta actitud no puede ser más honda. La amplitud y alcance no pueden ser más extensos. Todo, en la vida del religioso, está transido de ese sentido y ese espíritu que no es otro sino el de la *libre e incondicional obediencia a Dios, la libre e incondicional obediencia a Jesús según el Evangelio*⁸⁶. Así nosotros, movidos por el Espíritu Santo, nos proponemos cumplir la voluntad del Padre dentro de la Congregación.

2.- La obediencia incondicional de María y su ejemplaridad.

María es la primera persona invadida en toda su vida por el Ser del Verbo. Este, al entrar en el seno maternal de María para tomar forma humana pronuncia ante el Padre el “Aquí vengo para hacer tu voluntad” (Heb 10, 7). Es en el mismo instante en el que María dice: “Aquí está

⁸⁶ “La *obediencia*, practicada a imitación de Cristo, cuyo alimento era hacer la voluntad del Padre (cf Jn 4, 34), manifiesta la belleza liberadora de una *dependencia filial y no servil*, rica de sentido de responsabilidad y animada por la confianza recíproca, que es reflejo en la historia de la *amorosa correspondencia* propia de las tres Personas divinas” (VC 21d).

la sierva del Señor, hágase en mi según tu Palabra” (Lc 1, 38). En ese mismo instante se da la plenitud del Amén a la voluntad de Dios por parte de ambos. Y, en adelante, a través de todo el itinerario de Jesús y de María, no habrá otra cosa más cierta que la plena *fidelidad a ese Amén hasta la consumación de sus vidas aquí en la tierra*. Vidas que, sin ser idénticas, se entienden en reciprocidad y alcanzan su plenitud en el cumplimiento perfecto del Amén a Dios.

En esas palabras de María podemos ver dos aspectos radicales de la condición humana ante Dios:

a) El primero es que ella se concienta a sí misma y se proclama sierva, esclava del Señor. Más aún ‘La Esclava’. La que está enteramente a merced del Señor su Dios, totalmente dependiente de Él. En Dios ha fijado sus ojos, sus oídos, su mente y su corazón. Ante Dios está expectante, vigilante. Es La Virgen “prudente”, La Virgen oyente, “que acoge con fe la Palabra de Dios..., y concibe a Cristo en su mente antes que en su seno” (cf MC 17). La Virgen que escucha y medita el acontecer divino en lo hondo de su corazón (cf Lc 2, 19. 51), La Virgen fiel. Es La ‘**Ob-audiente**’.

b) El segundo es su compromiso personal, singular, único, firme, irrevocable, absoluto. María no dice: yo voy a actuar según tu Palabra. María dice: Hágase en mí. No es ella la protagonista, ella es la que va a propiciar, a posibilitar. Ella dispone el terreno, se dispone para que el Señor haga en Ella... Ella, no es la Palabra; sino la que acoge, recibe, concibe, da a luz la Palabra..., la que contempla, escucha, obedece, sirve con todo su ser y su vida.

El protagonista, el principal sujeto agente es el mismo Dios. La Obra va a ser del Espíritu Santo. A ella le corresponde asentir con su ‘*fiat*’ al *Fiat* de Dios... ¿Cuales son los resultados de esta obediencia? “Y el Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros” (Jn 1, 14). “Y de su plenitud todos hemos recibido gracia sobre gracia” (Jn 1, 16). ¡Maravillosa fecundidad!

Nuestro aprendizaje más cualificado de la obediencia de María no consiste en imitaciones externas. Se lleva a cabo en la *apropiación de*

sus actitudes radicales de ‘Fe-Obediencia’, de ‘Confianza -Pobreza’, de ‘Amor-Virginidad’, tal como se nos revelan en los datos del Evangelio; tal como nos lo ha transmitido la mejor tradición de la Iglesia y de la vida de los santos. En esas Actitudes Radicales podemos contemplar la imponderable grandeza personal de María y el inestimable valor de su influjo maternal e interior en nosotros como modelo y, en concreto, como Madre que genera en nuestros corazones la obediencia incondicional a la voluntad de Dios.

Estas actitudes de Jesús y de María son obra del Espíritu Santo, su obra plena, a la que se da, por parte de Jesús y de María, la fidelidad plena, la respuesta plena, la obediencia plena, perfecta, a la voluntad del Padre. Así nosotros, movidos por el Espíritu Santo, es decir, motivados, impulsados interior y exteriormente, guiados, iluminados, ungidos por su fortaleza, cumplimos la voluntad del Padre

3.- La obediencia incondicional de Claret y su ejemplaridad.

La vida de nuestro Fundador es una vida en obediencia, y en obediencia, humana, cristiana, religiosa, apostólica cualificada. De ello tenemos muchos datos y testimonios, relevantes y significativos, especialmente de momentos y situaciones en los que el ejercicio de la obediencia se hace penoso, difícil, problemático, crítico. Estos tiempos y situaciones abundan en la vida de Claret⁸⁷, y es sorprendente, que él, mantiene y ejercita, de manera constante, una actitud obediente radical y sin fisuras. Obe-

⁸⁷ Citamos sólo algunos: “siento que hay otra fuerza, que es la voluntad de Dios... “Mezcladas estas dos fuerzas, a saber, el deseo de salir (de la Corte) y el amor que tengo en hacer la voluntad de Dios que es por ahora esté en la corte, me hacen describir el círculo que estoy haciendo” (Aut. 623). “Todos los días en la oración tengo que hacer actos de resignación a la voluntad de Dios; de día, de noche, y siempre tengo que hacer actos de este sacrificio de estar en Madrid, pero doy gracias a Dios por esta repugnancia. Conozco es un grande bien para mí. ¡Ay de mí! ¡Si la corte y el mundo me agradaran! (...) Gracias y muchas gracias os doy, Señor” (Aut. 624). “Tengo unos deseos tan grandes de salir de Madrid para ir a predicar por todo el mundo, que no lo puedo explicar lo que sufro al ver que no me dejan, sólo Dios lo sabe. Cada día tengo de hacer actos de resignación conformándome a la voluntad de Dios, que conozco que es que por ahora continúe en este punto; hago propósito de callar, pero a lo mejor hablo y digo que quisiera ir[me]” (Aut. 762). “Con la situación del Escorial y las calumnias que le levantaban :“Sea todo por Dios; ya que el Señor quiere que cargue con esta cruz, no tengo más que conformarme con la voluntad de Dios. ¡Oh Dios mío! Yo no quiero nada de este mundo” (Aut. 636).

diencia a Dios⁸⁸ y a sus mandamientos, a Cristo y su Evangelio⁸⁹, a la Iglesia y sus mediaciones: “sin obediencia no quería ir a ninguna parte” (Aut. 454), etc. En esta virtud de la obediencia, como en la castidad, en la pobreza, y en tantas otras, el P. Claret, no fue un cristiano, religioso, misionero, normal. Fue excepcional, diríamos que exagerado. Más que suficiente para dejarnos sobrecoger, especialmente nosotros, sus hijos, si es verdad que hemos recibido su inspiración y carisma.

Con la perspectiva cristiana y de la fe con que ahora podemos contemplar esta actitud de Claret y su compromiso personal de llevar hasta el final su obediencia oblativa, podemos preguntarnos si Claret perdió algo comportándose de esa manera obediencial o, más bien, ganó mucho. Si la Iglesia, el Evangelio, la misión, etc., perdieron algo o ganaron mucho. Vistas las cosas con perspectiva de fe y de tiempo, no es difícil la respuesta.

De Jesús dice la Carta a los Hebreos que “sufriendo aprendió a obedecer”. Claret, buen discípulo de Jesús, no tuvo otra escuela: sufriendo aprendió a obedecer y, obedeciendo aprendió a sufrir. Obediencia y sufrimiento que, a semejanza de Jesús, llevó a su plenitud, configurándose con su Maestro. “Este año he sido muy calumniado y perseguido por toda clase de personas, por los periódicos, por folletos, libros remedados, por fotografías y por muchas otras cosas, y hasta por los mismos demonios. Algún poquito a veces se resentía la naturaleza, pero [me] tranquilizaba luego y me resignaba y conformaba con la voluntad de Dios. Contemplaba a Jesucristo, y veía cuán lejos estaba aún de sufrir lo que Jesucristo sufrió por mí, y así me tranquilizaba. En este mismo año he escrito el librito titulado El consuelo de un alma calumniada” (Aut. 798).

A nosotros corresponde ahora hacer una re-

⁸⁸ La voluntad de Dios, Claret quiere “Estudiarla y cumplirla con prontitud y alegría: “Sí, gustoso haré lo que mande (mi Amo), estudiaré su voluntad para cumplirla, sin esperar que me mande; ejecutaré, con prontitud y alegría, todo lo que disponga por sus representantes que son mis superiores” (Aut. 671). “Nunca me quejaré, me resignaré a la voluntad de Dios que así lo ha dispuesto para mi bien. Pobreza, humillaciones, desprecios, etc. (Aut. 785).

⁸⁹ “¡Oh Señor! Pues que soy siervo tuyo e hijo de tu esclava. He aquí a tu siervo, hágase en mí según tu voluntad. Señor, ¿qué queréis que haga? Enséñame a cumplir tu voluntad pues tú eres mi Dios” (Aut. 656).

lectura de nuestra vida confrontándola con la vida de aquel a quien llamamos Padre⁹⁰, porque nos ha legado su herencia y su ejemplaridad.

No hacemos bien si nos salimos de nuestra identidad carismática. Perderíamos mucha riqueza, empobreceríamos a la Iglesia, se debilitaría nuestra misión⁹¹.

Por la profesión de obediencia ofrecemos a Dios la libre facultad de ordenar nuestra vida, y por el voto nos obligamos a obedecer al precepto del legítimo Superior en aquellas cosas que pertenecen directa o indirectamente a la vida del Instituto, o sea, al cumplimiento de nuestra misión y a la observancia de los votos y de las Constituciones.

Profesamos la obediencia cuando hemos tomado conciencia de nuestra vocación, de que Jesús nos ha llamado a seguirle y nos ha concedido la gracia de imitarle en su obediencia al Padre. Conscientes de ese inefable don en nosotros, nos ofrecemos en Él y con Él al Padre, y aceptamos con gozo y gratitud, que sea Dios el que, con su Amor a nosotros que se expresa en su Voluntad sobre nosotros, dé sentido, oriente, ordene y guíe nuestra existencia.

Por la profesión renunciamos a ser nosotros los protagonistas de nuestro proyecto de vida, puesto que el protagonismo de nuestro itinerario lo ha asumido el Señor. Y, ¿qué puede haber de más consistencia y garantía en nuestra vida personal, que apoyar nuestro proyecto de vida en Aquel que ha entrado en

nuestro camino para ser nuestra Luz, Guía, Sentido, Camino, Verdad y Vida? ¡Qué regalo y que suerte, que yo, tu, nosotros, hayamos sido agraciados por Dios de tal modo, que recibamos de Él mismo el desde dónde, hacía dónde y cómo hacer nuestro camino, nuestro proyecto existencial! Este don se aprecia más cuando percibimos tantas sombras, tantas ambigüedades, confusiones y desconciertos en la mente de los hombres en relación al por qué y para qué de su existencia, al sentido de su vida, al cómo hacer el camino en este mundo para lograr la meta verdadera: una eternidad feliz.

Conscientes de haber recibido esta gracia en la llamada que él nos ha hecho, aceptamos llenos de gratitud, caminar en un permanente aprendizaje de Él, que nos va revelando, como primer protagonista de nuestro proyecto, por dónde y cómo caminar... Así hacemos profesión de obediencia. Le decimos que sí, que sea él nuestro guía y modelo, que nosotros le queremos seguir en permanente fidelidad y gozosamente agradecidos.

Este Sí, radical y total, de por vida y trascendente a esta vida, lo hacemos al Señor, y lo hacemos con voto. Después él se encarga de concretarlo. La vida nos lo va presentando con realismo. Entra la ley y la condición de las mediaciones, porque no somos ángeles, sino hombres codependientes en nuestras luces y sombras, en nuestras certezas y ambigüedades. El Superior es una mediación de Señor, a través de la cual, se manifiesta para nosotros, de una manera especial esa garantía de caminar en la voluntad de Dios. Por ello debemos obediencia al Superior legítimo por el sí del mismo voto que hemos hecho, en todo lo que se refiere al cumplimiento de nuestra misión y a la observancia de los votos y de las constituciones.

⁹⁰ "San Antonio María Claret, modelo siempre de suavidad y ponderado al dictar las Reglas de nuestro Instituto, adopta un tono exigente cuando habla de la obediencia. Quiere que seamos en ella perfectos desde el principio, que los estudiantes, en todo lo que no sea pecado, obedezcan con prontitud, sin quejas ni muestra alguna de disgusto; quiere, por fin, que por amor de Jesucristo "hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz" (Fil 2, 8), obedezcamos todos en todas las cosas, aun en las no obligatorias y difíciles a una simple insinuación de la voluntad de los Superiores. Todo ello debe entenderse sin excluir el diálogo y la cordialidad que debe mediar entre los Superiores y sus hermanos" (PE 91).

⁹¹ "Los Misioneros claretianos hemos de mirar la obediencia como virtud esencialmente apostólica, recordando las palabras y los ejemplos de nuestro Padre, quien como misionero, actuó siempre bajo el gobierno y la dirección de sus Superiores. No hay apóstol sin misión legítima (cf. Rm 10, 15). Y esto vale para toda ocupación y ministerio. En el apostolado, parte esencial de nuestra vida religiosa, hemos de practicar la obediencia como los demás consejos evangélicos, por la cual nos unimos más estrechamente a la Iglesia y actuamos dentro de los planes salvíficos de Dios en favor de los hombres (cf. PC 8, 14)" (PE 93).

CC 28 *Como al verdadero misionero se le conoce en la obediencia, todos nosotros, que compartimos la misma vocación, buscamos juntos conocer y hacer la voluntad de Dios, a fin de poder realizar la común misión que tenemos en la Iglesia, atendidas las distintas circunstancias de tiempos, lugares y personas. En la búsqueda y en el cumplimiento de la voluntad divina todos estamos obligados a ofrecer nuestra ayuda a los hermanos con la oración, el consejo y el diálogo fraterno.*

Al verdadero misionero se le conoce porque ha asimilado y posee la actitud radical y plena de la obediencia. Misionero de Jesús como él lo es del Padre. Obediente a Jesús como él lo es al Padre. Elegido, llamado y enviado por Jesús, por su voluntad y su amor, para vivir y colaborar en su proyecto salvador y, así, prolongar sus actitudes de entrega para cumplir con la mayor perfección posible la voluntad de Dios. La identidad del ser y hacer del misionero la recibe de Aquel que le ha enviado y de aquello (misión) para lo que le envía. Es de, desde, por, con y en Jesús. Y es para Jesús y su Reino. No es en sí, desde sí, por sí y para sí; no es desde su voluntad e intereses naturales y propios. Está desarraigado de sí y arraigado en Cristo de una manera radical y total, en su vivir y actuar. De ahí se deriva la lógica y dinámica de la obediencia del misionero, solo comprensible desde la óptica del don de la fe y de la llamada amorosa y personal de Jesús a seguirle y proclamar su Evangelio.

Los claretianos somos llamados, con-vocados, para juntos ⁹² buscar, conocer y hacer la voluntad de Dios. **¿Cómo buscar la voluntad de Dios? ¿Cómo conocerla? ¿Cómo hacerla?** ⁹³ Nosotros, aun habiendo sido llamados y habiendo recibido el don de Jesús-obediente, tenemos dificultades, a veces no pequeñas, cada uno, a nivel personal. Las dificultades se multiplican cuando, aun contando con la presencia de Jesús y la fuerza de su Espíritu en medio de nosotros, nos proponemos trabajar

⁹² En el documento VFC se nos invita a 'Comunicar para crecer juntos'. "Para llegar a ser verdaderamente hermanos y hermanas es necesario conocerse. Para conocerse es muy importante comunicarse cada vez de forma más amplia y profunda. Son momentos (los encuentros) útiles también para escuchar a los otros, compartir las propias ideas, revisar y evaluar el camino recorrido, pensar y programar juntos (...). La vida fraterna necesita estos momentos para crecer" (VFC 29-30).

⁹³ "La vida fraterna es el lugar privilegiado para discernir y acoger la voluntad de Dios y caminar juntos en unión de espíritu y de corazón. La obediencia, vivificada por la caridad, une a los miembros de un Instituto en un mismo testimonio y en una misma misión, aun respetando la propia individualidad y la diversidad de dones. En la fraternidad animada por el Espíritu, cada uno entabla con el otro un diálogo precioso para descubrir la voluntad del Padre" (VC 92).

juntos para conocer y hacer la voluntad de Dios sobre nosotros, sobre nuestra fraternidad y en la misión común⁹⁴.

El texto nos urge a ayudarnos con la oración, el consejo y el diálogo. Cuando estas tres notas se convierten en actitudes relacionales, se recrea un clima positivo para acercar nuestras vidas y obras a lo que Dios quiere. No se trata de hacer alguna petición, dar algún consejo o, alguna vez, comunicarnos bien. Se trata de establecer una gran sintonía y comunión entre nosotros, primero en la oración, personal y común; de compartir, en verdadera sinceridad y naturalidad, más aun, amistad, la sabiduría bíblica que quiere brotar desde lo profundo de nuestro corazón; de comunicar nuestra experiencia de vida evangélica y de urgencia apostólica, de una manera cada vez más plena. ¿No nos está pidiendo todo esto a nosotros, personal y comunitariamente, la Palabra de Dios? *"Los religiosos, íntimamente unidos a la vida de Cristo, por la obediencia se unen también a la misión de la Iglesia y se entregan en toda su disponibilidad al servicio del Pueblo de Dios. Superiores y súbditos están al servicio de la misión común que cada uno desde su puesto trata de descubrir y de llenar: los superiores dirigiendo como representantes de Dios; los súbditos descubriendo por la obediencia la determinación última de la voluntad de Dios y de su concurso al fin común. Todos, dando testimonio ordenadamente de la fidelidad y eficacia con que la Iglesia cumple el mandamiento del Señor y busca su voluntad hasta que llegue el día de la consumación"* (PE 89).

⁹⁴ Especialmente aquí, en las relaciones comunitarias, se necesita una voluntad y ejercicio de liberación de los propios egocentrismos. La comunidad es el lugar donde 'se verifica el cotidiano y paciente paso del 'yo' al 'nosotros', de mi compromiso al compromiso confiado a la comunidad, de la búsqueda de 'mis cosas' a la búsqueda de las 'cosas de Cristo' (cf VFC 39-42).

CC 30 *La unidad de amor y de misión de las comunidades se expresa visiblemente en nuestros superiores. Ellos, por tanto, busquen ante todo la voluntad del Padre y después propónganla a los demás. Escuchen los superiores de buen grado a sus hermanos y promuevan además la cooperación de los mismos para el bien de la Congregación y de la Iglesia, quedando, no obstante, en firme su autoridad para decidir y ordenar lo que se debe hacer. Ejercen la autoridad según las Constituciones y en espíritu de servicio, dando su vida por los hermanos.*

Todos entendemos bien lo que es y significa la figura del superior según este n° 30. Lo hemos leído muchas veces y nos lo han explicado con claridad. Para mayor comprensión podríamos hacer alguna reflexión de base, que podemos ver en tres puntos: a) el personal, de cada uno sea o no superior; b) relacional, desde la distinta situación de cada uno, superior o no; c) integración armónica de las dos primeras. En cada uno de los tres puntos se activan las actitudes de obediencia-autoridad

Tanto el superior, en cualquiera de los niveles, como cada uno, en las encomiendas de la comunidad y sus responsabilidades, tiene una tarea común y otra distinta. En ambas habrá que cultivar actitudes de obediencia-autoridad.

a) Personal. Obediencia:

El claretiano, superior o no, es un hombre que ha ejercitado su 'ob-audire', que significa: prestar oído a la realidad, escuchar, dar audiencia, en su mente y en su corazón, a la realidad que él mismo es, que le identifica a sí mismo; y, a la realidad en la que está inserto, como hombre, cristiano y claretiano. No se pueden promover desde dentro las potencialidades y energías personales, ni crecer y dar frutos, si antes no se las ha conocido y se han aceptado sus exigencias. A esto se llama 'ob-audire', escuchar los latidos, tendencias, necesidades y llamadas del ser, tanto en su dimensión natural, como sobrenatural, personal y contextual.

La actitud de obediencia no es algo simplón o fácil; propio de las personas sin personalidad, tan buenecitas como pobres en sus capacidades y creatividad. Es, mas bien, propio de personas bien dotadas y sensatas. En cristiano, es propio de las personas que rezuman sabiduría bíblica. Los claretianos, por la gracia de Dios, hemos recibido los gérmenes de este don. De nosotros, de cada uno,

depende el que propiciemos su desarrollo y madurez. Podemos y debemos hacerlo. Esta actitud de obediencia personal es de todos y cada uno de los claretianos, esté donde esté y ocupe el puesto que ocupe.

b) Autoridad:

Pero esta actitud sólo va llegando a su perfección en cada uno, sea superior o no, cuando, personalmente, ejercita su autoridad. 'Auctoritas' de 'augere' significa: hacer crecer, aumentar, enriquecer, suscitar, educir, educar, animar. El sujeto se siente autor, agente, activo. Se trata de poner en acción las potencias, capacidades, posibilidades, recursos, etc., que están ahí queriendo irrumpir y lograr su meta. Es lo contrario del intento de proteger la vida con corazas de individualismo. A partir de esto se podrá dar y se dará la calidad de la correlación: obediencia-autoridad, en cada persona, esté donde esté y ocupe o no cargos o responsabilidades determinadas por el derecho. Este es el don y la capacidad que, por vocación, recibe cada claretiano, todo claretiano.

c) Relacional:

Desde esta doble actitud: obediencia-autoridad personal y contextual (en lo contextual entran las mutuas relaciones con sus respectivas notas o rasgos de autoridad-obediencia), se establece la dinámica de la correlación interpersonal del superior con los hermanos, en una convergencia activa, en la que se anudan, con la ayuda del superior y de los hermanos, las innumerables posibilidades humanas, cristianas y carismáticas de todos y cada uno, en la comunidad para buscar juntos la voluntad del Padre⁹⁵.

⁹⁵ "Este testimonio de las personas consagradas tiene un significado particular en la vida religiosa por la dimensión comunitaria que la caracteriza. La vida fraterna es el lugar privilegiado para discernir y acoger la voluntad de Dios y caminar juntos en unión de espíritu y de corazón. La obediencia, vivificada por la caridad, une a los miembros de un Instituto en un mismo testimonio y en una misma misión, aun

Aquí tenemos una gran complejidad de rasgos y actitudes a escuchar, a tener en cuenta: obediencia y, a la vez, a activar: 'auctoritas', por parte de todos y de cada uno, y especialmente, pero no sólo, por el superior. Aquí nos encontramos con muchos elementos positivos en cada uno, también en el superior, y en la comunidad; y, a la vez, con muchos dinamismos negativos, en cada uno, también en el superior, y en la comunidad. Los obstáculos más difíciles de acoger: obediencia, y de orientar-animar: autoridad, son aquellos que vienen de atrás, y que están como incrustados en los modos personales de cada uno, que en el proceso formativo de su obediencia-autoridad personal, todavía no han sido resueltos. La persona, en este caso, el claretiano, los lleva, quiera o no, a la relación con los otros. Entonces se convierte en fuerza, no de convergencia, sino de bloqueo y disonancia. Esto puede estar presente en el súbdito y en el superior. Por haber recibido un cargo, no se ha liberado de ello. Está ahí y actúa ahí, afectando a la tarea de la mutua obediencia-autoridad en relación a la voluntad de Dios, en el complejo entramado de las mediaciones humanas y, en concreto, en el superior.

c) Teniendo en cuenta estos aspectos y muchos más, así como sus dinamismos y correlaciones positivas y/o negativas, es necesario aludir a otro elemento esencial e integrante de nuestra obediencia. Es la figura y función de la obediencia en la relación superior-hermanos. La correlación autoridad-obediencia existe en todo grupo natural (v.g. familia), y social. Todo grupo necesita organización y ordenación

respetando la propia individualidad y la diversidad de dones. En la fraternidad animada por el Espíritu, cada uno entabla con el otro un diálogo precioso para descubrir la voluntad del Padre, y todos reconocen en quien preside la expresión de la paternidad de Dios y el ejercicio de la autoridad recibida de Él, al servicio del discernimiento y de la comunión.

La vida de comunidad es además, de modo particular, signo, ante la Iglesia y la sociedad, del vínculo que surge de la misma llamada y de la voluntad común de obedecerla, por encima de cualquier diversidad de raza y de origen, de lengua y cultura. Contra el espíritu de discordia y división, la autoridad y la obediencia brillan como un signo de la única paternidad que procede de Dios, de la fraternidad nacida del Espíritu, de la libertad interior de quien se fía de Dios a pesar de los límites humanos de los que lo representan. Mediante esta obediencia, asumida por algunos como regla de vida, se experimenta y anuncia en favor de todos la bienaventuranza prometida por Jesús: «los que oyen la Palabra de Dios y la guardan» (Lc 11,28). Además, quien obedece tiene la garantía de estar en misión, siguiendo al Señor y no buscando los propios deseos o expectativas. Así es posible sentirse guiados por el Espíritu del Señor y sostenidos, incluso en medio de grandes dificultades, por su mano segura (cf. Hch 20,22s) (VC 92).

interna y, para que funcione, necesita autoridad.

La Iglesia, en su condición humana, no es ajena a las leyes de los grupos, comunidades y sociedades humanas. Tiene que atenerse a ellas. Además, en la Iglesia, toda autoridad, en sus distintos niveles, es participación de la autoridad de Dios y de su Cristo, conferida de forma ordenada en conformidad a la voluntad de Cristo: de elegir, constituir, enviar, como Él lo fue por el Padre. Y así como Él, siendo Maestro y Señor, estuvo en medio de sus discípulos 'como el que sirve', así les es dado estar a los que Él ha elegido, constituido y enviado (a través de las mediaciones) como autoridad en medio de los suyos. Pero, ¿qué significa realmente eso en nuestro caso? **¿Qué significa la autoridad del superior para nosotros? ¿Cómo afecta esta realidad mediadora al cumplimiento de nuestra obediencia real para responder a lo que el Señor quiere de nosotros, de ti, de mí?** "El Superior y los súbditos háblense con sinceridad. Exponga el Superior sus planes y deje que los demás manifiesten su parecer y aporten tal vez mejoras a sus proyectos. Con la misma sinceridad y con los mismos sentimientos de caridad, manifiesten los religiosos sus propios proyectos, posibilidades y límites. Sean comunes los intereses, los fines, el estudio de los proyectos en un diálogo constante que facilite el gobierno y la marcha de la comunidad. Y si después de todo el Superior ha de tomar una decisión, no abdique de su autoridad: tome la resolución inspirado en la fe y en la caridad; los demás acéptenla fundados en la misma fe y en virtud de su entrega y consagración a Dios que los dirige por medio de sus representantes" (PE 103).

CC 31 *Acostúmbrense los misioneros a obedecer al Señor impulsados por el amor, pronta y perfectamente, sometién dose a los hombres por Él. No impugnen, sino, más bien, defiendan lo que haya sido determinado por los superiores; y si les pareciere conveniente en el Señor proponer algo contrario a lo mandado, háganlo libremente, pero siempre después de haberlo consultado con Dios y dispuestos a aceptar lo que se determine. En la ejecución de lo mandado y en el cumplimiento de los cargos que se les encomienden, contribuyan con todas las energía personales.*

Aquí podemos subrayar algunos aspectos:

1º Adquirir una costumbre, un hábito o actitud. Por supuesto a través del ejercicio, de los actos hechos con frecuencia, consciente, libre y coherentemente, en una misma dirección. Los rasgos de esta actitud obediente están claros: ¿a quien? Al Señor y a los hombre por Él; ¿por qué? Por amor; ¿cómo? Pronta y perfectamente. Cabe proponer en contra y, además, libremente ⁹⁶, con estas condiciones: consultarlo antes con Dios (esto es algo muy profundo...); aceptar lo que se determine.

2º ¿Cómo hay que realizar lo mandado? No por cumplir. No por salir del paso. No por salvar la apariencia externa. No para evitar que empeoren las cosas. No a regañadientes. No creando en el corazón un motivo de revancha. No haciéndose la víctima de la estulticia o intransigencia, real o no, del superior. No almacenando agresividad contra la autoridad. Sino poniendo en activo todas las facultades y fuerzas personales para que la obra salga a la mayor perfección posible, no tanto material o técnicamente, aunque también, cuanto personal y espiritualmente. Detrás o al fondo de todo razonamiento en la obediencia, hay algo, mejor Alguien, cuyos designios y proyectos

sobre nuestro caminar nos pueden resultar misteriosos. ¿Por qué extrañarnos? ¿No hunde sus raíces la obediencia cristiana y religiosa en un gran misterio? ¿Se puede sacar su ejercicio y dinamismo de la lógica del dinamismo de la fe?

⁹⁶ La exhortación VC habla en el nº 91 del reto de la libertad en la obediencia y avisa de las falsificaciones de la libertad cuando se prescinde de "su relación constitutiva con la verdad y con la norma moral. Entonces, se deforma, lo que es un auténtico valor, íntimamente unido a la dignidad de la persona humana", a veces con terribles consecuencias de injusticia y de violencia. Y continúa: "Una respuesta eficaz a esta situación es la *obediencia que caracteriza la vida consagrada*. Esta hace presente de modo particularmente vivo la obediencia de Cristo al Padre y, precisamente basándose en este misterio, testimonia que *no hay contradicción entre obediencia y libertad*. En efecto, la actitud del Hijo desvela el misterio de la libertad humana como camino de obediencia a la voluntad del Padre, y el misterio de la obediencia como camino para lograr progresivamente la verdadera libertad. Esto es lo que quiere expresar la persona consagrada de manera específica con este voto, con el cual pretende atestiguar la conciencia de una relación de filiación, que desea asumir la voluntad paterna como alimento cotidiano (cf. Jn 4,34), como su roca, su alegría, su escudo y baluarte (cf. Sal 18/17, 3). Demuestra así que crece en la plena verdad de sí misma permaneciendo unida a la fuente de su existencia y ofreciendo el mensaje consolador: «Mucha es la paz de los que aman tu ley, no hay tropiezo para ellos» (Sal 119/118, 165)".

CC 32 *Con esta disposición de espíritu, los misioneros estarán disponibles para que puedan ser enviados a cualquier parte del mundo y preparados para cualquier ministerio que les sea encomendado por la Congregación a través de los Superiores.*

Es como una conclusión de lo anterior, de la disposición de espíritu ya descrita, y que, por su carácter universal, propio del claretiano, heredero de Claret, tiene una derivación, también con alcance universal, sin límites ni fronteras: disponibilidad para anunciar la Buena Noticia en cualquier parte del mundo a donde fueren enviados por los Superiores.

1.- Para el inicio

¡Oh Dios y Padre nuestro!

Tu Amor es el origen y el motivo radical y total
de tu voluntad y de todos tus proyectos concretos para nosotros.
Aceptamos con veneración y gratitud tu voluntad y tus mandatos.

En Cristo, el Obediente a tu voluntad hasta la muerte
y una muerte de cruz,

nos has dado el único y desconcertante camino
de amor que conduce hasta ti.

Haz que seamos obedientes y fieles a él, para cumplir tu voluntad,
pues de lo contrario, nos alcanzarían la confusión y las tinieblas.

En María, en la que, 'mirando la humillación de tu esclava',
hiciste cosas grandes,

y cuyo Corazón uniste al de tu Hijo en un mismo amor obedencial,
nos has dado una Madre y una Maestra del fiel seguimiento Jesús.

Haz que aprendamos a vivir con ella y como ella,
en obediencia filial con todo el amor de nuestro corazón.

Haznos, Padre, obedientes fieles de tu Palabra,
para que, escuchándola atentamente con el oído del alma,
recibiéndola y meditándola gozosamente en nuestro corazón,
nos convirtamos en fieles misioneros de tu Proyecto salvador.

Padre Santo, tú hiciste de Antonio M^a Claret,
un fiel imitador de la obediencia de tu Cristo y de María;
y tú lo has puesto delante de nosotros para que sigamos su ejemplo.

Derrama sobre nosotros la fuerza del Espíritu que le diste a él,
para que conozcamos, comprendamos y nos convenzamos,

que sin humildad no podemos ser obedientes;
que sin renunciaciones y sacrificios no crece esta virtud;

que sin la adecuada inserción de nuestra libertad
en la obediencia evangélica, eclesial y claretiana,

todos nuestros afanes, proyectos y trabajos,
personales, comunitarios, apostólicos, flotan en el vacío.

Concédenos, Padre,

el espíritu de sabiduría y discernimiento evangélico,
para buscar juntos, en nuestras comunidades claretianas,

y en nuestro apostolado,

con todos los implicados en la misión que nos confías,
lo que de verdad Tú quieres y esperas de nosotros;

y una vez conocida tu voluntad,

que la llevemos a la práctica, como Claret,

con prontitud y alegría. Amén

2.- Para el final

Padre de bondad,
gracias por el admirable plan de tu creación,
y en inefable proyecto de amor que has tenido sobre el hombre.

En tu Hijo Jesús,
nos has llenado de tus bendiciones y de tu riqueza.
¡Qué misterio tan insondable el de tu providencia amorosa!
¡De qué manera tan distinta a todos nuestros cálculos y planes,
organizas para nosotros los caminos para ir a Ti.
Te damos gracias.

Gracias porque, a pesar de nuestras tinieblas y nuestras rebeldías,
nos abres en tu Cristo, en su obediencia incondicional,
en su admirable y a la vez desconcertante vida, muerte y resurrección,
la riqueza de tus insondables misterios de amor.

Gracias porque nos lo has puesto difícil, casi imposible para nosotros,
exigiéndonos esfuerzos, renunciaciones, sacrificios no pequeños;
pero con la luz y fortaleza de tu Cristo y de tu Espíritu,
nos has posibilitado el camino de la fidelidad a tu voluntad,
nos has dado capacidad para ser humildes, sencillos, obedientes,
imitando el valor y la ofrenda oblativa de tu Cristo.

Gracias por habernos puesto delante,
la enorme tarea de educar nuestra libertad y voluntad,
desde la energía purificadora y transformadora de tu Amor en nosotros.
Así entendemos que nuestra colaboración y respuesta fiel,
a lo que Tú nos das y nos pides,
es de un valor incalculable.

Gracias porque tenemos con nosotros a Jesús, María, Claret,
y tantos otros santos y santas que han participado con gozo,
de esta sabiduría de tu gran Misterio de salvación y santidad,
por medio de su obediencia incondicional a ti.

Gracias porque con la obediencia podemos realizar,
conscientes, libres, voluntaria y gozosamente,
lo que falta para que tu concreto proyecto de amor,
llegue a su plenitud en nosotros. Amén.

1.- Autobiografía

Necesidad de ser enviado...

192. Del cuidado que tenía que el prelado me enviase a predicar, porque estaba bien convencido de la necesidad que tiene el misionero de ser enviado para hacer fruto.

A donde me enviara el prelado...

193. A mediados de enero de 1841, después de haber sido Regente en Viladrau por espacio de ocho (meses), regentando el curato y saliendo de cuando en cuando a predicar, por disposición del Prelado, en diferentes parroquias, salí finalmente para predicar continuamente en donde me enviara el Prelado, sin fijarme en ninguna parte. Mi residencia, si bien que permanecía bien poco, era (en) Vich, y desde esta Ciudad salía con una lista de poblaciones en que había de predicar.

Su máxima inalterable y razones...

194. No pocas veces, los Prelados de otras diócesis pedían a mi Prelado para que fuese a misionar en sus diócesis, y éste condescendía y yo iba, porque tenía por máxima inalterable de no ir jamás a predicar a ninguna parroquia ni diócesis sin la orden expresa de mi Prelado por dos razones muy poderosas: la una, porque así me llevaba por la virtud de la santa obediencia, virtud que el Señor al momento premiará; tanto es lo que le gusta. Así sabía que hacía la voluntad de Dios, que Él era quien me enviaba y no mi antojo, y además veía claramente la bendición de Dios por el fruto que se hacía. La segunda razón era de conveniencia, porque como me pedían de todas partes con grande instancia, yo les satisfacía con estas solas palabras: que si el Prelado lo mandaba, iría de muy buena gana. Y así me dejaban a mí en paz, y con él se las entendían y él me enviaba a mí.

Necesidad de ser enviado... Ejemplos ...

195. Conocí que nunca jamás el misionero se debe entrometer, debe ofrecerse al Prelado; debe decir: Ecce ego, mitte me, pero no debe ir hasta que el Prelado lo mande, que (será) mandato del mismo Dios. Todos los profetas del Antiguo Testamento fueron enviados por Dios. El mismo Jesucristo fue enviado de Dios, y Jesús envió a sus apóstoles. Sicut misit me Pater et ego mitto vos.

Sin la obediencia nada... Con la obediencia todo...

198. Esta necesidad de ser enviado y que el Prelado mismo me señalara el lugar, es lo que Dios me dio a conocer desde el principio. Y así es que, aunque los pueblos a que me enviaba eran muy malos y estaban desmoralizados, siempre se hacía grande fruto, porque Dios me enviaba, los disponía y preparaba. Y así tengan entendido los misioneros que sin la obediencia no vayan a ninguna población, por buena que sea; pero con la obediencia no tengan reparo en ir a cualquier población, por mala que sea. Por dificultades que se presenten, por persecuciones que se levanten, no teman; Dios los ha enviado por la obediencia; Él cuidará.

“El Señor es quien dispone de nosotros (...) No hay más que dejarnos en sus santísimas manos para que haga de nosotros lo que sea su santísima voluntad y agrado. En esta disposición de la voluntad consiste principalmente la perfección haciendo con prontitud, alegría y perseverancia las cosas que nos vaya exigiendo, por repugnantes que sean a nuestra naturaleza” (Carta a la Madre París, 12 marzo 1865: BAC, p. 885; EC II, p. 866).

“Como se halla una barra de hierro metida en la fragua, que se derrite y se amolda a la voluntad del artífice, así usted se ha de caldear en el amor de Dios y se ha de amoldar completamente a la voluntad de Dios” (Carta a la Madre Sacramento, 19 noviembre 1861: BAC, p. 871; EC, II, p. 397).

“No busco, Señor, ni quiero saber otra cosa que vuestra Santísima voluntad para cumplirla. Yo no

quiero más que a Vos, y en Vos y únicamente por Vos y para Vos las demás cosas. Vos sois para mi suficientísimo. Yo os amo, fortaleza mía, refugio mío y consuelo mío. Sí, Vos sois mi Padre, mi hermano, mi esposo, mi amigo y mi todo. Haced que os ame como Vos me amáis a mí y como Vos queréis que os ame” (Aut. 755).

2.- Del Capítulo. General (1967) PE

IV. En la obediencia y gobierno

88. El cristiano, por el Bautismo, está ya muerto al mundo y consagrado a Dios para su reino. Pero el religioso, por la profesión de los votos, estrecha su unión con Jesucristo para asociarse plena y totalmente a su muerte y participar con especial plenitud de su vida gloriosa (cf. Rm 4, 11; LG 44). San Pablo descubre en un acto de obediencia de Cristo el inicio y la consumación de su misión redentora (cf. Heb 10, 1-10). Esta obediencia fue la actitud constante del Señor durante toda su vida (cf. Jo 3, 4; 6, 38) y en ella culminó su obra redentora aprendiendo en su carne lo que era obediencia (cf. Heb 5, 7-9) y obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz (cf. Fil 2, 8). El religioso se une a Cristo y participa del misterio pascual de manera perfecta mediante su voto de obediencia, que significa por una parte la renuncia a la propia voluntad y el sacrificio de sí mismo, y por otra la liberación más completa para alcanzar la talla de la edad perfecta de Cristo (cf. PC 14). En Jesucristo, muerto y triunfador de la muerte, encontramos los fundamentos, el ejemplar y el premio de la perfecta obediencia religiosa.

91. San Antonio María Claret, modelo siempre de suavidad y ponderado al dictar las Reglas de nuestro Instituto, adopta un tono exigente cuando habla de la obediencia. Quiere que seamos en ella perfectos desde el principio, que los estudiantes, en todo lo que no sea pecado, obedezcan con prontitud, sin quejas ni muestra alguna de disgusto; quiere, por fin, que por amor de Jesucristo “hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz” (Fil 2, 8) obedezcamos todos en todas las cosas, aun en las no obligatorias y difíciles a una simple insinuación de la voluntad de los Superiores. Todo ello debe entenderse sin excluir el diálogo y la cordialidad que debe mediar entre los Superiores y sus hermanos.

93. Los Misioneros claretianos hemos de mirar la obediencia como virtud esencialmente apostólica, recordando las palabras y los ejemplos de nuestro Padre, quien como misionero, actuó siempre bajo el gobierno y la dirección de sus Superiores (cf. Aut. II, c. 15). No hay apóstol sin misión legítima (cf. Rm 10, 15). Y esto vale para toda ocupación y ministerio. En el apostolado, parte esencial de nuestra vida religiosa, hemos de practicar la obediencia como los demás consejos evangélicos, por la cual nos unimos más estrechamente a la Iglesia y actuamos dentro de los planes salvíficos de Dios en favor de los hombres (cf. PC 8, 14).

97. La obediencia practicada con amor une al súbdito de manera segura con la voluntad salvífica de Dios en su vida y su apostolado, lo vincula sin engaño posible al servicio de la Iglesia, lo purifica del egoísmo y lo conduce a realzar sobrenaturalmente su propia plenitud personal en comunión con Cristo sacrificado y glorioso (cf. PC 14).

3.- Del Directorio:

76. Los misioneros claretianos hemos de mirar la obediencia como virtud esencialmente apostólica, recordando las palabras y los ejemplos de nuestro Padre Fundador, quien como misionero, actuó siempre bajo el gobierno y la dirección de sus Superiores. Y esto vale para toda ocupación y ministerio. Evítese, por tanto, el aceptar ministerios apostólicos, cargos u oficios eclesiásticos o civiles al margen de los Superiores (can. 671; CC 50) o de la comunidad. (cf Aut 195; PE 93 PE 93).

1.- MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Perfectae caritatis (PC)

14 Los religiosos por la profesión de la obediencia, ofrecen a Dios, como sacrificio de sí mismos, la consagración completa de su propia voluntad, y mediante ella se unen de manera más constante y segura a la divina voluntad salvífica. De ahí se deduce que siguiendo el ejemplo de Jesucristo, que vino a cumplir la voluntad del Padre, "tomando la forma de siervo", aprendió por sus padecimientos la obediencia, los religiosos, movidos por el Espíritu Santo, se someten en fe a los Superiores, que hacen las veces de Dios, y mediante ellos sirven a todos los hermanos en Cristo, como el mismo Cristo, por su sumisión al Padre, sirvió a los hermanos y dio su vida por la redención de muchos. De esta manera se vinculan más estrechamente al servicio de la Iglesia y se esfuerzan por llegar a la medida de la edad que realiza la plenitud de Cristo. En consecuencia, los súbditos, en espíritu de fe y de amor a la voluntad de Dios, presten humilde obediencia a los Superiores, en conformidad con la Regla y las Constituciones, poniendo a contribución las fuerzas de inteligencia y voluntad y los dones de naturaleza y gracia en la ejecución de los mandatos y en el desempeño de los oficios que se les encomienden, persuadidos de que así contribuyen, según el designio de Dios, a la edificación del Cuerpo de Cristo. Esta obediencia religiosa no mengua en manera alguna la dignidad de la persona humana, sino que la lleva a la madurez, dilatando la libertad de los hijos de Dios. Mas los superiores, que habrán de dar cuenta a Dios de las almas a ellos encomendadas, dóciles a la voluntad divina en el desempeño de su cargo, ejerzan su autoridad en espíritu de servicio para con sus hermanos, de suerte que pongan de manifiesto la caridad con que Dios los ama. Gobiernen a sus súbditos como a hijos de Dios y con respeto a la persona humana. (...).

Vita consecrata (vc)

91 La *provocación* proviene de aquellas *concepciones de libertad* que, en esta fundamental prerrogativa humana, prescinden de su relación constitutiva con la verdad y con la norma moral. En realidad, la cultura de la libertad es un auténtico valor, íntimamente unido con el respeto de la persona humana. Pero, ¿cómo no ver las terribles consecuencias de injusticia e incluso de violencia a las que conduce, en la vida de las personas y de los pueblos, el uso deformado de la libertad? Una *respuesta* eficaz a esta situación es la *obediencia que caracteriza la vida consagrada*. Esta hace presente de modo particularmente vivo la obediencia de Cristo al Padre y, precisamente basándose en este misterio, testimonia que *no hay contradicción entre obediencia y libertad*. En efecto, la actitud del Hijo desvela el misterio de la libertad humana como camino de obediencia a la voluntad del Padre, y el misterio de la obediencia como camino para lograr progresivamente la verdadera libertad. Esto es lo que quiere expresar la persona consagrada de manera específica con este voto, con el cual pretende atestiguar la conciencia de una relación de filiación, que desea asumir la voluntad paterna como alimento cotidiano (cf. *Jn 4,34*), como su roca, su alegría, su escudo y baluarte (cf. *Sal 18/17,3*). Demuestra así que crece en la plena verdad de sí misma permaneciendo unida a la fuente de su existencia y ofreciendo el mensaje consolador: «Mucha es la paz de los que aman tu ley, no hay tropiezo para ellos» (*Sal 119/118,165*).

92 Este testimonio de las personas consagradas tiene un significado particular en la vida religiosa *por la dimensión comunitaria* que la caracteriza. La vida fraterna es el lugar privilegiado para discernir y acoger la voluntad de Dios y caminar juntos en unión de espíritu y de corazón. La obediencia, vivificada por la caridad, une a los miembros de un Instituto en un mismo testimonio y en una misma misión, aun respetando la propia individualidad y la diversidad de dones. En la fraternidad animada por el Espíritu, cada uno entabla con el otro un diálogo precioso para descubrir la voluntad del Padre, y todos reconocen en quien preside la expresión de la paternidad de Dios y el ejercicio de

la autoridad recibida de Él, al servicio del discernimiento y de la comunión.

La vida de comunidad es además, de modo particular, signo, ante la Iglesia y la sociedad, del vínculo que surge de la misma llamada y de la voluntad común de obedecerla, por encima de cualquier diversidad de raza y de origen, de lengua y cultura. Contra el espíritu de discordia y división, la autoridad y la obediencia brillan como un signo de la única paternidad que procede de Dios, de la fraternidad nacida del Espíritu, de la libertad interior de quien se fía de Dios a pesar de los límites humanos de los que lo representan. Mediante esta obediencia, asumida por algunos como regla de vida, se experimenta y anuncia en favor de todos la bienaventuranza prometida por Jesús «los que oyen la Palabra de Dios y la guardan» (Lc 11,28). Además, quien obedece tiene la garantía de estar en misión, siguiendo al Señor y no buscando los propios deseos o expectativas. Así es posible sentirse guiados por el Espíritu del Señor y sostenidos, incluso en medio de grandes dificultades, por su mano segura (cf. Hch 20,22s).

LA VIDA FRATERNA EN COMUNIDAD (VFC)

50 El *discernimiento comunitario* es un procedimiento muy útil, aunque no fácil ni automático, ya que exige competencia humana, sabiduría espiritual y desprendimiento personal. Allí donde se practica con fe y seriedad, puede ofrecer a la autoridad las mejores condiciones para tomar las decisiones necesarias en orden al bien de la vida fraterna y de la misión. Una vez tomada una decisión, en conformidad con las normas del derecho propio, se requiere constancia y fortaleza por parte del superior para que lo decidido no se quede sólo en letra muerta.

ORIENTACIONES SOBRE LA FORMACIÓN EN LOS INSTITUTOS RELIGIOSOS (OFIR)

15 « El consejo evangélico de la obediencia, abrazado con espíritu de fe y de amor en el seguimiento de Cristo, obediente hasta la muerte, obliga a someter la propia voluntad a los superiores legítimos, que hacen las veces de Dios, cuando mandan algo según las constituciones propias ». Además todos los religiosos « están sometidos de modo peculiar a la autoridad suprema de la Iglesia (...) (y) deben obedecer al Soberano Pontífice como su supremo superior, incluso en virtud del vínculo sagrado de obediencia».

La obediencia religiosa es al mismo tiempo imitación de Cristo y participación en su misión. Ella se preocupa de hacer lo que Jesús hizo y, al mismo tiempo, lo que él haría en la situación concreta en la que el religioso se encuentra hoy. En un instituto, se ejerza o no la autoridad, una persona no puede mandar ni obedecer, sin referirse a la misión. Cuando el religioso obedece, pone su obediencia en línea de continuidad con la obediencia de Jesús para la salvación del mundo. Por esto, todo lo que en el ejercicio de la autoridad o de la obediencia, sabe a solución diplomática o a presión, o a cualquier tipo de manejo humano, traiciona la inspiración fundamental de la obediencia religiosa que es la de conformarse con la misión de Jesús y actualizarla en el tiempo, incluso cuando se hace difícil.

Un superior que favorece el diálogo, educa para una obediencia responsable y activa. Con todo, le corresponde a él « usar de (su) autoridad cuando es preciso decidir y mandar lo que se debe hacer ». En la pedagogía de la obediencia se tendrá en cuenta (...): que hay necesidad de encontrar la verdadera libertad, con el fin de poder dar personalmente el paso de aquello « que les gusta » a aquello « que es la voluntad del Padre», y que la voluntad de Dios se expresa frecuente y eminentemente a través de las mediaciones.

PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y EL DIÁLOGO COMUNITARIO

Jesucristo fue enviado para hacer la voluntad del Padre y, en su vida, no hizo otra cosa.

Nosotros hemos sido elegidos y enviados para, como Cristo, hacer la voluntad del Padre.

¿Es según y conforme a esa Voluntad lo que yo, tu, nosotros estamos haciendo?

¿Qué significado estamos dando al ejercicio de nuestra obediencia en la perspectiva de la configuración con el Cristo paciente?

María se consagró enteramente a la persona y obra de su Hijo; también nosotros hemos sido consagrados a la persona y obra de Cristo, ¿lo hacemos a ejemplo de María?

¿Qué nos dice del ejercicio de la obediencia evangélica y de la calidad de la misma, la vida y la palabra de nuestro P. Fundador? ¿Qué notas o rasgos de su actitud obediente deberíamos activar y cultivar en nuestra vida claretiana, personal y comunitariamente?

¿No nos dice que uno de los motivos de su obediencia es el asegurar la abundancia de frutos apostólicos? ¿Tenemos en cuenta esas motivaciones en nuestro ministerio?

¿Entiendo bien y sé armonizar y aprovechar, adecuada y oportunamente, la presencia y ayuda de las distintas mediaciones por las que me llega la voluntad de Dios?

¿Reconozco que el binomio correlativo: autoridad-obediencia, en su dinamismo y calidad, se está dando sin cesar en cada persona y en cada relación, y que es un quehacer de discernimiento permanente, hacer luz y activar las energías positivas ahí presentes?

¿Cómo está siendo ahora mi aceptación y obediencia personal, activa y responsable, a las Constituciones, mi libro de vida?

¿Qué relevancia tienen las Constituciones en la lectura y meditación de las mismas, por parte de cada uno y de la Comunidad? ¿Hacemos de ellas libro de oración?

¿Cómo andamos personal y comunitariamente en cuanto al diálogo y discernimiento comunitario para chequear, de vez en cuando, la calidad de nuestra vida y misión?

Si “al verdadero misionero se le reconoce por la obediencia”, ¿se me reconocería a mi como verdadero misionero?

¿Sabemos y tratamos de armonizar en la vida real, personal y comunitaria: obediencia - libertad - diálogo - responsabilidad?

¿Cómo participo, participamos, en un diálogo sencillo, respetuoso, activo, constructivo, para buscar, entre todos, lo que es la voluntad de Cristo sobre la marcha de la Comunidad?

¿Acepto con gratitud al Superior y colaboro en todo aquello que me pide el Señor de la Comunidad y el bien de mis hermanos?

¿Qué correlación encontramos entre el ejercicio del verdadero amor fraterno y la calidad de la obediencia? A la inversa, ¿no germinan y se desarrollan las rebeldías cuando entre los hermanos existen desconfianzas, celos, partidismos, protagonismos egoístas, defensas a ultranza de los propios criterios y puntos de vista?

¿Cómo describiríamos para el Claretiano, la correlación entre la actitud personal obediente y la disponibilidad misionera?

¿Sé aplicarme las actitudes de la obediencia de Claret para garantizar la voluntad de Dios en lo que hago desde el sentido misionero de ser enviado?

CC 33 *Quienes hemos asumido la obra misionera de Cristo debemos también imitarle en su oración asidua, y escucharle cuando recomienda y enseña la oración incesante.*

Motivo y urgencia de nuestra oración: el haber asumido la obra misionera de Cristo. Él asume la obra-plan salvador del Padre. Para ello ha sido enviado y por ello se mantiene en permanente relación y comunión con el Padre, en oración. La misión de Cristo es motivo y urgencia de su oración, a la vez, su oración es alimento y fuente de su misión. La íntima conexión entre misión y oración vale también para nosotros. No podemos sentirnos real y vitalmente asociados a Cristo en la misión, si no lo estamos en la oración; ni sentirnos unidos a Él en la oración, si no lo estamos en la misión.

Podemos decir que la calidad o la vaciedad de una de ellas, lo es igualmente de la otra. Y tanto la una como la otra nos llegan como don del Espíritu de Jesús, que ora asiduamente y se entrega sin reservas a la misión. Acercarse a él, contemplarle orando, con un corazón lleno de fe, confianza y veneración; acoger su enseñanza para orar con él y cómo él, es la actitud adecuada para aprender a orar, enriquecernos con una fuerte experiencia de oración⁹⁷ y vivir para la misión.

El P. A. Aparicio estudia, con profusión de textos bíblicos, la fundamentación bíblica de este capítulo ⁹⁸. Nos ayuda a sacar para nosotros, los claretianos, alguna conclusión interpelante. Por ejemplo:

1° La oración de Jesús, según S. Lucas, es lugar de la revelación de su ser y de su actuar, de su identidad, vida y misión⁹⁹. En ella se revela a Jesús quién es el Padre; quién es él, Jesús, ante el Padre; cual es el plan y la voluntad del Padre sobre él, es decir, la misión de Jesús...

2° La oración de la Iglesia es revelación de su propia naturaleza, vida y misión. Quién y qué es Jesús para la Iglesia, qué es la Iglesia para Jesús. Se revela ya desde los inicios, v. g., en el acontecimiento de Pentecostés (cf. Hch 1, 13-14; 2, 1ss; 4, 31).

3° La oración de Claret es revelación de su identidad, vida y misión, “en la lectura contemplativa de la Palabra de Dios recibe la vocación y consagración del Espíritu para evangelizar”¹⁰⁰.

4° “La Congregación nació en la oración de unos Ejercicios, que fueron como su consagración por el Espíritu para evangelizar”¹⁰¹.

5° Siendo consecuentes, para nosotros, para mí, para ti, surge esta pregunta: **¿está siendo nuestra oración, lugar de revelación permanente y creciente de nuestra identidad vocacional claretiana, de nuestra vida y misión?**

Los discípulos de Jesús, al verle orar debieron sentir una especie de atracción o de sugestión... Tanto que se atrevieron a decirle: “Señor, enséñanos a orar...” (Lc 11, 1). Ellos le observaban desde fuera. Pero, ¿y si nosotros tratáramos de entrar en su alma, sus actitudes, su estar él “en la Casa de mi Padre...”; y con él y cómo él, aprender a estar en la Casa del Padre, para dedicarnos en cuerpo y alma a las cosas del Padre? (cf Lc 2, 49).

⁹⁷ Cf. José Cristo Rey, *Jesús orante y Jesús maestro de oración*, en *Nuestro Proyecto de Vida Misionera*, II, pp. 450-454.

⁹⁸ Importante para conocer la fundamentación bíblica de este capítulo es el trabajo de A. Aparicio Rodríguez, *La oración del Claretiano, Comentarios bíblicos a la Constituciones*, VIII, Madrid, 1985.

⁹⁹ “Según el tercer evangelista, la oración de Jesús es la fuente de la que brotan tanto sus palabras como sus obras (...). Nuestro apostolado, siguiendo el ejemplo de Jesús y de la primitiva Iglesia, ha de surgir de la oración continua” (A. Aparicio, o. c., p.8).

¹⁰⁰ P. José M^a Viñas, *Oración misionera*, Roma 1984, p. 6

¹⁰¹ Ángel Aparicio, ib., p. 7.

CC 34 *Por eso, tenemos que cultivar el espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: "Abbá, Padre".*

Muy breve y muy densa esta frase. Cultivar el espíritu filial. Consideremos despacio:

1º.- Que esto es algo desconcertante, extraño, ajeno a todo sentido y filosofía humana. Por ello, acudir a algunas comparaciones tal vez nos ayude a intuir su misterio, reconociendo a la vez, las limitaciones y pobreza de toda comparación y de todo nuestro conocimiento. Nosotros sabemos lo que un niño pequeñito quiere expresar cuando, balbuciendo, sin pensar lo que dice, pronuncia la palabra: 'ma má', 'pa pá'. La emoción de su alma, la ternura de su corazón, sus afectos todos, su confianza incondicional, el gozo y bienestar de todo su vivir, etc., los manifiesta con esa exclamación, nada consciente, pero llena de sentido vital. Y eso, porque ya ha tenido vivencias de la acogida, el afecto, la ternura, el amor y la atención incondicionales por parte del papá, la mamá. Estas vivencias ha llenado todas sus necesidades, su sensibilidad, su mundo emocional. Se ha sentido 'bien'.

¿Y qué si elevamos esas notas, rasgos, cualidades positivas y reales del papá y la mamá al infinito? ¿Qué significa esto referido a Dios? ¿Cómo es posible que yo pueda llamar a Dios: 'pa pá', ¡Padre!? ¿Es posible, para mí, alguna relación personal, real, con el Dios verdadero, como Padre? ¿Cómo me puedo sentir yo ante ese Dios verdadero, llamándole: ¡Padre!? ¿Qué me dice la fe y qué me revela la palabra de Dios? "La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abbá, Padre!" (Gal 4, 6). "Pues no recibisteis el espíritu de esclavitud para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un Espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre!" (Rom 8, 15). "El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables" (Rom 8,26-27). (Sería bueno aquí ver el contexto: Rom 8, 13-17).¹⁰²

2º.- Cuando consideramos esto despacio, una especie de estupor conmueve las entrañas de

¹⁰² Para una *Lectura teológica de las Constituciones*, cf. J. Cristo Rey García Paredes, *Dios Padre en el texto constitucional*, en *Nuestro Proyecto de Vida Misionera, Comentarios a las Constituciones*, I, Aspectos Fundamentales, Roma, 1989, pp. 274-294.

nuestro ser. Nos asomamos a un abismo sobrecogedor. Comenzamos a tomar conciencia de que nuestra persona alcanza o, mejor, es elevada, a la cumbre cualitativa más alta de su condición relacional; a esa inaudita relación personal, original, inenarrable, de intimidad y familiaridad con Dios, como Padre. Algo humanamente increíble, pero, por la gracia de la fe (cf Jn 1, 12-14), hecho para nosotros capacidad y posibilidad real, por el Espíritu de Jesús en nosotros. Con ese Espíritu nos dirigimos a Dios-Padre, como lo hacía Jesús, con confianza filial. En ese imponderable ejercicio de oración se reconoce lo que significa dejarse conducir por el Espíritu de Dios (Gal 5, 18. 25); presencia y animación que informa toda la vida y existencia, todos los ámbitos del conocer, del sentir, del amar, del actuar, del relacionarse, del sufrir y del gozar...; que reconcilia el pasado, fecunda el presente y garantiza el futuro de la propia vida filial ante el Padre-Dios (cf. 2Cor 1, 22; Ef 1, 13; 4, 30)¹⁰³.

Es este uno de nuestros espacios espirituales – personales - relacionales; pero no uno de tantos, sino el principal de todos, el más asombroso y rico de todos. Lo hacemos sólo y siempre, en y desde el clamor del mismo Espíritu de Jesús que nos inhabita. **¿No supondría un gran vacío espiritual olvidar el cultivo gozoso y asiduo de esta familiaridad filial, entrañable e inefable con nuestro Padre-Dios? ¿Qué nos pasa, a veces, con la oración que nos ha enseñado Jesús, con el Padrenuestro?** Para Claret no era una fórmula rutinaria... y, nosotros, hemos heredado su espíritu. "El Espíritu Santo, que consagró a S. A. M^ª Claret para incorporarle a la misión evangelizadora del Hijo, lo inflamó también del amor entrañable, celoso y obediente del Hijo. Este amor filial es una característica del carisma claretiano, atestiguada, tanto desde la experiencia vivida por los discípulos como por los estudios de los especialistas"¹⁰⁴.

¹⁰³ Sobre la oración del Abbá y su resonancia en Claret, cf., A. Aparicio, o. c., pp. 20-23.

¹⁰⁴ Cf. P. José M^ª Viñas, en *Oración misionera*, p. 9. Entre los números de la Autobiografía que se anotan como referencias para este nº 34 de las Constituciones, hay algunos en los que se nota mejor cómo, al P. Fundador, su relación filial ante el Padre, le brota del alma. Por ejemplo los nºs 16, 233 y 443. No nos resistimos a transcribir aquí el 233: "¡Oh Dios mío y Padre mío!, haced que os conozca y (os) haga conocer; que os ame y os haga amar; que os

Guiados por la luz de la fe, buscamos en todos los acontecimientos los signos de su voluntad y de este modo seremos cada día más dóciles a nuestra misión

La mirada de fe es participación del modo de mirar y de ver de Cristo; de su modo de considerar e interpretar la vida y el sentido de la vida, las personas, los acontecimientos, etc. Jesús poseía esto en plenitud. Nosotros lo participamos de él en la medida de nuestra fe y de la experiencia de nuestro carisma claretiano. El deseo de poseer y vivir de esa luz -como hijos de la luz- y de, a través de ella, buscar y percibir los signos de la voluntad de Dios en todos los acontecimientos, es, para nosotros, una necesidad. ¿Qué hacer para conseguirlo? Ejercitar el discernimiento evangélico. ¿Cómo? Nos ayuda, por ejemplo, el texto de Rom 12, 2.

Tres aspectos podemos considerar en este versículo:

1º La pureza y limpieza de contaminación de los dinamismos mundanos, que implica la renuncia a todo lo negativo, a todo lo que oscurece la mente y embota el corazón: “no os acomodéis al mundo presente”.

2º Renovarse y transformarse en la mente, es decir, en el alma, en el corazón, en la vida, según el Espíritu: “transformaos mediante la renovación de vuestra mente”.

3º Discernir la voluntad de Dios. Con las dos primeras actitudes vitales, que son correlativas, se nos da el poder discernir

(3º) los signos de su voluntad en los acontecimientos¹⁰⁵. ¿No es la oración el lugar privilegiado para el ejercicio de este discernimiento? ¿No tenemos datos y testimonios elocuentes de ello en el proceder de nuestro P. Fundador? La oración y las mediaciones adecuadas son los medios que él empleó para conocer lo que el

sirva y os haga ser(vir); que os alabe y os haga alabar de todas las criaturas. Dadme, Padre mío, que todos los pecadores se conviertan, que todos los justos perseveren en gracia y todos consigamos la eterna gloria. Amén”.

¹⁰⁵ Aunque los comentaristas no suelen relacionar los versículos 1 y 2 del capítulo 12 de Rom., yo pienso que el v. 1 da una fundamentación y fuerza extraordinarias a la actitud personal-existencial para el discernimiento de la voluntad de Dios del v. 2. Es el ser y vivir de Dios y para Dios, en la incondicionalidad de la entrega como ofrenda vital y culto existencia, lo que nos dispone al verdadero discernimiento.

Señor quería de él en las muchas bifurcaciones de su itinerario espiritual y apostólico. Y esto fue en él, y puede serlo en nosotros, como un requisito para su/nuestra Didelidad misionera.

La Palabra de Dios que debemos proclamar, escuchémosla antes en asidua contemplación y compartámosla con los hermanos, para que nosotros mismos nos convirtamos al Evangelio, nos configuremos con Cristo y seamos inflamados por su caridad que nos ha de apremiar. Intercedamos también ante Dios en favor de la Iglesia y por la vida del mundo con oraciones y súplicas.

La Palabra, antes de proclamarla, escuchémosla. Pero no de cualquier modo; sino en asidua contemplación. El oído y la escucha, ¡qué importantes son! Tener abierto el oído y saber escuchar, es todo un arte y, además, una de las más grandes cualidades humanas y cristianas. Pensemos, por ejemplo, la relevancia que tiene en las relaciones comunitarias. Oír y escuchar no es lo mismo. La función del oír hace referencia al oído, incluso físico. S. Pablo dirá ‘*fides ex auditu*’. En el escuchar juega un papel muy importante la atención de toda la persona, es una actitud más existencial. Oír, v. g., en la teología de Juan, no significa un mero oír externo, sino un verdadero escuchar. Es respuesta humana positiva a Alguien - Jesús. Se identifica con la fe. Implica: la función del oír físico; la de la escucha atenta, v. g., a la Palabra y a los signos; la acogida del mensaje en el corazón; la respuesta como opción libre, positiva y coherente: “Quien oye mi palabra y cree, es decir, *la cumple*, ese es de Dios” (cf Jn 8, 47).

En la Biblia tenemos muchos ejemplos de la escucha de la Palabra. Samuel escuchó, reaccionó, respondió: “habla, Señor, que su tu siervo escucha” (1Sam 3, 10). María, hermana de Marta, “sentada a los pies de Jesús, escuchaba su Palabra” (Lc 10, 39). ¿Qué tal si hacemos una ‘composición de lugar’ de esta escena y nos quedamos observando qué pasa ahí? ¿Cómo mira y habla Jesús a María? ¿Cómo mira y Escucha María a Jesús? ¿Qué comunión de corazones se está dando ahí? Y, ¿qué decir de la actitud permanente de María, la Madre de Jesús, ante Él, que es el Verbo, la Palabra del Padre, ella que es la Virgen oyente (cf MC 17),

que “guardaba todas estas palabras y las meditaba en su corazón”? (Lc 2, 19, 51). En nuestro texto constitucional tenemos una preciosa y rica síntesis, de vida y misión desde la Palabra. Como Claretianos aprendemos de Claret: “Lo que más me movía y excitaba era la lectura de la santa Biblia, a la que he sido siempre muy aficionado. Había pasajes que me hacían tan fuerte impresión, que me parecía que oía una voz que me decía a mi lo mismo que leía” (Aut 113-114). Tenemos también, a lo largo de toda nuestra historia en la Iglesia, una nube de testigos y ejemplos a imitar. De nosotros depende que no se debilite esa rica tradición claretiana. La dimensión doctrinal, a partir de la primacía y riqueza de la misma Palabra de Dios, también es extraordinaria¹⁰⁶.

Antes de servidores tenemos que ser oyentes, es decir, amigos de Jesús, más aún, familia de Jesús: “Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen” (Lc 8, 21). Estos, además, son bienaventurados.

Hacer oración con la Palabra, ante la Palabra, para acogerla con docilidad y vivirla en el propio corazón, ‘en asidua contemplación’, es estar bebiendo, alimentándose, de las fuentes de la Vida¹⁰⁷. Compartir esa experiencia con los hermanos, está en las mismas raíces y exigencias de la vida cristiana y, para nosotros, en el don comunitario de nuestra con-vocación. Su ejercicio enriquece y edifica personal y comunitariamente, nos emplaza al Evangelio, nos hace crecer en la comunión con nuestro Cristo, y nos urge con el ímpetu misionero irresistible que impregnaba toda la persona y obra de Claret: “*Caritas Christi urget nos*” (2Cor 5, 14).

También recrea una especial sensibilidad humana y apostólica ante las situaciones y necesidades de la evangelización que nos urge para

¹⁰⁶ Por atenernos a algo reciente, citemos la obra: *Palabra-Misión*, con sus seis carpetas..., y, *Servidores de la palabra* (SP), documento del Cap. General, 1991.

¹⁰⁷ “La dimensión contemplativa es radicalmente una realidad de gracia, vivida por el creyente como un don de Dios, que le hace capaz de conocer al Padre en el misterio de la comunión trinitaria, y de poder gustar las profundidades de Dios. (...) la describimos como respuesta teológica de fe, esperanza y amor con la cual el creyente se abre a la revelación y a la comunión del Dios vivo por Cristo en el Espíritu Santo. ‘El esfuerzo por fijar en Él (Dios) la mirada y el corazón, que nosotros llamamos contemplación, se convierte en el acto más alto y más pleno del espíritu, acto que todavía hoy puede y debe coronar la inmensa pirámide de la actividad humana’ (Pablo VI)” (DCVR, 1).

interceder ante el Padre con oraciones y súplicas. Porque “este es el que ama a sus hermanos, el que ora mucho por su pueblo” (Común de pastores, Responsorio de Vísperas).

Recogemos, de SP, unos párrafos enjundiosos sobre este rasgo carismático nuestro:

“Acoger la Palabra que nos hace discípulos (cf Lc 8, 21), anunciarla y ser testigos de ella, es el núcleo de nuestra espiritualidad, es decir, de nuestro modo de seguir a Jesús, Profeta poderoso en obras y palabras (Lc 24, 19), con la fuerza del Espíritu. El Espíritu del Padre y del Hijo, -Espíritu también de nuestra Madre (cf Aut 687)- es el centro integrador de todas las dimensiones de nuestra vida y misión.

Dejémonos cuestionar por la Palabra de Dios y esforcémonos por responder a ella, superando la mediocridad en nuestro estilo de vida, carente muchas veces de radicalismo evangélico.

La práctica de nuestro Fundador de la lectura diaria y «vocacional» de la Biblia, y su acogida como Palabra de Dios hoy para nosotros, han de ser rasgos de familia, que nos permitan dar razón constante de que somos oyentes-servidores de la Palabra.

Practiquemos diariamente la escucha de la Palabra de Dios en la lectura de la Biblia, al estilo de o Padre Fundador, y hagamos del estudio bíblico una de nuestras preocupaciones centrales.

Jesús, ungido por el Espíritu, acogía la voluntad del Padre, viviendo en comunión con él y compartiendo el dolor del pueblo. Nosotros contemplamos al Maestro y escuchamos su Palabra para anunciar el Reino, abriéndole nuestra interioridad profunda -nuestro corazón- y compartiendo las angustias y esperanzas de nuestros hermanos.

En la profundidad del Corazón de María descubrimos y aprendemos el camino de la escucha. Ella acogió en su Corazón la Palabra (cf Lc 2, 19. 51) hecha historia en el clamor de los pobres (cf Lc 1,48-53). Claret nos presenta el Corazón de María como la fragua ardiente donde nos forjamos para ser heraldos de la Palabra.

Compartamos fraternalmente la escucha, la vivencia, la celebración y el anuncio de la Palabra , sobre todo en la Eucaristía” (SP, nºs 13-15).

CC 35 *Ante todo, celebremos diariamente y con plenitud de espíritu el misterio de la Eucaristía, uniéndonos a Cristo Señor, que proclama palabras de vida, se ofrece a Sí mismo por los hermanos, honra al Padre y edifica la unidad de la Iglesia.*

Podemos pensar aquí en la lógica correlación entre la riqueza imponderable que se nos ofrece en la celebración de la Eucaristía y las exigencias que se nos piden. ¿Qué significa y qué actitudes comporta celebrarla *con plenitud de espíritu*? ¿Cómo podremos hacerlo así diariamente? O, ¿se nos pide demasiado? Por supuesto que si nuestro vivir diario y habitual está dominado por la atonía espiritual, difícilmente podremos celebrar la Eucaristía, no ya con plenitud, pero, ni siquiera con espíritu. De ahí que la primera exigencia de la Eucaristía sea un habitual y permanente vivir eucarístico. Este dispone vital, personal y comunitariamente, para la celebración y, esta, potencia, alimenta y anima la actitud vital eucarística. La correlación dinámica: Eucaristía-vida, a medida que va madurando, día a día, va llenando de sentido, de espíritu, de bienaventuranza evangélica, de santidad y de fecundidad apostólica, a las personas y las comunidades.

Esto, como todos nosotros sabemos, es algo tan relevante en nuestro P. Fundador que, nosotros, o somos eucarísticos o no somos Claretianos. Lo que en referencia a ello nos enseña la Palabra de Dios, la Tradición, el Magisterio de la Iglesia y la vida de los santos, lo tenemos también, denso y rico, en la vida y enseñanza del Fundador, en su experiencia y testimonio. ¿Cómo vivía la Eucaristía y cómo vivía de la Eucaristía! ¿Cómo se adentraba en el **fuego del Misterio Eucarístico** y cómo se dejaba fraguar y configurar por la potencia transformadora de ese Amor!¹⁰⁸. Y entra esencialmente, de una manera plena, en nuestra especial vocación carismática¹⁰⁹.

¹⁰⁸ "Al que comulga bien le sucede como a la barra de hierro que se mete en la fragua, donde se convierte en fuego; sí, asimismo queda endiosada el alma que comulga bien: el fuego al hierro le quita la escoria, la frialdad natural, la dureza, y le pone tan blando que lo llega a derretir y se amolda al gusto del artífice. Otro tanto hace el fuego del amor divino en la fragua de la comunión al alma que comulga bien y con frecuencia: le quita la escoria de las imperfecciones, la frialdad natural, la dureza de su amor propio, y la pone tan tierna y blanda que se amolda completamente a la voluntad de Dios en todo y por todo, y así dice como Jesús al eterno Padre: *Hágase tu voluntad y no la mía*" (P. Claret, *Carta ascética: La comunión*, p. 30).

¹⁰⁹ En el documento del Congreso sobre "*Nuestra Espiritualidad Claretiana en el Camino del Pueblo de Dios*", p. 48, se nos dice: "Para nosotros, misioneros claretianos, la celebración eucarística y

En la Congregación, especialmente en los últimos años, nos hemos esmerado y esforzado por estudiar la Palabra de Dios por el especial relieve que tiene en nuestra vida-misión. Se ha hecho por expertos, en capítulos y asambleas, etc. (cf. nota 9).

Tengamos en gran estima el diálogo con Cristo en la visita y en el culto a la Santísima Eucaristía. Hagamos fielmente cada día la oración en nombre de la Iglesia.

Tener gran estima por algo se traduce en interés y esfuerzo. Tanto en nuestras iglesias como en las otras, vemos, con edificación, personas recogidas ante el Santísimo, signo externo de la oración de diálogo personal con el Señor. También presenciamos, en muchas ocasiones, la alegría y devoción de los fieles en el Culto a la Eucaristía. A los religiosos se nos dice: "La asidua y prolongada adoración de la Eucaristía permite revivir la experiencia de Pedro en la Transfiguración: '*Bueno es estarnos aquí*'" (VC 95b). En esto, la experiencia del P. Fundador nos debe impresionar: "Delante del Santísimo Sacramento siento una fe tan viva, que no lo puedo explicar. Casi se me hace sensible y estoy continuamente besando sus llagas y quedo, finalmente, abrazado con él. Siempre tengo que separarme y arrancarme con violencia de su divina presencia cuando llega la hora" (Aut. 767).

Se han ofrecido recursos prácticos para motivar y cultivar su riqueza. Actualmente se percibe un interés grande por hacer algo parecido con la Eucaristía, programando encuentros claretianos de reflexión y convivencia en torno a la Eucaristía. Creo que lo estábamos necesitando.

el culto de la presencia del Señor son el eje de nuestra espiritualidad y la fuerza de nuestro camino. Así lo hemos heredado de nuestro Padre Fundador. Toda su vida espiritual giró en torno a este misterio y desde él se hizo proyecto, hasta culminar en la identificación misteriosa con el Señor (la gracia de las especies sacramentales). Se trata de ser conscientes y de vivir el misterio de la Iglesia desde su fuente y su culmen, desde su raíz y su expresión más alta, que es la Presencia eucarística del Señor. Por eso (...) es para nosotros el centro generador de nuestra vida misionera y comunitaria".

Podemos ver otros números también significativos, v. g., 694-696). Tal vez los Claretianos tengamos que recuperar estos aspectos tan profundamente vividos y vitales en la oración de nuestro Fundador y en la de tantos hermanos nuestros en la historia de la Congregación.

En nombre de la Iglesia hacemos la Liturgia de las Horas. “La liturgia de las Horas, celebrada comunitaria o individualmente según la índole de cada instituto y en unión con la oración de la Iglesia, manifiesta la vocación a la alabanza y a la intercesión propia de las personas consagradas” (VC 95c). En imperativo se nos pide que la hagamos cada día y fielmente. Esta fidelidad, no se refiere en primer lugar a la puntualidad o a no dejar de hacer esa oración: Se refiere, sobre todo al espíritu y calidad litúrgica con la que hemos de hacerla, desde y con el corazón de la comunidad, que es comunidad creyente y orante, en y con la fe y oración del corazón de la Iglesia.

En los tiempos sagrados y en los días festivos procuremos acomodar nuestra oración al espíritu de la Iglesia, que en la Liturgia propone a la contemplación de los fieles todo el misterio de Cristo. De la celebración de la Eucaristía y de la alabanza a Dios recibimos la fortaleza necesaria para que nuestra vida en Cristo vaya creciendo y nuestro ministerio se haga cada vez más fecundo.

Es una recomendación que brota lógicamente de la naturaleza de la espiritualidad cristiana. Estar espiritual y plenamente integrados en la Liturgia: sus ciclos, sus tiempos, sus ritmos. Cristo el centro, la Liturgia el sentido y el ritmo de su permanente oferta a la Iglesia para que esta celebre y viva sus misterios. Ahí dentro, a ritmo del Espíritu y de la oración de la Iglesia, nuestro ser eclesial, miembros de miembros y miembros de un Cuerpo, cuya Cabeza es Cristo, el que, en nosotros y en los otros, con nosotros y con los otros, ora ante el Padre, desde la unidad y convergencia de todos en él, que el clamor de su Espíritu acoge y ofrece. De ahí y desde ahí, la fuerza y la energía vital de nuestro crecimiento en Cristo y nuestra acción apostólica cada vez más fecunda.

Nos asociamos de una manera especial al culto de la Iglesia celeste, unidos en comunión y venerando la memoria, ante todo de la Santísima Virgen María. La de San José, San Miguel y todos los ángeles, de los Apóstoles y de aquellos otros santos que, por su espíritu verdaderamente misionero, tradicionalmente tenemos como Patronos: San Alfonso M^a de Liguorio, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús, Santa Catalina de Siena.

¿No estaría bien, en esta asociación especial al culto de la Iglesia celeste, incluir a San Antonio M^a Claret? ¿No sería muy adecuado para nosotros venerarle y hacer de él memoria y unirnos con él en este culto? El que ya le honremos y veneremos como santo en otras ocasiones no sería óbice para integrarle también en este culto. Nuestros Patronos también merecen nuestra generosidad, que podría mostrarse en tener un conocimiento más familiar de sus vidas, sus obras y la razón de nuestra especial relación con ellos.

CC 36 *Veneremos con amor filial a la Santísima Virgen María, Madre de Dios, asociada de todo corazón a la obra salvífica de su Hijo, ya con el culto litúrgico, ya con los ejercicios de piedad recibidos de la tradición, como el Santo Rosario y otros semejantes.*

Podemos poner acento: 1º en María: su ser y hacer; 2º en nuestra relación con Ella. María es Santísima, es Virgen, es Madre de Dios, esta asociada, de todo corazón, a la obra salvífica de su Hijo. ¿Qué se nos pide a nosotros? Que la veneremos porque merece toda nuestra veneración. ¿Cómo? Con amor filial. Amor filial es el amor de hijos, porque es Madre nuestra. Por tanto, de base, la realidad del ser-hacer de María: Madre de Dios y Madre nuestra. ¿Qué significa María, Madre de Dios? ¿Hay alguien, que estando en su sano juicio, no quede atónito, ante esa afirmación? Una mujer, ¿Madre de Dios? Y resulta ser una verdad de fe. Pensarlo despacito es llenarse de estupor y no salir del propio asombro. Pues resulta que esa Madre de Dios, por ser Madre del Hijo de Dios, es también Madre de todos los hermanos de su Hijo, hechos en él, hijos de Dios... De ahí deriva que nosotros, hijos de Dios en el Hijo de Dios y de María, somos hijos de María y, como tales, recibimos de ella, como filiación, la riqueza de su maternidad proyectada a los que somos hijos en su Hijo. Esto, porque ella, estuvo y está asociada de todo corazón, con su maternidad, a la obra salvífica de su Hijo.

Así podemos entender el fundamento de nuestra relación hacia ella. Desde ahí, y desde la peculiaridad de nuestra vocación carismática, se nos insta a venerarla con amor filial. Amor filial que se expresa en una actitud personal, vital, bien arraigada en la fe, y cultivada en y desde el corazón; una modalidad o tonalidad de familia, que informa y cualifica nuestra existencia personal y comunitaria. Las manifestaciones son diversas: en el culto litúrgico, en los ejercicios de piedad, entre ellos, como tradición recibida, se destaca el Santo Rosario, y otros semejantes.

Reflexionaremos más sobre la Virgen María; pero, ahora, en este capítulo sobre la oración, no podemos por menos de recordar, aunque sólo sea como referencias, algunos rasgos:

1º - Bíblicos:

actitudes radicales y plenas de María, Madre y

Maestra para asumirlas y vivirlas en nuestra oración: “Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según su Palabra...”, con todo el contexto de Lc 1, 26-38; la glorificación al Señor, alabanza, acción de gracias: “Proclama mi alma la grandeza del Señor...”, y su contexto, Lc 1, 46-35; María ante Jesús y sus palabras: “María, por su parte, guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón...” (Lc 2, 19) y, “su Madre conservaba cuidadosamente todas estas cosas en su corazón” ... (Lc 2, 51); ¿qué dice María a los sirvientes (a nosotros ahora...)? “Haced lo que él os diga...”, con el contexto de las Bodas de Caná (Jn 2, 1-11; María confiada a Juan, a nosotros...: Jn 19, 25-27); María orando con los discípulos (la Comunidad) de Jesús... Hch 1, 14... y 2,1., etc.

2º - Del Magisterio,

como muestra, ponemos, de la Exhortación *Marialis Cultus*: María es la Virgen oyente..., nº 17; la Virgen orante..., nº 18; la Virgen Madre..., nº 19; la Virgen oferente..., nº 20; maestra en la vida espiritual..., nº 21; en las distintas y eficaces actitudes cultuales..., nº 22; y de la Exhortación Apostólica *VC.*, 18d, 23c, 28, 34dc, 94a, 95f, 97a.

3º - Del P. Claret:

a) Quiere amarla como Jesús la amaba. Pensaba y meditaba cómo Jesús la amó con reflexiones de la teología y datos del Evangelio..., y trataba de imitar a Jesús en ese amor (cf EE, pp. 313-314).

b) Quería amarla como la amó el ‘discípulo amado’ y sentirse él mismo como ‘discípulo amado’; “acogiendo a la madre de Jesús como madre suya en su vida de discípulo: la madre de Jesús es también su madre”¹¹⁰. Por eso trataba de imitar a San Juan en todas las virtudes, especialmente en la humildad, la pureza y la caridad (cf EA, p. 413).

c) Qué es María para Claret: “Vos sois mi madre,

¹¹⁰ José M^a Viñas, en *Nuestro Proyecto...*, II, p. 520.

mi alivio, mi consuelo, mi fortaleza y todas las cosas después de Jesús” (Aut 163).

d) Pero, sobre todo, María es para Claret, el Corazón lleno de amor y misericordia, donde se temple y se fragua su espíritu como hijo y como ministro del Evangelio: “¡Oh Virgen y Madre de Dios, Madre y abogada de los pobres e infelices pecadores! Bien sabéis que soy hijo y ministro vuestro, formado por Vos misma en la fragua de vuestra misericordia y amor. Yo soy como una saeta puesta en vuestra mano poderosa: arrojadme, Madre mía, con toda la fuerza de vuestro brazo...” (Aut 270).

e) Ese fuego del amor del Corazón de María, fragua que le forma y forja como hijo y ministro, es la llama que arde en su corazón de misionero, le llena de celo apostólico y, cuando por las circunstancias (noviciado) no puede actuar directamente con la predicación de la Palabra, lo hace con la oración. “En aquellos días prendió en mí tan fuertemente la llama del celo de la mayor gloria de Dios y de la salvación de las almas, que me tenía enteramente devorado”. Desde ese espíritu brotan sus dos oraciones en el noviciado de los Jesuitas que, en su estilo y literatura espiritual de entonces, expresan de manera vigorosa la motivación fundamental de su vocación-misión y, el papel imponderable y maternal de María, en cuyo Corazón se ha fraguado y se sigue alimentando ese fuego y ardor misionero. (Aut 154-164)¹¹¹.

¹¹¹ El P. Claret describe, como en una síntesis cual debe ser la verdadera devoción a María, en *Cartas al pueblo*, p. 70; y, en *Tardes de verano*, V, pp. 132-133. Cf. J. Bermejo, San Antonio María Claret, *Antología Espiritual*, nn. 120 y 121.

CC 37 Meditando la Palabra de Dios en el corazón, dediquémonos los Misioneros diariamente, y en cuanto sea posible por una hora, a la oración mental, y a la lectura espiritual, especialmente de los Libros sagrados; y examinémonos de nuestra fidelidad al Evangelio. La oración diaria, hecha con fidelidad, sigue siendo una necesidad primaria tanto para la Comunidad como para cada uno de los Misioneros; por eso se le debe conceder un puesto primario en nuestra vida.

Se comienza por crear una sintonía con María que “guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón”. (Lc 2, 19). Es también nuestro ejercicio, con ella y como ella.

Se nos habla del tiempo que debemos dedicar a nuestra oración personal: en cuanto sea posible, una hora diaria. El texto dice: ‘a la oración mental’. Por oración mental se puede entender la meditación o reflexión en sentido propio; pero la referencia bíblica a María nos ha hablado del corazón. Meditar con el corazón o meditar con la razón pudiera entenderse como ejercicios diferentes. Aquí parece que se unen en armonía.

En VC 94 se nos invita a adentrarnos en la riqueza de la Palabra por la oración: “La Palabra de Dios es la primera fuente de toda espiritualidad cristiana. Ella alimenta nuestra relación personal con el Dios vivo y con su voluntad salvífica y santificadora. Por este motivo la *lectio divina* ha sido tenida en la más alta estima desde el nacimiento de los Institutos de vida consagrada (...). Gracias a ella, la Palabra de Dios llega a la vida, sobre la cual proyecta la luz de la sabiduría que es el don del Espíritu (...). Será, pues, de gran ayuda para las personas consagradas la meditación asidua de los textos evangélicos y de los demás escritos neotextamentarios, que ilustran las palabras y los ejemplos de Cristo y de la Virgen María, y la *apostolica vivendi forma* (...). La meditación *comunitaria* de la Palabra tiene un gran valor (...) Gracias a la cual los hermanos y las hermanas crecen juntos y se ayudan a progresar en la vida espiritual. (...) De la meditación de la Palabra de Dios y de los misterios de Cristo en particular, nace la intensidad de la contemplación y el ardor de la actividad apostólica (...). Han sido los hombres y mujeres de oración quienes, como auténticos intérpretes y ejecutores de la voluntad de Dios (...) del contacto asiduo con la Palabra de Dios han obtenido la luz necesaria para el discernimiento personal y comunitario que les ha servido para buscar los caminos del

Señor en los signos de los tiempos” ¹¹².

Este número 37 dice algo muy práctico e inalienable. La oración personal nadie la puede hacer por mi. Se habla de dedicación y tiempo. Y no se trata de un ejercicio que hay que hacerlo para cumplir una ley o una norma. Es que, según la Iglesia¹¹³, los santos y los maestros de la vida espiritual, lo vamos a ver en nuestro Fundador, aquí nos jugamos algo más: tener o no espíritu de oración; ser o no hombres de oración. Claro que esto admite grados y se hace en un crecimiento progresivo; pero esto último, además de que no permite el estancamiento o

¹¹² En VC se pueden ver también los n°s 28b, 34bc, 38b, 42c, 71b, 75c, 81a, 85b, 92b, 98b, 103b.

¹¹³ “Orad constantemente” (1 Ts 5, 17), “dando gracias continuamente y por todo a Dios Padre, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo” (Ef 5, 20), “siempre en oración y suplica, orando en toda ocasión en el Espíritu, velando juntos con perseverancia e intercediendo por todos los santos” (Ef 6, 18). “No nos ha sido prescrito trabajar, vigilar y ayunar constantemente; pero sí tenemos una ley que nos manda orar sin cesar” (Evagrio, cap. pract. 49). Este ardor incansable no puede venir más que del amor. Contra nuestra inercia y nuestra pereza, el combate de la oración es el del amor humilde, confiado y perseverante. Este amor abre nuestros corazones a tres evidencias de fe, luminosas y vivificantes (CEC 2742):

Orar es *siempre posible*: El tiempo del cristiano es el de Cristo resucitado que está “con nosotros, todos los días” (Mt 28, 20), cualesquiera que sean las tempestades (cf Lc 8, 24). Nuestro tiempo está en las manos de Dios: Es posible, incluso en el mercado o en un paseo solitario, hacer una frecuente y fervorosa oración. Sentados en vuestra tienda, comprando o vendiendo, o incluso haciendo la cocina (San Juan Crisóstomo, ecl.2) (CEC 2743).

Orar es una *necesidad vital*: si no nos dejamos llevar por el Espíritu caemos en la esclavitud del pecado (cf Ga 5, 16-25). ¿Cómo puede el Espíritu Santo ser “vida nuestra”, si nuestro corazón está lejos de él? Nada vale como la oración: hace posible lo que es imposible, fácil lo que es difícil. Es imposible que el hombre que ora pueda pecar (San Juan Crisóstomo, Anna 4, 5). Quien ora se salva ciertamente, quien no ora se condena ciertamente (San Alfonso María de Ligorio, mez.) (CEC 2744).

Oración y *vida cristiana* son *inseparables* porque se trata del mismo amor y de la misma renuncia que procede del amor. La misma conformidad filial y amorosa al designio de amor del Padre. La misma unión transformante en el Espíritu Santo que nos conforma cada vez más con Cristo Jesús. El mismo amor a todos los hombres, ese amor con el cual Jesús nos ha amado. “Todo lo que pidáis al Padre en mi Nombre os lo concederá. Lo que os mando es que os améis los unos a los otros” (Jn 15, 16-17). Ora continuamente el que une la oración a las obras y las obras a la oración. Sólo así podemos encontrar realizable el principio de la oración continua (Orígenes, or. 12) (CEC 2745)

“Tened pues conciencia de la importancia de la oración en vuestra vida y aprended a dedicaros generosamente a ella: la fidelidad a la oración cotidiana seguirá siendo para cada uno y cada una de vosotros una necesidad fundamental y debe ocupar el primer puesto en vuestras constituciones y en vuestra vida” (ET 45).

retroceso, exige un ejercicio cualificado y permanente. Hay, además, otro factor a tener en cuenta: la calidad de ese tiempo, dedicación y ejercicio diario, no puede ser algo aislado y ajeno al espíritu con el que se vive la jornada entera. No es fácil que se de, y menos de manera habitual, un gran fervor en el tiempo dedicado expresamente a la oración y, a la vez, una gran sequedad el resto del día; o viceversa. No es normal cambiar cada dos horas la actitud personal vital, los estados de ánimo, el espíritu. Y cuando hablamos de tener espíritu de oración o ser hombres de oración, estamos haciendo referencia a un tono vital permanente, que subyace y persiste en las más variadas y hasta opuestas situaciones y circunstancias por las que va transcurriendo nuestra jornada. El dilema que personalmente se nos plantea aquí es el siguiente: **si la oración personal va bien, todo marcha bien¹¹⁴; si va mal, todo marcha mal.**

Va bien cuando se da eso que llamamos ejercicio cualificado de la oración personal, porque es:

1º el lugar donde se cultiva y alimenta la llama del Espíritu, donde arde el amor de Dios que purifica, vivifica, transforma, ilumina la mente, cambia el corazón y arde el fuego-celo apostólico.

“En el fuego que arde en la oración es donde se quita la escoria; se derriten y funden los hombres, y se amoldan a la imagen de Jesús; se llenan del Espíritu Santo, y empiezan a hablar como los que se encontraban en el Cenáculo; así empezaron, pues, los Apóstoles con la oración, así la continuaron y perseveraron hasta el fin, sellando con la sangre de sus venas las verdades que habían predicado”¹¹⁵;

2º el lugar donde se temple el espíritu para animar e informar todas las demás actividades de la jornada. Desde ese espíritu y con ese

¹¹⁴ “Debe, pues saber el seminarista que toda clase de oración que se haga es buena; pero la oración mental es la más a propósito al seminarista, pues que si es diestro en hacer bien la oración mental, rezará bien el oficio divino, celebrará bien la santa misa cuando sea sacerdote, y desempeñará con devoción todas las funciones de su sagrado ministerio” (Cl, I, p. 54).

¹¹⁵ Cf. Claret, *Apuntes de un plan para conservar la hermosura de la Iglesia*, Madrid, 1857, 110-XXI.

espíritu se afronta y se realiza todo lo demás: los gozos y los sufrimientos propios y compartidos, los acontecimientos positivos y los negativos, los gustos y los disgustos, el trabajo y el descanso, la soledad y la compañía, la suerte y la desgracia. Para el misionero habría que decir que, desde ahí y por ello, está identificándose más y más con su vocación-misión¹¹⁶.

Va mal cuando ese tiempo y ejercicio de la oración personal, o no se hace, o se hace con desgana, atonía, pereza, casi hastío. Entonces es un lugar y tiempo del que se huye, porque uno allí se siente ‘descentrado’; tiene su corazón y sus intereses en otro lugar...¹¹⁷, que es ajeno y extraño a ese lugar de comunión con Dios, Jesucristo, el Espíritu Santo, la Palabra, los Sacramentos, la Iglesia, la Salvación de Dios, la Evangelización, etc. Aquí se ve igualmente la correlación, en este caso en negativa, del espíritu con que uno vive su jornada y el tiempo de la oración. ¿Qué se deriva de esto?

Pues, 1º que la llama del amor-oración, o no existe, o se va extinguiendo. Falta cultivo, alimento. No hay horno, ni fuego, ni fragua. Nada se mueve, nada se cambia. Falta el alma que vibre, el espíritu que aliente y vivifique. 2º Desde esa atonía de fondo se va a la misión, y, ¿qué pasa? Tal vez nada de lo que tiene que ‘pasar’ y algo o mucho que no debería pasar. El P. Fundador daba tal relevancia a su oración ‘mental’ que, el dejarla, le parecía perderse¹¹⁸.

¹¹⁶ “En esta meditación se encendía en mi un fuego tan ardiente, que no me dejaba estar quieto. Tenía que andar y correr de una a otra parte, predicando continuamente” (Aut 227).

¹¹⁷ “La experiencia enseña que los seminaristas que no son amigos de la oración mental, no so a propósito para el sacerdocio; y si por desgracia entran por otro lugar, no por la puerta de la oración mental, son lobos, son ladrones que roban y matan las ovejas; pues si fueren enviados del Padre celestial, como fue el Hijo, orarían como el Hijo, y como el Hijo llenarían su misión” (Claret, (Cl) =El Colegial o Seminarista teórica y prácticamente instruido, I, p. 56).

¹¹⁸ “El Padre Fundador usa de fórmulas fuertes cuando inculca la necesidad de la meditación; en primer lugar hacia sí mismo, según el testimonio del P. Clotet: “La consideraba de tan gran necesidad, que alguna vez le oí decir: *Dios me libre de dejar la oración mental. Si por desgracia llegase a eso, me tendría por perdido*”. (Resumen de la admirable Vida del Excmo. e Ilmo. Sr. D. Antonio M^a Claret y Clará, n. 297).

CC 38 Celebremos frecuentemente el Sacramento de la reconciliación, en el cual se significa y se completa el espíritu de una permanente conversión a Dios. En virtud de este Sacramento, a la vez que nos reconciamos con la Iglesia, a la que hemos herido al pecar, morimos al pecado con Cristo, que no conoció pecado.

“También el esfuerzo de una continua conversión y de una necesaria purificación, que las personas consagradas realizan mediante el sacramento de la reconciliación, está íntimamente vinculado a la Eucaristía. Ellas, a través del encuentro frecuente con la misericordia de Dios, renuevan y acrisolan su corazón, al mismo tiempo que, reconociendo humildemente sus pecados, hacen transparente la propia relación con él. La gozosa experiencia del perdón sacramental, en el camino compartido con los hermanos y hermanas, hace dócil el corazón y alienta el compromiso por una creciente fidelidad” (VC 95d).

Tenemos necesidad de esta permanente reconciliación con Dios, con Cristo, con los hermanos, con nosotros mismos, para experimentar la inconmensurable grandeza de nuestro Dios-misericordia, ser misericordiosos con los demás y crecer en el camino de la conversión, de la Paz, y de la Comunión.

1.- Para el inicio

Señor Jesús, enséñanos a orar.
Tú nos has llamado a colaborar en tu obra misionera,
y nos llamas también a orar contigo y como tú, asidua e incesantemente.

Necesitamos cultivar el espíritu de hijos adoptivos,
necesitamos que actives en nosotros la acción de tu Espíritu filial,
para alimentar continuamente nuestro corazón de hijos,
con el clamor inefable y estremecido del 'Abbá'.

Respira tú, Señor Jesús, en nuestros corazones,
tu Espíritu filial ante el Padre, para que contigo y como tú,
tengamos con Él una comunión frecuente,
saturada de confianza, amor, gratitud y gozo.

Haz que guiados por la luz de la fe,
busquemos en todos los acontecimientos los signos de tu voluntad;
que sepamos discernir y responder como al Padre le agrada,
y seamos cada día más dóciles a la misión que tú nos confías.

Concédenos, Señor, tener oídos de iniciados,
escuchar tu Palabra en asidua contemplación, con María y como María,
y compartirla gozosamente con nuestros hermanos.
Así, en una permanente conversión al Evangelio,
y creciente identificación contigo,
seremos, de verdad, inflamados y urgidos por tu caridad.

Señor, tú que diariamente te presentas y ofreces en tu Eucaristía,
mostrándonos sin cesar tu Amor a nosotros hasta el extremo,
sacude nuestra inconsciencia, rutina, desidia y frialdad ritualista;
despierta, aviva, centra nuestra mente e inflama nuestro corazón,
para, personal y comunitariamente, vivir tu Misterio Pascual,
con toda nuestra capacidad oblativa, en fe, esperanza y amor.

Con tu ayuda, Señor, seremos,
personas de oración, hombres de oración,
que desean y se gozan en el encuentro personal y diario contigo,
que valoran y cultivan esta comunión sin escatimar tiempo.
Queremos asemejarnos a tu siervo Antonio M^a Claret,
para el que hiciste de su oración personal,
una fuente fecundísima de experiencia y de riqueza de tu gracia,
y una llama ardiente e impetuosa de su celo apostólico. Amén.

2.- Para el final

Señor Jesús, gracias por enseñarnos a orar.
Es un regalo tan inmenso que no lo sabemos valorar como merece.

Gracias porque tú eres el Intercesor y la Intercesión ante el Padre,
porque toda oración recibe de ti su fuerza y su valor,
y sin ti sería una oración vacía,
que nunca podría llegar hasta el Padre.

Gracias Jesús porque tu oras en nosotros y con nosotros,
y nuestra oración en tanto es oración,
en cuanto tu la presencialisas y la haces tuya.

Gracias porque nosotros no sabemos orar como conviene,
pero tú atraes al Espíritu santo a nuestros corazones,
para que habite en nosotros y con nosotros,
y se haga clamor filial ante el Padre.

Gracias, Señor,
por habernos dado tantos medios y facilidades,
para nuestro encuentro con el Padre en la oración.
Nos has dado tu Palabra,
con una continua y exigente llamada par meditarla en nuestro corazón.
Nos has dado tus Sacramentos, especialmente la Eucaristía,
que se hacen Acontecimientos privilegiados para vivir tus dones.
Nos has dado tu Iglesia,
para celebrar y proclamar en comunidad, unidos a ti,
las bendiciones y alabanzas al Padre,
y experimentar la riqueza de la fraternidad.
Nos has dado a María,
Madre y Maestra para nuestra inefable comunión contigo.
Desde su Corazón de Madre nos congrega a los Claretianos,
y anima nuestra oración como lo hiciera en el Cenáculo.
Nos has dado a Claret y a tantos hermanos claretianos,
que son un estímulo permanente,
para cultivar con diligencia e ilusión renovada,
el espíritu y la práctica de la oración.
Y nos has dado la creación y la humanidad entera,
para concentrarla en nuestro corazón orante,
para en ti y contigo, presentarla al Padre, pues es suya,
para que la cuide, la bendiga, la guíe, la renueve, la salve,
y en ti y contigo, por la fuerza del Espíritu santo,
la lleve a su plenitud. Amen.

1.- Autobiografía

Necesidad del amor...

264. Estimulado a trabajar por la mayor gloria de Dios y salvación de las almas, como he dicho hasta aquí, diré ahora de qué medios me valí para conseguir este fin, según el Señor me dio a conocer como más propios y adecuados.

El primer medio de que me he valido siempre y me valgo es la oración. Este es el medio máximo que he considerado se debía usar para obtener la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos y el alivio de las almas del Purgatorio. Y por esto en la meditación, en la Misa, rezo y demás devociones que practicaba y jaculatorias que hacía, siempre pedía a Dios y a la Santísima Virgen María estas tres cosas.

265. No sólo oraba yo, sino que además pedía que orasen (...).

267. También rogaba y hacía que las gentes rogasen a los Santos del cielo para que intercedieran con Jesús y María y nos alcanzaran estas mismas gracias. Singularmente invocaba a los Santos que durante su vida sobre la tierra habían manifestado más celo para la gloria de Dios y la salvación de las almas.

270. Oración que rezaba al principio de cada misión.

¡Oh Virgen y Madre de Dios, Madre y abogada de los pobres e infelices pecadores! Bien sabéis que soy hijo y ministro vuestro, formado por Vos misma en la fragua de vuestra misericordia y amor. Yo soy como una saeta puesta en vuestra mano poderosa; arrojadme, madre mía, con toda la fuerza de vuestro brazo contra el impío, sacrílego y cruel Acab, casado con la vil Jezabel. Quiero decir: Arrojadme contra Satanás, príncipe de este mundo, quien tiene hecha alianza con la carne.

227. En las vidas y obras de estos Santos meditaba, y en esta meditación se encendía en mí un fuego tan ardiente, que no me dejaba estar quieto. Tenía que andar y correr de una a otra parte, predicando continuamente. No puedo explicar lo que en mí sentía. No sentía fatiga, ni me arredraban las calumnias más atroces que me levantaban, ni temía las persecuciones más grandes. Todo me era dulce con tal que pudiese ganar almas para Jesucristo, para el cielo, y preservarlas del infierno.

752. 4. Jesucristo, para la gloria de su Padre y salvación de las almas, ¿qué no ha hecho? ¡ay!, le contemplo en una cruz muerto y despreciado. Pues yo, por lo mismo, ayudado de su gracia, estoy resuelto a sufrir penas, trabajos, desprecios, burlas, murmuraciones, calumnias, persecuciones y la muerte misma. Ya, gracias a Dios, estoy sufriendo muchas de estas cosas: pero animoso digo con el Apóstol: *Omnia sustineo propter electos, ut et ipsi salutem consequantur.*

754. 6. Después de la misa estoy medía hora [en] que me hallo todo aniquilado. No quiero cosa que no sea su Santísima voluntad. Vivo con la vida de Jesucristo. El, poseyéndome, posee una nada, y yo lo poseo todo en él. Yo le digo: ¡Oh Señor, Vos sois mi amor! Vos sois mi honra, mi esperanza y mi refugio. Vos sois mi gloria y mi fin. ¡Oh amor mío! ¡Oh bienaventuranza mía! ¡Oh conservador mío! ¡Oh gozo mío! ¡Oh reformador mío! ¡Oh Maestro mío! ¡Oh Padre mío! ¡Oh esposo de mi vida y de mi alma!

756. ¡Oh Padre mío!, tomad este mi pobre corazón, comedlo, así como yo os como a Vos, para que yo me convierta todo en Vos. Con las palabras de la consagración, la substancia del pan y vino se convierte en la substancia de vuestro cuerpo y sangre. ¡Ay Señor omnipotente! Consagradme, hablad sobre mí y convertidme todo en Vos.

767. Delante del Santísimo Sacramento siento una fe tan viva, que no lo puedo explicar. Casi se me hace sensible, y estoy continuamente besando sus llagas y quedo, finalmente, abrazado con él. Siempre tengo que separarme y arrancarme con violencia de su divina presencia cuando llega la hora.

(Interesante analizar las oraciones que escribió en el Noviciado... nn. 153ss).

2.- Documentos Claretianos

Como actividad profundamente sobrenatural, el verdadero apostolado es un ejercicio de fe, esperanza y de la caridad que el Espíritu Santo difunde en el corazón de todos los hijos de la Iglesia (cf. AA 3). Para desempeñar fielmente los ministerios es indispensable vivir íntimamente unido a Cristo, Salvador y Pastor, especialmente por la celebración fructuosa del sacrificio eucarístico y la frecuente recepción del sacramento de penitencia. La lectura piadosa de la Sagrada Escritura, el rezo del Breviario, la oración mental, el Rosario y especialmente el espíritu de oración permanente durante todas sus actividades es fundamento indispensable de la vida y eficacia del apóstol. Así lo vivió nuestro Fundador que consideraba la oración como el primer medio para conseguir la salvación de los hombres (Aut. 264) y así lo inculca vivamente a quienes se preparan para la vida apostólica (Cap 1967, PE, 31).

El espíritu y la práctica de la oración son alimento insustituible de la perfección espiritual y de la vida apostólica (cf. PC 6 y 8). Conviene promover el aprecio de la oración mental y defenderla contra las dificultades de una actividad excesiva o de la inestabilidad psicológica que trae a veces consigo la vida moderna. Para conseguirlo es importante desarrollar el amor a la Sagrada Escritura en cuya lectura y meditación, como nuestro Padre Fundador, conseguiremos la sublime ciencia de Cristo (cf. Fil 3, 8) (Cap 1967, PE, 133).

La Comunidad o miembro de la misma, que, de una manera habitual y prolongada, se viera imposibilitada de hacer oración, según lo explicado más arriba, debería cuestionarse seriamente su situación, pregóntándose si la misma se justifica realmente, o más bien es un signo de que la Comunidad o el individuo están sufriendo una situación que merece estudio y remedio, ya sea porque la vida que se lleva está mal encarada, o porque las estructuras auxiliares o formas de oración no corresponden a la realidad. Una situación así terminaría por cuestionar la existencia misma de esa comunidad o individuo, como claretianos. (Doc Cap. 1973: Anexo. *La oración en la Congregación*, 7. 2º).

Documento capitular CPR:

56. Hemos de vivir una espiritualidad sin fisuras entre oración contemplación y actividad apostólica, al estilo de Claret. Para ello, además de suplicar al Espíritu la gracia de ser contemplativos en la misión, hemos de servirnos de medios como el «acompañamiento espiritual», en orden a nuestro progreso en la vida misionera.

57. Para favorecer un compromiso más serio en la oración personal y afianzarnos mutuamente en ella, hemos de crear ámbitos o momentos de silencio, servirnos creativamente de las metodologías más adecuadas, realizar con más sosiego la oración comunitaria, y compartir con nuestros hermanos la Palabra de Dios y nuestras vivencias de fe. La comunidad, en su proyecto anual, ha de programar la oración y su evaluación periódica. Ha de asegurar a cada uno un tiempo inalienable para su oración personal diaria y la posibilidad de participar en la oración comunitaria.

58. Los ejercicios espirituales, retiros, cursos, asambleas y otros encuentros que se organicen, incluirán como objetivo prioritario impulsar y orientar a cada claretiano en un conocimiento y, sobre todo, en una vivencia profunda de su espiritualidad, según su propio estado en la Congregación.

59. Potenciaremos la dimensión mariana de nuestra espiritualidad, viviendo y expresando, según las culturas de los pueblos a los que servimos, aquella relación con María que nos piden nuestras Constituciones. Ella es para nosotros madre, inspiradora de la Congregación, modelo de seguimiento de Cristo y de asociación a su obra salvadora, primera discípula de Cristo y formadora de apóstoles.

Directorio:

86: Se recomienda encarecidamente a la conciencia y control íntimo de cada uno la fidelidad e intensidad de oración que piden nuestras Constituciones. n. **89:** Se considera imprescindible la oración personal o meditación durante una hora diaria, o media hora excepcionalmente o en circunstancias especiales.

1.- MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Vita consecrata (VC)

Un decidido compromiso de vida espiritual

93 Una de las preocupaciones manifestadas varias veces en el Sínodo ha sido el que la vida consagrada se nutra en *las fuentes de una sólida y profunda espiritualidad*. Se trata, en efecto, de una exigencia prioritaria radicada en la esencia misma de la vida consagrada, desde el momento que, como cualquier bautizado pero por motivos aún más apremiantes, quien profesa los consejos evangélicos está obligado a aspirar con todas sus fuerzas a la perfección de la caridad. Este es un compromiso subrayado vigorosamente por los innumerables ejemplos de santos fundadores y fundadoras, y de tantas personas consagradas que han testimoniado la fidelidad a Cristo hasta llegar al martirio. Aspirar a la santidad: este es en síntesis el programa de toda vida consagrada, también en la perspectiva de su renovación en los umbrales del tercer milenio. Un programa que debe empezar dejando todo por Cristo (cf. *Mt 4,18-22; 19,21.27; Lc 5,11*), anteponiéndolo a cualquier otra cosa para poder participar plenamente en su misterio pascual.

San Pablo lo había entendido bien cuando exclamaba: «Juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús [...] y conocerle a Él, el poder de su resurrección» (*Flp 3,8.10*). (...).

La vida espiritual, por tanto, debe ocupar el primer lugar en el programa de las Familias de vida consagrada, de tal modo que cada Instituto y cada comunidad aparezcan como escuelas de auténtica espiritualidad evangélica. De esta opción prioritaria, desarrollada en el compromiso personal y comunitario, depende la fecundidad apostólica, la generosidad en el amor a los pobres y el mismo atractivo vocacional ante las nuevas generaciones. Lo que puede conmover a las personas de nuestro tiempo, también sedientas de valores absolutos, es precisamente *la cualidad espiritual de la vida consagrada* que se transforma así en un fascinante testimonio.

94 La Palabra de Dios es la primera fuente de toda espiritualidad cristiana. Ella alimenta una relación personal con el Dios vivo y con su voluntad salvífica y santificadora. (...).

Como enseña la tradición espiritual, de la meditación de la Palabra de Dios, y de los misterios de Cristo en particular, nace la intensidad de la contemplación y el ardor de la actividad apostólica. Tanto en la vida religiosa contemplativa como en la activa, siempre han sido los hombres y mujeres de oración quienes, como auténticos intérpretes y ejecutores de la voluntad de Dios, han realizado grandes obras. Del contacto asiduo con la Palabra de Dios han obtenido la luz necesaria para el discernimiento personal y comunitario que les ha servido para buscar los caminos del Señor en los signos de los tiempos. Han adquirido así *una especie de instinto sobrenatural* que ha hecho posible el que, en vez de doblegarse a la mentalidad del mundo, hayan renovado la propia mente, para poder discernir la voluntad de Dios, aquello que es bueno, lo que le agrada, lo perfecto (cf. *Rm 12,2*).

Evangelica testificatio (ET)

42 Deseo de Dios ¿Cómo no vais a desear, queridos religiosos y religiosas, conocer mejor a Aquél que amáis y queréis manifestar a los hombres? ¡Con El os une la oración! Si hubierais perdido el gusto por ésta, sentiríais nuevamente el deseo poniéndoos humildemente a orar. No olvidéis por lo demás el testimonio de la historia: la fidelidad a la oración o el abandono de la misma son el paradigma de la vitalidad o de la decadencia de la vida religiosa.

43 Oración Descubrimiento de la intimidad divina, exigencia de adoración, necesidad de

intercesión: la experiencia de la santidad cristiana nos demuestra la fecundidad de la oración, en la cual Dios se manifiesta al espíritu y al corazón de sus siervos. El Señor nos da este conocimiento de si mismo en el fuego del amor. Son múltiples los dones del Espíritu, pero ellos nos permiten siempre gustar este conocimiento íntimo y verdadero del Señor, sin el cual no lograríamos ni comprender el valor de la vida cristiana y religiosa, ni poseer la fuerza para progresar en ella con la alegría de una esperanza que no decepciona.

44 El espíritu de oración penetra la vida fraterna. Ciertamente el Espíritu Santo os da también la gracia de descubrir el rostro del Señor en el corazón de los hombres, que El mismo os enseña a amar como hermanos. Y os ayuda a recoger las manifestaciones de su amor en medio de la trama de los acontecimientos. Con la atención humildemente dirigida hacia los hombres y hacia las cosas, el Espíritu de Jesús nos ilumina y nos enriquece con su sabiduría, con tal de que estemos profundamente penetrados por el espíritu de oración.

45 Necesidad de vida interior ¿No es quizá una de las miserias de nuestro tiempo el desequilibrio "entre las condiciones colectivas de la existencia y las exigencias del pensamiento personal y de la misma contemplación"? ¡Muchos hombres -y entre ellos muchos jóvenes- han perdido el sentido de su propia vida y están ansiosamente en busca de las dimensiones contemplativas de su ser, sin pensar que Cristo, por medio de su Iglesia, podría dar una respuesta a sus expectativas! Hechos de este tipo os deberían llevar a reflexionar seriamente sobre lo que los hombres tienen derecho a esperar de vosotros, que os habéis comprometido formalmente a vivir al servicio del Verbo, "la luz verdadera que ilumina a todo hombre". Tened pues conciencia de la importancia de la oración en vuestra vida y aprended a dedicaros generosamente a ella: la fidelidad a la oración cotidiana seguirá siendo para cada uno y cada una de vosotros una necesidad fundamental y debe ocupar el primer puesto en vuestras constituciones y en vuestra vida.

Elementos esenciales de la doctrina de la iglesia sobre la vida religiosa dirigidos a los institutos dedicados a obras apostólicas (EE)

30 Al decir « en vuestras constituciones », Pablo VI nos recuerda que para el religioso la oración no es sólo volverse la persona amorosamente hacia Dios, sino también una respuesta comunitaria de adoración, intercesión, alabanza y acción de gracias, que debe ser regulada en forma estable (cf ET 43). No puede dejarse al caso. A nivel de cada instituto, de cada provincia y de cada comunidad, son necesarias normas concretas para que la oración adquiriera profundidad y madurez en la vida religiosa, individual y comunitariamente. Sólo a través de la oración será capaz el religioso, en último término, de responder a su consagración; pero la oración comunitaria tiene una función importante en orden a proporcionar el necesario apoyo espiritual. Cada religioso tiene derecho a ser ayudado por la presencia y ejemplo de los otros miembros de la comunidad en oración. Cada uno tiene el privilegio y la obligación de orar con los otros y de participar con ellos en la liturgia, que viene a ser el centro unificador de sus vidas. Esta ayuda mutua estimula el esfuerzo por vivir la vida de unión con el Señor, a la cual los religiosos son llamados. « La gente tiene que sentir que alguien está obrando a través de ti. En la medida en que vives tu total consagración a Dios, estás comunicando algo de El y es El en último término Aquél por quien el corazón humano está suspirando » (Juan Pablo II).

PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y EL DIÁLOGO COMUNITARIO

Los Claretianos tenemos como un gran honor ser oyentes y servidores de la Palabra, ¿escuchamos a Jesús cuando nos enseña y recomienda la oración incesante? ¿Le imitamos en 'su oración asidua'?

¿Cultivamos el espíritu filial con el ejercicio de la oración del ¡Abbá, Padre!?

María, mujer orante, es Maestra de oración, ¿aprendemos de Élla a orar?

Como Hijos del Inmaculado Corazón de María tenemos una peculiar vinculación filial para con Ella, ¿Cual y cómo está siendo nuestra experiencia de oracional-filial personal y comunitaria? ¿En qué tiempos y hechos, y con qué relieve, vivimos, compartimos y manifestamos ante el pueblo, que el Corazón de María es parte constituyente de nuestra vida de familia y de nuestra misión?

¿Cómo fue en Claret su vida de oración? ¿Cual es para nosotros su enseñanza? ¿En qué aspectos y actitudes le podemos y le debemos imitar?

¿Sabemos leer en los acontecimientos los signos de la voluntad de Dios?

¿Escuchamos en asidua contemplación la palabra que debemos proclamar?

¿Sabemos compartirla con los hermanos? ¿Lo hacemos?

¿Nos lleva nuestra oración a la conversión, a la configuración con Cristo, a vivir su amor y celo misionero con apremio incontenible?

¿Celebramos diariamente el misterio de la Eucaristía con plenitud de espíritu?

¿Cómo es nuestro diálogo y culto a la Santísima Eucaristía?

¿Sacamos de la celebración de la Eucaristía y de la alabanza la energía necesaria para nuestro crecimiento en Cristo y nuestra fecundidad apostólica?

¿Vivimos con interés, pasión y gozo la riqueza de los distintos tiempos litúrgicos?

¿Cómo es nuestra intercesión por la Iglesia y por el mundo?

¿Cómo nos unimos a la Iglesia celeste y veneramos a la Santísima Virgen, San José, San Miguel y los Ángeles, los Apóstoles, y los que tradicionalmente tenemos por Patronos?

¿Qué pasa con nuestra, tu, mi oración personal? ¿Acertamos a rescatar, a ser posible una hora diaria para nuestra personal relación con Dios? ¿Estoy, de verdad, convencido de que es una necesidad primaria para mí y para mi comunidad? ¿Le concedo un puesto prioritario en la vida de cada día? ¿Cómo está siendo en esto mi fidelidad? ¿Tiene algún sentido el saberlo y desearlo y, a la vez, dejarlo y dejarlo, para un tiempo que no llega nunca? ¿Cuales son aquí las consecuencias de la autenticidad o de la inoperancia de los sólo buenos deseos?

¿Mantenemos un ritmo de permanente conversión, con los nuestros, tiempos de reconciliación con Dios y los hermanos, a través del Sacramento del perdón y de la paz?

¿Sabemos articular adecuadamente oración-acción, contemplación-misión? ¿Qué pasa con nuestro servicio apostólico si no va inflamado, como dice Claret, por la oración?

Configuración es la acción de configurar o configurar-se. Equivale a con-formar o conformar-se. Aquí, la figura, la forma, es la de Jesucristo. No, la figura o forma externa; sino su real y rica forma de ser, de vivir, de revelarse, de actuar, existencialmente, en y a través de su propia humanidad. Y aquí, la acción de configurar o conformar-se, se refiere a los Claretianos. Tú y yo, tenemos esta vocación y esta tarea. Como vocación es el proyecto del Padre sobre nosotros, en Cristo por el Espíritu; como tarea, es nuestra respuesta y quehacer personal en fidelidad inalienable, permanente y definitiva¹¹⁹.

¹¹⁹ "La persona, que por el poder del Espíritu Santo es conducida progresivamente a la plena configuración con Cristo, refleja en sí misma un rayo de la luz inaccesible y en su peregrinar terreno camina hacia la Fuente inagotable de la luz" (VC 19c).

CC 39 *La unción del Espíritu Santo, con la que hemos sido ungidos para evangelizar a los pobres, es participación de la plenitud de Cristo. Por eso, los que hemos sido llamados a seguir al Señor y a colaborar con Él en la obra que el Padre le encomendó, tenemos que contemplar asiduamente a Cristo e imitarlo, penetrados de su Espíritu, hasta que ya no seamos nosotros mismos los que vivamos, sino que sea Cristo quien realmente viva en nosotros. Sólo de este modo seremos válidos instrumentos del Señor para anunciar el Reino de los cielos.*

"De un modo muy particular me hizo Dios entender aquellas palabras: Spiritus Domini super me et evangelizare pauperibus missit me Dominus et sanare contritos corde (Is 61, 1)" (Aut 118)¹²⁰. La venida del Espíritu sobre. Primera afirmación que está indicando la acción de envío del Espíritu por parte del Padre y de Hijo. La expresión 'sobre', cuando se habla del Espíritu de Dios, indica con frecuencia que el Espíritu se posa y se derrama sobre las personas, comunicándoles gracias y dones especiales. En el AT. es muy común y también en el NT. Baste como ejemplos significativos: En la Anunciación: "El Espíritu Santo vendrá sobre tí... En la Sinagoga de Nazaret: la aplicación que Jesús se hace del texto de Is 61, 1: Spiritus Domini super me (Lc 4, 18). Pentecostés: Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que dividiéndose se posaron sobre cada uno de ellos (Hech 2, 3) y, seguidamente, Pedro en su discurso citando a Joel: "Sucederá en los últimos días, dice Dios, en que derramaré mi Espíritu sobre toda carne"... (Hech 2, 17). La Teología espiritual nos enseña a ver aquí la iniciativa de Dios y la actividad decisiva del Espíritu Santo para llevar hasta la plenitud esa comunicación de gracia. Sobre nosotros, sobre ti, sobre mí, ha venido el Espíritu para hacernos participar de la plenitud del Ungido.

¹²⁰ Este nº 118 de la Aut. tiene el contexto de todo el Cap. I de la Segunda parte. Lo titula el P. Fundador: *Del llamamiento de Dios para ir a predicar o misionar*. Habla de la impresión que le producía la lectura de la Santa Biblia y cita en concreto los textos proféticos que le hacían mucha impresión. Entre ellos, varios de Is 41; capítulo considerado decisivo en la configuración de su identidad misionera. Después cita Is 61,1 del que dice que fue de una gran luz para él, en el que omite "propter quod unxit me", y añade tres textos del cap. 3 del profeta Ezequiel. En el nº 687 completará el texto con el "propter quod unxit me", en otro contexto y aplicándolo ya a él y a todos los misioneros. La luz y la comprensión que el P. Claret recibe de 61, 1, ilumina y ratifica la interpretación de los demás textos proféticos. Así lo dice él mismo y así lo interpreta Manuel Orge: *Inspiración y fundamentación bíblica del Carisma Claretiano*, en Nuestro Proyecto de Vida misionera, Comentario a las Constituciones, I, Roma, 1989, pp. 207-208; Ver también A. Aparicio: *La Oración del Claretiano, Comentario Bíblico a las Constituciones*, VIII, Seminario Claretiano de Colmenar Viejo, Madrid, 1985, pp 34 y 35; y, en los Cuadernos: *Palabra-Misión*, II: Los Profetas para que el Pueblo viva, folleto 11, pp. 15-18.

Por la venida del Espíritu Santo sobre mí he quedado ungido, 'unxit me', consagrado. En el AT. se describe lo que es la unción real, la unción sacerdotal y, de manera especial, la unción profética, que es la que en este texto de Isaías 61, 1 adquiere todo su relieve. En el NT. la Unción y la Consagración tiene su radicalidad, su centralidad y su plenitud en Cristo, el Ungido. Es, con toda propiedad, El Consagrado. El único que puede consagrarse a sí mismo, consagrar, ungir su Humanidad por su y de su Divinidad, como Hijo. Desde el primer momento de su Encarnación hasta su Resurrección, todo es en Él un proceso consecratorio de su Humanidad, en su desarrollo evolutivo y madurativo hasta la unción en su muerte por el derramamiento de su propia sangre. Corporalmente o humanamente en Cristo está la plenitud de la Divinidad...

Pero hay en Él instancias o momentos fuertes dentro del proceso y, aunque sólo hagamos numerarlas, las podemos poner de relieve: la Unción en La Encarnación, La Unción profética-evangelizadora, cuando él mismo cita y se aplica el mismo texto de Isaías; la Unción en su Muerte y en su propia Sangre, la Unción para la Resurrección. Nosotros también hemos tenido momentos muy fuertes y significativos de unción-consagración: el bautismo, la confirmación, la consagración religiosa, en algunos también la sacerdotal... Pero toda nuestra vida es, como la de Jesús, un proceso creciente de consagración-unción del Espíritu. Cada día, cada minuto, somos activados interiormente, personalmente, por la presencia y acción-unción del Espíritu. Y cada día, tenemos momentos más densos y fuertes de invasión de esa energía poderosa, como son, nuestros tiempos de oración personal y comunitaria, nuestro ejercicio concreto de la caridad, etc., y, muy especialmente, nuestra celebración eucarística. Así se da un crecimiento constante en la pureza y fortaleza de esa unción del Espíritu, que convoca, acoge, potencia, eleva, unifica y, en cierta medida

transforma, todas nuestras capacidades y energías de bien; a la vez que debilita todas nuestras tendencias e inclinaciones desordenadas. Es el proceso en el que se va realizando nuestra configuración con Jesucristo.

Todo cristiano participa del Cristo Ungido por la acción del Espíritu Santo. Todo cristiano es introducido por el bautismo en Cristo el Ungido y es ungido en Él y por Él. Así adquiere su condición filial y fraternal en Él. Es la obra del Espíritu para ese ser y vivir en Cristo-Ungido. El mismo que llena la Humanidad de Jesús de la Divinidad, prolonga esa acción consecratoria sobre los que son llamados a ser y vivir en Cristo.

Y todos los cristianos son ungidos-consagrados para la misión. El envío del Espíritu sobre, 'super', para llenar de su Unción, 'unxit', remite inexorablemente a la misión, a evangelizar. Nadie puede evangelizar en nombre propio ni desde sí mismo, sino y sólo desde el Espíritu y con el Espíritu de Cristo. Él es el único que puede alumbrar en cada uno y, a través de las distintas mediaciones, la Buena noticia del Evangelio.

Sólo y en la medida en que nos sentimos impelidos por la energía de la Unción del Espíritu y nos dejamos iluminar por Él, guiar y conducir por Él, mover por Él, invadir por Él, quemar y purificar por Él, transformar por Él..., podemos seguir a Jesús con fidelidad y colaborar en su obra de salvación. Sólo en la medida en que dejamos que el Espíritu nos centre en Cristo, nos descentre de nosotros mismos, y sea el real y verdadero protagonista de nuestro proyecto personal de vida, iremos confesando, en espíritu y en verdad, que nuestra vida y nuestro vivir es Cristo (cf Gal 2, 19-20) y, su Reino, el único motivo de nuestras preocupaciones, intereses, gozos, sufrimientos, esperanzas.

En orden al servicio del Reino, la Escritura misma nos dice que hay diversidad de funciones: "A cada uno de nosotros le ha sido concedida la gracia a la medida del don de Cristo (Ef 4, 7). El mismo dio a unos ser apóstoles, a otros profetas, etc (Ef 4, 11). O, como dice 1Cor 12, 4ss: Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de ministerios, pero

el Señor es el mismo; diversidad de operaciones, pero es el mismo Dios que obra todo en todos. A cada uno le otorga la manifestación del Espíritu para el provecho común. Porque a uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría, a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu, a otro, fe en el mismo Espíritu; a otro, carisma de curaciones en el único Espíritu; a otro, poder de milagros; a otro, profecía... Luego habla del símil de cuerpo: muchos miembros, pero un solo Cuerpo, así Cristo.

Claret fue creciendo en la toma de conciencia y en la vivencia personal de su vocación-misión por la luz del mismo Espíritu. Esto se hace evidente por sus mismos testimonios en referencia a lo que a él le decían textos bien significativos de los profetas, del Evangelio, de los demás libros de la Escritura, en orden al "evangelizare pauperibus"¹²¹.

El Espíritu 'está sobre mí', se aplica a cada uno de nosotros de un modo a la vez muy personal y muy carismático, es decir, propio para cada uno y común a todos los que participamos del mismo Espíritu o, como dice el mismo P. Claret "a quienes Dios nuestro Señor había dado el mismo espíritu de que yo me sentía animado" y enumera los Cofundadores (Aut 489). Por tanto podemos enfatizar el *sobre* cada uno de nosotros personalmente. En ello podemos ver la absoluta gratuidad y benevolencia de Dios. El ha tenido a bien otorgarnos este don, el regalo tan rico de esta vocación, y lo ha hecho desde su beneplácito y de un modo a la vez muy personal a ti, a mi y, a la vez, sobre nosotros, el mismo don convocante y recreador de comunidad carismática, de la Congregación Claretiana...

En cada Claretiano, la Unción que hemos recibido desde nuestra condición cristiana a través del bautismo y confirmación y que nos sitúa

¹²¹ El P. M. Orge lo expresa así: "El carisma que otorgó Dios a San Antonio M^o Claret es común al de Santo Domingo, San Francisco de Asís, San Ignacio de Loyola y otros varones apostólicos (...). Pero es fruto de una experiencia bíblica muy personal, original e intensa. Tanto que, plenamente consciente de la gracia singular que el Señor le había dado, señaló con relieve e integridad inusitados, (...) algunos de los pasajes de la Biblia que más habían influenciado en su vocación a misionar, y otros que más tarde, en un momento importante de su vida, vinieron a iluminar y configurar más, y acaso de modo extraordinario, su misión en la Iglesia.." (*Inspiración y fundamentación bíblica del carisma claretiano*, en Nuestro Proyecto de Vida Misionera, Comentario a las Constituciones, I: Aspectos Fundamentales, Roma 1989, pp. 198-199).

radical y dinámicamente en el Cristo Ungido, adquiere, por Gracia de la peculiar llamada, vocación claretiana, un relieve, una riqueza, una fuerza y un dinamismo que nos urge a configurarnos con el Cristo Ungido de una manera especial. Considero que este punto es central para nuestra espiritualidad personal y comunitaria..., y es don y riqueza que podemos y debemos descubrir, incorporar, vivir y compartir, en la medida en que, personalmente, hacemos espacio y damos calidad a ese '*contemplar asiduamente a Cristo*'.

Intentamos conseguir nuestra configuración con Cristo por medio de los votos religiosos en una Comunidad misionera. La alcanzamos también y la expresamos por medio de otras virtudes, según nuestro carisma propio en la Iglesia.

Tres aspectos tenemos que subrayar ahora:

Los votos: rasgos de la vida de Jesús para configurarnos con ellos. ¿No comporta un inmenso gozo redescubrir la íntima relación entre estos rasgos o actitudes votivas y las actitudes de las bienaventuranzas evangélicas, viendo en ello sus sorprendentes riquezas para nosotros?

Vividos en una Comunidad misionera: oportunidad privilegiada para realizar esa configuración¹²². 3. Otras virtudes, que se ponen de relieve en nuestro carisma, y que se van a describir en los siguientes números.

¹²² Como cada uno de los votos tiene dedicado un capítulo, nos remitimos a él.

CC 40 *La caridad apostólica es la virtud más necesaria al misionero. De tal modo que, si carece de ella, será como una campana que suena o un címbalo que retiñe. Jesucristo, ungido por un ardiente amor al Padre y a los hombres, se entregó a los trabajos, a la pasión e incluso a la muerte. Del mismo modo, los Apóstoles, testigos de la alegría de la Resurrección de Cristo, impulsados por el fuego del Espíritu Santo, recorrieron el mundo entero. Movidos por el celo apostólico y por el gozo del Espíritu, esforcémonos también nosotros, con todos nuestros medios y recursos, por conseguir que Dios sea conocido, amado y servido por todos. Amemos a todos los hombres, deseándoles y procurándoles la bienaventuranza del Reino ya iniciada en la tierra.*

1° Lo más necesario y, a la vez, lo más valioso: la caridad. Podemos reflexionar y meditar sobre su necesidad y primacía, y lo que significa su ausencia, como contraste, para considerarla con más relieve. El sí es el todo; el no es la nada.

2° Paradigmas: Jesús y los Apóstoles. Ver a Jesucristo, ungido y urgido por el amor al Padre y a los hombres; el celo de su amor en sus ejemplos, sus obras y su doctrina...; y a los Apóstoles, impulsados por su mismo Espíritu, movidos por su mismo celo apostólico.

3° Aplicación a nosotros: dónde y cómo situarnos nosotros, los Claretianos, desde el don-carisma de nuestra propia vocación-misión.

1° Necesidad, primacía y urgencia de la caridad.

Conocemos la centralidad bíblica, teológica y existencial del Amor de Dios al hombre. La respuesta lógica, debe ser también la del amor del hombre a Dios. Es el círculo esencial y vital del cristiano. Ya en el AT. el gran mandamiento era: “Amarás a Yahvé tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas” (Dt 6, 5). Mandamiento que se completa en el Levítico: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Lv 19, 18). Jesús recoge este mandamiento principal en el que se contiene toda la Ley y los profetas (Mt 22, 37-40) y lo lleva a la plenitud de la perfección, esténdiendo ese amor, no sólo al prójimo, sino hasta al enemigo (Mt 5, 44). La caridad es la plenitud. (Rom 13, 10)123.

¹²³ “El ejercicio de todas las virtudes está animado e inspirado por la caridad. Esta es ‘el vínculo de la perfección’ (Col 3, 14); es la forma de las virtudes; las articula y las ordena entre sí; es fuente y término de su práctica cristiana. La caridad asegura y purifica nuestra facultad humana de amar. La eleva a la perfección sobrenatural del amor divino” (CIC 1827).

El amor es la clave y el núcleo de todo el Nuevo Testamento. Constituye la esencia de la Buena Nueva de Jesús 124. Dios, por amor a nosotros, “no perdonó a su propio Hijo”... (Rom 8, 32); y nadie ni nada nos podrá separar de su amor en Cristo Jesús ... (Rom 8, 39). Es el Dios del Amor y de la Paz (1Cor 13, 11). Es Amor libérrimo y redentor (Ef 2, 4; Rom 5, 8). Recrea la piedad, la justicia, la compasión, la reconciliación... Lo proyecta a los suyos a través de su Espíritu, Amor divino derramado en nuestros corazones (cf. Rom 5, 5).

El Amor de Dios es totalmente gratuito. En la medida en que maduramos en ese amor adquirimos la actitud más generosa y desinteresada: la gratuidad. Esta donación de Dios sin medida se nos revela en el NT., tanto en los Sinópticos como en Juan y en Pablo. Es el ápice y cumplimiento de la ley (Mc 12, 28-33), compendio de toda la exigencia moral (Gal 5, 22; 6, 2; Rom 13, 8s; Col 3, 14). La medida de esta actitud en el corazón del cristiano indica la libertad como hijo de Dios para discernir su voluntad.

Dios tiene siempre la iniciativa. Nos alcanza con su salvación sin mérito nuestro (Mc 10, 45; Rom 5, 6 ss). Es universal, sin barreras raciales o sociales (Gal 3, 28). De nosotros espera sintonía con su querer y actuar: sin desprecio a nadie (Lc 14, 13); amando incluso a los enemigos (Mt 5, 43-47) y perdonándoles (Mt 18, 21s); devolviendo bien por mal (Rom 12, 14-21; Ef 4, 25-5, 2); teniendo los mismos sentimientos de Cristo (Flp 2, 5), superando lo negativo en nuestras relaciones e informando todo con la unción de la caridad (1Cor 13).

¹²⁴ Cf. Mt 5, 3 ss; 18, 23; Mc 2, 17; Lc 15; 18, 10 ss.

En el Evangelio de Juan el pozo del Amor de Dios es un océano sin fondo. *Agape*¹²⁵ es uno de los términos claves de Juan. Concentra y explica el ser y el actuar de Dios. Revela su motivación radical y última: “tanto amó Dios al mundo...” (Jn 3, 6). Es de la máxima importancia para el sentido pleno del ser cristiano. Se manifiesta en el don del Hijo unigénito, el Amado por excelencia... (cf. Mt 3, 17), el que estaba “en el principio con Dios” (Jn 1, 1), y ha venido haciéndose hombre (I, 14), para dar la vida al mundo (6, 15), y ser la luz que ilumina a todo hombre (1, 9). Es origen y génesis de todo discernimiento cristiano.

Según el Evangelio de Juan, Cristo está lleno del *Amor* del Padre. “El Padre ama al Hijo y ha puesto todo en sus manos” (3, 35). “El Hijo no hace nada por sí mismo, sino sólo lo que ve hacer al Padre, porque lo que éste hace, lo hace igualmente el Hijo” (5, 19).

La riqueza de la *donación* del Padre se manifiesta en la entrega de su Hijo hasta la muerte por *Amor*. El Padre lo confía todo a Jesús (I3, 15): la obra que realiza (5, 6); el mandato para realizarla (I3, 3); el cáliz que ha de beber (I8, 11); las palabras que comunica (I7, 8); el Espíritu con que actúa y habla (3, 34); el poder de vivificar (5, 26); de interpretar y juzgar (5, 22). El Padre, por Jesús y en Jesús, nos da el pan verdadero (6, 32); el poder ir a Jesús (6, 65); el Espíritu Paráclito (I4, 16); la vida eterna (IJn 5, 11); el amor por el que somos llamados hijos de Dios (IJn 3, 1); su paz (I4, 27); su gloria (I7, 22); el nuevo mandamiento (I3, 34); su propio ejemplo (I3, 26); inteligencia para conocer al Verdadero y la Vida eterna (IJn 5, 20).

Es en el Hijo, y a través del amor del Hijo, cómo el Padre nos capacita para sintonizar con los sentimientos de su corazón, tener su sensibilidad y, como hijos suyos, hijos de su amor, *discernir* connaturalmente lo que a Él le agrada.

¹²⁵ El verbo *agapân*, amar, aparece 68 veces en sus escritos. El sustantivo *agápe*, 28. Unas 30 veces el sujeto de *agapân* es el Padre o simplemente Dios; 16 veces el sujeto es Cristo. Juan usa también *philein* en contextos muy similares a *agapân*, pero con menos frecuencia. Dos veces tiene como sujeto al Padre y tres es dicho de Cristo.

Vivir en el *Amor*, por y para el *Amor*, remansar en el océano infinito del Ser-Amor-Dios, entrar en el ámbito y el dinamismo de la inefable relación trinitaria, es tocar la sustancia de la Vida. Dejarse amar, abandonarse al *Amor*, dejar fluir el *manantial del Amor* por todos los poros del alma, del corazón y del cuerpo, es gustar la experiencia y la riqueza de ese Valor divino: supremo, único, *definitivo*, eterno. Alguien colma nuestros anhelos más hondos y se hace en nuestro corazón como un surtidor que salta hasta la vida eterna (cf Jn 7,37-39). Riega todo nuestro ser. Debilita y va eliminando las inclinaciones de nuestros egoísmos.

En reciprocidad, nuestro amor a Cristo propicia la venida del Padre y del Espíritu a nosotros: “Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él” (I4, 23). “Si me amáis..., el Padre os dará otro Abogado, que estará con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad” (I4, 16-17). Se cumple la voluntad del Padre y el anhelo supremo de Jesús: “que todos sean uno en nosotros” (Jn 17, 21). De ahí brota toda fidelidad y toda fecundidad apostólica.

En Pablo, la riqueza del Amor-Caridad es imponderable. Cada uno puede hacer un ‘excursus’ por sus escritos y asomarse a ese abismo del misterio de Amor del Padre que se nos revela en Cristo Jesús por el Espíritu Santo. Lo que significa en una persona y en un cristiano la riqueza o, por el contrario, el vacío y la ausencia de ese Amor, nos lo describe clara y vigorosamente en 1Cor 13. Sin amor, aunque abunde y superabunde en todo lo demás, ante Dios, nada de nada.

2º La caridad apostólica: Paradigma: Jesús y los Apóstoles

La caridad apostólica, tanto en Jesús como en sus seguidores los apóstoles, se reviste con el rasgo de celo apostólico. Es participación del Celo de Dios y del Dios Celoso. Brota de la naturaleza misma de la verdad de Dios y del Dios verdadero, que no puede soportar ningún tipo de pretensión de igualdad o rivalidad con Él, porque es un total sin sentido, un absurdo y una ofensa grave. No puede haber más que un Dios, un solo Dios verdadero. Es el Dios Dios, Omnipotente, Eterno, Infinito, Absoluto en Sí y

por Sí. Sólo Uno y Único. De suyo, real y verdaderamente no hay más dioses, no puede haberlos. Es Dios y Creador. Todo lo que no es Dios y Dios único, es la creación y son las criaturas. La creación, las criaturas, son obra suya, sólo y nada más que lo que Él les ha dado para ser y vivir como criaturas y creación suya, según lo que han recibido de su Dios Creador y nada más. Su ser y su poder no pasa más allá. Entre ellas, cada una y todas juntas, y Dios, hay una distancia infinita.

Las divinidades son algo que repugna a la naturaleza de la única y sola Divinidad. El Dios verdadero, él mismo, se ha revelado como tal, se ha manifestado a los hombres en Jesucristo según su beneplácito y, siempre, negando y condenando el rango de divino a ningún otro. No existen ni hay otros dioses que pudieran pretender para sí la categoría de la Divinidad. Si la pretendieran sería: 1º porque no la tienen; 2º porque sueñan fuera de toda realidad, algo así como demencialmente.

Los problemas y conflictos, las pretensiones y relativismos se plantean a niveles mucho más rastreros. No es celo y rivalidad entre dioses. Esto sólo existe en las mitologías y en las religiones que son fruto de proyecciones y fantasías humanas, sin ningún fundamento real.

Los planteamientos auténticos y realistas se fundan en lo que ha tenido a bien decirnos el verdadero Dios en Jesucristo ¹²⁶ (revelación bíblica), y en la fe bien fundada en el Dios verdadero (en su revelación). Los planteamientos arriesgados y peligrosos ¹²⁷,

¹²⁶ "Estas tesis contrastan profundamente con la fe cristiana. Debe ser, en efecto, *firmemente creída* la doctrina de fe que proclama que Jesús de Nazaret, hijo de María, y solamente él, es el Hijo y Verbo del Padre. El Verbo que "estaba en el principio con Dios" (Jn 1, 2), es el mismo que "se hizo carne" (Jn 1, 14). En Jesús "El Cristo", el Hijo de Dios vivo (Mt 16, 6) "reside toda la Plenitud de la Divinidad corporalmente" (Col 2, 9). Él es "el Hijo único, que está en el seno del Padre" (Jn 1, 18), el "Hijo de su amor, en quien tenemos la redención (...). Dios tuvo a bien hacer residir en él toda la plenitud, y reconciliar con él y para él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos" (Col 1, 13-14. 19-20). (Declaración DOMINUS JESUS sobre la unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia, nº 9).

¹²⁷ "No son iguales todas las religiones ni son intercambiables las diversas confesiones cristianas. Si todo se nivela, no se sostiene y alienta la misión universal de la Iglesia, y sobre todo se niega sutilmente la fe como obediencia salvadora a la revelación de Dios en Jesucristo. La Iglesia no es dueña de la verdad, la recibe del Señor, la conserva, vive de ella y la transmite" (Ricardo Blázquez,

son los que parten de otros principios o fundamentos, o son elaboraciones, cuya raíz y origen son las tendencias desviadas de la fantasía humana, o de alguna de las humanas alteraciones o deformaciones psíquicas profundas.

El celo de Dios, el celo por el Dios vivo y verdadero que devoraba el corazón los profetas y, después, el de Cristo y de los Apóstoles, es el celo que brota del mismo amor de Dios, que quema por dentro porque los hombres no reconocen al Dios verdadero y le pretenden suplantar por ídolos¹²⁸.

Esta horrible pretensión de negar a Dios y de exaltar a los ídolos, de cualquier tipo, que trae como consecuencia negar al hombre, hecho a imagen de Dios, por Dios y para Dios, es lo que suscita el amor-celo apostólico, para resituar las cosas como son: Dios Dios, el hombre criatura de Dios y para Dios. La amenaza y ataque a esto genera la destrucción del hombre y el caos en el orden y plan querido para el hombre por el mismo Dios. Al que está informado por el amor-celo de Dios no se le permite descansar.

3º Aplicación a nosotros

En primer lugar se nos aplican dos rasgos: 1.- *Movidos por el celo apostólico y por el gozo del Espíritu.*

3.1.- *Movidos por el celo apostólico*

Que seamos *movidos por el celo apostólico*. ¿Qué significa aquí *ser movidos*? ¿No será guiados, animados, informados, impulsados, urgidos? ¿No tendrá un significado semejante a lo que dice Pablo: "los que son guiados por el Espíritu de Dios"? (Rom 8, 14). Movidos, ¿por qué? Por el celo apostólico. Ese ardor, energía, impulso vital irrefrenable, que irrumpe del Amor de Dios en el propio corazón y que se convierte en tendencia apasionada para anunciar el

Introducción a la Declaración Dominus Jesus..., en ibídem, Ed. EDICE, Conferencia Episcopal Española, Introducción, p. 6)

¹²⁸ Sobre 'El Dios celoso' cf. J. Cristo Rey, *Nuestro Proyecto...*, II, pp. 277-281.

Evangelio del Amor de Dios a los hombres. Este celo es la versión apostólica de la vibración radical, activa y total del Amor de Dios en el alma del Claretiano.

En nuestro Fundador está muy claro qué es el celo apostólico. El lema elegido por Claret: 'Caritas Christi urget nos' (2Cor 5, 14) expresa muy bien lo que a Claret le mueve, le inquieta, le preocupa, le desasosiega; expresa el ardor y la llama que abrasa su corazón; expresa el mundo interior de sus intenciones y el exterior de sus desvelos; expresa las motivaciones de su vivir y su obrar. Su ser, su vivir, está todo él ungido y urgido por la caridad apostólica, y sólo por la caridad apostólica. Ser misionero de pies a cabeza; de la mañana a la noche y de la noche a la mañana; cada día, cada hora, cada minuto, cada segundo, sin interrupción.

Pero esto no brota de propio y 'buen ser natural' que le cayó en suerte. Le viene de arriba, por elección, por vocación. Le llamó Dios. Le llamó Jesús para que le siguiera y para proyectar en él y a través de él la misión que Él mismo había recibido del Padre... Jesús, Misionero, le fue formando su misionero, para que reprodujera en su persona, en su vida y en su acción, los rasgos misioneros del Misionero del Padre. Es difícil encontrar para nosotros una frase más central y dinámica de nuestra propia identidad como Claretianos, y lo tenemos muy bien descrito en la descripción que nuestro Padre hace del Hijo del Corazón de María.

3.2.- Movidos por el gozo del Espíritu

¿Qué es este gozo del Espíritu? Es una Alegría interior inefable. Difícil de describir. San Juan de la Cruz, cuando habla de esto (y lo hace muchas veces, v. g., en la Llama de amor viva), dice que está más allá de toda ponderación, y que toda palabra humana es inepta para explicarlo. Con un poco de osadía podríamos, no describir, sino tratar de entendernos de alguna manera. El que es movido por el gozo del Espíritu es porque lo tiene, lo posee, lo gusta, lo saborea. Este gozo es participación cordial, vital, del Espíritu Santo que es Amor. Es el gozo del Amor de Dios que es el mismo Espíritu Santo. Estamos en lo que hemos dicho, aquí mismo, sobre el Amor de Dios y el Amor a

Dios y al prójimo, tan central y decisivo en toda la vida y misión de Claret, y que él lo aplica también a nosotros.

En síntesis podríamos decir que nuestra vocación claretiana es, siempre en presente, y para cada uno de nosotros, llamada a: 1º acoger el don del Amor...; 2º) a sentir, vivir, experimentar, gozar, con todo el corazón, ese don, Amor, Espíritu Santo...; 3º urgencia incontenible a convertirlo en Amor celoso... por y para la gloria de Dios., y para bien de los hombres., en la obras, en el anuncio de la Buena Nueva, en el apostolado... Y lo grandioso es que los tres aspectos son una sola y única realidad vital en nuestra vocación-misión.

A partir de las dos premisas: el gozo en el Espíritu Santo y el celo apostólico, ya se puede ver con lógica: nuestro esfuerzo y nuestra búsqueda de todos los medios y recursos, para que Dios sea conocido, amado y servido por todos..., y para que todos los hombres inicien, ya en la tierra, la bienaventuranza del Reino.

CC 41 *Para tener los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo, que se anonadó a Sí mismo, tomando la forma de siervo, procuremos la humildad que, por disponernos a la gracia de Dios, es el fundamento de la perfección cristiana y, por lo tanto, una virtud muy necesaria a los ministros del evangelio. De todos los dones que cada uno crea poseer, dé únicamente a Dios toda la gloria, procurando hacerlos fructificar copiosamente. Recuerde cada uno sus pecados y defectos y reconozca íntimamente la propia dependencia de Dios. Exprese este conocimiento en el modo de actuar y en sus relaciones con los demás. Confíese sus errores y defectos, pida perdón a los hermanos y préstelos los servicios de caridad, de modo que esté en medio de los hermanos como quien sirve.*

El número tiene: 1º una motivación: la ‘kenosis’ de Cristo; 2º una finalidad: procurar la humildad para tener los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo; 3º unas derivaciones prácticas para que nuestra forma de vivir sea como la de Jesús.

1º La motivación: proceder de Jesucristo.

Si este número se lee ingenuamente, uno se queda un tanto desconcertado. Se inicia con una afirmación teológico-cristológica, nada menos que con la ‘kénosis’ de Cristo, para procurar una virtud moral, la humildad, tan humilde, que fácilmente pasa desapercibida o queda en el olvido, quizá más en los tiempos que corremos; y, se pide, a través de ella, tener los sentimientos de Cristo. Es de lamentar que lo que las Constituciones dicen en ese n° 41 se pueda superficializar y vanalizar.

Si a la lectura ha precedido la consideración profunda del texto que narra Pablo en Fil 2, 1-11, la lectura puede ser muy distinta. El texto de Pablo es a la vez y, esencialmente, cristológico y cristiano. Cristológico, dándonos en síntesis, la forma real del vivir de Cristo y de su Misterio pascual; cristiano, dándonos la forma real y vital de nuestra configuración con Cristo¹²⁹. Los exégetas y teólogos nos invitan a recapacitar sobre la hondura y trascendencia del texto para nuestra vida. La Liturgia, sobre todo, la de Las Horas, lo presenta con frecuencia a nuestra oración meditativa.

¹²⁹ Esta *kénosis*, en realidad, no significa perder el propio ser divino, sino asumir la condición humana para dar, a través de ella, su propia vida divina. Este don implica, lógicamente, en la condición histórica que asume libremente el Hijo de Dios, una desposesión de sí hasta el abismo de la muerte. Pero al desposeerse de sí, no se aliena, sino que manifiesta lo que él es más propiamente, como Dios: Amor, capacidad de darse, siendo así plenamente él mismo (es el Misterio de la Trinidad)” (Piero Coda, *Encarnación*, Diccionario Teológico, EL DIOS CRISTIANO, Ed. Secretariado Trinitario, Salamanca, 1992, pp. 398-399).

Tal vez no se repara lo suficiente en cómo Pablo hace su exhortación introductoria, instando, por lo más sagrado y de forma apremiante, a la comunión de sentimientos con Cristo y entre los hermanos... y, poniendo después, ante la mirada de los cristianos, el ejemplo ‘kenótico’ o de vaciamiento de Cristo. Él, siendo Dios, se rebajó y humilló hasta la simple condición humana, sometido en todo a la misma, y apareciendo y conduciéndose, no como Señor-Dios, a lo que tenía derecho por su condición divina, sino, al contrario, como siervo..., y siervo paciente (cumpliendo así la profecía de Is 42, 1-9; 49, 1-6; 50, 4-11; 52, 13-53, 12), obedeciendo hasta la muerte y una muerte de cruz. La ejemplaridad de este vaciamiento de Cristo consiste en que, de una vez y para siempre, vaciarse de sí, es el núcleo incontestable de nuestro proceder para ser, vivir y crecer como cristianos. Jesús, siendo Señor, se hizo y se condujo como siervo, para que nosotros, aprendiendo de él, recuperemos la verdad de nuestro ser y de nuestra condición humana y cristiana.

Se ve muy atinada la relación entre esa forma de vivir Cristo, y la de conseguir la humildad para tener sus mismos sentimientos. La mirada contemplativa de este vaciamiento de Cristo es capaz de producir una fuerza motivante tal, que desmonte, pieza por pieza, todo el edificio que nosotros hemos pretendido construir (la piedra que desecharon los arquitectos...) tantas veces, desde nuestras débiles, falsificadas y desordenadas inclinaciones humanas; muy proclives a la preponderancia, la soberbia, el afán de poder y dominar sobre los otros y a costa de los otros.

2º La finalidad: procurar la humildad para tener los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo.

Procurar la humildad significa aquí proceder como Jesucristo: anonadarse a sí mismo y tomar la forma de siervo. Es optar por una forma de vivir semejante a la de Jesús para participar de sus actitudes existenciales, de su camino y su destino. Si esta forma se adopta por una llamada suya (ese creo que es nuestro caso), ya no se trata de ejercitar una virtud moral humana, como lo podría hacer un filósofo (Sócrates) o un estoico (Séneca). Si sus raíces y motivo es una vocación o llamada del mismo Jesús, la humildad surge y se configura desde la fe y la caridad, es decir, desde un amén y una adhesión cordial a Jesucristo, que se hace operativa en mil comportamientos concretos revestidos de la humildad cristiana. En este caso, como por otra parte pasa con las demás virtudes morales, el valor de los actos de humildad y de la misma actitud humilde personal, es el que le dan la fe y la caridad de las que está revestida.

Con esta hondura y esta dimensión, la actitud y los actos de la humildad abarcan todo nuestro ámbito personal y relacional, humano y cristiano. Desde la perspectiva y el seguimiento de Jesús que nos dice: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”

(Mt 11, 29), se nos invita a resituarnos, en la verdad, nuestro ser personal. En la verdad ante nosotros mismos (autoestimación): lo que somos, valemos, tenemos, podemos, pretendemos. En la verdad ante los demás (heteroestimación). En la verdad ante Dios, como cristianos (hijos y hermanos), con toda la riqueza de la gracia y toda la vileza del pecado... Nosotros hemos de añadir el resituarnos vocacionalmente, como Claretianos: las potencialidades, grandezas y riquezas de nuestro carisma, y las vilezas de nuestras infidelidades a él.

El ejercicio de la humildad nos lleva a una aproximación, la mayor posible (siempre es relativa), de conocernos en lo que realmente somos (concepto de sí mismo); de aceptarnos tal como somos (en lo positivo y lo negativo); de reconciliarnos realmente. De ahí parte nuestra forma de proceder con y ante los demás, con y

ante Dios. Estamos en una correlación tripolar: conmigo mismo, con los demás, con Dios. La correlación se fortalece en positivo cuando y en la medida en que los tres polos actúan desde la verdad que los constituye. La correlación sufre quebranto en la medida en que cualquiera de los tres actúa, no desde su verdad constitutiva, sino desde imágenes deformadas de esa realidad.

La realidad se falsifica en nuestra mente y en nuestro corazón, por defecto o por exceso. Por defecto se hace cuando se niega o se prescinde de algo bueno o malo de la misma realidad. Por exceso se hace cuando se hincha o se exagera algo bueno o malo de la realidad. Por esta línea del exceso, tal vez habría que anotar algo importante. Si la humildad toma la forma de la caridad y ésta, en su orden, no tiene límites, cabe conceder a la humildad revestida de la caridad, una exageración. Es la exageración del Amor de Dios: “tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3, 16); del Amor de Cristo: “habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo” (Jn 13, 2) “y se puso a lavar los pies a sus discípulos” (Jn 13, 5). “El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres, y apareciendo en su porte como hombre; y se *humilló a sí mismo*, obedeciendo hasta la muerte y una muerte de cruz” (Fil 2, 6-8). ¿Qué sentimientos tuvo Cristo? ¿Fueron simples emociones, o eran profundos, fuertes y permanentes estados de ánimo que configuraban su personalidad? ¿No estaban estos sentimientos enraizados en el sentido y en el destino, en el mismo sentir y vivir ‘forma vitae’ de Cristo? ¿Cómo, sabiendo nosotros, tú, yo, esto, tener sus mismos sentimientos?

Aunque en este número 41 no se nos pone la ejemplaridad de María, *la humilde sierva del Señor*, creo que es para tenerlo en cuenta.

La respuesta de María al anuncio del Ángel: “he aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38), no es un simple acto o gesto de humildad. Es, ante todo, una respuesta personal, consciente y libre, desde y por la fuerza de la Fe en su Dios y Señor. Es la

actitud teologal de una fe incondicional, radical y plena la que, revestida de esa humildad, también plena, propicia, desde su condición humana, que se realice la obra más inconcebible del Dios Altísimo, su Proyecto de Amor y salvación del mundo en su Hijo Jesucristo.

Justamente y en el mismo momento se evoca la actitud fundamental de Jesús y de su Madre María: Al entrar Jesús en el mundo, dice: “¡He aquí que vengo, a hacer, oh Dios, tu voluntad!” (Heb 10, 7), y María dice: “hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38). Esta sintonía de disponibilidad, de corazón y de sentimientos, entre Hijo y Madre, se va a mantener hasta el final. Si Jesús es el siervo y el servidor, María es la sierva y la servidora.

Si Jesús es humilde de corazón, María también. Si Jesús se revela a los sencillos, María es la sencillez personificada... Ella “se ofreció totalmente como *sierva del Señor* a la persona y a la obra de su Hijo, poniéndose al servicio del misterio de la redención bajo él y con él, con la gracia de Dios omnipotente” (LG 56). Si ante María tenemos una actitud filial, como nos corresponde por gracia de Dios y por carisma especial, se abrirá nuestro corazón a su ejemplaridad y sus enseñanzas. Como discípulos, podremos escuchar que nos dice: ‘aprended de mí que soy humilde de corazón...’

Si ella glorifica al Señor “porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava... (Lc 1, 48), nos pide que seamos humildes como Ella... para que el Señor ponga en nosotros sus ojos y glorifiquemos al Señor con Ella y como Ella...

La humildad del Claretiano tiene otra referencia necesaria: Claret. No se trata de hacer literalmente lo que él hizo para conseguir la humildad, ni de copiar las maneras de vivirla y manifestarla. Se trata de revitalizar y enriquecer nuestra identidad claretiana con ese rasgo tan relevante en Claret de la humildad-caridad en su dimensión personal, comunitaria y apostólica. Así se cumplirá en nosotros ‘que la humildad dispone a la gracia de Dios y es fundamento de la perfección cristiana’.

El Catecismo de la Iglesia Católica nos dice que “La humildad es la base de la oración (...) una

disposición necesaria para recibir gratuitamente el don de la oración: el hombre es un mendigo de Dios” (2559). Es muy distinto orar desde la altura de nuestro orgullo, o desde lo profundo de un corazón humilde y contrito (cf. Lc 18, 13). “La humildad confiada nos devuelve a la luz de la comunión con el Padre y su Hijo Jesucristo, y de los unos con los otros: entonces ‘cuanto pidamos lo recibimos de él’ (1Jn 3, 32). “La oración contemplativa es la expresión más sencilla del misterio de la oración. Es un *don*, una gracia; no puede ser acogida mas que en la humildad y la pobreza” (2713). Esta función de la humildad, como disposición y fundamento para hacer bien la oración, la podemos aplicar a todos los demás ejercicios del crecimiento y configuración con Cristo. Si es necesaria para todo cristiano, para nosotros, además, por ser ‘muy necesaria a los ministros del Evangelio’.

3º Unas derivaciones prácticas para que nuestra forma de vivir sea como la de Jesús. La humildad, como las demás virtudes, se realimenta y crece en su propio ejercicio. La semejanza con los rasgos de Jesús humilde, María humilde y Claret humilde, se manifiesta en una serie de actitudes y actos¹³⁰. El texto, siguiendo el criterio de la redacción de estas Constituciones de ser muy conciso, indica sólo algunos. Poniendo entre ellos un poco de relación tendríamos, en primer lugar: 1º el reconocimiento de la absoluta dependencia de Dios que nos resitua en nuestro propio lugar; 2º desde ahí reconocemos todos nuestros dones como recibidos de Él y los hacemos fructificar para su gloria: a Él toda la gloria; 3º como lógica consecuencia, nuestro modo humilde de actuar y de relacionarnos con los demás, prestándoles los servicios de la caridad y estando entre ellos como quien sirve; y, 4º no nos faltarán ocasiones, desde nuestra actitud humilde, de sentirnos urgidos a confesar nuestros errores y a pedir perdón a los hermanos por nuestras faltas.

¹³⁰ “Para una reflexión más amplia, ver J. C. Rey, *Nuestro Proyecto...*, II, pp. 596-602

CC 42 *Esforcémonos por imitar la mansedumbre propuesta por el Señor, que es señal de vocación apostólica. Es ciertamente necesario que la caridad de Cristo nos apremie, de modo que amemos a nuestros hermanos con el mismo amor con que Dios los ama y con fortaleza de espíritu muramos cada día por ellos; sin embargo, a fin de ganar a los más posibles para Cristo, debemos estar siempre animados por su mansedumbre en el ejercicio de nuestro ministerio.*

Jesús une la humildad y la mansedumbre en el mismo aprendizaje: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón” (Mt 11, 29). En él eran dos rasgos correlativos con un mismo fundamento para su vivir y su actuar: el Amor. Antes había proclamado bienaventurados a los mansos (cf Mt 5, 4). Este nº 42 empieza urgiéndonos a la mansedumbre como señal de vocación apostólica, y termina expresándonos un deber: estar siempre animados por la mansedumbre de Cristo para “ganar a los más posibles”. Pero en medio, como el centro y motivación fundamental está el Amor: “que la caridad de Cristo nos apremie”. Amar a los hermanos con el mismo amor de Dios, estar dispuestos a dar la vida por ellos. Resonancia en nosotros de la misma actitud de Jesús: “habiendo amado a los suyos..., los amó hasta el extremo” (Jn 13, 1).

La mansedumbre es un rasgo connatural de la redundancia del Amor de Dios en el propio corazón; es una participación del Amor incontenible del Corazón de Dios y del Corazón de Cristo. Cuando la mansedumbre la contextualizamos en la evangelización es una participación de Cristo misionero, que Pablo lo dice con esa frase: “Caritas Christi urget nos” (2Cor 5, 14), tan válida para todo evangelizador y tan expresiva de la llama que ardía y configuraba el corazón y la vida de Claret y todo su ardor apostólico. En función del apostolado y para hacerlo lo más eficaz posible, Claret reconoció y comprobó en la práctica misionera, que una de las virtudes más importantes para hacer fruto era la mansedumbre. No molesta, no hiere ni ahuyenta a nadie. Al contrario. Su poder de atracción es tan grande, que se convierte en clima positivo, personal y ambiental, para la aceptación de la verdad de la fe que se comunica por la presencia y la palabra del misionero y que abre a la gracia de la conversión y salvación de los destinatarios.

La mansedumbre es efecto de la bondad. La bondad del corazón se manifiesta a través del

cuerpo, de las posturas, los gestos, los sentidos. Los ojos y la mirada pueden estar ungidos por la mansedumbre. Entonces tienen una luz y un brillo especial, cautivador. La mirada, llena de mansedumbre, irradia mensajes positivos, contagia serenidad y paz. A través de ella se proyecta la bondad de la gracia y la misericordia del mismo Dios. Las palabras, cuando van ungidas por la mansedumbre, son portadoras de algo y Alguien inefable; nos atraen a la Buena Nueva; se introducen en las fibras más profundas y sensibles de nuestro corazón; hacen en él resonancia viva y gozosa de la presencia y acción amorosa de la misma Bondad de Dios. ¿Qué nos pasa para que no se revele a través de nosotros esta sorprendente riqueza? ¿Acaso no somos conscientes o no caemos en la cuenta de que esa inefable bondad habita en nuestro interior y la podemos descubrir y cultivar? ¿Tal vez no lo creemos? ¿No acertamos a activar los recursos oportunos y adecuados para ello? ¿No será una lástima que nos privemos nosotros de un inmenso gozo y riqueza y, a la vez, nuestra vocación apostólica sufre una considerable quiebra si en esto tenemos déficit?

El que es manso de corazón es pacífico y pacificador; está reconciliado con Dios y consigo mismo y reconcilia; es abierto y tolerante; comprensivo y paciente; respetuoso y amable con el débil; sabe relativizar los conflictos y relajar las tensiones; no huye de los problemas ni de los compromisos molestos, aunque sea consciente de que, en algunos momentos, las expectativas de mejora o de cambio sean bien escasas. Y, lo más importante, es que reconoce la propia debilidad para mantener por sí y en sí el espíritu y la actitud personal de la mansedumbre, reflejo de la de Jesús y de María. Por ello tiene que estar atento a no perder ese don y regalo de Dios y cultivarlo sin cesar, sobre todo con la oración y la continua activación de esa actitud en su corazón, a pesar de todos los pesares, esperando contra toda esperanza, apostando

desde la locura de la fe, y con frecuencia, perdiendo para ganar. Como casi todas las gracias y regalos de Dios, sin el cultivo perseverante y, a veces esforzado y sacrificado, no se desarrolla, no llega a su madurez, no da frutos sazonados.

CC 43 *Asociados a la obra de la Redención, procuremos configurarnos con Cristo, que dijo: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz». Los auténticos Misioneros, como extranjeros y peregrinos, han de abstenerse de los deseos de la carne que combaten contra el alma. Por eso, guarden con diligente cuidado sus sentidos, glorificando y llevando a Dios en su cuerpo. En la comida y bebida y en el uso de aquellas cosas que favorecen el deleite, elijan las formas de templanza más conformes a las circunstancias de tiempo y de lugar y que mejor corresponden a hombres apostólicos. De este modo, en su frugalidad quedará manifiesto que el cuerpo es de Cristo, por cuya virtud Dios nos resucitará.*

Si reflexionamos sobre nuestro ser cristiano, sobre nuestra inserción e identidad en Cristo, ¿con qué nos encontramos? Ante todo con nuestro ser bautizados en Cristo, sumergidos en el Misterio de su Pasión, Muerte y Resurrección (cf Rom 6, 3-13). Esa identidad radical, y, a la vez, viva y dinámica, nos configura con el Cristo de la muerte, nos hace portadores, en nuestra propia vida y existencia de su misma tensión interior camino de la muerte.

¿Que significa la Cruz para el discípulo, para el seguidor de Jesús? Esta pregunta no hay que hacerla en teoría, sino en la práctica: ¿qué significa y qué implica para mí, para ti, para nosotros -que nos decimos seguidores de Jesús- su camino como camino de cruz? ¿No significa sentirse invadido por el Espíritu testimonial de Jesús? Ese Espíritu emplaza sin remisión a las honduras del sentido y de los sentimientos de Cristo (cf Fil 2, 6-11) para configurarse con ellos. La luz de ese Espíritu ilumina el corazón del cristiano con la irradiación que brota del misterio de la Cruz. Ese Espíritu infunde un temple y una fortaleza en la debilidad de la carne y de la condición humana que llena de asombro al mundo.

Se trata de la locura de la Cruz de Cristo. Se diferencia esencialmente de todo tipo de fundamentalismo o fanatismo. En estos una idea ciega, embota la mente y el corazón, y es capaz de arrastrar a los más abominables crímenes. ¿No lo estamos viendo hoy en algunos de los comportamientos? En la locura de la Cruz de Cristo, la luz de Dios irradia y alumbraba todo el sentido de la existencia humana. El Espíritu de Jesús inhabita al cristiano para confirmar y confesar el contenido de su Fe. Los enemigos son vistos con infinita delicadeza y misericordia. El ejemplo de Jesús y de todos los mártires-testigos de Jesús lo confirman sin cesar lo largo de toda la historia.

No es que se elija ni se valore el sufrimiento por sí mismo. Hay personas que se complacen haciendo sufrir, maltratando y esclavizando; incluso puede haber alguien que se complazca en ser herido y castigado o en autolesionarse. En psicopatología se habla de sadismo y/o masoquismo. Dos enfermedades psíquicas. A ningún ser humano con buena salud psíquica le apetece sufrir. Tampoco es normal que un ser humano de buen natural disfrute haciendo sufrir a otro.

Pero, a la vez, para el cristiano, los gozos naturales no son los valores últimos o definitivos; los sufrimientos naturales pueden convertirse en valores funcionales. No se cualifica la vida humana por los placeres naturales; ni se quiebra su dignidad y riqueza por los sufrimientos. La ascesis y renuncia que en nuestro texto se pide a los Misioneros para que sean auténticos, es consecuencia lógica de tener inserta hasta la médula, la cruz de Cristo: su sentido, su fuerza, su dinámica, su vitalidad, en todas nuestras potencias, sentidos, cuerpo (el cuerpo es para el Señor y para la resurrección) y espíritu, vida y acción. Y usa unas palabras muy significativas: como extranjeros y peregrinos; abstenerse...; guardar los sentidos; glorificar a Dios en el propio cuerpo; la templanza y adaptación; la frugalidad. Cada uno puede examinarse y ver sus puntos débiles en la necesaria coherencia y exigencia (ascesis personal) para caminar en conformidad a la fidelidad que le pide su propia vocación misionera.

CC 44 Recordando las palabras del Señor: «*Quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará*», importa en gran manera que procuren alegrarse en toda adversidad, en el hambre, en la sed, en la desnudez, en los trabajos, en las calumnias, en las persecuciones y en toda tribulación, hasta que puedan decir con el Apóstol: «*Lejos de mí gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo*».

El mismo Señor, que se identificó plenamente con los que sufren, nos invita a reconocerle como paciente en ellos y a prestarles una ayuda eficaz, dando incluso nuestra vida por nuestros hermanos. Solidarios de los hombres que padecen enfermedad, dolor, injusticia y opresión, soportémoslo todo por ellos, para que también ellos consigan la salvación.

Esta configuración es un proceso de cambios y conversión personal. El poder transformador vital brota del Misterio Pascual de Cristo. Es complejo, difícil, extraño a los modos mundanos de interpretar y vivir la existencia humana. Ese *alegrarse* y *gloriarse* del texto, es propio de las bienaventuranzas evangélicas, no de la alegría o el gozo simplemente humano; porque aunque éste sea bueno y muy bueno (no siempre lo es, a veces es lo opuesto, como el gozo y placer egoísta, que nace del desorden y del pecado), esa *alegría* y esa *gloria* los sobrepasa. Su origen, motivo, y contenido es del Dios, germen aquí de la vida eterna. Además, se hace presente sólo en y desde el Espíritu de Jesús, que impulsa a vivir en plena coherencia con la fe y la vocación, aunque por ello tenga que ser perseguido, encarcelado, odiado, martirizado (Hech 7, 57-60); azotado (5, 40); apedreado, etc (2Cor II, 23-27); aunque tenga que pasar por toda clase de calamidades y vejaciones (1Cor 4, 9-13).

Pablo tiene una fuerte experiencia de la cruz de Cristo y de compartir sus padecimientos. El no quiere saber otra cosa sino a Cristo "y este crucificado" (1Cor 2, 2). Esta es su sabiduría y solo se gloria en esta sabiduría y en predicar a Cristo crucificado (1Cor I, 23) frente a los judíos (Gal 6, 12), frente a libertinos (Fil 3, 18ss), frente a los gnósticos (1Cor 6, 12ss).

Pablo es muy consciente de ser portador de la fuerza de la cruz en la debilidad y flaqueza humanas. Somos portadores del gran regalo de Dios, Cristo Jesús, de la luz y la gloria de Dios; pero esta grandeza del poder de Dios la llevamos en "vasos de barro" (2Cor 4, 7). La experiencia de Pablo es esta: "Atribulados en todo, mas no aplastados; perplejos, mas no desesperados; perseguidos, mas no abandonados. Llevamos siempre en nuestros cuerpos

por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues, aunque vivimos, nos vemos continuamente entregados a la muerte, por causa de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo mortal" (2Cor 4, 8-11). Es la vida hecha liturgia del Dios vivo, en todo el ser y el hacer, en todo el ámbito de los sentimientos y pensamientos, de los trabajos y descansos, de las alegrías y sufrimientos. Nuestra existencia real se va convirtiendo en sacramento de la presencia y acción del Cristo Pascual. San Pablo lo pide fervientemente a los cristianos de Roma: "Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual" (Rom 12, 1). Y ¿cómo no aplicarnos a nosotros los Misioneros, y de una manera plena lo que U. V. Baltasar pide para hacerse cristiano? "Hacerse cristiano significa subir a la cruz. Cuando esta ley (como 'forma Christi': Gal 4, 19) comienza a actuar en el cristiano, lo primero que sigue ineludiblemente es que 'no soy yo quien sufre, sino que es Cristo quien en mí sufre' pues de mí se ha hecho él un instrumento para su redención. Nuestro sufrimiento no es nuestro, sino que "llevamos en nuestro cuerpo el morir de Jesús", para que no sea nuestra vida la que se manifieste, "sino que la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal" (2Cor 4, 10ss)"¹³¹.

"Para conservar sin paliativos toda la seriedad existencial del 'pro me' paulino (Gal 2, 20) es preciso que a la apertura ahí manifiesta del amor trinitario por el pecador, responda el pecador con un 'pro te' sin reservas que comprenda que en el 'pro me' de la entrega de

¹³¹ Hans Urs von Balthasar, *Mysterium Salutis*, Vol III, Tom II, Cristiandad, Madrid, 1969, p. 132.

Cristo está él asumido y entregado desde siempre por ese amor y que su fe no es una "obra" propia, sino la ratificación de lo que Dios ha hecho ya; que su fe es entregarse al amor trinitario"¹³²

Desde ahí, el identificarse con Jesús en los que sufren, el reconocerle en ellos, prestarles una ayuda eficaz y darnos sin reservas, el ser solidarios con su situación de enfermedad, dolor, injusticia, opresión, etc., es algo de consecuencia obligada, no por la ley-norma, sino por la misma urgencia y fuerza del amor de Cristo en nuestro corazón.

¹³² H. U. v. Balthasar, *ibidem*, p. 236

CC 45 *Ya que Jesucristo padeció por nosotros, dejándonos su ejemplo, cuando estemos enfermos soportemos la enfermedad y los dolores con humildad y sumisión al divino beneplácito, sabiendo que con nuestra dolencia completamos lo que falta a la pasión de Cristo. Llevemos, pues, con gran paciencia la enfermedad y todas las deficiencias provenientes de la pobreza, predicando a todos con el testimonio de la vida. Cuando alguien esté gravemente enfermo, únase más estrechamente con Cristo, también por medio de los Sacramentos de los enfermos, ofrezca su vida por la salvación de todos y ponga toda su esperanza en aquel que es nuestra resurrección y nuestra vida.*

A lo largo de nuestra vida vamos pasando por etapas diversas. Cada una de ellas tiene su peculiaridad. En cualquier época de nuestra vida podemos tener dificultades, problemas, sufrimientos. Son de signo distinto: físicos, psíquicos, morales, relacionales, espirituales... Normalmente llegan tiempos en los que se debilita nuestra salud física; vamos perdiendo facultades y energías psíquicas; nos acecha el desánimo cuando se van cerrando las posibilidades de nuestras actividades misioneras; nos alcanza la tentación de haber gastado en balde muchísimas ilusiones y esfuerzos, incluso los llamados apostólicos; las relaciones pierden espontaneidad y soltura porque se palpa la limitación física de movimientos (no lo permite la propia salud). Es como un cerco o acoso de debilidades y limitaciones que fácilmente lleva al encogimiento, a centrarse más en la propia 'mala suerte', en el propio 'ego'. Se van cerrando horizontes humanos de futuro, se van acercando y personalizando interrogantes y preocupaciones por lo que a uno le puede ir saliendo en la última travesía. A veces, incluso hay presagios como muy oscuros y de gran riesgo para la propia vida.

La enfermedad de la persona mayor tiene sus agravantes: la ilusión se puede convertir en pesimismo; las ganas de vivir en desafecto por la vida; la energía vital en anemia; la ilusión por la novedad en desinterés por renovarse, convencido de que cambiar, ya no puede ser a mejor, sino a peor. Hay una serie de cosas que conllevan una realidad dura y, vienen situaciones que despliegan una gran parábola simbólica que se prestan a la tentación del hundimiento: la dependencia de médicos y medicinas, a veces con acierto, a veces no; las medicinas, a veces indicadas para unos males y contraindicadas para otros del mismo cuerpo; las muletas; la sillita de ruedas; el régimen alimenticio; la cama, convertida en lecho de

dolor y sufrimientos, cuya experiencia sólo siente el que lo padece. El tiempo de dolor y sufrimiento se distiende inmisericorde; el tiempo bueno, de no tener malestar o dolor, se saborea como una fiesta, pero apenas dura. Cuando alguien le visita y le pregunta..., el enfermo tiene como una sensación de que es alguien ajeno y extraño, porque el dolor es intransferible. Lo que hablen le puede interesar más o menos, pero el visitante se va y él se queda con su mundo de sufrimiento. Aquello de 'mens sana in corpore sano' fue irremediamente ido. Y así, fueron idas tantas cosas, tantas personas, tantas ilusiones... ¿Cómo no decir, en esta situación: 'todo tiempo pasado fue mejor'?

Este puede ser el ambiente y clima personal, exterior e interior, en el que una persona mayor enferma puede estar inserta. Es real, a veces sin horizonte de mejorar. Pero esto no lo es todo. Caben los milagros y se dan continuamente en muchísimas personas. Se pueden dar en nosotros, los Misioneros, con mucha mayor frecuencia y facilidad.

La vida natural y la vida humana pueden ser vividas de forma muy distinta. depende de la categoría humana de la persona. Pero, desde la fe, desde el ejemplo del Jesús paciente, desde la teología de la Cruz, desde la energía poderosa del Misterio Pascual presente y activo en el propio cuerpo y alma, se puede realizar el milagro.

El milagro no consiste en la curación física. Todos los milagros de Jesús tenían una finalidad mucho mayor que esa. El milagro consiste en que el Cristo sufriente, es incorporado por la fe, real y vivamente, a la propia vida de dolor y desgarramiento, a la propia debilidad y flaqueza. Esto se hace con el ejercicio de la fe inserta en la propia vida real. El yo sufro con él, equivale a Él sufre en mí y

conmigo; sufre mi propio dolor, porque lo hace suyo. Con más realismo aún se podría decir que, siendo Él el que primero y propiamente *asume* el dolor y sufrimiento que yo padezco, yo me uno a Él en ese mismo dolor, suyo y mío. No sufro yo, es Cristo quien sufre en mí. Lo asumo con la mayor sencillez, con la mayor paz y tranquilidad posible en el Señor, consciente de mi comunión con Él; y con la mayor Fe, Confianza y Amor. Es posible, dentro de la debilidad y el sufrimiento, mantenerse en la serenidad, paz y fortaleza que da el saberse amado entrañablemente por el Padre del Jesús-Hijo Paciente.

Hay que poner de relieve que la situación personal de gran debilidad y sufrimiento es, en sí, una oportunidad muy especial de fecundidad apostólica. La realidad sufriente conecta con la realidad del Cristo paciente. Lo que Cristo hizo con y en el macro-proceso de su Pasión y Muerte, quiere reactualizarlo ahora en y con nuestro micro-proceso. Aquel dependía sólo de Él y lo hizo a perfección; “en el sufrimiento aprendió a obedecer”; “con el sufrimiento Dios le llevo a la perfección”. Éste, depende de Él y por su parte no queda. ¿Y lo que depende de nosotros, de ti, de mí? Pero hay más. 1º Que esta comunión en sus sufrimientos entra en las mismas entrañas de la vocación cristiana, de seguimiento a Jesús y, sin ella, tal vez, queda fallido algo esencial de su propio proyecto sobre nosotros. 2º Que con ello se alcanza lo nuclear del proyecto salvador de Jesús, haciéndose con Él y por Él eucaristía existencial. 3º Que no hay ninguna actitud de vida cristiana que genere tanta fecundidad apostólica.

Esto, esencial a todo cristiano, tiene un relieve especial en el misionero de Jesús, que ha consagrado toda su vida al Reino y ha vivido y se ha desvivido por el Reino, ¿puede frustrar esta peculiar posibilidad cuando la tiene a su alcance? ¿No sería un mentís a todo lo que anteriormente ha vivido y ha predicado? ¿No quedaría troncada nuestra colaboración con el Cristo misionero en los momentos más significativos de nuestra vida y de nuestra misión?

1.- Para el inicio

Señor Jesús,
Tú fuiste ungido para evangelizar a los pobres;
y lleno de la fuerza del Espíritu Santo,
proclamaste tu Evangelio de salvación.
A nosotros nos has llamado para ser tus misioneros,
y nos has ungido con tu mismo Espíritu,
para anunciar tu misma Palabra de salvación a los pobres.

Tú sabes lo que podemos hacer con solo nuestras fuerzas:
podemos, aun con buenos deseos y voluntad,
vanalizar tu Proyecto amoroso sobre los hombres.
Podemos predicarnos a nosotros mismos,
incluso sin apenas darnos cuenta.
Podemos actuar con criterios mundanos,
y desertizar el campo de tu mies.
Podemos caer en la rutina, la mediocridad, la apatía,
la palabrería, el profesionalismo baldío, el engaño,
la mera apariencia y el simple cumplimiento de la ley.

Necesitamos, Señor, tu Espíritu Santo,
necesitamos su presencia viva y su impulso fogoso.
Haznos caer en la cuenta de que en nosotros actúa tu Espíritu,
cuando vivimos plenamente en ti, de ti, contigo y como tú;
cuando dedicamos tiempos para cultivar tu entrañable amistad
en nuestra oración personal y comunitaria, como claretianos;
cuando podemos decir con verdad, como tu Apóstol Pablo,
y como Claret, que realmente eres tú quien vive en nosotros.

Te pedimos, Señor, estar penetrados de la caridad apostólica,
que te llevó a ti a amar a los hombres hasta el extremo,
y a tus Apóstoles a anunciar tu Evangelio al mundo entero
impulsados por el fuego del Espíritu.
Así conseguiremos, a ejemplo de nuestro P. Fundador,
que Dios sea conocido, servido y amado por todos,
y los hombres consigan la bienaventuranza del Reino.

Concédenos, Señor, amarte hasta tener tus mismos sentimientos,
que seamos verdaderamente humildes y mansos de corazón como tu.
Que sepamos morir cada día a nosotros mismos y vivir para ti.
Que, como Claretianos, nuestros deseos y esperanzas,
sean alegremos en la adversidad y en la tribulación,
hasta lograr la plenitud de comunión de vida, de acción y de pasión,
en y con tu Misterio Pascual. Amén.

2.- Para el final

Te damos gracias, Señor Jesús. ¡Que bueno has sido con nosotros!
Nos has hecho partícipes de las riquezas de Dios.

Ya, en el Bautismo, nos consagraste para ti.
nos hiciste, en ti, hijos del Padre y mutuamente hermanos;
nos diste la inefable riqueza de tu Gracia y Salvación,
por la pura gratuidad de tu irrefrenable Amor.

Después nos llamaste a seguirte e imitarte con un don especial,
y a reproducir tus rasgos de castidad, pobreza y obediencia,
viviendo en una comunidad misionera, al estilo de Claret.
Para configurarnos con tu vida, pasión y muerte salvadora,
derramaste sobre nosotros el Espíritu santo.
y nos llenaste con la fuerza de tu unción para evangelizar

Tú nos has puesto delante tu ejemplo de Amor y entrega,
de vaciamiento y servicio, hasta la muerte y una muerte de Cruz,
y nos quieres a nosotros como seguidores y servidores tuyos,
desde tu presencia en nosotros y la fortaleza que nos das.
Gracias, señor.

Señor, tú conoces muy bien nuestras debilidades,
sabes cuan proclives somos a los individualismos,
queremos que nos sirvan, ser importantes, protagonistas;
no nos resignamos, a morir a nosotros, para vivir tu misma vida.
Pero tú, no nos dejas, no nos abandonas, no te rindes;
porque tu Amor es más fuerte que todos nuestros egoísmos,
y el Espíritu que tú nos das, que nos vivifica y nos une,
es más poderoso que todas nuestras apetencias mundanas.

Tú nos llamas a revestirnos de tu caridad apostólica,
a semejanza de tus Apóstoles y misioneros de todos los tiempos,
especialmente de Antonio M^a Claret.
para que nos sintamos llenos de gratitud por este inmenso regalo,
y correspondamos con generosidad y alegría.

Tú te ofreces continuamente a nosotros,
para ayudarnos a ser humildes y mansos de corazón como tu,
y para que llevando en nosotros la fuerza de tu pasión de Amor,
y el fuego de tu Espíritu Santo, a lo Claret,
sólo deseemos llevar a su plenitud tus proyectos de salvación.

¡Qué bueno eres con nosotros, cada día y cada hora, Señor!
Nos confiamos y unimos enteramente a ti y a tu Espíritu,
dando gracias al Padre de toda bondad y bendición. Amén.

1.- Autobiografía

573 (...) Ciudad de Holguín. Había algunos días que me hallaba muy fervoroso y deseoso de morir por Jesucristo; no sabía ni atinaba a hablar sino del divino amor con los familiares y con los de afuera que me venían a ver, tenía hambre y sed de padecer trabajos y de derramar la sangre por Jesús y María; aun en el púlpito decía que deseaba sellar con la sangre de mis venas las verdades que predicaba.

574. El día 1 de febrero de 1856, habiendo llegado a la Ciudad de Holguín, abrí la santa [visita] pastoral, y como era la víspera de la fiesta de la Purificación de la Santísima Virgen María, les prediqué de este adorable misterio, haciéndoles ver el grande amor que nos manifestó la Santísima Virgen al ofrecer su Santísimo Hijo para la pasión y muerte por nosotros. Las cosas que yo dije y cómo las dije, yo no lo sé; pero decían que fui feliz como nunca. El sermón duró hora y media.

575. Yo bajé del púlpito fervorosísimo, cuando he aquí que al concluir la función salimos de la Iglesia para irme a la casa de mi posada, (...) Se acercó un hombre como si me quisiera besar el anillo, pero al instante alargó el brazo armado con una navaja de afeitar y descargó el golpe con toda su fuerza. Pero como yo llevaba la cabeza inclinada y con el pañuelo que tenía en la mano derecha me tapaba la boca, en lugar de cortarme el pescuezo como intentaba, me rajó la cara, o mejilla izquierda, desde frente [a] la oreja hasta la punta de la barba, y de escape me cogió e hirió el brazo derecho, con que me tapaba la boca, como he dicho.

576. Por donde pasó la navaja partió toda la carne hasta rajarse el hueso o las mandíbulas superior e inferior. Así es que la sangre salía igualmente por fuera como por dentro de la boca. Yo al instante, con la mano derecha agarré la mejilla para contener el chorro de la sangre y con la mano izquierda apretaba la herida del brazo derecho. (...) Al verme quedaron espantados al ver a un Prelado, vestido de capisayos y pectoral, todo bañado en sangre; y además de ser Prelado era un amigo, porque me querían y me veneraban. Al verme quedaron tan estupefactos, que yo tenía que alentarlos y decirles lo que habían de practicar, pues que yo me hallaba muy tranquilo y muy sereno. Dijeron los mismos facultativos que la sangre que había salido por las heridas no bajaba de cuatro libras y media (...).

577. (...). No puedo yo explicar el placer, el gozo y alegría que sentía mi alma al ver que había logrado lo que tanto deseaba, que era derramar la sangre por amor de Jesús y de María y poder sellar con la sangre de mis venas las verdades evangélicas. Y hacía subir de punto mi contento el pensar que esto era como una muestra de lo que con el tiempo lograría, que sería derramarla toda y consumir el sacrificio con la muerte. Me parecía que estas heridas eran como la circuncisión de Jesús, y que después con el tiempo tendría la dichosa e incomparable (suerte) de morir en la cruz de un patíbulo, de un puñal de asesino o de otra cosa así. **578.** Esta alegría y gozo me duró todo el tiempo que estuve en cama, por manera que alegraba a cuantos me visitaban. Y me fue después pasando esta alegría a proporción que se iban cicatrizando las heridas.

579. En la curación de las heridas ocurrieron tres cosas prodigiosas... El asesino (...) se llamaba Antonio Pérez, a quien yo el año anterior había hecho sacar de la cárcel sin conocerle, no más porque sus parientes me lo suplicaron, y yo para hacer aquel bien lo pedí a las Autoridades; y me complacieron y le soltaron, y en el año siguiente me hizo el favor de herirme. (...). El asesino fue cogido en el acto y fue llevado a la cárcel. Se le formó causa y el juez dio la sentencia de muerte, (...) no obstante que yo, (...) dije que le perdonaba como cristiano, como Sacerdote y como Arzobispo. (...) le supliqué el indulto y le dije que le sacaran de la Isla para que la gente no le asesinara, como se temía, por haberme herido; **584.** Yo me ofrecí a pagarle el viaje para que le llevaran a su tierra...

2.- Documentos Claretianos

Nuestro Padre Fundador quiere que lleguemos a alegrarnos en las privaciones, los trabajos, las calumnias y las persecuciones. Esta alegría es la bienaventuranza que Cristo proclamó en el Evangelio (Mt. 5, 10-11). En efecto, así nos configuramos por amor y en verdad con el Maestro o que manifestó su amor aceptando libremente la muerte por la salvación del mundo. De esta manera entramos a participar en su triunfo pascual: «si tamen compatimur ut conglorificemur» (Rom. 8,17); y también así como Cristo por su pasión entró en la gloria y nos envió el Espíritu que con su potencia obra maravillas en su Iglesia, así también de la comunión en su pasión nos viene por su Espíritu la eficacia en el apostolado. Capítulo General 1967 VR, 92).

Desde un encuentro con Dios en Cristo, en MCH:

54. La experiencia radical de Dios en Cristo se fue manifestando de diversas formas a lo largo de la vida de Claret, hasta ofrecernos una síntesis de su especial consagración a Cristo y al Corazón de María, en perfecta vida apostólica y evangélica, orando y sufriendo por la salvación de los hombres, para gloria de Dios Padre.

55. Los pasos decisivos en el proceso vocacional de Claret, cuyo eje primordial es la configuración con Cristo *consagrado* y *enviado* por el Padre para la salvación del mundo, fueron la *imitación exterior* de las llamadas virtudes apostólicas, la *vivencia de sus actitudes interiores* y la *plena transformación*: «*Es Cristo quien vive en mí*».

56. Imitando, reviviendo y dejándose transformar interiormente por Cristo y bajo el dinamismo y la urgencia del celo apostólico, Claret vive con abnegación, pobreza y mansedumbre y cultiva todas aquellas virtudes que le disponen a ser un instrumento adecuado para extender el Reino de Dios. El título de *Misionero Apostólico* expresa su definición esencial.

57. Los rasgos de Cristo más destacados por el P. Fundador son:

a) *El Hijo preocupado por las cosas del Padre* (cf Lc 2,49). Los intereses del Padre son: que sea conocido, que se cumpla su voluntad, que todos los hombres se salven. Claret vive la preocupación de Jesús que siempre está pendiente de la gloria del Padre y de la salvación de los hombres. Cristo no tuvo otros intereses y sufrió hasta la muerte con este fin.

58. b) *El Hijo ungido para evangelizar a los pobres* (cf Lc 4,18). «*De un modo muy particular me hizo Dios nuestro Señor entender aquellas palabras: .Spiritus Domini super me et evangelizare pauperibus missit me Dominus et sanare contritos corde. (Is 61,1)*». Este texto, apropiado por Jesús, hace descubrir a Claret para sí y para sus misioneros, la unción profética y la evangelización de los pobres. Cristo es, para el Fundador, el Siervo-Profeta, ungido por el Espíritu para predicar la Buena Nueva. La misión profética de Jesús constituye la médula de la experiencia apostólica de Claret; es la fuente de su inspiración. Como los profetas están siempre atentos y pendientes de Dios y de los hombres, Claret vivirá su vocación misionera con esa preocupación por prestar sus esfuerzos a la salvación de los demás.

59. c) *El Hijo del Hombre no tiene donde reclinar su cabeza* (cf Lc 9,58). Entiende que debe vivir desprendido, sin casa, sin instalaciones y siempre disponible, como Cristo.

60. d) *Signo de contradicción* (cf Lc 2,34). Este rasgo marcará en Claret un estilo de vida y de apostolado, que podríamos llamar martirial y de esperanza. Al P. Fundador le gustaba contemplar la muerte de Cristo como victoria, como principio de reconciliación y salvación. No es de extrañar que la Eucaristía fuese para él el lugar privilegiado de encuentro con Cristo, primero como presencia real y luego como sacrificio y comunión. Este encuentro con Cristo en la Eucaristía es para Claret fuente de energía apostólica.

61. e) Hijo de María (cf Lc.1,38; 2,7). Su gran devoción a María se fundamenta en que ella es la Madre de Jesús, el Salvador. Y así él se tiene «*hijo y ministro*», formado por María en la fragua de su misericordia y amor. Ella es su «*Madre, maestra y directora*».

1.- MAGISTERIO DE LA IGLESIA

VITA CONSECRATA (VC)

23 El acontecimiento deslumbrante de la Transfiguración prepara a aquel otro dramático, pero no menos luminoso, del Calvario. Pedro, Santiago y Juan contemplan al Señor Jesús junto a Moisés y Elías, con los que –según el evangelista Lucas– habla «de su partida, que iba a cumplir en Jerusalén» (9, 31). Los ojos de los apóstoles están fijos en Jesús que piensa en la Cruz (cf. Lc 9, 43-45). Allí su amor virginal por el Padre y por todos los hombres alcanzará su máxima expresión; su pobreza llegará al despojo de todo; su obediencia hasta la entrega de la vida.

Los discípulos y las discípulas son invitados a contemplar a Jesús exaltado en la Cruz, de la cual «el Verbo salido del silencio», en su silencio y en su soledad, afirma proféticamente la absoluta trascendencia de Dios sobre todos los bienes creados, vence en su carne nuestro pecado y atrae hacia sí a cada hombre y mujer, dando a cada uno la vida nueva de la resurrección (cf. Jn 12, 32; 19, 34.37). En la contemplación de Cristo crucificado se inspiran todas las vocaciones; en ella tienen su origen, con el don fundamental del Espíritu, todos los dones y en particular el don de la vida consagrada.

Después de María, Madre de Jesús, Juan, el discípulo que Jesús amaba, el testigo que junto con María estuvo a los pies de la cruz (cf. Jn 19, 26-27), recibió este don. Su decisión de consagración total es fruto del amor divino que lo envuelve, lo sostiene y le llena el corazón. Juan, al lado de María, está entre los primeros de la larga serie de hombres y mujeres que, desde los inicios de la Iglesia hasta el final, tocados por el amor de Dios, se sienten llamados a seguir al Cordero inmolado y viviente, dondequiera que vaya (cf. Ap 14, 1-5).

24 *Dimensión pascual de la vida consagrada.* La persona consagrada, en las diversas formas de vida suscitadas por el Espíritu a lo largo de la historia, experimenta la verdad de Dios-Amor de un modo tanto más inmediato y profundo cuanto más se coloca bajo la Cruz de Cristo. Aquel que en su muerte aparece ante los ojos humanos desfigurado y sin belleza hasta el punto de mover a los presentes a cubrirse el rostro (cf. Is 53, 2-3), precisamente en la Cruz manifiesta en plenitud la belleza y el poder del amor de Dios. San Agustín lo canta así: «Hermoso siendo Dios, Verbo en Dios [...] Es hermoso en el cielo y es hermoso en la tierra; hermoso en el seno, hermoso en los brazos de sus padres, hermoso en los milagros, hermoso en los azotes; hermoso invitado a la vida, hermoso no preocupándose de la muerte, hermoso dando la vida, hermoso tomándola; hermoso en la cruz, hermoso en el sepulcro y hermoso en el cielo. Oíd entendiendo el cántico, y la flaqueza de su carne no aparte de vuestros ojos el esplendor de su hermosura».

La vida consagrada refleja este esplendor del amor, porque confiesa, con su fidelidad al misterio de la Cruz, creer y vivir del amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. De este modo contribuye a mantener viva en la Iglesia la conciencia de que *la Cruz es la sobreabundancia del amor de Dios que se derrama sobre este mundo*, el gran signo de la presencia salvífica de Cristo. Y esto especialmente en las dificultades y pruebas. Es lo que testimonian continuamente y con un valor digno de profunda admiración un gran número de personas consagradas, que con frecuencia viven en situaciones difíciles, incluso de persecución y martirio. Su fidelidad al único Amor se manifiesta y se fortalece en la humildad de una vida oculta, en la aceptación de los sufrimientos para completar lo que en la propia carne «falta a las tribulaciones de Cristo» (Col 1, 24), en el sacrificio silencioso, en el abandono a la santa voluntad de Dios, en la serena fidelidad incluso ante el declive de las fuerzas y del propio ascendiente. De la fidelidad a Dios nace también la entrega al prójimo, que las personas consagradas viven no sin sacrificio en la constante intercesión por las necesidades de los hermanos, en el servicio generoso a los pobres y a los enfermos, en el compartir las dificultades de los demás y en la participación solícita en las preocupaciones y pruebas de la Iglesia.

EVANGELICA TESTIFICATIO (ET)

29 La Cruz, prueba del más grande amor. Todo esto para decir a qué grado de renuncia compromete la práctica de la vida religiosa. Debéis pues experimentar algo del peso que atraía al Señor hacia su cruz, este "bautismo con el que debía ser bautizado", donde se habría encendido aquel fuego que os inflama también a vosotros ; algo de aquella "locura" que San Pablo desea para todos nosotros, porque sólo ella nos hace sabios . Sea la cruz para vosotros, como lo fue para Cristo, la prueba del amor más grande. ¿No existe quizá una relación misteriosa entre la renuncia y la alegría interior, entre el sacrificio y la amplitud de corazón, entre la disciplina y la libertad espiritual?

Otros

Urs von Balthasar:

"Que los evangelios son "relatos de la pasión con una introducción prolija" (M. Kähler) es evidente, tanto por su estructura interna como por el lugar que ocupan en la predicación primitiva: las primeras predicaciones de los apóstoles no hablan fundamentalmente más que de la muerte y resurrección de Cristo". "Este es el centro de la historia de la salvación en cuanto que en él se cumple la promesa y se hace pedazos toda la ley con su carácter de maldición (Rom 4). Este es el centro de la historia universal al reconciliar a todos en el cuerpo crucificado (Ef 2,14ss), superando categorías de "elegido" y "no elegido". Y es el centro de toda creación y predestinación, ya que "antes de la creación del mundo" fuimos predestinados en la sangre de Cristo para ser hijos de Dios (Ef 1,4ss) (...) A los judíos esta verdad les resulta escandalosa, a los paganos, imbecil, porque parece hablar de la "debilidad e imbecilidad de Dios". Pero esa verdad está dotada de una fuerza crítica que en la CRUZ pone de manifiesto toda la "fuerza de Dios" (Lcor 1,18.24). Esa fuerza es tal, que incluso puede, paradójicamente, salvar (Rom 11,26) a Israel que ha tropezado con la piedra angular (Rom 9,30ss)". (H. U. von Balthasar, *Mysterium Salutis*, Vol III, Tom II, Cristiandad, Madrid, 1969, p. 146-147). En el himno cristológico de Fil 2,5-II, se presenta a Cristo como paradigma de baciamento y despojo. "El presupuesto último de la kénosis es la "abnegación" de las personas (como puras relaciones) en la vida trinitaria del amor. Se da además una kénosis básica de la creación como tal, puesto que Dios desde la eternidad asume la responsabilidad de su éxito (aún contando con la libertad humana) y, al prever el pecado, "incluye" la cruz (como fundamento de la creación):"La cruz de Cristo va inscrita en el mundo creado desde su fundación" (Bulgakow). Finalmente en el mundo real pecador, "comienza su pasión redentora a reglón seguido de su encarnación" (Bulgakow). Y puesto que la voluntad de kénosis redentora es la inseparable voluntad trinitaria, Dios Padre y el Espíritu Santo están también comprometidos hasta el fondo de la kénosis: el Padre enviando y abandonando; el Espíritu uniendo a través de la separación y la distancia..." (Balthasar, p. 162).

PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y EL DIÁLOGO COMUNITARIO

Hemos sido ungidos por el Espíritu para evangelizar y somos llamados a seguir al Señor y colaborar en su obra. Esto nos urge a “contemplar asiduamente a Cristo e imitarlo”, ¿cómo lo estamos haciendo en la práctica de cada día? ¿Acertamos a dejarnos penetrar de su Espíritu, más y más, hasta que, no seamos nosotros, sino Cristo quien viva en nosotros?

¿Cómo interpretamos el texto constitucional que dice: “sólo de este modo seremos válidos instrumentos del Señor para anunciar el Reino de los cielos”?

¿Cómo tratamos de conseguir nuestra configuración con Cristo mediante los votos en una Comunidad misionera?

¿Cómo y cuándo ejercito yo la virtud más necesaria para ser misionero: la caridad apostólica, sin la cual no soy misionero? ¿Cómo imito, imitamos a Jesucristo 'amando y entregándose hasta la muerte y una muerte de Cruz'?

¿Cómo imito, imitamos, a los Apóstoles impulsados por el Espíritu, para ser testigos de Jesús?

¿Cómo me esfuerzo, nos esforzamos, con todos los medios posibles, y a semejanza de Claret, para que Dios sea conocido, amado y servido por todos, y así se salven?

¿Qué tipo de humildad se nos pide para tener los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo, que se anonadó a sí mismo? Se nos dice que la humildad es 'una virtud muy necesaria al misionero', ¿lo siento yo así en mi propio corazón? Se la llama 'fundamento de la perfección por disponernos a la gracia de Dios ¿cómo actúa y activa en mí, en nosotros, esa disponibilidad?

¿Reconozco con humildad mis debilidades, lagunas, fallos y pecados, ante Dios y en mis relaciones con los demás? ¿Pido con sencillez perdón a mis hermanos? ¿Estoy entre ellos como quien sirve?

La mansedumbre 'es señal de vocación apostólica', ¿ejercito la mansedumbre a ejemplo del Señor y del P. Fundador en mi servicio apostólico?

¿Cómo hago mía la urgencia de Pablo: “el amor de Cristo nos apremia”, hecho lema y ley del vivir y actuar del P. Claret? ¿Amo a los hermanos con el Amor de Dios? ¿Vivo y muero, desde ese amor, cada día, por ellos?

¿Qué están significando en mi vida real las palabras de Jesús: “*Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz*”? ¿Qué políticas o estrategias empleo yo con los deseos de la carne? ¿Son los apropiados a mi vocación misionera? ¿Cómo está siendo mi vigilancia y diligencia en el cuidado de los sentidos y de las fantasías? ¿Ejercito la templanza y la frugalidad en las comidas y bebidas?

¿Cómo es en mí ese 'alegrarse en toda adversidad y tribulación', a ejemplo de Pablo y de Claret, para gloriarme sólo “en la cruz de nuestro Señor Jesucristo...? ¿Cómo está siendo mí, tú, nuestra sintonía, cercanía, solidaridad y ayuda real con los que sufren y los pobres?

Si a mí me alcanza o acosa la debilidad y/o el sufrimiento, ¿cuales son mis actitudes ante esa dura y penosa situación personal? ¿Aprendo a aceptarla y ofrecerla? ¿Me voy haciendo, con la energía del Espíritu de Jesús, eucaristía existencial? ¿Pienso también en cómo me puedo ayudar a mí mismo y dejarme ayudar, con recursos humanos y sencillos que me hagan las dificultades más llevaderas?

¿Me voy preparando para el paso final, la 'hora', con la firme Esperanza de la vida eterna?

CC 46 *Nuestra vocación especial en el Pueblo de Dios es el ministerio de la palabra, con el que comunicamos a los hombres el misterio íntegro de Cristo. En efecto, hemos sido enviados a anunciar la vida, muerte y resurrección del Señor, hasta que vuelva, a fin de que todos los hombres se salven por la fe en Él.*

Compartiendo las esperanzas y los gozos, las tristezas y las angustias de los hombres, principalmente de los pobres, pretendemos ofrecer una estrecha colaboración a todos los que buscan la transformación del mundo según el designio de Dios.

Debemos anunciar la Buena Nueva del Reino en fidelidad y fortaleza, sobre todo porque son muchos los que a él se oponen, por ambición de poder, por afán de riquezas o por ansia de placeres.

Podemos reparar en algunos puntos:

1º - En el primer párrafo se apropian a nuestra vocación especial dos cosas: 1ª *acción*: el ministerio de la palabra para comunicar el misterio íntegro de Cristo; 2ª *finalidad*: para que los hombres se salven por la fe en Él.

2º - En el segundo, la *inserción*: compartir gozos y tristezas, esperanzas y angustias; y la *colaboración*: para la transformación del mundo.

3º - En el tercero, el *anuncio*, en *fidelidad* y *fortaleza*, en un contexto mundano de oposición.

1º - Nuestra acción: el ministerio o servicio de la Palabra de Dios para que los hombres crean y se salven¹³³.

Pero ¿qué es la Palabra de Dios y cómo servirla?

- La Palabra de Dios es **creadora**, "Dios, creando y conservando el universo por su Palabra (cf Jn I, 3), ofrece a los hombres en la creación un testimonio perenne de sí mismo" (DV 6). Y en Rom I, 19-20: "pues lo que de Dios se puede conocer, está en ellos manifiesto: Dios se lo manifestó; porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su

¹³³ Esta especificación de nuestro servicio a la Iglesia y al Pueblo de Dios, viene subrayada vigorosamente como carisma y tradición claretiana. Está bien claro en la vida y acción del P. Fundador, y está bien patente a través de toda la tradición viva de la Congregación. Dos muestras relevantes y recientes son: el documento del XXI Capítulo General: "Servidores de la Palabra" y la maravillosa obra "Palabra-Misión", seis carpetas de estudios y subsidios ordenados a cualificar nuestro ministerio de la Palabra. Como textos concretos de lo que para nosotros es la Palabra y el ministerio de la Palabra, se puede ver, en "Servidores de la Palabra", II, nºs 6-22; y en Palabra- Misión, el cardenillo de la Presentación de la primera Carpeta y, en la Carpeta sobre la Sinópticos, en las pp. 20ss).

divinidad, de forma que son inexcusables"

- Todo cuanto existe es pronunciado por la Palabra poderosa de Dios y se convierte en una pequeña palabra: la piedra, el árbol, el pájaro, la montaña, la luna..., "*dixit et facta sunt*". "Mil gracias derramando pasó por estos sotos con presura y yéndolos mirando con sola su figura vestidos los dejó de su hermosura" (S. J. de la Cruz, Cántico, 5).

El hombre es una palabra especial de Dios: "*Fatiamus hominem... ad imaginem et similitudinem nostram...*" (Gn I, 26). La Palabra realiza lo que anuncia (Is 55, 10s), es viva y eficaz (Heb 4, 12-13), revela el sentido de la creación y se hace mandamiento saludable (Ex 20, 1-17), promete la salvación a quienes interpela (Hech 13, 26). Ahí está el hombre, hecho por la Palabra, hecho palabra, pequeña palabra, capaz de articular las palabras esparcidas en la creación..., y de articular, en lenguaje humano, la misma revelación de Dios.

- Jesús, a diferencia de los profetas, no comienza sus palabras evocando la Palabra de Dios (Lc 3, 2), sino que declara: "Pero yo os digo" (Mt 5, 22). Su palabra realiza milagros (Mt 8, 8), perdona los pecados (Mt 9, 1-7), transmite su poder personal (Mt 18, 18), perpetúa su presencia (Eucaristía) (Mt 26, 26-29). Como la de Dios, interpela a los que la escuchan, los cuales deben decidirse a favor o en contra (Mt 7, 24-27). Hoy como ayer los hombres se dividen ante esta Palabra (Mc 8, 38), por un SÍ o un NO, con sus respectivos grados de fuerza o niveles.

- Según S. Juan, en continuidad con la tradición sapiencial y en la misma línea de la carta a los Hebreos, la Palabra subsistente de Dios pre-existe a la creación, de la que es autora (Jn I, 1-3). Ante el fracaso de las primeras manifesta-

ciones de la Palabra, ésta ha tomado un rostro humano: se ha hecho hombre, carne (Jn I, II, 14). La Palabra invita a los hombres a reconocer al Padre a través de Jesús y a escuchar mejor su palabra (Jn 3, 34)¹³⁴.

Y ¿en qué consiste para nosotros ser ministros de la Palabra? Primero tendríamos que pensar en cómo vivir de la Palabra, para después, proclamar la Palabra desde el corazón:

Señalamos algunas:

- el acercamiento a la Palabra con sumo respeto, veneración, reverencia;
- la conciencia de estar ante el Dios que nos habla...;
- el reconocimiento de la propia debilidad ante la Palabra;
- tener un corazón evangélicamente pobre;
- la fe sencilla, profunda, teologal;
- el deseo de buscar y encontrar al Dios vivo en su Palabra¹³⁵;
- la confianza ilimitada en la virtud de la Palabra;
- la disponibilidad incondicional: para dejarse alcanzar totalmente por la Palabra;
- recrear la paz y la serenidad interior y exterior;

personales vitales, para que esto se esté realizando en mi vida y se proyecte en mi acción misionera?

- propiciar interiormente grandes espacios de libertad;
- cultivar el sentido de presencia en la fe;
- hacerse todo oído, ejercicio de escucha fiel;
- una atención delicada y vigilante al Espíritu;
- la prontitud para obedecer;
- la reproducción cordial de las actitudes

¹³⁴ Lo que es y significa la Palabra de Dios lo tenemos en muchísimos documentos de la Iglesia. Aludimos a uno extraordinariamente rico, para la meditación-experiencia personal y comunitaria, y para el anuncio de la misma Palabra: la Constitución Dei Verbum, del Concilio Vaticano II.

¹³⁵ "Quiso Dios, con su bondad y sabiduría, revelarse a Sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad (cf Ef 1, 9): por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de la naturaleza divina (cf Ef 2, 18; 2Pe 1, 4) En esta revelación, Dios invisible, movido de amor, habla a los hombres como amigos, y trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía"... (DV 2).

de María..., y del propio Fundador... ¹³⁶

Estas actitudes producen una experiencia personal, profunda, fuerte y gozosa¹³⁷, y nos disponen a ser auténticos misionero y servidores de la Palabra.

Dice nuestro documento del Capítulo General del 1991: *Servidores de la Palabra*: "Imitando a Jesús, el Profeta por excelencia, a quien tan radicalmente siguió nuestro Fundador, nosotros hemos de convertirnos en signo y expresión de la Palabra de Dios" (SP, 6). "Sin el primado de la Palabra, la comunidad claretiana pierde su razón de ser, nuestro anuncio pierde la impronta comunitaria con la que Claret nos marcó. Habitada por la Palabra, como el Corazón de María, nuestra comunidad no vivirá dividida ni instalada (cf Lc 1, 38-39), nunca será insensible a los clamores de Dios en los hombres (Jn 2, 3), ni servirá a ningún tipo de ídolos (cf Lc 1, 49. 52). Será tierra buena que da mucho fruto (cf Lc 8, 15. 21). Proclamada por una comunidad de hermanos que viven unidos con Jesús y en Jesús (cf Mc 3, 14; Jn 17, 23), la Palabra del Reino será creíble y atrayente" (SP, 7). "El Espíritu nos ha reunido para compartir la vida y misión de Jesús, colaborando en el ministerio de la Palabra y 'poder hacer con otros' lo que no podemos ni debemos hacer solos." (SP 9).

En Palabra-Misión se nos recuerda que nuestra vocación nos emplaza a: "Acercarnos más profundamente a la Palabra de Dios y descubrir en ella el gran proyecto que Él tiene para sus

¹³⁶ En *Palabra-Misión, III, Sinópticos y Hechos*, en el folleto: Con Claret al servicio del Evangelio, nº 8: Lectura vocacional del Evangelio en clave claretiana, encontramos unas preciosas indicaciones para nuestro encuentro personal y oracional con la Palabra, como Claretianos, para ser configurados por ella y, a partir de ahí, vivir gozosamente la riqueza de su contenido y ponerse de verdad, incondicionalmente, a su servicio.

¹³⁷ "La Iglesia ha considerado siempre como norma suprema de su fe la Escritura unida a la Tradición, ya que, inspirada por Dios y escrita de una vez para siempre, nos transmite inmutablemente la palabra del mismo Dios; y en las palabras de los Apóstoles y los Profetas hace resonar la voz del Espíritu Santo. Por tanto, toda la predicación de la Iglesia, como toda la religión cristiana, se ha de alimentar y regir por la Sagrada Escritura. En los libros sagrados, el Padre, que está en el cielo, sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos. Y es tan grande el poder y la fuerza de la palabra de Dios, que constituye sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de la fe ara sus hijos, alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida espiritual. Por eso se aplican a la Escritura de modo especial aquellas palabras: "La Palabra de Dios es viva y enérgica (Heb 4, 12), puede edificar y dar la herencia a todos los consagrados (Hech 20, 32; 1Tes 2, 13)" (DV 21).

hijos e hijas. Descubrir ese proyecto, sentirnos parte del mismo y discernir cómo nos podemos poner hoy a su servicio constituye una condición indispensable para que esta 'nueva evangelización' se haga realidad y se lleve a cabo según el estilo de Jesús. (...). Es una lectura 'en clave de servicio': leer la Palabra para descubrir en ella el proyecto de Dios y ponerse a su servicio, y para poder 'servirla' a los demás en el ministerio apostólico. (...) Se trata de un proceso que intenta ayudar a reconstruir la propia identidad personal y comunitaria desde la Palabra, de volver a las raíces de nuestra identidad cristiana y misionera" (Palabra-Misión, Presentación). ¿Para qué? Para que, el mundo, los hombres crean en Él y se salven.

2º - En el segundo, la inserción: compartir gozos y tristezas, esperanzas y angustias; y la colaboración: para la transformación del mundo.

La *inserción* en y con la situación real, positiva y negativa, buena y mala, de la actual condición de la humanidad, debe ser, sencillamente, la imitación y prolongación, de lo que fue y sigue siendo la Encarnación del Hijo de Dios. Son muchas las situaciones y las personas y grupos buenos con los que nosotros sintonizamos en nuestro corazón y compartimos gozos y esperanzas. Esto lo necesitamos para alimentar y acrecentar nuestros valores y riquezas, desde lo positivo. Y son muchísimas las situaciones, las personas, los grupos, los pueblos, etc., que están sufriendo elementales carencias humanas por tantas formas de injusticia; y grandes carencias cristianas, por tantos obstáculos y dificultades al anuncio de la fe, por legislaciones, políticas, prejuicios y actitudes antirreligiosas, etc.. En el texto se pone énfasis en las angustias de los pobres. Por tanto se nos recuerda, una vez más, la encarnación en la pobreza, con los pobres. Algo que, si lo consideramos desde nuestra vocación claretiana, como proyección de la actitud de pobreza de Claret, nos debiera resultar, no extraño, sino connatural, normal a la identidad de nuestra propia vocación-misión, tanto personal, como comunitariamente.

Nuestra disponibilidad para la misión compartida ha de ser estrecha, es decir, desde un

sentido eclesial de profunda comunión y *colaboración*; y ha de ser con todos los que ponen en activo sus ilusiones, talentos, energías y tiempo para la transformación del mundo.

Es una pretensión que incluye todos los ámbitos naturales, humanos, cristianos, con sus pros y contras. Jesucristo y su Evangelio ha de ser siempre el nervio y eje central, como fuerza convergente y vertebrante, y el criterio de discernimiento, para el despliegue de todos los elementos y energías disponibles, propia y ajenas, para la misión.

3º - En el tercero, el anuncio, en fidelidad y fortaleza, en un contexto mundano de oposición.

3.1. En Fidelidad:

La fidelidad es la relación coherente con unos puntos o núcleos fundamentales de referencia. Una coherencia en la que hay que dar el protagonismo al Espíritu y secundar su acción. Estos puntos de referencia dinámica, a veces personales, son principalmente:

Jesucristo con su riqueza personal en lo que esa riqueza significa para mi vida en conformidad a la llamada - vocación que él mismo me hizo y me sigue haciendo, y a la que constantemente me invita a responder.

El Espíritu Santo como Señor y Maestro de la obra principal de configuración con Jesucristo, que se tiene que estar realizando en mi vida, y me urge a estar muy atento a sus mociones para evangelizar.

El Padre-Dios como principio de todo y fin de todo en mi existencia y como Aquel que me envuelve, me bendice, me acoge y me protege siempre, con infinito amor, por medio de Cristo en el Espíritu Santo, para ser instrumento de su gloria.

María, como la Madre de la Gracia, en cuyo Corazón encuentro, como hijo, el lugar personal donde puedo aprender a realizar la fidelidad fecunda y gozosa al Espíritu Santo y asumiendo las actitudes de su Corazón.

Claret, como presencia - mediación a través de la cual se me sigue dando la gracia carismática

de mi vocación, a través de cuya experiencia yo redescubro cada día mi propia identidad religiosa y misionera, y que puedo hacer fecunda recreando en mi espíritu hoy las actitudes de fidelidad de Claret...

La Iglesia, en la que encuentro mi razón peculiar de ser y actuar, de dar y recibir, en conformidad a las gracias y al don carismático recibidos del Espíritu a través de Claret, y que se integran y armonizan con y entre las demás gracias y carismas para el crecimiento del Cuerpo de Cristo, y de su actividad misionera.

La Congregación como familia en la que alimento y desarrollo mi vocación específica en la Iglesia, y recibo, vivo, comparto e irradio la inefable riqueza de mi vocación-misión.

La comunidad concreta, como contexto para las relaciones primarias y para el cultivo del dar y recibir, del gozar y el sufrir, del convivir y compartir la existencia con otros hermanos, en una pluralidad rica, armonizada en la fuerza convocatoria del carisma.

El contexto concreto en el que me toca vivir: cultural, social, político, económico, religioso, etc., en cuyas coordenadas, luces y sombras, ventajas y desventajas, tengo que ejercitar la dinámica de mi fidelidad de vida y misión.

En la tarea que me ha sido asignada, en la que tengo la posibilidad de convertir todo para mi bien y el de mis hermanos; para mi crecimiento integral y para ayudar a vivir y crecer a mis hermanos; para alcanzar una plenitud y llegar a la madurez de Cristo personalmente, y ser para los demás, estímulo y ejemplo, de ese proceso de maduración. Este proceso de fidelidad será auténtico, si, en todo ello y a través de todo ello, amo verdaderamente a mi Dios y a mis hermanos, según me exige mi propia vocación claretiana. Porque Dios todo lo dispone para bien de los que le aman.

La fidelidad a mí mismo la puedo entender y ejercitar, sólo con esas referencias y en ese contexto, desde el que emerge y en que se consolida y madura mi propia identidad.

Esta fidelidad tiene un precio. A veces hay pagar con la propia sangre. En VC se habla de la fidelidad de los consagrados hasta el

martirio¹³⁸.

3.2. En Fortaleza:

¿Qué significa en fortaleza? “La fortaleza es la virtud moral que asegura en las dificultades la firmeza y la constancia en la búsqueda del bien. Reafirma la resolución de resistir a las tentaciones y de superar los obstáculos en la vida moral. La virtud de la fortaleza hace capaz de vencer el temor, incluso a la muerte, y de hacer frente a las pruebas y a las persecuciones. Capacita para ir hasta la renuncia y el sacrificio de la propia vida por defender una causa justa. ‘Mi fuerza y mi cántico es el Señor’ (Sal 118, 14). ‘En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!: Yo he vencido al mundo’ (Jn 16, 33)” (CIC 1808).

“Experimentamos con frecuencia las dificultades de nuestro ministerio, porque transmitir un mensaje de anuncio y denuncia en situaciones conflictivas de increencia, de injusticia, de alienación o de muerte, es siempre peligroso y arriesgado. Jesús fue el «mártir de la Palabra», y precisamente por eso, nadie ha logrado acallarla. Nuestra historia congregacional, desde nuestro mismo Padre Fundador, es rica en mártires¹³⁹. Si amamos apasionadamente a Dios, a María y a nuestros hermanos, percibiremos en nosotros una fuerza que nos hará vencer la timidez, el miedo, los complejos, las tentaciones de callar cuando debiéramos hablar. Así lo expresó nuestro Fundador en la definición del Hijo del Inmaculado Corazón de María (cf Aut 494). Nuestro texto constitucional nos traza el camino de configuración con Jesucristo. En los trances difíciles del anuncio de la Palabra,

¹³⁸ “En este siglo, como en otras épocas de la historia, hombres y mujeres consagrados han dado testimonio de Cristo, el Señor, con la entrega de la propia vida. Son miles los que obligados a vivir en clandestinidad por regímenes totalitarios o grupos violentos, obstaculizados en las actividades misioneras, en la ayuda a los pobres, en la asistencia a los enfermos y marginados, han vivido y viven su consagración con largos y heroicos padecimientos, llegando frecuentemente a dar su sangre, en perfecta conformación con Cristo crucificado. La Iglesia ha reconocido ya oficialmente la santidad de algunos de ellos y los honra como mártires de Cristo, que nos iluminan con su ejemplo, interceden por nuestra fidelidad y nos esperan en la gloria” (VC 86).

¹³⁹ ¿Cómo no evocar aquí la sorprendente presencia y fortaleza del Espíritu de Jesús en nuestros Mártires de Barbastro, en sus maravillosos testimonios como cristianos, consagrados y claretianos? Nosotros conocemos testimonios muy parecidos de otros muchos claretianos y, aunque nos estén abalados como los de Barbastro por una palabra oficial y definitiva de la Iglesia, son ya, para nosotros, de una ejemplaridad que nos sobrecoge.

acudamos al discernimiento comunitario. Quienes se unen en la escucha de la Palabra y permanecen unidos con-viviéndola, serán solidarios ante la cruz.” (SP, nº 17).

Podemos distinguir, con Eric Fromm la intrepidez-temeridad de la intrepidez auténtica¹⁴⁰. Esta la podemos llamar *audacia* tal como se nos revela en la vida de nuestro Fundador¹⁴¹. Para nosotros, la verdadera audacia es evangélica, profético - misionera. De ella tenemos buen ejemplo en los profetas del A y N. Testamento, muy especialmente en Jesús y, como modelo inmediato, en Claret.

En los profetas esta audacia tiene unos elementos que no podemos olvidar. Se dan en paradoja. De una parte, el profeta siente su debilidad e ineptitud para lo que se le pide; siente temor y repugnancia ante la urgencia que se le presenta, porque va a tener que enfrentarse con poderes inmensamente más fuertes que él. De otra, está la fuerza del Espíritu de Dios que emplaza al profeta a proclamar y ser testigo de su mensaje ante poderosos y reyes (cf Jer 20, 7-9).

El nº 46 acaba diciendo que son muchos los que se oponen al anuncio del Reino que nosotros hemos de hacer desde la urgencia de

nuestra vocación-misión; y al señalar las motivaciones de esta oposición, enumera, justa y atinadamente, las fuerzas desordenadas que se oponen a los votos religiosos: “ambición de poder, afán de riquezas, ansia de placer”. ¿No nos invita esto a una reflexión profunda para nuestra necesaria coherencia de vida consagrada y misión?

¹⁴⁰ La temeridad surge de dinamismos compulsivos. Se da cuando hay coacciones o presiones externas de grupo o de masa; cuando hay un contagio de misticismo y se exasperan los ánimos por mensajes raciales, ideológicos, políticos, etc. La temeridad también puede brotar de dinamismos internos personales: afán de poder, de tener, de placer, de heteroestimación, de revancha, de protagonismos, etc. En estos casos y otros parecidos, lo que surge no es la decisión y arrojo para llevar a cabo una obra buena, sino la embestida para avasallar a las personas o a las causas justas, aunque de palabra se diga que es para salir en su defensa o protección. Es claro que en estas acciones falta un elemental discernimiento. Esto no es la audacia del Evangelio. Nos podemos preguntar si no ha habido y tal vez sigue habiendo en la Iglesia proclamaciones y acciones temerarias que se han querido o se quieren revestir con el nombre de audacia evangélica, incluso de profecía. La verdadera audacia se da cuando uno hace todo lo que está en su mano para que germine, nazca, se desarrolla y alcance su plenitud toda semilla buena que necesita crecer. Tiene la virtud de saber actuar con vigor y a la vez esperar con paciencia y serenidad la cosecha cuando los resultados no aparecen en el tiempo deseado.

¹⁴¹ “Se invita pues a los Institutos a reproducir con valor la audacia, la creatividad y la santidad de sus fundadores y fundadoras como respuesta a los signos de los tiempos que surgen en el mundo de hoy. (...). En este espíritu, vuelve a ser hoy urgente para cada Instituto la necesidad de *una referencia renovada a la Regla*, porque en ella y en las Constituciones se contiene un itinerario de seguimiento, caracterizado por un carisma específico reconocido por la Iglesia. Una creciente atención a la Regla ofrecerá a las personas consagradas un criterio seguro para buscar las formas adecuadas de testimonio capaces de responder a las exigencias del momento sin alejarse de la inspiración inicial” (VC 37).

CC 47 *Nuestra Congregación cumple su misión suscitando y consolidando comunidades de creyentes, sea convirtiendo a los hombres a Dios por la fe, sea renovando su vida en Cristo y llevándola hasta la perfección.*

Nosotros los Claretianos, hemos nacido a la fe y a la vocación, desde la Comunidad divina: del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y estamos llamados a plenificarnos definitivamente en esa Comunidad: la Trinidad; hemos recibido la fe y la vocación en una comunidad: la Iglesia; nos hemos configurado en la Iglesia, específicamente en y según una comunidad: la Congregación Claretiana; seguimos alimentando la riqueza de nuestra vocación en una comunidad: la Comunidad local, en la que surgen y se desarrollan las semillas de las de nuestro origen: de la Trinidad, la Iglesia y la Congregación. Somos y vivimos la riqueza de nuestra identidad claretiana en comunión. Siempre y sólo en comunión. Primero con Dios, después con los hermanos o, a la vez y correlativamente, con Dios y con los hermanos.

En cristiano somos constitutivamente comunidad, y nuestra vocación es llamada permanente a la perfecta comunión. El egocentrismo nos disecca y nos anula. La centralidad de nuestro proyecto y el objetivo fecundo de nuestro futuro no está en nuestro ser natural. Nos viene de más atrás y nos lanza más adelante. Nos descentra, y así, nos libera de la inconsistencia de nuestro 'ego'. Nos arraiga en Alguien que nos sobrepasa y nos salva de nuestra natural caducidad.

Jesús nos llama a ser sus colaboradores, pero no de igual a igual. El proyecto es suyo, la iniciativa es suya, el Reino es suyo, la Buena Noticia es suya, el Espíritu es el suyo, las formas de trabajar son las suyas, las reglas de juego para esta colaboración son suyas. A nosotros nos corresponde **'hacer lo que él nos diga, cuando y como él lo diga'**. Nos llama para servir a su causa y hacerlo con la más delicada y detallada fidelidad. No nos llama para que seamos ni protagonistas, ni simples instrumentos. Los instrumentos no son personas. Nos llama como a personas y espera que nuestra respuesta sea personal. Es decir: consciente, libre, voluntaria. Un ejemplo es la respuesta personal de María, la servidora del Señor, con su Sí personal, consciente, libre,

incondicional y pleno, a la voluntad de Dios sobre ella.

¿Cual es el proyecto de Dios, el proyecto de Jesús? En el A. T. fue crear una comunidad, un pueblo. el Pueblo de la Alianza. En el N. T. es crear una comunidad, la Iglesia. Es que se trata del Dios-Trinidad y, en su proyecto, se prolonga lo que es en su Ser-Comunidad.

La Comunidad-Iglesia nace de la Palabra Encarnada, revelada, anunciada, plenificada y ratificada (Misterio pascual), Jesucristo. La Encarnación es un desposorio de Amor, "tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo único..." (Jn 3, 16). El Misterio Pascual es un desposorio de Amor, "se entregó hasta el extremo" (Jn 13, 1). Esta es la Palabra que engendra la comunidad y esta es la Palabra que se sigue generando en el seno de la comunidad y se desarrolla y plenifica en la Comunidad de fe, la Iglesia.

La Palabra de Jesús es esencialmente con-vocante, desde él, en él y con él. Él se constituye en el centro constitutivo, creador y recreador de la edificación de la comunidad-comunión. Él es el fundamento donde se asienta la estructura de su construcción. El, por su Espíritu, la anima, la informa, la armoniza, la vivifica, la purifica, la fortalece, la plenifica en la comunión. Para cada comunidad, él tiene un proyecto concreto. Nosotros estamos ahí como piedras vivas de esa edificación; como piedras que componen ese edificio. Y, a cada uno le toca ponerse en el lugar que él determina. Todas las piedras vivas pertenecen a la vida de esa común unión; pero no todas realizan el mismo servicio. El similitud de Pablo sobre el cuerpo y de cada uno de sus miembros lo explica muy bien (cf. 1Cor 12).

Si a nosotros nos ha llamado ahí, a servir, tenemos que discernir cual es nuestro lugar y cual es nuestra función. Esto tiene que preguntárselo todo cristiano. Si somos llamados a servir a la Palabra, creadora y plenificadora de comunidades de fe, tenemos que discernir el cómo. Si Jesús es, en sí mismo

y por su Palabra, convocante de comunidad de fe, nosotros habremos de entrar en la conjugación y dinamismo de esa comunión. Por vocación estamos llamados a dejarnos hacer y hacernos, en nuestra vida, en nuestras actitudes vitales, en nuestra compostura, semblante, mirada, gestos y palabra, lugar de resonancia de la fuerza convocante del Espíritu de Jesús en nosotros.

¿Cómo disponerme a ser irradiación-atracción convocante del poder del Espíritu de Jesús en mí? ¿Cómo hacer de mi cuerpo y mi alma, lugar humano en el que el Espíritu invita a la riqueza de la comunidad de fe?

¿Cómo hacer que mi mente y mi reflexión propicien, por la luz del Espíritu, la convergencia para la unión en la misma fe?

¿Cómo hacer que mi corazón, mis afectos, mis sentimientos, estén informados y movidos por el Amor del Espíritu para atraer a los demás a la comunión en el Amor?

¿Cómo hacer que mis intenciones y proyectos estén saturados por el Espíritu de comunión y provoquen comunión en el Espíritu?

¿Cómo hacer que mi tono vital respire el 'aire' del Espíritu de comunión y se alimente del 'oxígeno' purificador y revitalizador de ese mismo Espíritu?

¿Cómo hacer que la Palabra de Dios llene de unción todas mis palabras y del poder convocante del Espíritu, el anuncio de la Buena Noticia en nombre de Jesús?

¿Cómo hacer para que mis pruebas, dificultades y sufrimientos inviten a adentrarse en el núcleo del Misterio de Comunión, el Misterio Pascual?

No somos ministros de la palabra para crear y recrear por nuestra cuenta comunidades de fe, ni para ayudar a los cristianos a concienciar, crecer y madurar como miembros de la comunidad de fe. Nosotros estamos ahí con nuestros talentos y nuestras debilidades para escuchar y secundar a Jesús que es el creador de comunidades. Él nos llama a colaborar con él en esa misión apostólica.

CC 48 ... *el sentido de catolicidad para ir a todas las partes del mundo y con espíritu abierto estimar grandemente las costumbres de los pueblos y sus valores culturales y religiosos. La acción misionera debe dirigirse, ante todo, a aquellos que más necesitados están de evangelización o a quienes ya son agentes de la misma evangelización o pueden serlo. De buen grado asociamos en el Señor a nuestras obras apostólicas a todos y cada uno de los que, impulsados por espíritu misionero, desean colaborar con nosotros.*

Medios para cumplir la misión. En principio, todos los que sean posibles; por tanto, sin limitación alguna. Pero, se ponen de relieve algunos más concretos, englobados en tres grupos:

a) Los que surgen de un **análisis** serio y concreto de la realidad de personas, lugares, y tiempos, que serán los que respondan a lo más urgente, oportuno y eficaz (cf DC 12, 24; MCH 163). Se pide que se cultive el sentido de intuición, que bien pudiera considerarse como una actitud vital en proceso de **discernimiento apostólico**. Implica el ver, juzgar y actuar adecuadamente, también en los medios. Por tanto se descartan métodos e instrumentos desfasados, y se pide no aferrarse a ellos.

b) La disponibilidad para la **renuncia y el desprendimiento**. En la medida en que estemos atados y apegados, encontramos trabas, dificultades para lo que nos exige nuestra vocación e identidad misionera. El ejemplo de Jesús, de María, de los apóstoles, de todos los llamados a su seguimiento al estilo de los Apóstoles, del P. Fundador, y de todos los grandes misioneros claretianos es incuestionable. Es el mismo Señor el que nos lo exige a cada claretiano, a mí, a ti, para ser dóciles al Espíritu y obedientes a la misión. Se hace mención a las fronteras de la patria. Por supuesto que no es la única traba. Nuestra patria claretiana no tiene fronteras, porque nos debemos a todo el mundo.

c) El sentido de **catolicidad**. Aspectos a considerar aquí: 1º dispuestos a ir a cualquier parte del mundo, sin limitación alguna y, con espíritu abierto, y estimar y valorar todo lo bueno que en ellos haya. Para lo cual hay que tener amplitud de miras y espíritu abierto. 2º Privilegiar los más necesitados de evangelización y/o los agentes para evangelizar. Se ve muy razonable y coherente que estas dos categorías de personas

merezcan, por nuestra parte una especial atención. 3º Asociar, asociarnos, con todos los que estén impulsados por el mismo espíritu misionero y quieran colaborar. La unión multiplica la fuerza y la eficacia misionera.

CC 49 *Los miembros de la Congregación deben entregarse plenamente a la obra del Evangelio, dejando incluso la propia familia: recuerden, en efecto, que tienen un Padre en el cielo a quien más que a nadie deben agradecer. Cuiden, asimismo, que un amor desordenado a la patria o a la propia cultura no impida la adaptación a las gentes que van a evangelizar. Y para que se consagren más libremente a su vocación misionera, no quieran implicarse en partidos políticos, ni en aquellas cosas que sirvan de impedimento a su vocación.*

Se trata aquí de conducirse en conformidad con una jerarquía de valores que reclama nuestra propia identidad claretiana. Hemos recibido y asumido una vocación misionera, al estilo de Claret. La propia familia, patria, cultura, ideología política, etc., no son los valores constituyentes y decisivos de nuestra propia y nueva identidad. Si igualamos o anteponemos alguno de ellos a lo que define y determina nuestra vocación-identidad, estamos cometiendo un error grave. Sería invertir valores, convicciones, criterios y comportamientos, capaces de minar y desintegrar el sentido radical, fundamental y vital del proyecto personal de Dios para nosotros, que somos y nos definimos como Claretianos.

En relación a la familia se nos recuerda la primacía del dato de fe: ‘tenemos un Padre en el cielo a quien más que a nadie debemos agradecer’. Ese Padre del cielo no es una idea abstracta. Ese Padre del cielo es una Persona divina, es Dios y es Padre nuestro, tuyo, mío. ¿Cual es tú, mí, nuestra conciencia de esa Paternidad hacia nosotros? ¿Cual es la conciencia y vivencia de tú, mí, nuestra filiación ante ese Padre?

Para justificar esa jerarquía vital de valores se hace referencia al Padre Dios, a su voluntad sobre nosotros. En ello podemos ver como una razón más que suficiente por lo sublime y contundente según nuestra fe. No hace falta añadir otros argumentos también válidos.

Aunque se ha hecho mención expresa de posibles obstáculos, el número termina pidiendo esa misma actitud ante cualquier otro impedimento a la vocación misionera.

CC 50 *Entre las funciones del ministerio, como son el gobierno, la santificación y la evangelización, el primero de todos para nosotros, porque somos misioneros, es la colaboración en la evangelización del pueblo. Por consiguiente, ninguno de nosotros acepte cargos de gobierno eclesiástico, a no ser con el consentimiento del Superior General o por mandato del Sumo Pontífice.*

Aquí se expresa una prioridad para nosotros: la evangelización del pueblo. Esto sobre la función de gobierno o santificación. Respecto de lo de gobierno creo que se entiende. Lo de santificación, ¿a qué se refiere?

1.- Para el inicio

Señor Jesús, Tú nos has llamado por tu gran Amor,
y nos has enviado a proclamar tu Palabra,
para comunicar a los hombres todo tu misterio de salvación.

Ayúdanos a ser, ante todo, oyentes de tu Palabra,
que sepamos acogerla con fe sencilla, profunda, confiada,
a ejemplo de María, que la meditaba en su Corazón,
y de Antonio M^a Claret.

Que ante tu Palabra
cultivemos una atención delicada y fiel en nuestro interior
y la celebremos y compartamos con nuestros hermanos.

Concédenos ser fieles a tu envío y a tu mensaje,
compartiendo las esperanzas y los gozos,
las tristezas y angustias de los hombres, sobre todo de los más pobres.
Danos el espíritu y coraje suficientes,
par anunciar la Buena Noticia del Reino en fidelidad y fortaleza,
sin temor a los enemigos que se oponen por las ambiciones mundanas.

Haz, Señor, que sintiendo en nuestro corazón el ardor de tu Palabra,
como lo sintieron y vivieron tus profetas y Apóstoles,
como lo sintió y vivió San Antonio M^a Claret,
y tantos hermanos nuestros, tus testigos fieles,
sintamos un interior desasosiego espiritual,
hasta que tu Evangelio llegue a todos los hombres.

Que acertemos a suscitar y consolidar comunidades de creyentes,
iniciándoles en la fe, renovando y perfeccionando su vida cristiana.

Danos, Señor, inspiración sobre los medios para evangelizar;
danos sentido de intuición para captar
lo más urgente, oportuno y eficaz en cada circunstancia;
danos sentido de responsabilidad,
dispuestos a renunciar a todo por difundir tu Reino;
danos ser dóciles al Espíritu y obedientes a la misión;
danos sentido de catolicidad,
para estar abiertos a todos los pueblos y a todas las culturas,
y colaborar con todos los impulsados por el espíritu misionero.

Señor Jesús,
que tu Amor y tu Reino polarice de tal forma nuestro corazón,
que estemos siempre dispuestos a dejarlo todo por ti. Amén.

2.- Para el final

Cristo Jesús, enviado por el Padre al mundo,
para que el mundo crea y se salve.
Tú nos has enviado a nosotros, como el Padre a ti,
para, a través de nosotros, proseguir tu obra misionera.
Esta elección y envío nos llena de estupor,
porque reconocemos nuestra debilidad, miseria y pecado,
porque de nosotros y por nosotros no podemos hacer nada.
Tú mismo lo has dicho, Señor, “sin mi no podéis hacer nada”.
Reconocer esto, por una parte nos llena de humildad,
por otra, de una inmensa gratitud y confianza,
porque sabemos que es obra de tu amor exquisito a nosotros,
y, a través de nosotros, a muchos otros hermanos.

Gracias Cristo Jesús,
por llamarnos a ser colaboradores tuyos,
en el ejercicio del ministerio de la Palabra,
en la construcción y animación de tu Reino en la tierra.
Gracias por llamarnos a dedicar toda nuestra vida,
todos nuestros talentos y todas nuestras fuerzas,
al servicio de tu Palabra salvadora,
para que el Padre sea conocido, servido y amado por todos.

Gracias por haber hecho que nos llamemos y seamos,
Hijos del Inmaculado Corazón de María, y para que,
forjados en la fragua del amor de su Corazón,
sintamos la necesidad imperiosa de hacer a todos los hombres,
en ti y por ti, hijos del Padre Dios y mutuamente hermanos.
Gracias por llamarnos a la vocación claretiana,
y habernos puesto delante
la vida y ejemplos de San Antonio M^a Claret,
verdadero misionero apostólico,
para sentir la urgencia que él sintió,
de que tu Evangelio sea conocido por todos los hombres,
y, al conocerte a ti, Camino, Verdad y Vida,
se sientan fascinados por la riqueza de tu Revelación,
y te sigan con fe, confianza y amor hasta el final.

Gracias, Jesús, por la vocación misionera;
haz que seamos cada vez más fieles a su riqueza y exigencias,
y así seas glorificado con el Padre y el Espíritu Santo. Amén.

¡Oh Dios mio, bendito seáis por haberos dignado escoger [a] vuestros humildes siervos para Hijos del Inmaculado Corazón de vuestra Santísima Madre! ¡Oh Madre benditísima, mil alabanzas os sean dadas por la fineza de vuestro Inmaculado Corazón y habernos tomado por Hijos vuestros! Haced, Madre mía, que correspondamos a tanta bondad, que cada día seamos más humildes, más fervorosos y más celosos de la salvación de las almas. Aut 492s.

1.- Autobiografía

113. Desde que me pasaron los deseos de ser Cartujo, que Dios me había dado para arrancarme del mundo, pensé, no sólo en santificar mi alma, sino también discurría continuamente qué haría y cómo lo haría para salvar las almas de mis prójimos...

114. Había pasajes que me hacían tan fuerte impresión, que me parecía que oía una voz que me decía a mí lo mismo que leía. Muchos eran estos pasajes, pero singularmente los siguientes: *Apprehendi te ab extremis terrae et a longinquis ejus vocavi te et dixi: servus es tu, elegi te et non abjeci te* (Isaías, 41, 9): yo te he tomado de los extremos de la tierra y te he llamado de sus lejanas tierras. Con estas palabras conocía cómo el Señor me había llamado sin mérito ninguno de parte de patria, padres ni mía. Y te dije: Siervo mío eres tú, yo te escogí y no te deseché.

115. No temas que yo estoy contigo; no declines, porque yo soy tu Dios: te conforté y te auxilié, y te amparó la derecha de mi justo (ib., 10). Aquí conocí cómo el Señor me sacó en bien de todos los apuros que he referido en la primera parte y de los medios de que se valió.

116. Conocía los grandes enemigos que tendría, y las terribles y espantosas persecuciones que se levantarían contra mí, pero el Señor me decía: He aquí que confundidos y avergonzados serán todos los que pelean contra ti: serán como si no fuesen y perecerán los hombres que te contradicen. Porque yo soy el Señor tu Dios, que te tomo por la mano y te digo: No temas que yo te he ayudado (ib., 13).

117. Yo te puse como un carro nuevo que trilla armado de dientes serradores; trillarás los montes y los desmenuzarás y reducirás como a polvo los collados (ib., 15). Por estas palabras el Señor me daba a conocer el efecto que había de causar la predicación y la misión que él mismo me confiaba. Los montes quiere decir los soberbios, racionalistas, etc., etc., y con nombre de collados quiere que entienda los lujuriosos, collados por donde todos los pecadores vienen a pasar. Yo les argüiré y convenceré y por esto me dice: Los aventarás, y el viento los llevará y los esparcirá el torbellino, y tú te regocijarás en el Señor y te alegrarás en el Santo de Israel (ib., 16).

118. El Señor me dio a conocer que no sólo tenía que predicar a los pecadores sino también a los sencillos de los campos y aldeas había de catequizar, predicar, etc., etc., y por esto me dijo aquellas palabras: Los menesterosos y los pobres buscan aguas y no las hay; la lengua de ellos se secó de sed. Yo el Señor les oiré; yo el Dios de Israel no les desampararé (ib., 17). Yo haré salir ríos en las cumbres de los collados y fuentes en medio de los campos, y los que en el día son áridos desiertos, serán estanques de buenas y saludables aguas (ib., 18). Y de un modo muy particular me hizo Dios Nuestro Señor entender aquellas palabras: *Spiritus Dominis super me et evangelizare pauperibus misit me Dominus et sanare contritos corde* (Is. 61, 1).

119. Lo mismo me sucedía al leer el profeta Ezequiel, singularmente el capítulo III. Con estas palabras: Hijo del hombre, yo te he puesto por centinela a la casa de Israel; y oirás la palabra de mi boca y se la anunciarás de mi parte (v. 18). (...) **120.** En muchas partes de la Santa Biblia sentía la voz del Señor que me llamaba para que saliera a predicar. En la oración me pasaba lo mismo. Así determiné irme a Roma y presentarme a la Congregación de Propaganda Fide para que me mandase a cualquier parte del mundo.

221. Quien más y más me ha movido siempre es el contemplar a Jesucristo...

222. Desde un principio me encantó el estilo de Jesucristo en su predicación. ¡Qué semejanzas! ¡Qué parábolas! Yo me propuse imitarle con comparaciones, símiles y estilo sencillo. ¡Qué persecuciones!...

Fue puesto por signo de contradicción, fue perseguido en su doctrina, en sus obras y en su persona, hasta quitarle la vida a fuerza de desnudos y de tormentos e insultos, sufriendo la más bochornosa y dolorosa (muerte) que puede sufrirse sobre la tierra.

2.- Documentos Claretianos

MCH:

144. Frente al mundo de nuestro tiempo, escéptico, carente del sentido de la trascendencia, a la comunidad claretiana se le plantea la exigencia de aquella misma opción radical por Dios que estuvo presente a lo largo de la vida de nuestro Fundador: enseñados por Jesús estar como El en las cosas de Dios Padre, ser realizadores de la voluntad de salvación, procurar que su Reino venga a este mundo. A partir de la manifestación hecha en Jesús, el Hijo, se nos brinda una experiencia de la paternidad de Dios que da sentido a nuestra vida. Desde esta experiencia hemos de leer el mundo, la vida y la muerte, la historia, la Iglesia y la realidad toda. Y, como Cristo, no tener otro alimento que hacer la voluntad de Aquel que nos ha enviado (cf Jn 4,34).

145. Esta experiencia religiosa tiene en la comunidad claretiana unos matices concretos cuya resonancia profética no se puede olvidar en el momento actual: . la fe inquebrantable en el Absoluto de Dios que llama, afirmando así la razón última de nuestro vivir; . la vivencia de la filiación ante Dios Padre misericordioso, que nos impulsa a extender la fraternidad entre los hombres; la configuración con Cristo, el Enviado del Padre misericordioso y Salvador de todos los hombres, a quienes también nosotros somos enviados; la vivencia de nuestra filiación cordimariana, que nos introduce en la intimidad de María, que es anuncio y figura de la nueva humanidad y signo de esperanza para los hombres que anhelan la salvación. En todo caso, de frente a las más variadas situaciones de la vida y requerimientos de la acción apostólica, el claretiano ha de ser signo y testimonio de radicalismo evangélico, de fiel seguimiento de Cristo evangelizador.

Directorio:

106. (...) Hemos de ser especialmente sensibles a todos aquellos aspectos que interpelan más directamente nuestra identidad misionera, como la ausencia de evangelización, la posibilidad de suscitador evangelizadores, las situaciones de pobreza y opresión, los movimientos culturales, ideológicos o políticos (CC 14, 46)

107. La observación atenta y el estudio de la realidad debe llevarnos a una actitud de constante discernimiento y de revisión de nuestras posiciones (CC 48). Esta actitud se ha de fomentar tanto a nivel personal como comunitario.

109. Como nuestro servicio a la Iglesia se realiza en el seno de las Iglesias particulares, es de suma importancia conocer la situación real de cada una de ellas en orden a una adecuada y fructuosa inserción en las mismas.

110. Nuestro apostolado y la selección de nuestras obras deben desarrollarse desde unas perspectivas que manifiesten nuestro fundamental compromiso de misión. Tales perspectivas u opciones son actitudes apostólicas constantes, que deben tener gran relevancia en todo lo claretiano. Estas actitudes se resumen en la opción por una evangelización misionera, inculturada, profética y liberadora, hecha desde la perspectiva de los pobres y necesitados y multiplicadora de líderes evangelizadores.

116. (...) Cada comunidad provincial y local haga un discernimiento en orden a determinar los sujetos preferenciales de su misión...

135. La acción apostólica de la Congregación ha de estar planificada, programada y evaluada a todos los niveles: generalicio, de organismos mayores y de cada una de nuestras comunidades locales. En la tecnificada sociedad actual, la planificación en orden a objetivos es un instrumento de gran eficacia, que hemos de utilizar siempre guiados por la Palabra de Dios y animados por el Espíritu. La programación es un medio de crecimiento de la comunidad misionera porque estimula y encauza la participación y corresponsabilidad de todos. En la planificación nos proponemos determinadas metas y establecemos los medios más aptos para alcanzarlas. Téngase en cuenta la planificación de la Iglesia particular.

1.- MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Perfectae caritatis (PC)

72 *Consagrados para la misión.* A imagen de Jesús, el Hijo predilecto «a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo» (Jn 10,36), también aquellos a quienes Dios llama para que le sigan son consagrados y enviados al mundo para imitar su ejemplo y continuar su misión. Esto vale fundamentalmente para todo discípulo. Pero es válido en especial para cuantos son llamados a seguir a Cristo «más de cerca» en la forma característica de la vida consagrada, haciendo de Él el «todo» de su existencia. En su llamada está incluida por tanto la tarea de *dedicarse totalmente a la misión*; más aún, la misma vida consagrada, bajo la acción del Espíritu Santo, que es la fuente de toda vocación y de todo carisma, se hace misión, como lo ha sido la vida entera de Jesús. La profesión de los consejos evangélicos, al hacer a la persona totalmente libre para la causa del Evangelio, muestra también la trascendencia que tiene para la misión. Se debe pues afirmar que *la misión es esencial para cada Instituto*, no solamente en los de vida apostólica activa, sino también en los de vida contemplativa. (...).

Se puede decir por tanto que la persona consagrada está «en misión» en virtud de su misma consagración, manifestada según el proyecto del propio Instituto. Es obvio que, cuando el carisma fundacional contempla actividades pastorales, el testimonio de vida y las obras de apostolado o de promoción humana son igualmente necesarias: ambas representan a Cristo, que es al mismo tiempo el consagrado a la gloria del Padre y el enviado al mundo para la salvación de los hermanos y hermanas.

La vida religiosa, además, participa en la misión de Cristo con otro elemento particular y propio: *la vida fraterna en comunidad para la misión*. La vida religiosa será, pues, tanto más apostólica, cuanto más íntima sea la entrega al Señor Jesús, más fraterna la vida comunitaria y más ardiente el compromiso en la misión específica del Instituto.

73 *Al servicio de Dios y del hombre.* La vida consagrada tiene la misión profética *de recordar y servir el designio de Dios sobre los hombres*, tal como ha sido anunciado por las Escrituras, y como se desprende de una atenta lectura de los signos de la acción providencial de Dios en la historia. Es el proyecto de una humanidad salvada y reconciliada (cf. Col 2,20-22). Para realizar adecuadamente este servicio, las personas consagradas han de poseer una profunda experiencia de Dios y tomar conciencia de los retos del propio tiempo, captando su sentido teológico profundo mediante el discernimiento efectuado con la ayuda del Espíritu Santo. En realidad, tras los acontecimientos de la historia se esconde frecuentemente la llamada de Dios a trabajar según sus planes, con una inserción activa y fecunda en los acontecimientos de nuestro tiempo.

El discernimiento de los signos de los tiempos, como dice el Concilio, ha de hacerse a la luz del Evangelio, de tal modo que se «pueda responder a los perennes interrogantes de los hombres sobre el sentido de la vida presente y futura y sobre la relación mutua entre ambas». Es necesario, pues, estar abiertos a la voz interior del Espíritu que invita a acoger en lo más hondo los designios de la Providencia. Él llama a la vida consagrada para que elabore nuevas respuestas a los nuevos problemas del mundo de hoy. Son un reclamo divino del que sólo las almas habituadas a buscar en todo la voluntad de Dios saben percibir con nitidez y traducir después con valentía en opciones coherentes, tanto con el carisma original, como con las exigencias de la situación histórica concreta.

Ante los numerosos problemas y urgencias que en ocasiones parecen comprometer y avasallar incluso la vida consagrada, los llamados sienten la exigencia de llevar en el corazón y en la oración las muchas necesidades del mundo entero, actuando con audacia en los campos respectivos del propio carisma fundacional. Su entrega deberá ser, obviamente, guiada por el *discernimiento sobrenatural*

que sabe distinguir entre lo que viene del Espíritu y lo que le es contrario (cf. Ga 5,16-17.22; 1 Jn 4,6). Mediante la fidelidad a la Regla y a las Constituciones, conservan la plena comunión con la Iglesia.

De este modo la vida consagrada no se limitará a leer los signos de los tiempos, sino que contribuirá también a elaborar y llevar a cabo *nuevos proyectos de evangelización* para las situaciones actuales. Todo esto con la certeza, basada en la fe, de que el Espíritu sabe dar las respuestas más apropiadas incluso a las más espinosas cuestiones. Será bueno a este respecto recordar algo que han enseñado siempre los grandes protagonistas del apostolado: hay que confiar en Dios como si todo dependiese de Él y, al mismo tiempo, empeñarse con toda generosidad como si todo dependiera de nosotros.

ELEMENTOS ESENCIALES DE LA DOCTRINA DE LA IGLESIA SOBRE LA VIDA RELIGIOSA DIRIGIDOS A LOS INSTITUTOS DEDICADOS A OBRAS APOSTÓLICAS (EE)

23 La consagración inevitablemente implica misión. Se trata de dos facetas de una misma realidad. La elección de una persona por parte de Dios, es para la salvación de los demás: la persona consagrada es «enviada» para realizar la obra de Dios, con el poder de Dios. Jesús mismo tenía clara conciencia de ello. Consagrado y enviado para llevar la salvación de Dios, estaba por entero dedicado al Padre en la adoración, el amor y la obediencia, y totalmente entregado a la obra del Padre, que es la salvación del mundo.

25 Cualquiera que sea el servicio apostólico a través del cual se transmite la palabra, la misión es emprendida como responsabilidad comunitaria. Es al instituto en su totalidad, a quien la Iglesia encomienda la participación en la misión de Cristo, que es característica suya y se expresa a través de las obras inspiradas por el carisma fundacional. (...) Este apostolado común y permanente forma parte de la sana tradición del instituto. Está tan íntimamente relacionado con la identidad, que no se puede cambiar sin tocar el carácter mismo del instituto. Es, por tanto, la piedra de toque en la evaluación de nuevas obras, sea que estos servicios hayan de ser realizados por un grupo o individualmente. De la integridad del apostolado común son especialmente responsables los superiores mayores: deben velar por que el instituto sea, a la vez fiel a su misión tradicional en la Iglesia y abierto a nuevas maneras de realizarlo. Las obras tienen necesidad de ser renovadas y revitalizadas, pero esto ha de hacerse manteniéndose siempre fieles al apostolado aprobado del instituto y en colaboración con las autoridades eclesíásticas correspondientes. Tal renovación deberá estar marcada por las cuatro grandes fidelidades, puestas de relieve en el documento Religiosos y Promoción humana: «fidelidad a la humanidad y a nuestro tiempo; fidelidad a Cristo y al Evangelio; fidelidad a la Iglesia y a su misión en el mundo; fidelidad a la vida religiosa y al carisma del instituto» (RPH 13).

27 No cabe duda que actualmente, en muchos lugares del mundo, los institutos religiosos que se dedican a actividades apostólicas se enfrentan con especiales dificultades que afectan a su apostolado. El menor número de religiosos, la disminución de vocaciones, el envejecimiento general, las presiones sociales provocadas por movimientos contemporáneos, están coincidiendo con la constatación de un mayor número de necesidades, un mayor individualismo en el desarrollo personal, una conciencia más aguda de los temas referentes a la justicia, la paz y la promoción humana. Existe la tentación de querer hacerlo todo. Existe la tentación de abandonar obras estables, genuina expresión del carisma del instituto, por otras que parecen más eficaces inmediatamente frente a las necesidades sociales, pero que dicen menos con la identidad del instituto. Existe un tercer peligro: el de dispersar los recursos de un instituto en una multitud de actividades a breve plazo, con muy poca conexión con el carisma de fundación. En todos estos casos, los efectos no son inmediatos, pero, a la larga, sufre la unidad y la identidad del instituto mismo; y esto sería dañoso para la Iglesia y su misión.

PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y EL DIÁLOGO COMUNITARIO

¿Me siento, nos sentimos, gozosa y agradecidamente misioneros de la Iglesia, como esta lo es de Jesús y Jesús lo fue, y lo sigue siendo a través de la Iglesia y de nosotros, del Padre?

¿Estoy, estamos siendo urgidos, como Claret, por la caridad de Cristo, de modo que el celo apostólico nos quema el corazón?

¿Cómo voy, vamos respondiendo a nuestra vocación especial por el ministerio de la Palabra?

¿Soy, somos, fieles en el anuncio íntegro del misterio de Cristo?

¿Cómo se está realizando mi, en nosotros, la inserción pastoral, sobre todo con los pobres?

¿Estoy, estamos preparados para llevar adelante una fecunda misión compartida? ¿Cómo integramos en nuestro apostolado a los que sienten el espíritu misionero? ¿Cómo nos integramos nosotros con los demás en la evangelización?

¿En qué demuestro, demostramos, fidelidad y fortaleza, ante las fuertes y generalizadas oposiciones hoy, al mensaje del Evangelio?

¿Vamos creando y consolidando comunidades de creyentes?

¿Cómo concretamos nosotros, en nuestros trabajos apostólicos, eso general de valernos de 'todos los medios posibles'? Lo que estamos haciendo, ¿es propio de nuestro carisma misionero claretiano?

¿Desarrollamos el *sentido de intuición* para captar lo más urgente, oportuno y eficaz en cada situación?

¿Cómo es mi, nuestra *disponibilidad misionera*? ¿Como la de Claret, sin límites ni fronteras y siempre fieles al Espíritu y obedientes a la misión?

¿Estoy, estamos abiertos a todas las culturas para insertar en ellas el Evangelio?

¿Damos, de hecho, preferencia a los agentes de evangelización y a los más necesitados de ella?

¿Es plena mi, nuestra entrega al Evangelio, dejado incluso la propia familia, y agradando, ante todo al Padre del cielo?

¿El amor a la patria o a la propia cultura resta eficacia a mí, a nuestra entrega generosa a la evangelización?

¿Vivimos nuestra libertad misionera sin trabas por la adhesión a algún partido político?

CC 51 *Nuestros Misioneros, deseando ardientemente la justicia del Señor, esfuércense por llegar a la plena madurez de Cristo, para que puedan comunicar con mayor eficacia a los demás la gracia del Evangelio. Puesto que Dios nos ha llamado, no por nuestras obras, sino según su determinación, y nos ha justificado en Jesucristo, estamos firmemente convencidos de que el mismo que inició en nosotros la buena obra la irá consumando hasta el día de Cristo Jesús.*

Desear ardientemente; esforzarse por llegar a la plena madurez; eficacia evangélica; llamados gratuitamente y justificados; firmemente convencidos y confiados. Ardiente deseo que surge de Dios en nosotros; esfuerzo por secundarlo para que, vitalmente, llegue a su plenitud y se traduzca en eficacia apostólica; designio amoroso, gratuito y determinante de nuestro Dios, de llamarnos personalmente y justificarnos en Jesucristo; convicción firme y confianza incondicional de que su palabra y su obra se cumplirá y consumará en nosotros.

Este número nos evoca el plan de Dios para nosotros en Cristo Jesús. Nos remite a adentrarnos en ese Misterio, escondido por los siglos y revelado en la plenitud de los tiempos. Tenemos de ello una síntesis en Jn1, 1-18; Ef 1, 3-14; Col 1, 15-20, que la Iglesia nos propone con frecuencia en la oración litúrgica y que, personalmente, hemos meditado con frecuencia, con estremecido asombro y con inmensa gratitud.

Este plan de Dios se concreta para cada uno de nosotros en **un itinerario de crecimiento personal**. Hay tantos itinerarios como personas y aun podríamos decir que hay personas que recorren, sucesivamente, caminos distintos. Estos se van presentando y se van interpretando, escuchando con fidelidad y secundando las mociones del Espíritu. A cada uno de nosotros nos interesa, y mucho, conocer nuestro camino personal y discernir la calidad de su marcha para conseguir la madurez¹⁴².

En todos y en cada uno de nosotros están presentes y operativos los agentes y los principios dinámicos de toda vida cristiana: El Dios

¹⁴² La madurez integral implica el cultivo sincrónico y sinfónico de los distintos ámbitos y de las variadas virtualidades, capacidades y posibilidades. Hay que atender a todos los niveles de la personalidad: físicos, afectivos, sociales, intelectuales, artísticos, culturales, etc. En ellos y con ellos, se da el desarrollo de la Gracia, desde la fidelidad al don recibido en el bautismo, y a la personal y directa llamada de Dios a seguir a Jesús en una concreta forma de existencia, como es la definida por el Carisma Claretiano (cf VFC 35).

Trinidad: el Padre con su inefable proyecto amoroso sobre cada uno. El Hijo-Jesucristo, introduciéndose en persona en el itinerario de cada uno. Cada uno recorre su 'peculiar camino de Emaús' con Jesús. El Espíritu Santo está ahí, impulsando, manteniendo, vigorizando, y dando el crecimiento en cada paso del camino.

La fuerza y la luz de la Palabra y de los sacramentos es el alimento para ascender por el camino y es luz y vigor para la perseverancia, sobre todo en los momentos de prueba. **La oración personal nos adentra en el espacio teologal. En ella nos equipamos con la energía del mismo Espíritu para caminar con Jesús y como Jesús.** La fraternidad es el lugar para la comunión en la caridad. El ejercicio de las virtudes teologales, cardinales, morales, son energías impregnadas de la unción del Espíritu, para nuestro caminar cristiano y misionero.

Cada uno de nosotros nos nutrimos con el alimento que nos viene de estos cultivos del Espíritu Santo en nosotros y bebemos del surtidor que brota del Espíritu cuando abrimos en nuestro corazón los cauces para que esa Agua Viva inunde toda nuestra condición humana en todo su ser, en todo su sentir, pensar, sufrir, gozar, convivir y actuar.

Nosotros hemos recibido especiales dones del Espíritu en y a través de la mediación de Claret, y Claret está ahí, en nuestro camino, en nuestra vida, en todo nuestro proceso, señalando la manera concreta de nuestra configuración con Cristo y de nuestro crecimiento en Cristo por obra del Espíritu Santo. Claret es la mediación carismática del obrar del Espíritu Santo en nosotros.

Desear ardientemente la justicia del Señor nos recuerda el 'hambre y la sed' de Claret para conseguir el amor a Dios y al prójimo (Aut 44). Un deseo que tiene la virtud de unificar y situar en convergencia todos los demás impulsos y

dinamismos interiores: anhelos, tendencias, intenciones, inquietudes, inclinaciones, etc., en la búsqueda de ese amor. Además de convocarlos a la unidad, los purifica, fortalece, potencia, unifica, los abre a Dios y lanza hacia Dios. Esta ‘hambre y sed’ de Dios se alimenta en la oración, en la experiencia del Espíritu, en la caridad, en el servicio misionero. Así es como “podemos comunicar a los demás con mayor eficacia la gracia del Evangelio”, mientras nosotros seguimos cultivando la confianza en el que inició en nosotros la buena obra, seguros de que la llevará a su consumación.

Nos esforzamos por llegar a la plena madurez en Cristo. La cita de Ef 4, 13, tiene un contexto que nos habla de edificar, unificar, crecer, amar; nos habla de nutrición y cohesión, de conocimiento pleno del Hijo de Dios (Ef 4, 11-16). Y todo esto, no solos, sino en y con la Iglesia, en y con la Comunidad claretiana.

CC 52 *Con la decisión de caminar en una vida nueva, orientando el corazón hacia Dios, hagan todas las cosas con recta intención y con verdadero fervor de espíritu y por Él soporten todas las adversidades. Renueven cada día el propósito de adelantar en el camino del Señor. Cada mes dedíquense con empeño al retiro espiritual en el que mediten sobre la propia vocación y renueven en sí mismos la esperanza de la gloria futura para prepararse mejor a la venida del Señor. Cada año practiquen, de modo especial y con el debido esmero, los Ejercicios Espirituales.*

El camino de un Claretiano se cualifica haciéndolo en permanente novedad de vida, como seguidor de Jesús, adherido a su persona, comprometido con su causa, llamado a compartir su suerte aquí en la tierra, orientado decidida y definitivamente hacia Dios-Padre.

Es nuestro vivir en Cristo. Él, personalmente, es la Vida nueva. Él, personalmente, vive en nosotros. Es **in-manente** a nosotros porque es el **En-carnado**. Vive en las raíces más profundas de nuestra existencia (cf Col 2, 19), y está siempre ahí, en el hondón más profundo de nuestro ser, para irradiar su sentido y su misterio en todo nuestro vivir, para activar, desde dentro, todas nuestras capacidades y posibilidades y, aun mejor, sus posibilidades y capacidades en las nuestras. Su misterio de gracia está en nosotros (cf Rom 8, 10); habita en nosotros por la fe (Ef 3, 16-19); actúa en nosotros (Col 1, 26-29). Es la presencia viva del Cristo resucitado que nos llama ininterrumpidamente a convivir. Ahí, en nuestro interior, nos da el abrazo del Padre, la ternura del Padre; la irradiante alegría de nuestra inefable filiación.

Esta presencia y acción interior se realiza por el Espíritu Santo que nos inhabita (Rom 8, 9-11), que nos da su vida, la vida eterna; nos llena de sus dones: paz, gloria, gozo (Gal 5, 22); derrama el Amor del Padre en nuestros corazones (Rom 5, 5). "Aquel día comprenderéis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros..." (Jn 14, 20). Esta **in-sistencia**, novedad perenne de Cristo en nosotros, nos da el poder vivir como criaturas nuevas (cf 2Cor 5, 17), y caminar de novedad en novedad (cf Rom 6, 4), en permanente y creciente comunión con nuestro Cristo.

Sabiendo esto, y en coherencia con ello, ¿cual ha de ser nuestra decisión? Nuestro vivir en Cristo. A nosotros no nos es fácil estar ahí y vivir ahí. Somos extrovertidos por naturaleza y nos es sumamente fácil vivir en la superficie, en la corteza. Nuestra condición está hecha de

ventanales hacia afuera y tenemos que realizar un esfuerzo para ingresar en nuestro interior, para estar en nuestro verdadero Centro. Pero Él está ahí llamando sin cesar a que vivamos en nuestro propio hogar, en nuestro lugar existencial, que es Él mismo. El nos ha incorporado a su persona y nos ha sumergido en su Corazón. Todo esto sigue siendo gracia y oferta de gracia a nuestra propia responsabilidad.

Podemos ignorar esa realidad suprema, vivir en la inconsciencia, evadirnos, pasar nuestra vida por la banalidad de lo fugaz y efímero, diluirnos y perdernos en la mera apariencia. Es nuestra permanente tentación. Y, ¿quien no cae en ella más de una vez? Pero él sigue pidiendo por los que hemos sido consagrados en 'La Verdad' para ser uno en él, injertados en él, connaturalizados, viviendo de su misma vida, la misma que él está recibiendo del Padre. De esa vida y en esa vida tenemos que vivir. Ahí tenemos que permanecer en unión vital, como los sarmientos en la vid (Jn 15, 1ss), para caminar hacia el Padre, para adentrarnos en el Misterio Trinitario, en la imponderable relación con las tres Personas divinas (Jn 14, 23).

Desde esta energía y novedad de vida de Cristo y de su Espíritu en nuestro corazón y en nuestra mente, capaz de informarlo todo, de llenar nuestro presente esperando el futuro, ya podemos hacer esos 'milagros' que nos pide el texto: "hacer todas las cosas con recta intención y con verdadero fervor de espíritu, y soportar, por él, todas las adversidades".

En este nº 52 se nos piden acciones para: a) cada día, b) cada mes, c) cada año; y se nos dice cómo lo hemos de practicar.

a) **Cada día correr una etapa y alcanzar una meta.** ¿Recorremos nosotros cada día el camino del Señor o en el camino (de Emaús) que el Señor quiere hacer con nosotros? Nada de

estancarse e instalarse. nada de monotonía o rutina. No se avanza repitiendo el camino. La vida no consiente eso. Es esencialmente movimiento. Y debe serlo hacia adelante. Los maestros de la vida espiritual han dicho y repetido que el no avanzar es volver atrás. Hay que crecer, en el Espíritu, sin cesar. Cada amanecer hay que renovar el ánimo, la ilusión, el propósito, y saludar con gozo y gratitud las oportunidades del nuevo día, quizá sorpresivas.

“En nombre de Dios Padre,
del Hijo y del Espíritu.
salimos de la noche
y estrenamos la aurora;
saludamos en gozo de la Luz
que nos llega,
resucitada y resucitadora”
(Laúdes, Pascua, 4ª Semana).

A veces cuesta, quizá hemos dormido poco, o mal; quizá estamos con el ánimo por los suelos; quizá nos parece ya un heroísmo el salir de la cama; quizá nos asaltan ya el quehacer, las preocupaciones del día. Puede que nos arrastre un excesivo activismo; quizá no acabamos de resolver el problema de saber pasar, del cansancio de la jornada a un relax que nos dispone al necesario descanso de la noche; es este un momento en el que podemos probar nuestra madurez. Una pregunta que a Claret le resultaría connatural y que, por tanto, nosotros nos podemos hacer en este tiempo sería esta: **Lo que yo pienso, siento o hago ahora, ¿me ayuda a progresar en mi vida misionera?** Y siempre puede resultar pedagógico que nuestro propósito de ‘adelantar’ lo hagamos con serenidad, con sensatez evangélica, tacto psicológico y unas dosis de buen humor.

El tiempo de cada día, todo entero, es tiempo de renovar el propósito de adelantar en el Camino de Jesús. **¿De qué nos valdría hacer por la mañana un propósito si no iba a tener ningún influjo en nuestro vivir diario? ¿Cómo podríamos llamarnos seguidores de Jesús con un propósito que sólo dura cinco minutos y, por tanto, es rutinario, vano o ineficaz?**

Y, el resto de la jornada, ¿en qué se manifiesta nuestro ser y vivir como seguidores de Jesús?

b) **Cada mes dedicarse.** Dedicarse quiere decir emplear tiempo, energías, talentos, facultades a un quehacer concreto. La dedicación que aquí se pide es para hacer el retiro espiritual. ¿A qué te dedicas tú el día del retiro y cómo te dedicas a ello?

Tres notas correlativas: *retiro, espiritual, con empeño*. Retiro, ¿de qué y para qué? Espiritual, ¿será la vida del Espíritu, vivir en el Espíritu? Con empeño, ¿será con toda el alma y con todo el cuerpo? Si devaluamos una de las notas, perdemos las tres. Es necesario el silencio y el empeño para que se realice la obra del Espíritu. El contenido del quehacer es: meditar sobre la propia vocación; renovar la esperanza de la gloria futura. ¿Qué nos va en la fidelidad a la propia vocación? ¿Merece la pena considerarlo y reconsiderarlo? ¿Tiene algo que ver el ímpetu vital, “**elán vital**”, de la Esperanza teológica, con la riqueza proyectiva y el ritmo mensual de nuestro progreso en la vida misionera?

c) **Cada año, practicar los Ejercicios Espirituales.** No de cualquier manera, sino de modo especial y con el debido esmero. ¿Es así como los hago yo? ¿Estoy suficientemente satisfecho del empeño y las maneras de hacer los Ejercicios Espirituales? ¿Soy coherente conmigo mismo, con el Señor, con la comunidad, con las exigencias espirituales de la misión?

CC 53 *Del mismo modo que nuestro Señor Jesucristo fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo, nosotros, discípulos suyos, seremos también tentados muchas veces. Durante las mismas tentaciones, sin embargo, debemos permanecer unidos a Cristo, que todavía es tentado en nosotros.*

Revistámonos todos de las armas de Dios, sin presumir de nuestras propias fuerzas, sino confiando con inquebrantable esperanza en Dios, que en las mismas tentaciones se muestra fiel. Vigilemos, pues, según la palabra del Señor y pidamos al Padre celestial que no nos deje caer en la tentación.

En la tentación y los tiempos de prueba, Cristo es nuestro paradigma y modelo, para aceptar, asumir y responder. En el relato de las tentaciones de Jesús (Mt 4, 1-11; Lc 4, 1-13; Mc 1, 12-13) se nos pone en claro su respuesta a la proposición que se le hace; no tanto la dificultad que para ello tuvo Jesús. La dificultad se evidencia mejor que en el relato de las tentaciones, en los tensos y graves conflictos que suscitó el anuncio de su Evangelio y, especialmente, en su Pasión y Muerte (cf Mt 26, 39. 42 y 27, 46).

Podríamos distinguir: a) lo que es la prueba; b) lo que es la tentación.

a) *La prueba* se reviste de rasgos, gravedad y duración muy diversas según las personas, las edades, las circunstancias y situaciones internas y externas, así como de las pretensiones y objetivos que cada uno alimenta. Pero son eso, pruebas o dificultades, que entran en la dinámica normal del itinerario de cada ser humano y con distinta fuerza y significado en cada momento. La vida humana está sembrada de dificultades y cada uno tiene que probar su capacidad de ser persona y de crecer como persona ante las pruebas que se le presentan. Esto, con ser importante, parece que no constituye el campo de la petición que Jesús nos enseña en el Padrenuestro. Para ayudarnos en las pruebas se nos dice: "Considerad como un gran gozo, hermanos míos, el estar rodeados por toda clase de pruebas, sabiendo que la calidad probada de vuestra fe produce la paciencia en el sufrimiento; pero la paciencia ha de ir acompañada de obras perfectas, para que seáis perfectos e íntegros sin que dejéis nada que desear" (St 1, 2-4).

b) *La tentación*. En las tentaciones de Jesús, según la mayoría de los comentaristas, no se trata de la prueba, se trata de la tentación al pecado y, sobre todo, al pecado radical de la

apostasía o del renegar de Dios.

Nosotros no podemos pretender vivir sin tentaciones. Tener tentaciones es sentir en nosotros la inclinación al mal, al pecado. Dada nuestra condición y naturaleza pecadora, no es normal que una persona no sienta dentro de sí inclinaciones de egoísmo y desorden. Nuestra existencia está tejida de reclamos internos y externos que nos incitan al pecado. Y se trata de no caer en el pecado¹⁴³, no entrar en el mal o consentir el mal, no situarse en lo que es ofensa de Dios y que va contra su Amor, su Bondad, su Voluntad de salvación y su misericordia. Es decir, de no meterse en el fango del pecado, que nos sitúa contra Dios, contra Cristo y su Evangelio, contra nosotros mismos y contra nuestros hermanos.

Esto le pedimos al Padre del Amor y de la Gracia, que no permita que entremos a ser enemigos suyos situándonos contra él, que no dejemos de ser y comportarnos como hijos muy queridos que se reconocen amados y le devuelven al Padre amor por amor.

Para nosotros, como hijos, esto supone varias cosas:

1ª Cumplir el primer mandamiento: Amar a Dios sobre todas las cosas..., y sobre nosotros mismos..., y amarlo siempre, ininterrumpidamente.

2ª Evitar personalmente, con la mente y el corazón¹⁴⁴, las ocasiones y situaciones en las que

¹⁴³ "Esta petición llega a la raíz de la anterior, porque nuestros pecados son los frutos del consentimiento a la tentación. Pedimos a nuestro Padre que no nos "deje caer" en ella. Traducir en una sola palabra el texto griego es difícil: significa "no permitas entrar en" (cf Mt 26, 41), "no nos dejes sucumbir a la tentación". "Dios ni es tentado por el mal ni tienta a nadie" (St 1, 13), al contrario, quiere librarnos del mal. Le pedimos que no nos deje tomar el camino que conduce al pecado, pues estamos empeñados en el combate "entre la carne y el Espíritu". Esta petición implora el Espíritu de discernimiento y de fuerza" (CIC 2846)

¹⁴⁴ "No entrar en la tentación" implica una *decisión del corazón*: "Porque donde esté tu tesoro, allí también estará tu corazón... Nadie

se puede poner en peligro esa actitud filial amorosa, confiada, tierna, gozosa, radical y total. Tener una confianza inquebrantable en Dios, que es fiel en nuestras mismas tentaciones, y permanecer unidos a Cristo que todavía es tentado en nosotros.

3ª Pedir con confianza filial, conscientes de la propia debilidad y de la limitación de las propias fuerzas, para **perseverar en el bien** con la ayuda del que lo puede todo.

4ª Vivir en actitud de discernimiento espiritual¹⁴⁵ respecto de lo que al Padre le agrada y de aquello que le desagrade (Rom 12, 2). Hay que fomentar lo que le agrada y evitar lo que le desagrade, con la ayuda de Cristo y la fuerza de su Espíritu.

5ª Estar **siempre alertados y vigilantes**, y revestirnos de las armaduras de Dios¹⁴⁶, para no entrar en la tentación. La vigilancia es una actitud esencial para no dejarse sorprender por engaños, falacias, trampas, astucias, etc., de los dinamismos o enemigos de nuestro Padre Dios, de los de dentro de nosotros mismos y de los de fuera.

6ª La exigencia de una ascesis seria, coherente y madura, que propicia la maduración integral¹⁴⁷.

puede servir a dos señores" (Mt 6, 21-24). "Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu" (Ga 5, 25). El Padre nos da la fuerza para este "dejarnos conducir" por el Espíritu Santo. "No habéis sufrido tentación superior a la medida humana. Y fiel es Dios que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas. Antes bien, con la tentación os dará modo de poderla resistir con éxito" (1 Co 10, 13)" (CIC 2848).

¹⁴⁵ "El Espíritu Santo nos hace *discernir* entre la prueba, necesaria para el crecimiento del hombre interior (cf Lc 8, 13-15; Hch 14, 22; 2 Tm 3, 12) en orden a una "virtud probada" (Rm 5, 3-5), y la tentación que conduce al pecado y a la muerte (cf St 1, 14-15). También debemos distinguir entre "ser tentado" y "consentir" en la tentación. Por último, el discernimiento desenmascara la mentira de la tentación: aparentemente su objeto es "bueno, seductor a la vista, deseable" (Gn 3, 6), mientras que, en realidad, su fruto es la muerte" (CIC 2847).

¹⁴⁶ "Pues bien, este combate y esta victoria sólo son posibles con la oración. Por medio de su oración, Jesús es vencedor del Tentador, desde el principio (cf Mt 4, 11) y en el último combate de su agonía (cf Mt 26, 36-44). En esta petición a nuestro Padre, Cristo nos une a su combate y a su agonía. La vigilancia del corazón es recordada con insistencia en comunión con la suya (cf Mc 13, 9. 23. 33-37; 14, 38; Lc 12, 35-40). La *vigilancia* es "guarda del corazón", y Jesús pide al Padre que "nos guarde en su Nombre" (Jn 17, 11). El Espíritu Santo trata de despertarnos continuamente a esta vigilancia (cf 1 Co 16, 13; Col 4, 2; 1 Ts 5, 6; 1 P 5, 8). Esta petición adquiere todo su sentido dramático referida a la tentación final de nuestro combate en la tierra; pide la *perseverancia final*. "Mira que vengo como ladrón. Dichoso el que esté en vela (Ap 16, 15)" (CIC 2849).

¹⁴⁷ "Es necesario también tener presentes *los medios ascéticos* típicos de la tradición espiritual de la Iglesia y del propio Instituto. Ellos han sido y son aún una ayuda poderosa para un auténtico camino de santidad. La ascesis, ayudando a dominar y corregir las tendencias de la naturaleza humana herida por el pecado, es verdaderamente indispensable a la persona consagrada para permanecer fiel a la propia vocación y seguir a Jesús por el camino de la Cruz. Es necesario también reconocer y superar algunas tentaciones que a veces, por insidia del Diablo, se presentan bajo la apariencia de bien. Así, por ejemplo, la legítima exigencia de conocer la sociedad moderna para responder a sus desafíos puede inducir a ceder a las modas del momento, con disminución del fervor espiritual o con actitudes de desánimo. (...). El camino que conduce a la santidad conlleva, pues, *la aceptación del combate espiritual*. Se trata de un dato exigente al que hoy no siempre se dedica la atención necesaria". (VC 38).

CC 54 *Para promover eficazmente el progreso espiritual, pidan la ayuda de los hermanos, ya sea en la dirección espiritual, ya sea en el discernimiento comunitario y por otros medios. Deseen vivamente y pidan ser corregidos y avisados; y respondan a todas las correcciones con acción de gracias y con íntimo reconocimiento.*

Nuestra vocación es algo dinámico, vital. Nos sitúa en permanente progreso espiritual. Para que este sea verdadero, nosotros tenemos que promoverlo eficazmente. ¿Cómo? 1º Estando y viviendo radicados en el Amor de Cristo y de su Espíritu¹⁴⁸. 2º Poniendo los medios adecuados¹⁴⁹. En estos dos n.ºs. 54 y 55 se nos recuerdan algunos medios, en el ámbito de nuestras relaciones fraternas. Es la lógica de la necesaria reciprocidad, del dar y recibir mutuos, para activar nuestro crecimiento. Se nos recuerda a) la dirección espiritual; b) el proyecto comunitario; c) la corrección fraterna, etc. (cf VFC 32f).

a) La dirección espiritual o acompañamiento

Ha sido, a lo largo de la historia de la Iglesia, un medio importante para adelantar en el camino de la perfección¹⁵⁰. Se enmarca en la función de las mediaciones en orden a una fidelidad más objetiva, acertada y eficaz, a la obra que el Espíritu quiere realizar en cada uno. Los santos

¹⁴⁸ «El amor llevó a Cristo a la entrega de sí mismo hasta el sacrificio supremo de la Cruz. De modo parecido, entre sus discípulos *no hay unidad verdadera sin este amor recíproco incondicional*, que exige disponibilidad para el servicio sin reservas, prontitud para acoger al otro tal como es sin « juzgarlo » (cf. *Mt 7, 1-2*), capacidad de perdonar hasta « setenta veces siete » (*Mt 18, 22*). Para las personas consagradas, que se han hecho « un corazón solo y una sola alma » (*Hch 4, 32*) por el don del Espíritu Santo derramado en los corazones (cf. *Rm 5, 5*), resulta una exigencia interior el *poner todo en común*: bienes materiales y experiencias espirituales, talentos e inspiraciones, ideales apostólicos y servicios de caridad. «En la vida comunitaria, la energía del Espíritu que hay en uno pasa contemporáneamente a todos. Aquí no solamente se disfruta del propio don, sino que se multiplica al hacer a los otros partícipes de él, y se goza del fruto de los dones del otro como si fuera del propio» (VC 42).

¹⁴⁹ Nos lo recuerda la Iglesia: «Las personas consagradas, en la medida en que profundizan su propia amistad con Dios, se hacen capaces de ayudar a los hermanos y hermanas mediante iniciativas espirituales válidas, como escuelas de oración, ejercicios y retiros espirituales, jornadas de soledad, escucha y dirección espiritual. De este modo se favorece el progreso en la oración de personas que podrán después realizar un mejor discernimiento de la voluntad de Dios sobre ellas y emprender opciones valientes, a veces heroicas, exigidas por la fe. En efecto, las personas consagradas 'a través de su ser más íntimo, se sitúan dentro del dinamismo de la Iglesia, sedienta de lo Absoluto de Dios, llamada a la santidad. Es de esta santidad de la que dan testimonio'. El hecho de que todos sean llamados a la santidad debe animar más aún a quienes, por su misma opción de vida, tienen la misión de recordarlo a los demás» (VC 39).

¹⁵⁰ Cf. Mariano Martínez, *Los Proyectos personales y comunitarios*, Madrid (1994) pp. 39-42).

y maestros espirituales lo han recomendado insistentemente y, también la Iglesia, en los documentos de su magisterio. Una ayuda para todo el que se empeñe en caminar en la verdad y garantizarlo lo mejor posible. Se urge especialmente, en los tiempos de la formación inicial y fundamental, el los cuales, con frecuencia, resulta ser una necesidad¹⁵¹.

b) El discernimiento comunitario.

El discernimiento consiste en averiguar cuál es el juicio evangélico, religioso y moral, que merecen nuestras acciones internas y externas, nuestras posiciones mentales y cordiales, nuestras actitudes personales o grupales ante los acontecimientos, las situaciones, los problemas, las personas, ante nosotros mismos y ante Dios. La crisis interior que provoca ese juicio, activa las motivaciones evangélicas para la conversión y para la respuesta fiel a la voluntad de Dios.

El discernimiento comunitario es una gran ayuda para progresar en la vida espiritual y misionera. En su ejercicio, las facultades y energías del grupo, iluminadas y guiadas por la fe, se ordenan a reconocer la voluntad de Cristo sobre la propia comunidad. Cada uno de los miembros tiene la ineludible responsabilidad de recrear en sí las actitudes evangélicas que le dispongan a recibir la luz, el juicio y el sentido de Cristo, y a colaborar con sus hermanos, tratando de eliminar los condicionamientos que obstaculicen la convergencia de esfuerzos a que lleva el Espíritu de Jesús. Este quehacer es de cada uno y de todos en común, en conformidad a los diferentes dones recibidos, para hacer efectivo el proyecto de Jesús sobre la comunidad (cf. ET 25; VFC 50).

¹⁵¹ «Para progresar en el camino evangélico, especialmente en el período de formación y en ciertos momentos de la vida, es de gran ayuda el recurso humilde y confiado a la *dirección espiritual* merced a la cual la persona recibe ánimos para responder con generosidad a las mociones del Espíritu y orientarse decididamente hacia la santidad. Exhorto, en fin, a todas las personas consagradas a que renueven cotidianamente, según las propias tradiciones, su unión espiritual con la Virgen María, recorriendo con ella los misterios del Hijo, particularmente con el rezo del *Santo Rosario*» (VC 95).

El discernimiento comunitario cuenta con sus coordenadas sociopolíticas. En ellas, la práctica del discernimiento se hace, a veces, necesaria, para dar a los problemas sociales una solución según el Evangelio¹⁵².

c) La corrección fraterna.

Es algo importante y delicado. Tiene sus fundamentos en la Palabra y en la tradición de la Iglesia. Ha sido muy practicado en las comunidades de vida contemplativa, y lo fue en muchos Institutos de vida apostólica. Hoy, por razón de las nuevas coordenadas teológicas, antropológicas y sociológicas, quizá resulta más difícil. ¿No sentimos como una especie de alergia hacia este medio? **¿No estamos hoy más sensibilizados a todo lo que pueda afectar al sentimiento del propio 'yo'?** Tal vez podríamos distinguir entre los que tuvimos una formación preconiliar y los que no conocen las formas y estilos en los que antes se practicaba la 'corrección fraterna'. Los que no han experimentado aquellos métodos, están libres de secuelas negativas, y pueden entrar en diálogo sencillo y sincero sobre las mutuas deficiencias. Esto no les ahorra la necesidad de una gran dosis de humildad, de paciencia, de esfuerzo y aceptación mutua para construir la fraternidad y, como exigencias costosas, muchas veces brillan por su ausencia. Los que vivimos aquellas maneras de la 'corrección fraterna', sabemos que eran las formas y métodos de entonces y, de ello, podemos tener buenos y/o malos recuerdos. Los buenos nos animan a su práctica. Los malos pueden provocar alergia al mismo enunciado: 'corrección fraterna'.

Lo cierto es que hoy, este hacer y quehacer comunitario, hay que resituarlo, teniendo en cuenta una serie de elementos a conjugar y conjugar bien: lo que hay que corregir; quien o quienes tienen que hacerlo: el que ayuda y el que se corrige (entre adultos, el que ayuda

tiene que pensar los requisitos evangélicos de su función, y el que se corrige no lo hace si no quiere); cómo hacerlo: manera, modo concreto y adecuado; cuándo hacerlo: hay tiempos propicios y tiempos inoportunos; con qué recursos: palabras, gestos, silencios, etc.

Hay que considerar la forma en que nuestro texto formula y enfatiza este hacer: "deseen vivamente y pidan ser corregidos y avisados, respondan a todas las correcciones con acción de gracias y con íntimo reconocimiento". Si procuramos tener estos deseos y responder de esta manera, aunque nos cueste, ¿no estamos propiciando la mutua fidelidad al inmenso Amor que el Espíritu Santo derrama sobre nosotros? ¿No recreamos el clima de comunión para una gran fecundidad fraterna y apostólica? Y ¿no merecen estos grandes valores algunos de nuestros esfuerzos y sacrificios?

¹⁵² Pablo VI lo describía así: "Incumbe a las comunidades cristianas analizar con objetividad la situación propia de su país, esclarecerla mediante la luz inalterable del evangelio, deducir principios de reflexión, normas de juicio y directrices de acción según las enseñanzas sociales de la iglesia (...). A estas comunidades toca discernir, con la ayuda del Espíritu Santo, en comunión con los obispos responsables, en diálogo con los demás hermanos cristianos y todos los hombres de buena voluntad, las opciones y los compromisos que conviene asumir para realizar las transformaciones sociales, políticas y económicas que aparezcan necesarias con urgencia en cada caso" (OA 4).

CC 55 *Solícitos los unos por los otros, si vieran que un hermano se desvía del recto camino y que comete defectos que pueden ser verdaderamente perjudiciales para él o para otros, avísenle en privado con caridad llena de mansedumbre y humildad, acordándose de la fragilidad propia. Pero si él se niega a escuchar o su propio bien o el de los demás lo exige de manera inmediata, indíquenselo al Superior para que ponga el conveniente remedio; y, por su parte, encomienden el asunto a Dios. Acojan todos con sincero amor al hermano arrepentido y confórtenlo para que prosiga con mayor seguridad el camino del Señor.*

La descripción del nº 55 es continuación del tema iniciado en el anterior. Da la impresión de que aquí se trata de defectos más graves. Es difícil marcar la diferencia entre unos y otros; pero todos sabemos que hay faltas que, en sí o en su significado, se pueden considerar como de especial gravedad y, por tanto, de especial preocupación para quienes las ven, por el modo en que afectan a quien las hace y/o a la comunidad. La forma evangélica de afrontar estas situaciones está perfectamente definida en el texto, tanto en el espíritu con el que hay que hacerlo: “caridad llena de mansedumbre y humildad, acordándose de la fragilidad propia”, como en el orden de proceder, primero en privado y, si “él se niega a escuchar”, segundo, al superior (cf. Mt 18, 15-17). Siempre haciéndolo presente ante el Señor y acogiendo de corazón al hermano arrepentido.

CC 56 *Es necesario que nuestros hermanos progresen al mismo tiempo en virtud y ciencia, para estar a la altura de los tiempos y ser idóneos para ejercer fructuosamente el ministerio. Cultiven con toda diligencia las ciencias sagradas y las humanas y sigan constantemente el progreso de las mismas. Procuren los Superiores que, en cuanto lo permita nuestra condición, haya en cada Comunidad los instrumentos y medios convenientes para continuar eficazmente los estudios. Todos los miembros de la Comunidad tengan en gran aprecio la Biblioteca.*

Se trata de la necesidad de continuar la formación integral en lo que llamamos formación permanente¹⁵³ y, para ello, enumeramos unos puntos a tener en cuenta: a) *características*; b) *contenidos*; c) *métodos*; d) *personas responsables*.

Características. Algunas características de nuestra formación permanente:

Hay que procurar que sea: *Realista*: que parta de la vida y sea para la vida. *Personalizada*: que tenga en cuenta a la persona concreta, se adapte a ella y sea para ella. *Creativa y activa*: que anima, suscita, sugiere, propone, da confianza, emplaza a recrear y a renacer, participa con todos los talentos y según las propias posibilidades en los procesos y ejercicios de la misma formación. *Socializada y socializadora*: en sus mismas acciones educativas, dimensión de trabajo grupal, etc., y en su sensibilidad por la cooperación, la solidaridad, la ayuda. *Abierta al mundo*: a las nuevas situaciones y coordenadas, a la evolución e involución, a los cambios y transformaciones, a sus desafíos y exigencias de auto-revisión, reentrenamiento, puesta al día, para estar presentes y activos en la sociedad emergente. *Evangélica*: que tenga esta clave como nervio, estilo, talante, espíritu, clima, etc., y que se cultive durante todo el proceso, con delicadeza, interés e ilusión, teniendo como fuerza el sentido y los dinamismos de las actitudes teológicas de vida. *Adaptada*: a los destinatarios concretos. Adaptación personal, grupal o comunitaria, congregacional, eclesial, socio - cultural. *Doctrinal y vivencial*: con contenidos fundamentales y profundos, bien impartidos, y con un ambiente de comu-

nicación interpersonal propicio para recrear experiencias de participación ricas e impactantes.

Contenidos:

En el n° 68 del PI. se habla de los contenidos de la FP. Destaca cuatro ámbitos: a) *la espiritualidad*, b) *la participación en la vida de la Iglesia*, c) *el reciclaje doctrinal y profesional*, d) *la fidelidad al carisma*.

a) *La espiritualidad*. A este ámbito se le da la primacía. Ya lo había subrayado la PC 2 y el documento DCVR. En el n° 19 del PI se pone de relieve su presencia y su acción en la vida del consagrado, así como la necesidad del cultivo de una fidelidad exquisita. En el n° 68 del PI que habla del contenido de la FP se dice: “La vida según el Espíritu o espiritualidad: esta debe tener la primacía porque incluye la profundización en la fe y en el sentido de la profesión religiosa”. Por tanto, aquí se comprenden los contenidos de la fe: Sagrada Escritura, Teología, Cristología, Eclesiología, Moral, etc. Se comprenden también los contenidos de la VC.: vocación, consagración, votos, comunidad, misión... Estos contenidos afectan al núcleo de nuestra más profunda identidad, que es nuestro ser en Cristo. Y no son algo que se aprenda de una vez, o que sea suficiente lo que se aprendió hace años, porque continuamente se van reinterpretando y reformulando en conformidad al avance de todas las ciencias antropológicas y teológicas. Por tanto, hay que reestudiarlos continuamente para una nueva reinterpretación y comprensión...

b) *La participación en la vida de la Iglesia según el carisma del Instituto*. “En la Iglesia y para la Iglesia” es el título del tercer apartado de VC, n°s 29-34. Hemos nacido en la Iglesia por el bautismo, y somos para la Iglesia, para colaborar a que alcance su plenitud. Esta palabra Iglesia, comprende, muchos aspectos. En la

¹⁵³ Aquí vamos a trazar unas pinceladas sobre la formación permanente de manera general y dando algunas orientaciones y textos de los documentos de la Iglesia, quizá menos accesibles a todos los Claretianos que los nuestros propios, que por razón de brevedad no aparecen citados aquí. Por supuesto que para ahondar y ampliar el tema tenemos el Comentario a la 2ª parte de las Constituciones y la valiosa obra sobre la formación: “*Formación de Misioneros*”, *Plan General de Formación*, Roma, 1994).

Iglesia quiere decir en el Cuerpo de Cristo. Contexto teológico en el que somos miembros de miembros, desde ese ser del Cristo total, Cabeza y Cuerpo, y para el crecimiento mutuo en la unidad dinámica que supone una permanente y progresiva integración en el ser y actuar de la Iglesia, en su vida y misión. Vida y misión de la Iglesia en el mundo, en la sociedad, en la historia, en los hombres. Es como una continuación de la Encarnación de Cristo que pone en la masa de la humanidad su levadura, su salvación, su gracia, su vida. En la Iglesia quiere decir entre los hombres y para los hombres. Esto exige sintonía con las coordenadas de sensibilidad y mentalidad en las que vive el hombre de hoy, necesidades, apremios, desafíos, gritos silenciosos de tantos hermanos y hermanas nuestras que esperan, tal vez sin conciencia clara, la salvación de Jesús. En la Iglesia quiere decir en la Comunidad de fe, esperanza y amor, actitudes teológicas que constituyen el núcleo dinámico del ser y actuar cristiano. De la conciencia y hondura con que se viven e irradian estas actitudes depende la fecundidad personal y el aporte cualificado a la construcción de este edificio espiritual. En la Iglesia, actualizando “los métodos y contenidos de las actividades pastorales”. No solamente los contenidos, también los métodos. ¿Cómo se podrá hacer esto si no es a través de la FP. ?

En la Iglesia, “**en colaboración con los otros agentes de la pastoral local**”. En el documento VC se pone bien de relieve este sentido de Iglesia y de colaboración en la misma, n°s 41-58. La Iglesia como Misterio de comunión va adquiriendo centralidad en la Eclesiología. Según algunos teólogos que has seguido muy de cerca los últimos sínodos generales, las mayores de las discusiones en el Aula Sinodal, y las posiciones enfrentadas, tienen como denominador el tema de la “eclesialidad”; la distinta forma de interpretar qué es la Iglesia y cómo entender, por ejemplo, la “colegialidad” y el puesto y la colaboración de sus diferentes miembros. Los consagrados, como “expertos en comunión” (EE 24), tienen aquí una gran tarea, ad intra, en sus mismas comunidades, y ad extra, en su integración eclesial y su servicio al pueblo de Dios. Y vemos cómo el documento habla de la “pastoral local”. La Iglesia local, diócesis, puesta hoy de relieve en su sentido teológico, jurídico, pastoral, tiene aquí muchas

asignaturas pendientes. ¿Qué es lo que nos corresponde en ello a nosotros, los Claretianos? ¿Cómo prepararnos para responder a lo que el Espíritu pide a las Iglesias? (cf Apoc 2-3).

c) “*El reciclaje doctrinal y profesional...* que incluye la profundización bíblica y teológica, el estudio de los documentos del magisterio universal y particular, un mejor conocimiento de las culturas de los lugares donde se vive y trabaja, la actualización profesional y técnica, si hace falta” (PI 68), etc..

d) “*La fidelidad al carisma propio*, por un conocimiento siempre mejor del fundador, de la historia del instituto, de su espíritu, de su misión, y un esfuerzo correlativo por vivirlo personal y comunitariamente” (ibidem). Aquí se habla del carisma del propio instituto. El CDC distingue entre vocación personal y vocación propia de los institutos (cf. 722,1 y 666, 664). También el documento VC 71 habla de las dimensiones de la FP. Enumera y describe: La vida en el Espíritu, tiene obviamente la primacía. La dimensión humana y fraterna. La dimensión apostólica. La dimensión cultural y profesional. La dimensión del carisma. En los n°s anteriores 65-69 hay unas reflexiones dignas de tener en cuenta. También en el documento VFC 43.

Métodos:

Las metodologías son Instrumentos y están en función de contenidos y los fines, y para mejor conseguirlos.

En la FP han entrado y se han implementado diversas metodologías. En general las podríamos agrupar en torno a dos enfoques.

Uno en el que el aprendizaje se realiza a través de clases magistrales, con una gran competencia por parte de los profesores, iluminando y orientando a los alumnos sobre los contenidos y el modo de acceder a las fuentes, a la información básica y crítica, a la investigación personal por medio de los recursos de las bibliotecas, los exámenes, etc.

El otro enfatiza la participación activa del alumno a través de la creatividad y el trabajo personal y grupal. Este enfoque conlleva una serie numerosa y variada de técnicas y recursos metodológicos adaptados a las personas y a los

grupos concretos y en conformidad a las exigencias de los contenidos y de los objetivos que se pretendan. Existen técnicas variadas que sirven para idénticos objetivos. Pensemos en los innumerables recursos y formas de dinámicas de grupo para mejorar las relaciones personales...

En la FP se tienen cursos en los que predomina la exposición académica y competente. En algunos de ellos los alumnos o alumnas se limitan a escuchar, a veces solo a oír, sin la menor responsabilidad añadida. Esto les resulta muy cómodo a los alumnos adultos (y aunque hay que suponer su buena voluntad y generosidad para asistir), ¿cual es su eficacia? No podemos decir que es nula; tampoco es fácil medirla, pero tal vez sea muy reducida.

Hay otros cursos en los que la exposición doctrinal se complementa con la posterior reflexión personal y enriquecimiento compartido en grupos y en las asambleas generales. Este sistema mixto está muy generalizado en la FP. Si se estudia un método bien adaptado a la condición de los destinatarios y a los contenidos, puede resultar eficaz.

Hay otros cursos en los que prevalecen los métodos activos. Esta metodología exige más cuidado en la preparación y más seguimiento en el proceso. Hay personas muy expertas que lo saben hacer muy dinámico y satisfactorio. Cuando se trata de personas adultas hay que saber adaptarlo a sus procesos psíquicos que se ralentizan, y a sus mentalidades y prejuicios para no coaccionar de modo que se generen animadversiones. Las exigencias que se proponen en el aprendizaje son asumidas de manera muy distinta según los destinatarios y, los adultos, se sienten con más libertad para rechazarlas. A veces, es comodidad.

Como en la FP no se trata de dar un pequeño barniz ni de cumplir un expediente académico, sino de una auténtica formación, es decir, cambio y crecimiento en la personalidad, será necesario introducir unas metodologías que posibiliten lograr esos objetivos. Metodologías que realmente ayuden a recrear las propias capacidades, a modificar los comportamientos, a generar o incrementar aptitudes y actitudes, a incorporar valores y habilidades, a centrar

más y más vocacionalmente la propia vida, a sentirse cada vez mejor consigo mismo y con los demás, a mirar el futuro con esperanza evangélica, etc.

Personas responsables:

Por supuesto, y ya lo hemos dicho con el aval de los documentos de la Iglesia y de los institutos, que el primer responsable de la FP es el propio sujeto, la persona, toda persona y durante toda su vida. “Los religiosos continuarán dirigiendo su formación espiritual, doctrinal y práctica durante toda la vida” (PI 66). Y ya hemos dicho también que el primer protagonista es el Espíritu al que hay que atender para acoger sus dones y responder con fidelidad. Esto dicho, hay que poner también de relieve la responsabilidad de otras personas. El documento PI 66, 71, habla de la responsabilidad de los superiores “que han de proporcionarles medios y tiempo necesario para ello” (PI 66), y de la persona responsable que han de designar para la FP en el instituto (PI 71), o en la provincia. Se recomienda a religiosas y religiosos que dispongan de la ayuda de una persona que acompañe su proceso de crecimiento. En VC se dice que “es muy importante que cada instituto incluya, como parte de la *ratio institutionis*, la definición de un proyecto de FP lo más preciso y sistemático posible, cuyo objetivo primario sea el acompañar a cada persona consagrada con un programa que abarque toda su existencia” (VC 69).

Por tanto, se urge la responsabilidad de los superiores, cada uno en su propio nivel, en relación a la FP de sus encomendados. Ellos pueden y deben urgir y animar desde su autoridad. Está también la responsabilidad de los organizadores de la misma FP en cada una de sus modalidades y en orden a que se garantice su calidad y continuidad. Está la responsabilidad de los que directamente imparten los contenidos (los profesores), así como los que se cuidan de las metodologías activas, los que procuran ambientar adecuadamente la convivencia, la alternancia de los tiempos trabajo y relax, etc. Todos ellos tienen una estupenda misión de iluminación y animación formativa.

CC 57 *Teniendo en cuenta las exigencias de nuestra vida misionera, resérvese alguna parte de la casa sólo para sus miembros; cada Comunidad establezca su reglamentación interna, determine el ritmo de su oración comunitaria y organice los demás aspectos de su vida, de tal modo que los actos comunes se distribuyan de acuerdo con las exigencias de la acción apostólica; y que además del tiempo dedicado a las cosas espirituales y al trabajo, tengan los Misioneros algún tiempo para sí mismos y puedan también disfrutar de la conveniente recreación, de silencio y de descanso. En el uso de los medios de comunicación guárdese la necesaria discreción y evítense aquellas cosas que pueden causar detrimento a la vida espiritual o al testimonio apostólico. En cuanto al hábito religioso, obsérvense las prescripciones del Derecho universal.*

Las exigencias de nuestra vida misionera exigen algunos lugares para su buen funcionamiento. Lugares propicios para la oración y el estudio, donde se garantice el silencio y la paz. Tiempos para el descanso necesario, etc. Se nos recuerda que tenemos que estar bien organizados para nuestra dedicación a la oración y al trabajo, sin olvidar esos espacios de conveniente recreación, así como la necesaria discreción en relación a los medios de comunicación. Discreción equivale a discernimiento. El discernimiento se hace en orden a conocer la concreta voluntad de Dios en el uso de esos medios. Todo lo que pueda causar detrimento a la vida espiritual o al testimonio apostólico hay que evitarlo, por una elemental coherencia con nuestro ser y nuestra identidad, con nuestra vocación misionera y nuestra condición de testigos del Señor y su Evangelio. Y esto se hace, no por lo que pueda parecer o no a los demás, es decir, por razones de ambiente, sino desde dentro, desde la propia conciencia y convicción personal de esas exigencias para caminar en la verdad; lo cual comporta una gran categoría humana y es signo de una gran madurez y señorío.

En relación a la vida comunitaria hay dos aspectos que podemos distinguir con facilidad y que conviene que estén armonizados inteligentemente: la Programación y el Proyecto comunitarios. La Programación se refiere a todas aquellas actividades habituales o especiales, que han de estar definidas en tiempos, contenidos, agentes, etc., v. g., el horario, los Ejercicios espirituales anuales, etc. El proyecto comunitario es algo distinto. Comprende una doble dimensión, que podemos llamar proyecto general y proyecto particular.

El general es más radical y fundamental. Es nuestro proyecto vocacional personal, comunitario y misionero, integral. Abarcan la vida entera de cada uno y de la comunidad, la vocación es, esencial y dinámicamente, con-vocación; la identidad y la vida de esa con-vocación es, esencial y dinámicamente, con-vivir y com-partir. Por ello, el progreso en el Espíritu, de cada persona-claretiano, de cada comunidad-claretiana, se da en la densidad y calidad del mutuo y fraterno dar y recibir (cf. VFC cd). Y así como en un hogar, cuando uno de los miembros, el padre, la madre, un hijo o hermano, se cierra y se niega a esa reciprocidad del dar y recibir, se quiebra la unidad armónica, se deteriora el ambiente positivo del amor y la alegría del convivir y compartir juntos; así también sucede en la comunidad cristiana, carismática, claretiana. Todo lo que cada uno aporta en positivo, como serenidad, servicio, ayuda, disponibilidad incondicional, talentos y habilidades propias, alegría, humor, paciencia, sacrificio, entrega generosa, etc., está contribuyendo a ese progreso espiritual exigido desde las mismas raíces del co-proyecto vocacional en todas sus dimensiones. La actitud opuesta degenera el proyecto común.

El proyecto particular se centra en un punto concreto e importante, que se operativiza, en la vida real y diaria. Conlleva una estructura armónica. Tiene un punto de partida y otro de llegada. Es un proceso en el que se parte de un análisis de la situación, se pretenden unos objetivos realistas, se ponen unos medios adecuados para conseguirlos, se hace un seguimiento práctico del recorrido, se realimenta y corrige en sus oportunas evaluaciones. Todo ordenado a la mayor y mejor fidelidad a la voluntad de Dios sobre la comunidad.

1.- Para el inicio

Oh Dios y Padre nuestro,
tú nos has llamado al seguimiento de tu Hijo,
en esta vocación misionera al estilo de Claret.
Tú nos has consagrado en tu Cristo con la unción de tu Espíritu,
para vivir en santidad y justicia, todos los días de nuestra vida.
Infunde en nosotros deseos fervientes
de vivir la Vida que tú nos das en Jesucristo, tu Hijo,
y de proclamar tu justicia a todos los hombres.
Haz que nos esforcemos con perseverante ilusión y ánimo
por llegar a la plena madurez de Cristo, tu Amado.

Padre Santo,
confiamos y estamos firmemente convencidos,
de que llevarás la buena obra que iniciaste en nosotros,
hasta su consumación en el día de Cristo Jesús.
Con la luz y la fuerza de tu Espíritu,
estamos decididos a caminar en una vida nueva,
orientando el corazón hacia ti,
y haciendo todas las cosas con recta intención
y con verdadero fervor de espíritu,
aun en medio de adversidades y sufrimientos.

Queremos, con tu ayuda, renovar cada día
el propósito de adelantar en el camino que tú nos señales;
dedicarnos con empeño al retiro espiritual cada mes,
para meditar sobre nuestra propia vocación,
y renovar la esperanza de la gloria futura;
hacer los Ejercicios Espirituales cada año,
de modo especial y con el debido esmero.

Tú, Padre nuestro, sabes muy bien cómo somos tentados,
también tu Hijo lo fue en el desierto;
concédenos vivir unidos a Cristo en nuestras tentaciones,
y responder, como lo hizo Él, en plena fidelidad a tu voluntad.
Padre, toda nuestra confianza está puesta en ti,
ayúdanos a revestirnos de las armas que tú nos das
y no presumir de nuestras propias fuerzas.
Haz que nos mantengamos vigilantes, según tu Palabra,
y no nos dejes caer en la tentación.

Tú que nos has congregado en Comunidad,
haznos sencillos y humildes para pedir ayuda a los hermanos,
y dispuestos y generosos para ofrecérsela de todo corazón. Amén.

2.- Para el final

Gracias, Padre bueno.

Gracias por habernos llamado a ser y vivir en tu Cristo.

Gracias porque:

- nos bendices en Él con toda clase de bendiciones;
- nos miras en Él con benevolencia infinita;
- nos reconoces en Él como hijos de tu Corazón de Padre;
- nos cuidas en Él con tu imponderable providencia;
- nos escuchas en Él más y mejor que el mejor de los padres escucha a sus hijos;
- nos guías por Él por la senda segura de tus mandamientos;
- nos iluminas por Él, porque El es la Luz de todo hombre y para todo hombre;
- nos fortaleces en Él, participando de su pasión profética;
- nos encaminas en Él, porque a Él lo has hecho el Camino para nosotros.
- nos liberas en Él de todas nuestras esclavitudes;
- nos envías por Él tu Espíritu santo para que nos santifique;
- nos has dado por Él a tu Comunidad-Iglesia y a tus pastores;
- nos has puesto en Él el paradigma de toda nuestra existencia;
- nos has dado en Él toda la riqueza de tu Palabra y revelación;
- nos has amado por siempre y para siempre en Él,
con un Amor paternal, entrañable, inefable,
para adentrarnos en el Amor Comunidad definitiva
de vuestra siempre adorable e insondable Comunión Trinitaria.

Gracias, Padre,

por habernos dado a María, Madre de tu Hijo,

para que fuera Madre nuestra.

Gracias por este regalo de la infinita delicadeza de tu amor paternal.

Ella es siempre para nosotros

reflejo luminoso del infinito Amor y misericordia de tu Corazón,

y por encomienda de tu mismo Hijo Jesús,

nos toma como hijos suyos muy queridos.

en lo profundo de su Corazón Inmaculado.

Gracias, Padre,

por Antonio M^a Claret,

y tantos Claretianos, hermanos nuestros,

fieles seguidores de tu Hijo Jesús,

y apóstoles incansables de tu Palabra.

Tú quieres que nos parezcamos a ellos,

en la permanente fidelidad a la vocación que nos has regalado,

en la ardorosa imitación de la vida, pasión y muerte de tu Hijo,

y en su infatigable y fogoso celo apostólico. Amén.

1.- Autobiografía

642. 1. Jesús y María son todo mi amparo y guía y los modelos que me propongo seguir e imitar.

643. 2. Me acordaré de las palabras del Apóstol escribiendo a Tim. 14,16. Attende tibi et doctrinae...

644. 3. Cada año haré los santos ejercicios espirituales. 4. Cada mes tendré un día de retiro espiritual. 5. Cada semana, a lo menos una vez, me reconciliaré. 6. Tres días a la semana tomaré disciplina y otros días me pondré el cilicio u otra cosa equivalente. 7. Todos los viernes del año y vigiliias de las fiestas del Señor y de la Santísima Virgen ayunaré.

645. 8. Cada día me levantara a las tres, y antes, si no puedo dormir, y me recogeré a las 10. Luego rezaré Maitines y Laudes y leeré la Santa Biblia hasta la hora de la Meditación. 9. Tendré una hora de Meditación. 10. Celebraré la santa Misa y después estaré media hora en dar gracias y en pedir otras gracias para mí y para los demás. 646. 11. Luego me pondré en el confesionario hasta las ocho, en que tomaré chocolate, y otra vez me pondré en el confesionario; si no hay gente, me ocuparé en otra cosa hasta las once, en que daré audiencia por espacio de una hora. A las doce rezaré las salutations y haré el examen. 12. A las doce y cuarto comeré, que acompañaré con la lectura espiritual. 13. Hasta la 1 1/2 descanso. 14. Trabajaré hasta las 8 1/2, en que rezaré el Rosario y demás devociones. 15. A las 9 cena y a las 10 descanso.

647. 16. Propongo nunca jamás perder un instante de tiempo, por lo que estaré siempre ocupado, o en el estudio, o en la oración, predicación, administración de Sacramentos, etc. 648. 17. Propongo andar siempre a la presencia de Dios y dirigir a Él todas las cosas, no buscando jamás mi alabanza, sino y únicamente la mayor gloria de Dios, a imitación de Jesús, a quien procuraré siempre imitar, pensando cómo se portaría en tales ocasiones.

649. 18. Propongo hacer bien y del modo que me pareciere mejor las cosas ordinarias; y en concurrencia de dos cosas, procuraré siempre escoger lo mejor, aunque sea con algún sacrificio de la propia voluntad, y singularmente escogeré lo más pobre, lo más abyecto y lo más doloroso.

650. 19. Propongo conservarme siempre en un mismo humor y equilibrio, sin dejarme dominar jamás de la ira, impaciencia, tristeza, ni de la alegría demasada, acordándome siempre de Jesús, de María y de José, que también tuvieron sus penas, y más grandes que las mías. Pensaré que Dios así lo ha dispuesto, y para bien mío; y por lo mismo, no me quejaré, sino que diré: Hágase la voluntad de Dios.

651. La perfección consiste en amar mucho a Dios y en aborrecerse a sí mismo (...). Haz lo que debes y venga lo que viniere. Es gran valor sufrir sin murmurar, y gran sabiduría oír con paciencia. *In silentio et spe erit fortitudo vestra.* Isa. 30, 15. 652. El hombre fuerte no debe temer cosa alguna ni aun la misma muerte, cuando se trata de cumplir con su deber. Debemos mantener el puesto u oficio que Dios nos ha señalado, pugnando hasta morir, sin temer las consecuencias; lo único que debemos temer es el obrar injustamente.

653. Si queréis llegar a una alta virtud, no os elevéis en la grande estimación de vosotros mismos; creed que nada hacéis y lo haréis todo. S. J. Crisóstomo. Abstine et sustine. Abstine de la gula, regalo y de todo gusto aún licito. Sustine el trabajo, la enfermedad, las persecuciones y calumnias. Spiritus Sanctus docet: Pauca loqui cum discretione; multa operari cum fervore, ac jugiter laudare Deum.

467. Todas mis aspiraciones han sido siempre morir en un hospital como pobre, en un cadalso como mártir, o asesinado por los enemigos de la Religión sacrosanta que dichosamente profesamos y predicamos, y quisiera yo sellar con mi sangre las virtudes y verdades que (he) predicado y enseñado.

2.- Documentos Claretianos

Del documento “*Servidores de la Palabra*” (Capítulo General, 1991):

13. Acoger la Palabra que nos hace discípulos (cf Lc 8, 21), anunciarla y ser testigos de ella, es el núcleo de nuestra espiritualidad, es decir, de nuestro modo de seguir a Jesús, Profeta poderoso en obras y palabras (Lc 24, 19), con la fuerza del Espíritu. El Espíritu del Padre y del Hijo, “Espíritu también de nuestra Madre” (cf Aut 687) es el centro integrador de todas las dimensiones de nuestra vida y misión. Esta vocación, que es gracia y compromiso, crea nuestro estilo personal y comunitario en la Iglesia. Sin embargo, en este estilo de vida se han introducido formas de pensar y de comportarse que no corresponden al radicalismo evangélico que profesamos. De ahí la atonía en nuestra vida misionera, la falta de audacia en la revisión de posiciones y la poca capacidad de interpelación de nuestro testimonio.

13.1. Dejémosnos cuestionar por la Palabra de Dios y esforcémosnos por responder a ella, superando la mediocridad en nuestro estilo de vida, carente muchas veces de radicalismo evangélico.

13.2. Hagamos de las Constituciones el eje central de un nuevo impulso renovador. E integremos en nuestro carisma las riquezas espirituales y los valores culturales de los diversos pueblos donde vivimos.

13.3. Para el crecimiento en nuestra vida misionera, sirvámonos asiduamente de la ayuda o acompañamiento espiritual, del proyecto personal y del discernimiento personal y comunitario.

15. Jesús, ungido por el Espíritu, acogía la voluntad del Padre, viviendo en comunión con él y compartiendo el dolor del pueblo. Nosotros contemplamos al Maestro y escuchamos su Palabra para anunciar el Reino, abriéndole nuestra interioridad profunda *_nuestro corazón_* y compartiendo las angustias y esperanzas de nuestros hermanos.

En la profundidad del Corazón de María descubrimos y aprendemos el camino de la escucha. Ella acogió en su Corazón la Palabra (cf Lc 2, 19. 51) hecha historia en el clamor de los pobres (cf Lc 1,48_53). Claret nos presenta el Corazón de María como la fragua ardiente donde nos forjamos para ser heraldos de la Palabra.

15.1. Compartamos fraternalmente la escucha, la vivencia, la celebración y el anuncio de la Palabra, sobre todo en la Eucaristía (cf CC 34-35).

Directorio

140. Se recomienda vivamente la dirección o acompañamiento espiritual como medio para discernir la voluntad de Dios y mantenerse fieles hasta el fin (CC 54, 73).

141. El testimonio de los misioneros que se santificaron en la vida consagrada y en el ministerio apostólico debe impulsarnos eficazmente a una mayor fidelidad y entrega a nuestra vocación. Para ello, promuevan el conocimiento de sus vidas y propónganse sus ejemplos vivos, que nos apremien a una vida espiritual más intensa y a un apostolado más dinámico en la Iglesia de Dios.

143. Las tentaciones pueden ser una dificultad para el progreso en la santidad de vida. Para superarlas, ayúdense de los siguientes medios: manifestarlas a quien les pueda ayudar; resistirlas prontamente; examinar cuál sea la parte más débil de su alma y fortalecerla con meditaciones, súplicas y actos de las virtudes. Mientras dure la tentación, no hacer mudanza alguna en el método de vida, ni tomar ninguna resolución nueva ni formar ningún nuevo propósito; procurando, entre tanto, no omitir ni disminuir ni abreviar los ejercicios espirituales, antes bien aumentarlos o prolongarlos.

146. Sólo una comunidad que acoge el don de Dios, escucha los signos de los tiempos y se deja

rejuvenecer constantemente, puede realizar el anuncio del Evangelio de modo creíble y atrayente. Por ello, es necesario que todos vivamos en un proceso continuo de renovación para responder adecuadamente a las exigencias de nuestra vocación.

1.- MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Perfectae caritatis (PC)

75 «Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Durante la cena [...] se levanta de la mesa [...] se puso a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla con que estaba ceñido» (*Jn 13,1-2.4-5*).

En el gesto de lavar los pies a sus discípulos, Jesús revela la profundidad del amor de Dios por el hombre: ¡en Él, Dios mismo se pone al servicio de los hombres! Él revela al mismo tiempo el sentido de la vida cristiana y, con mayor motivo, de la vida consagrada, que es *vida de amor oblativo*, de concreto y generoso servicio. Siguiendo los pasos del Hijo del hombre, que «no ha venido a ser servido, sino a servir» (*Mt 20,28*) la vida consagrada, al menos en los mejores períodos de su larga historia, se ha caracterizado por este «lavar los pies», es decir, por el servicio, especialmente a los más pobres y necesitados. Ella, por una parte, contempla el misterio sublime del Verbo en el seno del Padre (cf. *Jn 1,1*) mientras que, por otra, sigue al mismo Verbo que se hace carne (cf. *Jn 1,14*), se abaja, se humilla para servir a los hombres. Las personas que siguen a Cristo en la vía de los consejos evangélicos desean, también hoy, ir allá donde Cristo fue y hacer lo que Él hizo.

Él llama continuamente a nuevos discípulos, hombres y mujeres, para comunicarles, mediante la efusión del Espíritu (cf. *Rm 5,5*), el *ágape* divino, su modo de amar, apremiándolos a servir a los demás en la entrega humilde de sí mismos, lejos de cualquier cálculo interesado. A Pedro que, extasiado ante la luz de la Transfiguración, exclama: «Señor, bueno es estarnos aquí» (*Mt 17,4*), le invita a volver a los caminos del mundo para continuar sirviendo el Reino de Dios: «Desciende, Pedro; tú, que deseabas descansar en el monte, descende y predica la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye y exhorta, increpa con toda longanimidad y doctrina. Trabaja, suda, padece algunos tormentos a fin de llegar, por el brillo y hermosura de las obras hechas en caridad, a poseer eso que simbolizan los blancos vestidos del Señor». La mirada fija en el rostro del Señor no atenúa en el apóstol el compromiso por el hombre; más bien lo potencia, capacitándole para incidir mejor en la historia y liberarla de todo lo que la desfigura.

La búsqueda de la belleza divina mueve a las personas consagradas a velar por la imagen divina deformada en los rostros de tantos hermanos y hermanas, rostros desfigurados por el hambre, rostros desilusionados por promesas políticas; rostros humillados de quien ve despreciada su propia cultura; rostros aterrorizados por la violencia diaria e indiscriminada; rostros angustiados de menores; rostros de mujeres ofendidas y humilladas; rostros cansados de emigrantes que no encuentran digna acogida; rostros de ancianos sin las mínimas condiciones para una vida digna. La vida consagrada muestra de este modo, con la elocuencia de las obras, que la caridad divina es fundamento y estímulo del amor gratuito y operante (...).

Entre los posibles ámbitos de la caridad, el que sin duda manifiesta en nuestros días y por un título especial el amor al mundo «hasta el extremo», es el anuncio apasionado de Jesucristo a quienes aún no lo conocen, a quienes lo han olvidado y, de manera preferencial, a los pobres.

ORIENTACIONES SOBRE LA FORMACIÓN EN LOS INSTITUTOS RELIGIOSOS (OFIR)

36 Caminar en pos de Cristo lleva a compartir cada vez más consciente y concretamente el misterio de su pasión, de su muerte y de su resurrección, el misterio pascual debe ser como el núcleo de los programas de formación fuente de vida y de madurez. Sobre este fundamento se forma el hombre nuevo, el religioso y el apóstol. Esto nos lleva a recordar la necesidad indispensable de la

ascesis en la formación y en la vida de los religiosos. En un mundo de erotismo, de consumo y de toda suerte de abuso de poder, se necesitan testigos del misterio pascual de Cristo, cuya primera etapa pasa obligatoriamente por la cruz. Este paso lleva a incluir en el programa de una formación integral, una ascesis personal cotidiana que lleve a los candidatos, novicios y profesos, al ejercicio de las virtudes de fe, esperanza, caridad, prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Este programa no tiene edad y no puede pasar de moda. Es siempre actual y siempre necesario. Sin adoptarlo, no se puede vivir el propio bautismo y menos aún ser fiel a la propia vocación religiosa. Se le seguirá mejor si, lo mismo que todo el conjunto de la vida cristiana, está motivado por el amor de nuestro Señor Jesucristo y por el gozo de servirle.

67 La formación continuada está motivada primero por la iniciativa de Dios que llama a cada uno de los suyos en todos los momentos y en circunstancias nuevas. (...) « El carisma mismo de los fundadores (ET 11) se revela como una experiencia del espíritu transmitida a sus discípulos, para ser por ellos vivida, custodiada, profundizada y desarrollada constantemente en sintonía con el Cuerpo de Cristo en crecimiento perenne (...). El carácter carismático propio de todo instituto requiere, tanto por parte del fundador cuanto por parte de los discípulos, el verificar continuamente la propia fidelidad al Señor, la docilidad a su Espíritu, la atención inteligente a las circunstancias y a los signos de los tiempos, la voluntad de inserción en la Iglesia, la predisposición a la subordinación a la jerarquía, la audacia en las iniciativas, la constancia en la entrega, la humildad en sobrellevar los contratiempos (...). Nuestro tiempo exige de los religiosos de manera especial esta autenticidad carismática, viva e ingeniosa en sus invenciones que destaca claramente en los fundadores... ». La formación permanente exige prestar una atención particular a los signos del Espíritu en nuestro tiempo y dejarse sensibilizar por ellos para poder darles una respuesta apropiada. (...) La formación continua ayuda al religioso a integrar la creatividad en la fidelidad. Pues la vocación cristiana y religiosa reclama un crecimiento dinámico y una fidelidad en las circunstancias concretas de la existencia, lo cual exige una formación espiritual interiormente unificante, pero flexible y atenta a los acontecimientos cotidianos de la vida personal y de la vida del mundo. «Seguir a Cristo» significa ponerse siempre en marcha, evitar la esclerotización y el anquilosamiento, para ser capaz de dar un testimonio vivo y verdadero del Reino de Dios en este mundo.

68 (...) Son dignos de considerar los siguientes aspectos:

la vida según el Espíritu o espiritualidad: ésta debe tener la primacía porque incluye la profundización en la fe y en el sentido de la profesión religiosa. Se deben privilegiar los ejercicios espirituales anuales y los tiempos de reanimación espiritual bajo diversas formas;

la participación en la vida de la Iglesia según el carisma del instituto y especialmente la actualización de los métodos y de los contenidos de las actividades pastorales, en colaboración con los otros agentes de la pastoral local;

el «reciclaje» doctrinal y profesional que incluye la profundización bíblica y teológica, el estudio de los documentos del magisterio universal y particular, un mejor conocimiento de las culturas de los lugares dónde se vive y trabaja, la actualización profesional y técnica, si hace falta;

la fidelidad al carisma propio, por un conocimiento siempre mejor del fundador, de la historia del instituto, de su espíritu, de su misión, y un esfuerzo correlativo por vivirlo personal y comunitariamente. Una vida unificada en el Espíritu santo.

PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y EL DIÁLOGO COMUNITARIO

¿Somos perseverantes en la búsqueda de Dios y en el deseo de la santidad? ¿Con qué, cómo y cuándo alimentamos esta búsqueda y estos deseos?

¿Damos con frecuencia gracias al Señor, personal y comunitariamente, por esta gracia tan grande y tan rica de su llamada a esta vocación claretiana?

¿Mantenemos vivo, activo y coherente nuestro compromiso vocacional-misionero?

¿Cuales son las fuentes en las que bebo, bebemos, el Agua Viva? ¿Qué lugar ocupa en ello la Palabra de Dios, la oración personal y común, la celebración de la Eucaristía?

¿Nos dejamos formar en la Fragua del Corazón de María?

¿Imitamos al P. Claret en su continua, delicada y generosa fidelidad vocacional?

¿Deseamos ardientemente la justicia del Señor?

¿Nos esforzamos por llegar a la plena madurez de Cristo?

¿Estamos firmemente convencidos de que el que inició en nosotros la buena obra la llevará a su consumación?

¿Hacemos todas las cosas con recta intención y verdadero fervor de espíritu?

¿Renovamos cada día el propósito de adelantar en el camino del Señor?

¿Hacemos con empeño nuestro retiro mensual espiritual?

¿Practicamos cada año 'de modo especial y con el debido esmero' los Ejercicios Espirituales?

En las tentaciones, ¿permanecemos unidos a Cristo que es tentado en nosotros? ¿Nos revestimos de las armas de Dios? ¿Confiamos firmemente en Él, a la vez que desconfiamos de nuestras propias fuerzas? ¿Nos mantenemos vigilantes y alertados? ¿Le pedimos al Padre que no nos deje caer en la tentación?

Para nuestro progreso eficaz, ¿pedimos ayuda a los hermanos, en la dirección espiritual, el discernimiento comunitario, etc.?

¿Deseamos y agradecemos ser avisados y corregidos por los hermanos?

Recordando la propia fragilidad y, con caridad llena de mansedumbre y humildad, ¿avisamos al hermano de sus defectos? Si no nos escucha y lo exige su propio bien o el de los hermanos, ¿estamos dispuestos a comunicárselo al Superior, encomendándolo al Señor?

¿Sabemos acoger con verdadero amor y ayuda al hermano arrepentido?

Para estar a la altura de los tiempos y evangelizar fructuosamente, necesitamos progresar en la virtud y en la ciencia, ¿cuándo y cómo propiciamos espacios para el cultivo de una y otra? ¿Acertamos a articular debidamente las exigencias de ambas en nuestras vidas?

¿Cual es el ritmo, los contenidos y la experiencia de nuestra formación permanente, personal y comunitaria? ¿Cuidamos la biblioteca de la Comunidad?

¿Cómo estamos organizados en la Comunidad? ¿Están adecuadamente distribuidos los distintos tiempos de la jornada: oración, actividades apostólicas, convivencia, descanso, recreación, etc.?

¿Tenemos una actitud madura y un criterio religioso y apostólico ante los medios de comunicación?

¿Poseemos una adecuada actitud crítico-evangélica en nuestras opiniones y comentarios sobre los mismos?